

rca

revista colombiana de antropología

61 / 2

MAY.-AGO. 2025

e-ISSN: 2539-472X

BOGOTÁ, COLOMBIA



Culturas



ICANH

rca

revista colombiana de antropología

61 / 2

MAY.-AGO. 2025

e-ISSN: 2539-472X

<https://doi.org/1022380>

Bogotá, Colombia





ICANH

Revista Colombiana de Antropología

Directora del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)
Alhena Caicedo Fernández

Subdirector de Investigación y Producción Científica
Manuel Bernardo Pinilla Zuleta

Coordinador del Grupo de Investigaciones
Juan Felipe Hoyos García

Directora de la RCA
Juana Camacho Segura

Editor general
Vladimir Caraballo Acuña

Editores de la sección arqueológica
Beatriz Eugenia Rincón
Luis Francisco López Cano

Coordinadora editorial de la RCA
María Eva Mangieri

Asistente editorial de la RCA
María Camila Jaimes

Comité editorial
Cristóbal Bonelli
University of Amsterdam, Países Bajos

Bastien Bosa
Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Colombia

Alejandro Camargo
Universidad del Norte, Colombia

Silvia Citro
Universidad de Buenos Aires, Argentina

Juan Guillermo Martín
Universidad del Norte, Colombia

Valentina Pellegrino
Museum of the City of New York, Estados Unidos

Natalia Quiceno Toro
Universidad de Antioquia, Colombia

Esteban Rozo Pabón
Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Daniel Ruiz-Serna
McGill University, Canadá

Rihan Yeh
University of California, Estados Unidos

Gabriela Zamorano Villarreal
Ciesas, México

Comité científico
Claudia Briones

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Manuel Delgado
Universidad de Barcelona, España

Arturo Escobar
The University of North Carolina at Chapel Hill, Estados Unidos

Christian Gros
Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine y Centre National de la Recherche Scientifique, Francia

Claudio Lomnitz
Columbia University in the City of New York, Estados Unidos

Alain Musset
L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Francia

María Clemencia Ramírez
Investigadora honoraria, ICANH, Colombia

Alcida Rita Ramos
Universidad de Brasilia, Brasil

Joanne Rappaport
Georgetown University, Estados Unidos

Peter Wade
Manchester University, Reino Unido

La *Revista Colombiana de Antropología* es una revista científica cuatrimestral del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) que se edita desde 1953. La revista busca contribuir a los debates de la antropología y las ciencias afines en los ámbitos nacional e internacional, y se dirige a estudiantes de antropología, profesores universitarios, investigadores y académicos de las ciencias sociales.

Los contenidos de esta revista pueden reproducirse sin autorización previa, siempre que se cite adecuadamente la fuente. No está permitido su uso con fines comerciales ni la elaboración de obras derivadas (véase licencia CC BY-NC-ND 4.0).

Los autores, no la *Revista Colombiana de Antropología*, son responsables por el contenido de sus artículos.

La revista está incluida en las siguientes bases bibliográficas e índices internacionales de citación

• Índice Bibliográfico Nacional Publindex (IBN Publindex) del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, Colombia (categoría A2) • Scopus • SCImago Journal & Country Rank (Q2) • Índice Bibliográfico Científico Electronic Library Online (SciELO Colombia) • Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc), de la Universidad Autónoma del Estado de México • Directory of Open Access Journals (DOAJ) • International Bibliography of the Social Sciences (IBSS), The London School of Economics and Political Science • Hispanic American Periodical Index (HAPI) de la Universidad de California, Los Ángeles • Anthropological Index Online, del Royal Anthropological Institute de Inglaterra • Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades (Clase), de la Universidad Nacional Autónoma de México • Handbook of Latin American Studies (HLAS), de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos • Directorio y Catálogo Latindex (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) • Internationale Bibliographie der Rezensionen Geistes- und Sozialwissenschaftlicher Literatur • Anthropological Literature, Russian Academy of Sciences Bibliographies • Ulrich's Periodicals Director • Dialnet, de la Universidad de la Rioja • Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (Redib)

Líder del Área Funcional de Publicaciones
Andrés Delgado Darnatt

Coordinación editorial
Bibiana Castro Ramírez

Corrección de estilo en español y portugués
Fernando Urueta Gutiérrez

Corrección de estilo en inglés
Dayán Viviana Cuesta Pinzón

Diagramación
María Libia Rubiano Marulanda

Diseño editorial y pauta interna
Nathalia Rodríguez González

Ilustración de cubierta
Puerto Betania del Chairá, Caquetá, 2019. Fotografía de Andrés Felipe Caicedo Sierra

Correspondencia y canje
Calle 12 n.º 2-41, Bogotá, Colombia
Teléfono (601) 444 0544. Fax (601) 4440530
Correo electrónico: rca.icanh@icanh.gov.co

Página web
<https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/index>

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH), 2025

La *Revista Colombiana de Antropología* agradece especialmente a los pares académicos que evaluaron cualitativamente los artículos de esta edición. Sus lecturas especializadas y sugerencias fueron de vital relevancia para asegurar los criterios de calidad y transparencia en la selección de los contenidos:

Pedro Pablo Achondo, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile

Zohanny Arboleda Mutis, Agencia Nacional de Tierras, Colombia

Ana G. del Conde Morales, Smith College, Estados Unidos

Bertha Díaz, Universidad de las Artes, Ecuador

Ricardo Ferrer D'Paola, Universidad de los Andes, Colombia

Héctor Andrés García Botero, Universidad del Rosario, Colombia

María Carolina Feito, Universidad Nacional de La Matanza, Argentina

Diego Mauricio Higuera Rubio, Universidad Pedagógica Nacional, Colombia

Timisay Monsalve Vargas, Universidad de Antioquia, Colombia

Paola Andrea Posada, Universidad de Antioquia, Colombia

Hernando Pulido Londoño, Universidad Industrial de Santander, Colombia

Ana María Restrepo Rodríguez, Universidad Nacional de Colombia, Colombia

Sneider Rojas Mora, Universidad de Antioquia, Colombia

Luis Alberto Suárez Guava, Universidad de Caldas, Colombia

Sebastián Yrarrázaval, Universitat Rovira i Virgili – Iphes-Cerca, España

Iliana Vásquez Zúñiga, El Colegio de Tlaxcala A. C., México

Contenido

Artículos

- e2954 Plantas y humanos en la plaza Samper Mendoza de Bogotá: sobre la reflexividad del conocimiento como contacto
María Camila Méndez Parra
- e2926 Comedores paisanos y legumbres bolivianas en un cordón productivo argentino
Nuria Caimmi
- e2877 Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): vuelos intelectuales llevados por el viento
Aura Lisette Reyes Gavilán
- e2815 “Equilibrar las fuerzas”: procesos organizativos de mujeres indígenas para la atención a la violencia sexual intracomunitaria y el acceso a la justicia en Colombia
Juana Camacho S.
Antonio Olmos P.
- e2854 Etnografía y pedagogía: el aprendizaje de la investigación con maestros colombianos
Oscar G. Hernández
- e2824 Diagénesis en los niveles de organización más bajos del hueso: estado de la cuestión y vías de abordaje en estudios zooarqueológicos
Natalia Soledad Morales
Paula Galligani
Gustavo Barrientos
- e2773 Poblamiento antiguo y espacios domésticos en el sistema de campos elevados prehispánicos de Urabá: evidencias cerámicas y micromorfológicas en el sitio arqueológico Toribio (Antioquia)
Sergio Albeiro González Avendaño
Wilder Gallego Patiño
Kelly Daniela Zuluaga Zuluaga
William A. Posada Restrepo

Diálogos

e2958 Tiempo y silencio

[Juan Manuel Echavarría](#)

Tres comentarios y una respuesta sobre “Tiempo y silencio”

Un palimpsesto de la guerra entre vocales que se desvanecen

[Andrés F. Caicedo Sierra](#)

[Alexander L. Fattal](#)

La fotografía como historia sedimentada

[Óscar Pedraza](#)

Lo que queda allí: las fotografías de Juan Manuel Echavarría

[María Eugenia Ulfe](#)

Respuesta a los comentarios

[Juan Manuel Echavarría](#)

Reseñas

e2963 Reseña de *Belicopedia*, editado por Daniel Ruiz-Serna y Diana Carolina Ojeda

[María Elena García](#)

Content

Articles

- e2954 Plants and Humans in the Plaza Samper Mendoza, Bogotá: On Knowledge Reflexivity as Contact
María Camila Méndez Parra
- e2926 Comedores Paisanos and Legumbres Bolivianas in an Argentine Production Area
Nuria Caimmi
- e2877 Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): Intellectual Flights Carried by the Wind
Aura Lisette Reyes Gavilán
- e2815 “Balancing the Forces”: Organizational Processes of Indigenous Women to Address Intra-Community Sexual Violence and Access to Justice in Colombia
Juana Camacho S.
Antonio Olmos P.
- e2854 Ethnography and Pedagogy: Learning from Research with Colombian Teachers
Oscar G. Hernández
- e2824 Diagenesis at the Bone’s Lowest Levels of Organization: State of the Art and Approaches in Zooarchaeology
Natalia Soledad Morales
Paula Galligani
Gustavo Barrientos
- e2773 Ancient Settlement and Domestic Spaces in the Pre-Hispanic Raised Field System of Urabá: Ceramic and Micromorphological Evidence at the Toribio Archaeological Site (Antioquia)
Sergio Albeiro González Avendaño
Wilder Gallego Patiño
Kelly Daniela Zuluaga Zuluaga
William A. Posada Restrepo

Dialogues

e2958 Time and Silence

[Juan Manuel Echavarría](#)

Three Commentaries and One Response on “Time and Silence”

A Palimpsest of the War Among Fading Vowels

[Andrés F. Caicedo Sierra](#)

[Alexander L. Fattal](#)

Photography as Layered History

[Óscar Pedraza](#)

What Remains There: The Photographs of Juan Manuel Echavarría

[María Eugenia Ulfe](#)

Response to the Commentaries

[Juan Manuel Echavarría](#)

Reviews

e2963 Review about *Belicopedia*, edited by Daniel Ruiz-Serna y Diana Carolina Ojeda

[María Elena García](#)

Sumário

Artigos

- e2954 Plantas e humanos na praça Samper Mendoza de Bogotá: sobre a reflexividade do conhecimento como contacto
[María Camila Méndez Parra](#)
- e2926 Comedores paisanos e legumbrerías bolivianas num cinturão de produção argentino
[Nuria Caimmi](#)
- e2877 Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): voos intelectuais levados pelo vento
[Aura Lisette Reyes Gavilán](#)
- e2815 “Equilibrando as forças”: processos organizacionais de mulheres indígenas para a atenção à violência sexual intracomunitária e o acesso à justiça na Colômbia
[Juana Camacho S.](#)
[Antonio Olmos P.](#)
- e2854 Etnografia e pedagogia: o aprendizado a partir da pesquisa com professores colombianos
[Oscar G. Hernández](#)
- e2824 Diagênese nos níveis mais baixos de organização óssea: estado da arte e abordagens em estudos zooarqueológicos
[Natalia Soledad Morales](#)
[Paula Galligani](#)
[Gustavo Barrientos](#)
- e2773 Povoamento antigo e espaços domésticos no sistema de campos elevados pré-hispânicos de Urabá: evidências cerâmicas e micromorfológicas no sítio arqueológico de Toribio (Antioquia)
[Sergio Albeiro González Avendaño](#)
[Wilder Gallego Patiño](#)
[Kelly Daniela Zuluaga Zuluaga](#)
[William A. Posada Restrepo](#)

Diálogos

e2958 Tempo e silêncio

[Juan Manuel Echavarría](#)

Três comentários e uma resposta sobre “Tempo e silêncio”

Um palimpsesto da guerra entre vogais que se desvanecem

[Andrés F. Caicedo Sierra](#)

[Alexander L. Fattal](#)

A fotografia como história sedimentada

[Óscar Pedraza](#)

O que resta ali: as fotografias de Juan Manuel Echavarría

[María Eugenia Ulfe](#)

Resposta aos comentários

[Juan Manuel Echavarría](#)

Resenhas

e2963 Resenha de *Belicopedia*, organizado por Daniel Ruiz-Serna y Diana Carolina Ojeda

[María Elena García](#)

Artículos

.....

Plantas y humanos en la plaza Samper Mendoza de Bogotá: sobre la reflexividad del conocimiento como contacto

*Plants and Humans in the Plaza Samper Mendoza, Bogotá: On Knowledge
Reflexivity as Contact*

*Plantas e humanos na praça Samper Mendoza de Bogotá: sobre a reflexividade
do conhecimento como contacto*

Recibido: 30/09/2024 • Aprobado: 31/01/2025 • Publicado: 01/05/2025



María Camila Méndez Parra

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

mamendezpa@unal.edu.co

<https://orcid.org/0000-0003-1389-6005>

Resumen

La plaza Samper Mendoza de Bogotá es un mercado dedicado exclusivamente al comercio de yerbas. Allí se congregan, además de las yerbas, los humanos que las cultivan, las recolectan, las compran y preparan infusiones y remedios con ellas. Al estudiar un repertorio amplio de relaciones entre ambos, este artículo cuestiona la dicotomía moderna entre sujetos y objetos del conocimiento, de acuerdo con la cual las plantas son siempre —y exclusivamente— los segundos. En contravía, argumento que los encuentros afectivos son un asunto del conocimiento como contacto. Mediante una etnografía en la que sigo las relaciones por las que se producen cuerpos humanos-plantas, sitúo el propio conocimiento etnográfico como parte de los encuentros que entrelazan a aquellos y a estas en la plaza, en un devenir conjunto que elabora la reflexividad del conocimiento como un problema de situación.

Palabras clave: contacto, plantas, encuentro, cuerpo, reflexividad del conocimiento, afecto

Abstract

The Plaza Samper Mendoza in Bogotá is a market devoted exclusively to the trade of medicinal and ritual plants. In the Plaza, not only do the plants gather, but also the people who cultivate, collect, buy them, and prepare infusions and remedies with them. By studying the wide repertoire of relationships between plants and humans, this article challenges the modern dichotomy between plants and humans, this article challenges the modern dichotomy between subjects and objects of knowledge, according to which plants are always—and exclusively—the latter. In contrast, I argue that affective encounters are a matter of knowledge as contact. My argument unfolds through an ethnography that follows the practices by which human-plant bodies are produced. This way of doing ethnography allows me to situate knowledge itself as part of the encounters that intertwine humans and plants in the Plaza, in a joint becoming that frames the reflexivity of knowledge as a situational problem.

Keywords: contact, plants, encounter, body, knowledge reflexivity, affect.

Resumo

A praça Samper Mendoza, em Bogotá, é um mercado dedicado exclusivamente ao comércio de plantas. Lá reúnem-se as plantas e os humanos que as cultivam, as coletam, as compram e preparam infusões e remédios com elas. Ao estudar um amplo repertório de relações entre ambos, este artigo questiona a dicotomia moderna entre sujeitos e objetos de conhecimento, segundo a qual as plantas são sempre — e exclusivamente — os últimos. Na contramão disso, argumento que os encontros afetivos são um assunto de conhecimento como contato. Por meio de uma etnografia que acompanha as relações pelas quais os corpos humanos-plantas são produzidos, o próprio conhecimento etnográfico é situado como parte dos encontros que entrelaçam àqueles e a estas na praça, em um desenvolvimento conjunto que elabora a reflexividade do conhecimento como um problema de situação.

Palavras-chave: contato, plantas, encontro, corpo, reflexividade do conhecimento, afeto

Introducción

En el año 2021 conocí la plaza Samper Mendoza de Bogotá. Se trata de un mercado que despierta curiosidad entre los bogotanos y los visitantes de la ciudad porque se dedica exclusivamente al comercio de plantas que se venden mayoritariamente como yerbas (hojas con raíces o sin raíces separadas de un árbol o arbusto, o del suelo), plántulas, bejucos y semillas. Todos los lunes y los jueves, personas provenientes de distintos municipios de Colombia, cercanos y distantes de la ciudad, despliegan sus puestos de venta de yerbas en ese lugar, localizado en el barrio homónimo. El mercado transcurre en la noche, una particularidad que algunos atribuyen a la necesidad de mantener la frescura de las plantas gracias a las bajas

temperaturas de esas horas capitalinas. En la plaza se congregan, además de las yerbas, los humanos que las cultivan, las recolectan, las compran, las venden y las cargan en carretillas; que preparan infusiones y remedios, hacen brujerías o “trabajos”, y baños de limpieza, atracción y bienestar con ellas.

En este texto quiero abordar una serie de relaciones que cuestionan la univocidad de las plantas en cuanto objetos del conocimiento de los humanos que las venden o que las estudian, porque nos instan a desestabilizar la dicotomía moderna entre sujetos y objetos del conocimiento, en la que las plantas son siempre —y exclusivamente— los segundos. Esto implica no solamente preguntarse por las plantas, sino por lo humano de esas relaciones. Para ello, es necesario situarse en el espacio del exceso, desde donde se puede preguntar por la posibilidad de sentir aquello que (des)aparece más allá de los límites entre lo que convencionalmente entendemos como “la naturaleza” y “lo social” (Cadena 2015, 15).

Con la intención de caminar en esa dirección, el objetivo de este texto es seguir las prácticas por las que las plantas y los humanos se vinculan en formas de ser *en encuentro* (Wilson 2016). Esto es posible porque la plaza es un espacio capaz de articular procesos de afectación mutua que los unen en un devenir humano-planta. Inspirada en un diálogo entre la geografía de los encuentros —que está interesada en los límites de las identidades y en las relaciones entre humanos y no humanos (Cockayne *et al.* 2019; Wilson 2016)—, los estudios de ciencia y tecnología, las epistemologías feministas y la etnografía, propongo que las prácticas por las que se encuentran los humanos y las plantas de la plaza son *prácticas de contacto* (Puig de la Bellacasa 2017). Se trata de una alternativa al conocimiento moderno, del que participa la geografía como disciplina, y, por lo mismo, suscita cuestionamientos sobre la reflexividad de la práctica geográfica.

Este texto participa en las indagaciones del poshumanismo y de lo más-que-humano que en años recientes han empezado a reconfigurar la geografía (Head y Atchison 2009; Head *et al.* 2014; Lorimer y Hodgetts 2024), después de varias décadas en las que los problemas sobre las relaciones entre los humanos y las plantas estuvieron relegados. Estas preocupaciones están en sintonía con las de autoras como Lawrence (2022), que se refieren a la emergencia de una *geografía vegetal* que, a su vez, estaría contribuyendo a un campo interdisciplinar denominado por ella *estudios críticos de las plantas*, en el que participan las humanidades ambientales, las ciencias de las plantas, el arte, la estética, la filosofía y la ética. Entre los trabajos geográficos que han contribuido al abordaje de las plantas, resaltan las investigaciones interesadas en su participación en redes de mercancías globalizadas gracias a su transformación en comida (Zimmerer 2003), en los monocultivos

y, recientemente, en las plantaciones entendidas como políticas vegetales del paisaje (Barua 2022). La agricultura (Lawrence 2022) y los jardines urbanos (Pitt 2014), por su parte, han sido escenarios para investigar acerca del cuidado y afecto entre humanos y plantas. A su vez, las investigaciones sobre plantas invasoras —que se salen del control de los humanos (Atchison y Head 2013; Lawrence 2022)— han permitido formular preguntas en torno a su agencia.

En Colombia son muy incipientes las investigaciones de la geografía y de las ciencias sociales que se ocupan de las plantas a partir de las apuestas teóricas del poshumanismo y las relaciones más-que-humanas. De hecho, la misma plaza Samper Mendoza ha sido objeto de indagación de diversas disciplinas interesadas en las relaciones con las plantas, pero estas se han enfocado en las áreas de la etnobotánica (Díaz Mercán 2003; Husain-Talero 2018; Pabón *et al.* 2017; Toloza Quintero y González Sánchez 2018; Torres Morales *et al.* 2021), del análisis de las cadenas de valor de las yerbas medicinales o aromáticas (Pérez González 2015; Vanegas Forero y Mateus Pérez 2015), y de la sociología de las religiones, que pone el énfasis en sus usos mágicos y esotéricos (Jiménez y Rivera 2019). Otras más bien se han preocupado por entender el espacio de la plaza y lo han hecho desde el punto de vista de la arquitectura (Rodríguez Martínez 2018), para elaborar un relato urbanístico, o desde una perspectiva que ha resaltado la importancia de las plazas de mercado para la defensa de lo campesino y del patrimonio en la formación de la ciudad (Medina *et al.* 2014). Algunos estudios llaman la atención porque, con base en el diseño y el arte, han reseñado la plaza como un lugar de creación no hegemónico (Barrera Jurado y Kuklinski Sicard 2018) y como un territorio otro que disputa un orden oficial (Duque Jamaica 2019). El presente texto encuentra cierta afinidad de propósitos con estos últimos trabajos al explorar las relaciones de contacto entre humanos y plantas como espacios de encuentro posibilitados por la plaza.

Mi argumento se despliega a lo largo de una etnografía en la que, como ya fue mencionado, sigo las prácticas que entrelazan a humanos y plantas. La etnografía fue realizada entre noviembre del 2022 y julio del 2023, en el marco de un proyecto de maestría con el que decidí prolongar mi encuentro con la plaza, iniciado en el año 2021, mientras trabajaba en otra investigación con el Instituto Humboldt¹.

1 El Instituto Humboldt es una entidad de capital mixto, adjunta al Ministerio de Ambiente y Desarrollo Sostenible, dedicada a la investigación de la biodiversidad colombiana. El proyecto en el que participé, realizado en la plaza Samper Mendoza, fue producto de un convenio entre dicho instituto y el Instituto para la Economía Social (IPES). Para conocer los resultados de esta y otras investigaciones relacionadas, visítese el portal web <https://repository.humboldt.org.co/search?spc.page=1&query=samper%20mendoza>

Este texto dialoga con las etnografías multiespecies (Kirksey *et al.* 2014), que abordan discusiones sobre cómo la naturaleza humana está embebida en relaciones interespecies y que, por ello, nos obligan a ampliar la comunidad de seres a los que podemos seguir etnográficamente. Esta clase de trabajos se preguntan cómo hablar con otras especies sin que ese diálogo se convierta en una forma más de tomar la vocería por ellas. Aunque la etnografía que propongo se inspira en estas discusiones, también me interesa elaborar una propuesta que se distancie de su denominación como multiespecie para señalar que no se trata de poner el foco en una relación diádica entre humanos y plantas, pues esto supondría rehacerlos como individualidades independientes y previas al encuentro. Me interesa, más bien, enfatizar en los espacios de entrelazamiento y de movimiento (Barua 2022, 3) provocados por la afectación mutua.

Con esta intención, realizo una etnografía de las prácticas y de los afectos inspirada en los desarrollos de Annemarie Mol (2021), que propone seguir etnográficamente las prácticas porque estas pueden ayudarnos a salir de la dicotomía entre el sujeto que conoce y los objetos que son conocidos, y, así, extender la actividad del conocimiento a otros que no son humanos, en este caso, las plantas. Para ello, mi participación en las noches de mercado de los lunes y jueves estuvo guiada por mi definición como *etnógrafa-sensor* (Myers 2018). Es decir, por el objetivo de expandir mi propio sensorio con el fin de sintonizarme con otras sensibilidades, como las de las plantas y los humanos que trabajan con ellas.

En la primera parte del artículo, sitúo la plaza Samper Mendoza en la trayectoria histórica del mercado de yerbas de Bogotá. En la segunda, analizo la *mirada háptica* y el *intencionar* como prácticas de contacto, establecidas por vínculos afectivos entre vendedores, clientes y plantas, en las que se producen cuerpos más-que-humanos. En la tercera, elaboro una comparación con las prácticas de la colecta y la identificación de especies botánicas a través del encuentro de un biólogo botánico con el tilo del mercado. En la parte final, discuto cómo los encuentros por contacto de la plaza, al suscitar interrogantes sobre la reflexividad del conocimiento, nos instan a reelaborar las preguntas que puede hacer la geografía sobre las relaciones humanos-plantas.

La plaza

El mercado de yerbas albergado ahora por la plaza Samper Mendoza tiene una trayectoria que se remonta a la primera mitad del siglo XX, cuando formaba parte de los mercados campesinos que fueron ubicados en lugares de la ciudad

como la plaza España. Estos espacios comerciales y la gente que trabajaba en ellos sufrieron la persecución acometida a partir del modelo higienista, puesto en marcha por esas décadas (Duque Jamaica 2019; Medina *et al.* 2014). Eran considerados sucios e inadecuados para el tipo de ciudad moderna que empezaba a constituirse, lo que empujó a quienes se dedicaban a la venta de plantas a buscar en la itinerancia un refugio que garantizara su permanencia (Duque Jamaica 2019; Medina *et al.* 2014). Desde entonces, el mercado de las yerbas transitó por varios recintos de la ciudad, como las plazas de Corabastos, Las Flores y Paloquemao. Cada nuevo movimiento era motivado por la expulsión de los comerciantes de estos lugares, lo que finalmente provocó que desplegaran sus actividades en espacios públicos como la calle 19 y la Carrilera, una zona ubicada alrededor de la calle 22 con carrera 27. El último traslado que tuvo el mercado fue hacia el recinto que hoy se conoce como plaza Samper Mendoza, a finales de la década de 1980.

La existencia del mercado de yerbas en las instalaciones de esta plaza se caracteriza por la persistencia de la itinerancia de la mayoría de los vendedores y de sus actividades debida al constante movimiento del lugar. Un ejemplo son los tránsitos de las jornadas de los lunes y jueves, que reciben en las noches a los cultivadores, recolectores y vendedores que llegan desde Bogotá, Cundinamarca, Tolima y otros departamentos del país, y que a la mañana del día siguiente los despiden, pues deben devolverse a sus lugares de proveniencia.

Los hombres y mujeres que ofrecen sus plantas en el mercado son, en su mayoría, las mismas personas encargadas de cultivarlas o recolectarlas, cuando se trata de yerbas silvestres o *de monte* —como también son conocidas por ellas—, y de transportarlas y venderlas, una vez que llegan a Bogotá. Gracias a las largas experiencias que han forjado en todos estos oficios, las y los vendedores de la plaza son también conocedores de las bondades de las plantas para el tratamiento de diferentes afecciones.

Las relaciones entre las plantas y los humanos están situadas también en las trayectorias que los han vinculado a lo largo del tiempo. Estas trayectorias tienen un lugar dentro de la plaza, que está organizada de acuerdo con la producción de clasificaciones —frecuentemente disputadas, reevaluadas y yuxtapuestas unas con otras— en las que las yerbas pueden ser calentanas o de clima frío o templado, o estar asociadas a un lugar de proveniencia o a los tipos de usos: esotéricos, aromáticos o gastronómicos. A su vez, los comerciantes que trabajan con las plantas son acogidos por las clasificaciones a las que estas pertenecen y que se expresan en su disposición en la plaza. Las plantas también producen relaciones espaciales

particulares determinadas por la manera en que son expuestas para su venta, o por cómo son conservadas o escondidas (cuando se trata de yerbas reservadas para pedidos de clientes específicos).

Pese a la reconocida itinerancia de los vendedores de yerbas y a los cambios que ello implica, la disposición de sus puestos en el mercado tiene cierta sistematicidad: muchos han ocupado el mismo lugar de venta durante décadas. Su organización responde a unos procedimientos que empiezan a las seis de la tarde, con la llegada de camiones de proveedores o carros particulares que traen la carga. En seguida, las yerbas, que han sido empacadas en costales, son colocadas sobre vehículos de dos ruedas hechos de madera, conocidos como carretillas, que son empujados por la fuerza de los cotereros o carretilleros hasta los lugares que ocupa cada comerciante. A continuación, se despliegan las plantas por atados sobre unas estructuras metálicas llamadas estibas, a pocos centímetros del piso. Es en estos puestos de venta y en los locales de los costados en donde suceden los encuentros de los que se ocupa este texto.

Entrar en contacto

A veces paso por el puesto de Mónica Quimbayo, una mujer de unos cuarenta años, y la encuentro reclamando a los clientes curiosos que no toquen sus plantas, porque las vuelven negras. Una noche me dijo que las yerbas podían transferir envidias de las manos que las tocan y que por eso compra su mercado evitando manipularlas. Después, me dejó acompañarla a comprar. Mientras seguía sus pasos apresurados por los pasillos de la plaza, ella dirigía su mirada a las plantas de los colegas desplegadas sobre las estibas que estaban en el piso. Entonces señalaba la que le interesaba y pedía la cantidad que necesitaba, a veces negociando el precio. De vuelta en su puesto, mientras arreglábamos la cola de caballo que recién había comprado y que yo le había ayudado a cargar con dificultad, sorprendida por su peso, me dijo que no es ella quien selecciona las plantas, sino estas las que la van guiando para ser escogidas y dispuestas en los atados que prepara para sus clientes:

Uno se enamora de las plantas: ellas se reflejan en una. Hay que concentrarse en las plantas, ellas le hablan. A la ruda dejé de ponerle cuidado porque me hacía doler la cabeza y, desde eso, mi relación con ella cambió. (Diario de campo)

A pesar de su juventud, Mónica tiene una amplia trayectoria como vendedora en la plaza. Llegó desde Coyaima, Tolima, hace más de una década y empezó a trabajar en la Samper vendiendo bebidas calientes en las frías jornadas del mercado. Conoció el lugar por su padrastro y otros familiares, pues ellos también se dedican al comercio de plantas y frutas como el marañón. Su vida allí cambió cuando entró en contacto con Ana Melania Pechené, la dueña ya fallecida del local en el que actualmente atiende a sus clientes. Pechené, recordada en la plaza por ser la única mujer afro del mercado, la inició en los secretos de las yerbas con el mismo rigor y severidad con el que ella trata de enseñar ahora a quienes nos acercamos para aprender de las plantas.

Cuando murió Ana Melania, sus hijos le encargaron el local de su madre a Mónica, que desde hace años es bien conocida entre sus clientes y colegas como una mujer poderosa por sus habilidades para tratar dolencias con la ayuda de las plantas. En ese local, ubicado cerca de la entrada principal de la plaza, recibe a personas que le preguntan por yerbas de todo tipo, cuyos nombres lleva anotados en listas de papel o de WhatsApp. Otros le piden consejos para tratar enfermedades específicas y, a cambio, reciben una receta: “Tome espino blanco, que contribuye a mejorar la circulación de la sangre. Tómelo en una infusión por noventa días. Después, mándese a sacar un examen con el médico y continúe con otros noventa días, hasta completar ciento ochenta”. O: “Para los pulmones, cocine y tome pulmonaria en un vaso de agua o en leche en el transcurso del día [...]. Haga un amuleto con pionía, raíz de mandrágora y vencedora” (diario de campo).

Aunque Mónica es conocida por especializarse en plantas que los clientes, vendedores y etnobotánicos denominan “esotéricas”, ella nunca se refiere a las yerbas con ese nombre, que, entre otras cosas, las distingue de las “medicinales”, asociadas a la cura de los males de la carne o el cuerpo. A su local llegan compradores preguntando por calaguala, llantén y salvia, con las que buscan alivio para los cálculos en los ovarios y, así, evitar que un médico tome la decisión de retirarlos quirúrgicamente; pero también aquellos interesados en hacer un trabajo de limpieza que aleje la mala suerte y las envidias. Para todas estas preocupaciones, ella puede ofrecer consejo, pues las prácticas de encuentro con sus clientes y las yerbas difícilmente pueden sostenerse si se considera que hay una separación entre la carne y el espíritu. Lo que asegura que esos encuentros se celebren es el trabajo de intencionar, que inicia con una mirada dispuesta a dejarse guiar por las yerbas.

“No me gusta que las plantas estén todas manoseadas, muy tocadas, porque cogen la energía, las malas energías de todas las manos por las que pasan

las envidias”, dice Mónica (diario de campo). Ella no es la única que se refiere a la capacidad de las yerbas para absorber y transferir energías por su contacto con los humanos. Alguna vez, otra vendedora también mencionó esa capacidad de absorción de las plantas, pero ya no por contacto con pieles de humanos, sino con aquello a lo que estén expuestas, como la calle:

Es muy diferente vender en la calle a vender en un puesto en la plaza, porque las yerbas recogen todo lo que está en la calle. Si se vende en la calle, entonces lo que se vende es lo que está en la calle: insultos, escupitajos, suciedad. (Diario de campo)

¿A qué se refiere esta capacidad de las plantas para transferir energías por contacto y cuál es su relación con el trabajo que hace Mónica en su local? Para empezar, estas consideraciones ponen de manifiesto que tanto la plaza como la calle son lugares afectivos que participan en el devenir que hace de las plantas yerbas de uno u otro espacio. Pero también están relacionadas con lo que ella describe como “dejarse guiar por las plantas”, a través de una mirada que procura no tocarlas mientras las escoge y que evita que clientes a los que no están destinadas les transfieran las envidias o las malas intenciones por el contacto con las manos.

“Se reflejan en mí” o “se me representan” son formas en las que Mónica define el movimiento que producen las plantas en ella y ambas involucran metáforas ópticas. *Representar* indica que algo se vuelve a mostrar, que la misma cosa aparece como imagen a una distancia del objeto (Latour 1988; Woolgar 1988), y *reflejarse* es, a menudo, una palabra que denota el acto de mirar algo, pero no directamente, sino a través de su proyección en otra cosa, es decir, de la producción de una imagen, de un reflejo.

Mónica elabora una metáfora óptica para referirse a su relación con las plantas. Pero cuando dice que las yerbas se reflejan en ella, su vista no opera bajo los mismos principios del conocimiento moderno. En este ocurren, por un lado, una separación que escinde al sujeto que conoce del objeto conocido y, al mismo tiempo, una vinculación por medio de una representación cercana a lo que el objeto es “en realidad” (Martínez Medina 2022, 1). La vendedora no se refleja en las plantas, no produce una imagen de ella misma sobre estas; más bien, las plantas se reflejan en ella, son el sujeto activo de la acción y por eso es que, al ser vistas, pueden guiarla. Pero no cualquiera puede verlas; hay que tener los ojos adecuados, unos ojos dispuestos a dejarse afectar.

Mónica evita tocar las plantas cuando las compra porque reconoce que son seres afectivos, capaces de absorber y transferir energías a través del contacto

con la piel de los humanos, y, en virtud de dicho reconocimiento, se sabe vulnerable a esa afectación. Pero cuando privilegia la vista, para evitar el tacto que teme que la dañe, no está eligiendo no ser afectada por las plantas: lo que está eligiendo es un afecto diferente, el afecto de una vista que solo es posible por el contacto, aun cuando este no suceda por la vía de pieles y hojas que se tocan, sino por el reflejo de las yerbas en ella.

La mirada de Mónica, entonces, no está definida por la capacidad de sus ojos para ver, aunque sus ojos también están involucrados en ella. Se trata de una mirada que es posible solo en tanto la vista está dispuesta a dejarse afectar al establecer contacto con las plantas. Es una mirada háptica. Un modo alternativo de ver que se reapropia de un universo sensorial y un orden epistemológico dominantes al reclamar las tecnologías de la visión (Puig de la Bellacasa 2017), haciendo de su vista una vista que se deja tocar y que toca. El orden que subvierte es ese por el cual está constituido el conocimiento moderno. En vez de ser una operación de distanciamiento de las plantas, en cuanto objetos de observación, y al mismo tiempo de vinculación con ellas para producir una representación certera de estas a través de su reflejo, la mirada háptica acoge el conocimiento como práctica (Martínez Medina 2022).

Esta mirada inaugura la práctica de intencionar. Una vez Mónica armó un atado de yerbas dulces y otro de yerbas amargas para mí. Estas plantas se buscan para hacer baños de limpieza y de atracción. Quienes los realizan quieren limpiar lo que no necesitan o los dañan para, entonces, poder atraer lo que desean, aquello que los beneficia. Cada atado se arma con grupos de siete yerbas, que corresponden a la amplia y disputada clasificación de plantas amargas y dulces². Los atados que la vendedora hizo para mí incluían yerbas amargas (rompe saragüey, quitamaldiciones, rama de enebro, salvia morada, tumba trabajos, romero y saca sales) y yerbas dulces (laurel, Juan del dinero o botón de oro, siete albahacas y cariaquito morado dulce). Esos atados se armaron gracias a la elección de su mirada en contacto con la guía de las plantas.

“Yo intenciono a las plantas”, me dijo Mónica, posando sus manos sobre los atados para recitar una oración católica. Así moviliza las yerbas para que su poder se ponga a disposición de la intención del comprador. La instrucción para quien

2 Ni en la plaza ni en los libros de etnobotánica hay un consenso sobre cuáles son las plantas que pertenecen al orden de las dulces y cuáles al de las amargas. Alguna vez presencié una conversación entre dos vendedoras que puso de manifiesto que, mientras una consideraba que las plantas dulces son las mismas que se toman en infusiones aromáticas, otra pensaba que eran exclusivamente las que se usan en los baños de atracción, como los que prepara Mónica.

realice el baño es intencionar los atados de yerbas, es decir, prolongar el encuentro iniciado por la vendedora y las yerbas haciendo de las intenciones del baño prácticas, acciones, verbos. Pero, para que se dé este encuentro entre el comprador y las plantas, hace falta adoptar una disposición: la de participar en la cadena de afectaciones que hace posible intencionar. Es necesario seguir el consejo de Mónica: escuchar a las plantas, sentirlas. Pero escucharlas o sentirlas no es una tarea fácil para alguien que, como yo, ha aprendido a sentir a través de cinco sentidos, claramente delimitados y definidos por su funcionalidad. No obstante, la posible inconmensurabilidad entre la práctica a la que me invitaba ella y lo que yo comprendía por *sentir* no podía clausurar mi participación.

Ahora, cuando escribo sobre Mónica y sus plantas amargas y dulces, reconozco que lo hago como un intento por participar afectivamente a través del lenguaje en ese encuentro y también que, en virtud de esa participación, es siempre necesario llamar la atención sobre la imposibilidad de abarcar a los otros con los que nos encontramos. En lugar de que esta paradoja mine los esfuerzos para alcanzar el encuentro, más bien se convierte en un móvil para inventar nuevas formas de cercanía (Gerber 2021), nuevas formas de ser juntas. Con la firme intención de participar del intencionar que me proponían Mónica y sus plantas, abracé mi identidad como etnógrafa-sensor, siguiendo la propuesta hecha por Natasha Myers (2018) de ampliar mi sensorio:

Herví las plantas en agua para dejar que esta se impregnara de ellas, que se tiñera del color de sus hojas y de los pequeños frutos que algunas tienen, morados, por ejemplo, y para que se tiñera de la tierra que todavía había en sus raíces. Los vapores desprendidos en el hervor formaron una atmósfera herbal que también respiré. La que produjeron las yerbas amargas era severa, hostil, de cierta forma, difícil de respirar, por su espesura; la que produjeron las yerbas dulces, unos días después, era abrazadora, cálida, como un lugar que te invita a quedarte. Después hice un baño con esa agua por tres noches seguidas. De pie, en la ducha, dejando que el agua de las plantas escurriera por mis piernas y que dibujara su recorrido por el piso de la bañera hasta el desagüe, que se colara en mi lengua, dejando el rastro de sus sabores astringentes y dulces, y que las florecitas y hojas se quedaran pegadas en la piel de mi espalda, me pregunté ¿en dónde termino yo y en dónde empiezan las plantas/agua? (Diario de campo)

Cuando Myers *et al.* (2023) se refieren a la necesidad de ampliar el sensorio para seguir a las plantas etnográficamente, su intención es señalar que sentir es

un asunto relacional: nuestro sensorio, que está articulado con otros seres, ya es más-que-humano en la medida en la que es más que solo nuestro. De modo que sentir las yerbas de Mónica para intencionar no es percibir las como algo que está afuera para proyectar en ellas mi intención. Es, más bien, articularse (Latour 2004). Propongo que esta articulación con ella y sus plantas es una forma de contacto que sitúa el tacto como una metáfora sensorial alternativa a la de la vista, que domina la objetividad del conocimiento moderno. María Puig de la Bellacasa (2017) afirma que el contacto es una experiencia en la cual las fronteras entre el ser y el otro tienden a difuminarse. A diferencia de la vista, que según la concepción objetivista implica que alguien puede ver sin ser visto, difícilmente logramos tocar sin ser tocadas. Cuando Mónica insistía en que la efectividad de los baños de yerbas que preparó para mí dependía de la posibilidad de intencionar, *también* estaba diciendo que era necesario que me dejara tocar por las plantas para que mi intención las pudiera tocar a ellas.

Tocar puede inspirar un sentido de conexión contrario a la abstracción y a la falta de involucramiento propias de las distancias producidas por la herencia moderna, en la que el conocimiento está separado del mundo, los sujetos de los objetos, los afectos de los hechos y la política de la ciencia (Puig de la Bellacasa 2017, 97). Al hacer de la intención una acción, Mónica muestra que lo que sucede en su local es producto de las prácticas que entrelazan a humanos y plantas en un devenir conjunto. Entendido así, intencionar es, como la mirada háptica, una forma de conocimiento en la que humanos y plantas se afectan para abrir la posibilidad de hacerse cuerpos más-que-humanos que logran limpiar la mala suerte y atraer lo que se desea.

¿Fue posible para mí participar de la práctica de intencionar? O, mejor dicho, ¿pude entrar en contacto con yerbas intencionadas que, al hacerse baño, son capaces de llevar a cabo un trabajo de limpieza y atracción? Solo puedo responder especulativamente, como invita a hacerlo Puig de la Bellacasa (2017), quien afirma que especular es también admitir que no conocemos completamente. Tocar no es una promesa para mejorar el contacto con “lo real”, señala la autora, sino una invitación a participar en su rehacer continuo y, en consecuencia, a ser rehechos en el mismo proceso. En esos términos, es posible acoger el conocimiento como afecto y no como elucidación. En consecuencia, puedo decir que, al hacer los baños de siete dulces y siete amargas, entré en contacto con las plantas de Mónica y, al mismo tiempo, con ella.

Entrar en contacto es producir conexión, pero también diferencia. No se puede ser tocada por las plantas sin participar del encuentro humano-planta que supone

intencionar. Pero, al mismo tiempo, mi participación en dicho encuentro no pretende controlar las posibilidades de los afectos por los que se intencionan plantas y humanos. De acuerdo con Martínez Medina, podría decir que, en la práctica de intencionar, conexión y separación no son el vínculo y la división del conocimiento moderno, sino que “son siempre resultados incompletos del aprendizaje que se ven afectados por diferencias que se vuelven significativas en el encuentro entre prácticas de conocimiento” (2022, 7). Lo que Mónica quería que sintiera con las plantas, para poder intencionar, me movilizó a ser tocada, pero en ese tacto siempre está la posibilidad del exceso, de lo inabarcable. Toqué y fui tocada, pero no puedo decir que fui tocada por lo mismo que toca ella cuando posa sus manos sobre los atados de yerbas que les vende a sus clientes para intencionarlos.

Volver a la vista: el botánico, la colecta y el tilo múltiple

En este punto, quisiera discutir algunas de las prácticas con respecto a las cuales las relaciones de contacto que se dan en la plaza suponen una alternativa, con el fin de seguir sus mecanismos. Como mencioné en la introducción, en el año 2021 conocí la Samper Mendoza mientras trabajaba en un proyecto del Instituto Humboldt. En el equipo de investigación participaba Germán Torres, un biólogo botánico que tenía la tarea de identificar taxonómicamente las plantas de la plaza, para fortalecer nichos potenciales de mercado trazando las cadenas de valor en las que están involucradas. Su labor consistía en coleccionar muestras de las yerbas que se venden e incluirlas en grupos de acuerdo con su especie, el último escalón en la clasificación de las plantas, después de la familia y el género³.

En la práctica del botánico, la plaza se convirtió en el espacio de una colecta que se hacía, a su vez, de la colecta que llevaban a cabo los cultivadores y recolectores en sus parcelas y en el monte, en lugares como los cerros orientales de Bogotá. Colectar depende de desarrollar un modo de atención (Martínez Medina 2020) que se despliega a través de la extensión de los sentidos en el encuentro con las plantas. Muchas veces vi a Torres caminar por los pasillos del mercado escarbando entre las hojas de las yerbas, en búsqueda de alguna flor que le diera pistas sobre su identidad, o acercándolas a su nariz o frotándolas con sus dedos para sentir el aroma que expelían. Gracias a un entrenamiento basado en la práctica y la repetición, el botánico ha logrado hacerse con un olfato que puede distinguir

3 Los resultados de la investigación, en buena parte, aunque no exclusivamente, quedaron consignados en Torres Morales *et al.* (2021).

olores tan peculiares como el del incienso; con un tacto capaz de sentir las texturas lisas o rugosas de un tronco o las pubescentes de una hoja, y con una vista —a veces apoyada por el microscopio— lo suficientemente afinada para describir la planta y sus microestructuras.

Todo ese trabajo, que es profundamente afectivo, termina en la planta hecha espécimen y también, entonces, imagen en un herbario que, a su vez, servirá como referencia para el trabajo de identificación de otro botánico. Las que son prensadas y secadas en el horno para después componer una lámina “están menos vivas”, dice Torres, que aquellas recolectadas y frescas. Los colores y olores “se pierden”, según sus palabras, y solo pueden ser evocados por las anotaciones del botánico durante la colecta. Además, las plantas sufren un corte, pues en el herbario solo queda una parte de ellas: una hoja, un fruto, una flor con la que se describe toda la especie. El proceso de identificación taxonómica requiere, asimismo, de la reconstrucción de las localidades en las que fueron encontradas. Es necesario especificar de dónde provino cada una: si crece como hierba o como un arbusto de las montañas del trópico, de un páramo o de un bosque seco, por ejemplo. No obstante, al señalar esa localidad, se deja en evidencia que cada una es una muestra cuya imagen puede hablar por la totalidad que representa: una familia, un género, una especie. En virtud de esta representación, el espécimen de herbario es comparable con otras plantas que, al cumplir con ciertas características, pueden incluirse en la misma especie descrita por la lámina. El efecto que esto produce es definido por Achondo Moya (2023) como una desterritorialización de la planta. El mecanismo por el cual se pone en marcha la metáfora objetivista de la ciencia depende, entre otras cosas, de la estandarización que controla la experiencia del botánico en la colecta, es decir, que controla su habilidad para responder sensorialmente a la capacidad de afectación de las yerbas de la plaza al extraer de ese encuentro características genéricas.

Parte del trabajo del botánico también es enfrentar los desafíos que proponen las plantas a las clasificaciones. Como lo cuenta Torres, la estructura de las hojas de la muestra puede lucir como la de la especie ilustrada en la *Guía de campo* de Alwyn H. Gentry, un famoso libro sobre taxonomía de plantas del noroeste de Suramérica empleado como material de referencia en su investigación; pero otras características, como su olor o su localización, pueden no corresponder. En esos casos, se decide privilegiar ciertas peculiaridades en vez de otras y, en algunas ocasiones, se acude a los expertos en las familias objeto de la controversia. Durante el trabajo que realizó Torres en la plaza Samper Mendoza, una de las plantas que le planteó un desafío de clasificación fue el tilo. Se trata de una yerba muy abundante

en el mercado y, con frecuencia, buscada para tratar los resfriados y la tos. Entre los vendedores y los clientes se lo conoce igualmente por su relación con el sauco. Olga Camacho, una mujer que lleva más de treinta años comerciando con las yerbas que cultiva en Tabio, Cundinamarca, se refiere a esa relación así: “Sirven para lo mismo, pero el tilo es de hojas amarillas y el sauco, de hojas verdes” (diario de campo).

La forma en la que el botánico decidió presentar la relación entre estas plantas fue haciendo de *tilo* y de *sauco* dos nombres comunes que denotan una misma especie nativa llamada *Sambucus peruviana*, como quedó registrado en el catálogo que elaboró para el proyecto del Instituto Humboldt (Torres Morales *et al.* 2021). De acuerdo con sus explicaciones, la diferencia del color de las hojas podría indicar que el árbol de donde provienen las amarillas es más viejo que el otro o que es una variedad de la especie. También señaló, durante una conversación que sostuvimos, que la controversia continúa, pues hay una tercera planta que se puede encontrar en la Samper bajo el nombre de *tilo*, pero que es distinta a la que venden personas como Olga, pues corresponde a una especie denominada *Sparmannia africana*. Para el botánico, se trata de un problema causado por los nombres comunes, que en unas ocasiones hacen que plantas diferentes se confundan con una sola y, en otras, generan diferencias entre aquellas que, para la ciencia, son iguales.

El problema resulta sugerente porque Torres lo elabora como una dificultad que pertenece al plano de la representación y esto envuelve una estrategia de articulación distinta de la que pone en marcha Olga. Me explico: aunque él admite que la botánica es una ciencia que se actualiza constantemente y que, por lo mismo, las clasificaciones del herbario siempre pueden ser corregidas, ese conocimiento se basa en la premisa de que hay algo primero (objeto-planta) que luego es sometido a la representación (de un sujeto que conoce). Por tanto, el registro en un catálogo de identificación de especies botánicas siempre puede ser reevaluado por una ciencia mejor hecha, una ciencia capaz de acercarse más a “lo real”.

Ahora, pongamos en consideración los encuentros de Olga y el tilo: cuando explica los motivos detrás de las elecciones de sus clientes, dice que se deben a que ella los atiende bien, porque arregla y limpia las yerbas:

Una noche me mostró su tilo. Sacó un atado de una de sus bolsas y me mostró cómo su tilo estaba limpio de hojitas, cómo las flores estaban en su punto preciso de maduración, pues tenían el color deseado y estaban abiertas. Luego fuimos a dar una vuelta por el pasillo que lleva al otro extremo de La Virgen. La intención de Olga, porque yo se lo pedí, era mostrarme la diferencia con otros tilos. Pasamos por varios puestos. Olga preguntaba, me mostraba el tilo de otros, me mostraba

cómo las florecitas estaban escondidas entre las hojas desarregladas, me mostraba el color, que era diferente, me mostraba cómo tenían tierra. Me mostró el tilo de Estela, una recolectora de los cerros de Bogotá, para hacerme ver que era un tilo distinto: el de Estela todavía estaba verde y tenía tierra. (Diario de campo)

Ese tilo que acompaña a Olga no es el mismo que el de Estela, porque la planta es una y distintas plantas en las prácticas por las cuales establece contacto con diferentes humanos en la plaza. Olga también se hace una vendedora particular de tilo; por eso sus clientes la elijen entre todas las vendedoras del mercado. Ella y el tilo son enactuados en la acción de arreglar plantas, diríamos junto con Annet Marie Mol (2021), porque las actividades tienen lugar, pero los actores quedan sin ser precisados, es decir, las fronteras que los definen, que los diferencian, solo emergen en la práctica, no antes. Su tilo, entonces, deviene múltiple (Mol 2021), no solo porque se hace diferente al sauco, sino gracias al trabajo de articulación que establece con los humanos que lo venden.

Lo que me interesa destacar es que la identificación taxonómica termina organizando el proceso de afectación de la colecta en una lámina de herbario que puede hacer del sauco y el tilo la misma planta, mientras que, en la práctica de arreglar yerbas, el tilo se rehúsa a ser sauco y, junto con Olga, emerge en la diferencia. Propongo que, detrás de estos resultados, lo que hay son dos formas de encontrarse. Una de ellas ve en el yo que conoce un obstáculo para el acto de conocer y, al intentar suprimirlo, oculta la afectación que provocó el encuentro de la colecta. En virtud de esa operación, el botánico —entiéndase, el sujeto que conoce— puede ver sin ser visto. Esa supresión del yo no hace más que reivindicar la subjetividad del yo científico (Daston y Galison 2007). La otra forma, más bien, implica que Olga y el tilo existen porque se conectan a través del contacto. En ese encuentro, no es posible separar a la vendedora de la yerba que vende, porque no existe como un yo humano en la capacidad de conocer a un otro vegetal que bien puede ser hecho como un cuerpo con órganos en las láminas del herbario⁴. Por el contrario, son cuerpos humanos-plantas producidos en el movimiento mutuo que son capaces de provocar (Despret 2008).

4 El uso del verbo *hacer* o de la expresión *hacer mundos*, como lo señalan Ruiz-Serna y Del Cairo, permite “enfaticar las prácticas como el lugar de donde se desprenden los procesos que sustentan diferentes realidades” (2022, 34).

La reflexividad del conocimiento como contacto

Al inicio de este texto afirmé que las vinculaciones entre los humanos y las plantas de la plaza nos instaban a ir más allá de los límites de lo que convencionalmente entendemos por la naturaleza y por lo social. He propuesto que situarnos en el exceso es prestar atención a las prácticas del mercado que propician encuentros humanos-plantas por contacto. Ha llegado el momento de abordar cómo esos encuentros táctiles transforman las preguntas que puede hacer la geografía sobre las relaciones plantas-humanos.

En primer lugar, el contacto pone dichas relaciones en el plano del problema del conocimiento. Al cuestionar la dicotomía entre objetos y sujetos del conocimiento, los encuentros de la plaza nos muestran que las plantas se involucran con los humanos a través de los afectos. Es decir que, en virtud de su capacidad para ser movidas y para producir movimiento por y con las personas con las que se entrelazan, participan de la actividad del conocimiento desafiando su posición como objetos. Por eso, las plantas del mercado devienen guías de la vendedora que las mira en la preparación de los atados y, posteriormente, yerbas capaces de intencionar y ser intencionadas para acompañar un baño de limpieza de una humana que las convierte en agua. También por ello, las plantas de la colecta instan al botánico a responder a sus propuestas sensoriales y desobedecen su definición categórica como especies en los encuentros que tienen con los vendedores del mercado, entre ellos Olga, con la que el tilo deviene, por ejemplo, un tilo múltiple: más que uno solo, pero menos que muchos, para usar una expresión frecuente entre teóricas como Annemarie Mol (2021) y Donna Haraway (1995).

En segundo lugar, en los encuentros táctiles de la plaza el conocimiento es un asunto de involucramiento, pues, a diferencia de la producción de distancia por medio de la que opera la objetividad de la ciencia y por la que podemos ver sin ser vistos, el contacto nos obliga a prestar atención a la dificultad de tocar sin ser tocados (Puig de la Bellacasa 2017). Si conocemos por nuestra capacidad para ser tocados, entonces, no podemos hacerlo desde ningún lugar, sino desde el lugar de las respuestas al movimiento que nos provoca el tacto. Martínez Medina (2022) elabora esto como un problema vinculado con el carácter corporal del conocimiento, es decir, con la consideración de que este no sucede en la separación entre el qué y el cómo se conoce —otra versión de la relación entre objetos y sujetos del conocimiento, en últimas, una formulación objetivista del conocimiento—, sino, por el contrario, sucede en la tensión entre el vínculo y la separación de ambos. Lo que propongo es que, además, el tacto también nos obliga a

considerar corporalmente el conocimiento, porque provoca otra pregunta de tipo geográfico: la del dónde se conoce.

Responderla nos insta a *situar* (Haraway 1995) el conocimiento en los encuentros de la plaza y, al hacerlo, el dónde se convierte en el espacio de los cuerpos en contacto. Es decir, el conocimiento está situado en cuerpos que son procesos de afectación por los cuales entramos en contacto con otros y gracias a los cuales los humanos y las plantas de la Samper se encuentran. Entonces, lejos de tratarse de encarnaciones de identidades o de contenedores de individualidades preexistentes, los cuerpos de la plaza establecen un continuo entre humanos y plantas porque son capaces de prácticas que exceden la separación entre materia y mente, entre objeto y sujeto, entre conocimiento y práctica y entre razón y afecto. Por eso, hablar de los cuerpos, que entonces son humanos-plantas, no admite rehacer categorías modernas como la del sujeto, incluso cuando el sujeto aparece para ocultarse de la actividad del conocimiento, para ver sin ser visto.

Por consiguiente, y en tercer lugar, situar el conocimiento en los cuerpos humanos-plantas transforma a la Samper Mendoza en la plaza que hace posibles los encuentros por contacto. En esos términos, no es el escenario en donde suceden los encuentros de los que trata este texto y, por tanto, no basta con ubicarla en un plano o comprenderla como una localidad anidada en una jerarquía de escalas. Para dar cuenta de ella como espacio de los encuentros es necesario abordarla como articuladora de los movimientos que provocan los contactos entre humanos y plantas.

Y, como articuladora de esos movimientos, la plaza de los encuentros táctiles hace partícipe a esta escritura y a la etnografía de esa producción de cuerpos humanos-plantas. En virtud de esa participación, la pregunta por el dónde del conocimiento involucra el conocimiento de la geografía como disciplina. Es decir, se trata de una interrogación sobre la reflexividad del conocimiento, un concepto que, de nuevo, nos remite a una figura óptica, pues es una invitación a verse al espejo, a mirarse para poder explicar cómo elaboramos el conocimiento. En lugar de entenderla como un procedimiento para establecer las condiciones en las que se produce el conocimiento —que a menudo se traducen en un listado de marcaciones de género, clase y etnicidad que atraviesan a quien conoce y que se ponen en evidencia en una operación de reflexividad benigna, es decir, solo en tanto es favorable a la “precisión” y “certeza” de los hallazgos (Barad 2003; Martínez Medina 2022; Woolgar 1988)—, la reflexividad a la que invitan los encuentros humanos-plantas de la plaza lleva a acoger el contacto como la posibilidad de conocer.

Cuando el contacto nos impulsa a conocer desde un lugar, es decir, a ver tocando y siendo tocados, como lo hace Mónica, a partir de una vista encarnada, diríamos con Haraway (1995) que abre la posibilidad del más allá de los límites de la relación naturaleza-cultura, que es también una versión de la relación entre objetos y sujetos del conocimiento. Nos conduce a especular (Puig de la Bellacasa 2017), a reconocer que no conocemos completamente porque el conocimiento no proviene de la visión entendida como la posibilidad divina de saberlo todo sin involucramiento. Ese trabajo de especulación hace del conocimiento una práctica espacial y, por tanto, provoca una geografía que ya no puede ver la plaza desde arriba, desde la perspectiva del plano, sino que debe participar en su continuo rehacerse al voltear el espéculo hacia nuestro propio reflejo que es, también, el reflejo de las plantas.

Referencias

- Achondo Moya, Pedro Pablo.** 2023. “Entre los gestos del bosque: eco-relatos patéticos en el Antropoceno y las huellas del tiempo en la lectura del espacio: alerces, tejuelas y humanos en el sur de Chile”. Tesis doctoral, Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/196841>
- Atchison, Jennifer y Lesley Head.** 2013. “Eradicating Bodies in Invasive Plant Management”. *Environment and Planning D, Society and Space* 31 (6): 951-968. <https://doi.org/10.1068/d17712>
- Barad, Karen.** 2003. “Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter”. *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 28 (3): 801-831. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/10.1086/345321>
- Barrera Jurado, Gloria Stella y Jorge Enrique Kuklinski Sicard.** 2018. “De los yerbateros con sus hierbas: creaciones no hegemónicas en la plaza Samper Mendoza”. *Tabula Rasa* 29: 277-294. <https://doi.org/10.25058/20112742.N29.13>
- Barua, Maan.** 2022. “Plantationocene: A Vegetal Geography”. *Annals of the American Association of Geographers* 113 (1). <https://doi.org/10.1080/24694452.2022.2094326>
- Cadena, Marisol de la.** 2015. *Earth Beings: Ecologies of Practice across Andean Worlds*. Duke University Press.
- Cockayne, Daniel G., Derek Ruez y Anna J. Secor.** 2019. “Thinking Space Differently: Deleuze’s Möbius Topology for a Theorisation of the Encounter”. *Transactions of the Institute of British Geographers* 45: 1-14. <https://doi.org/10.1111/tran.12311>
- Daston, Lorraine y Peter Galison.** 2007. “Epistemologies of the Eye”. En *Objectivity*, 17-53. Zone.

- Despret, Vincian.** 2008. “El cuerpo de nuestros desvelos: figuras de la anthropo-zoo-genesis”. En *Tecnogénesis: la construcción técnica de las ecologías humanas*, editado por Tomás Sánchez-Criado, 229-260. Antropólogos Iberoamericanos en Red.
- Díaz Mercán, José Andrés, ed.** 2003. *Informe técnico: caracterización del mercado colombiano de plantas medicinales y aromáticas*. Instituto Alexander von Humboldt; Ministerio de Ambiente, Vivienda y Desarrollo Territorial.
- Duque Jamaica, Camila.** 2019. “Territorios otros / intercambios otros: la plaza de hierbas Samper Mendoza”. *Desbordes: Arte, Virtualidad y Territorio* 10 (2): 49-65. <https://hemeroteca.unad.edu.co/index.php/desbordes/article/view/3670>
- Gerber, Verónica.** 2021. “Poner el lenguaje en las vías (para que estorbe)”. En *En una orilla brumosa: cinco rutas para repensar las artes visuales y la literatura*, editado por Verónica Gerber, 13-37. Gris Tormenta.
- Haraway, Donna.** 1995. “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial”. En *Ciencia, cyborgs y mujeres: la invención de la naturaleza*, 1-28. Cátedra.
- Head, Lesley y Jennifer Atchison.** 2009. “Cultural Ecology: Emerging Human-Plant Geographies”. *Progress in Human Geography* 33 (2): 236-245. <https://doi.org/10.1177/0309132508094075>
- Head, Lesley, Jennifer Atchison, Catherine Phillips y Kathleen Buckingham.** 2014. “Vegetal Politics: Belonging, Practices and Places”. *Social and Cultural Geography* 15 (8): 861-870. <https://doi.org/10.1080/14649365.2014.973900>
- Husain-Talero, Soraya.** 2018. “Análisis de los costos de producción y la cadena de valor de las plantas tradicionales que cultivan los campesinos de Cundinamarca, Colombia”. *Cuadernos de Desarrollo Rural* 15 (82). <https://doi.org/10.11144/javeriana.cdr15-82.acpc>
- Jiménez, María Paula y Alejandro Rivera.** 2019. “Plaza de hierbas Samper Mendoza: un mercado mágico en Bogotá”. *Revista Sigma* 19: 54-67. https://issuu.com/gestiondeproyectos/docs/sigma_19/s/10837996
- Kirksey, Eben, Craig Schuetze y Stefan Helmreich.** 2014. “Tactics of Multispecies Ethnography”. Introducción a *The Multispecies Salon*, editado por Eben Kirksey, 1-29. Duke University Press.
- Latour, Bruno.** 1988. “The Politics of Explanation: An Alternative”. En *Knowledge and Reflexivity*, editado por Steve Woolgar, 155-176. Sage.
- Latour, Bruno.** 2004. “How to Talk about the Body?: The Normative Dimension of Science Studies”. *Body & Society* 10 (2-3): 205-229. <https://doi.org/10.1177/1357034X04042943>
- Lawrence, Anna M.** 2022. “Listening to Plants: Conversations between Critical Plant Studies and Vegetal Geography”. *Progress in Human Geography* 46 (2): 629-651. <https://doi.org/10.1177/030913252111062167>

- Lorimer, Jamie y Timothy Hodgetts.** 2024. *More-than-Human*. Routledge.
- Martínez Medina, Santiago.** 2020. “Lo que pliega la colecta: conocimientos, científicos y especímenes para otras ciencias posibles”. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología* 41: 31-56. <https://doi.org/10.7440/antipoda41.2020.02>
- Martínez Medina, Santiago.** 2022. “Knowledge Practices”. En *The International Encyclopedia of Anthropology*, editado por Hilary Callan, 1-10. Wiley. Online Library. <https://doi.org/10.1002/9781118924396.wbiea2516>
- Medina, Ana María, Socorro Vásquez Cardozo, Pedro Nel Murcia García, Edna Rubio Galvis, Felipe García Cardona et al.** 2014. *Las plazas tienen quien las quiera: en el camino de la recuperación de las plazas de mercado de Bogotá: la “plaza de las yerbas” y las cocinas de la plaza de La Perseverancia*. IPES.
- Mol, Annemarie.** 2021. *El cuerpo múltiple: ontología en la práctica médica*. Traducido por Cristóbal Gnecco. Ediciones Uniandes; Universidad del Cauca.
- Myers, Natasha.** 2018. “Becoming Sensor in Sentient Worlds: A More-than-Natural History of a Black Oak Savannah”. En *Between Matter and Method: Encounters in Anthropology and Art*, editado por Gretchen Bakke y Marina Peterson, 73-96. Bloomsbury.
- Myers, Natasha, Frederike Middelhoff y Arnika Peselmann.** 2023. “Stories are Seeds: We Need to Learn How to Sow Other Stories about Plants”. *Narrative Culture* 10: 266-276. <https://doi.org/10.1353/ncu.2023.a903848>
- Pabón, Ludy C., Martha F. Rodríguez y Patricia Hernández-Rodríguez.** 2017. “Plantas medicinales que se comercializan en Bogotá (Colombia) para el tratamiento de enfermedades infecciosas”. *Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas* 16 (6): 529-546. <https://www.redalyc.org/pdf/856/85653615002.pdf>
- Pérez González, Darío Antonio.** 2015. “La ruta de la zarzaparrilla: aspectos etnobotánicos y económicos de la zarzaparrilla (*Dioscorea* spp.) en Cundinamarca (Colombia)”. Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/55955>
- Pitt, Hannah.** 2014. “On Showing and Being Shown Plants: A Guide to Methods for More-than-Human Geography”. *Area* 47 (1): 48-55. <https://doi.org/10.1111/area.12145>
- Puig de la Bellacasa, María.** 2017. *Matters of Care: Speculative Ethics in More than Human Worlds*. University of Minnesota Press.
- Rodríguez Martínez, Carlos Andrés.** 2018. “Proyecto renovación arquitectónica de la plaza de las yerbas (Samper Mendoza) como catalizador urbano”. Tesis de pregrado, Universidad La Gran Colombia. <https://repositorio.ugc.edu.co/items/832d580a-6d56-4fb6-9315-1f4feca34574>
- Ruiz-Serna, Daniel y Carlos del Cairo.** 2022. “Ontologías y antropología: apuntes sobre perspectivas en disputa”. En *Humanos, más que humanos y no humanos: intersecciones*

críticas en torno a la antropología y las ontologías, editado por Daniel Ruiz-Serna y Carlos del Cairo, 14-51. Pontificia Universidad Javeriana.

Tolosa Quintero, Cristian Fernando y María Angélica González Sánchez. 2018. “Análisis del uso tradicional de plantas medicinales que se comercializan en Bogotá, Colombia: un abordaje desde las ciencias ambientales”. Trabajo de grado, Universidad de Ciencias Aplicadas y Ambientales. <https://repository.udca.edu.co/entities/publication/5d-5b843b-e47b-4d10-9d89-9273d4dc4fe0>

Torres Morales, Germán, María Camila Méndez y Blanca Caleño. 2021. *Plantas y saberes de la plaza Samper Mendoza*. Bogotá: Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt; IPES. <http://repository.humboldt.org.co/handle/20.500.11761/35835>

Vanegas Forero, Zullely y Laura Marcela Mateus Pérez. 2015. “Caracterización de la agrocadena de la albahaca (*Ocimum basilicum*) en el municipio de San Antonio del Tequendama-Cundinamarca, bajo el enfoque del desarrollo territorial”. Tesis de pregrado, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. <https://repository.udistrital.edu.co/items/5b9e4508-e745-4baa-a30d-ca975cf17a6f>

Wilson, Helen F. 2016. “On Geography and Encounter: Bodies, Borders and Difference”. *Progress in Human Geography* 41 (4): 451-471. <https://doi.org/10.1177/0309132516645958>

Woolgar, Steve. 1988. “Reflexivity Is the Ethnographer of the Text”. En *Knowledge and Reflexivity*, editado por Steve Woolgar, 14-35. Sage.

Zimmerer, Karl S. 2003. “Geographies of Seed Networks for Food Plants (Potato, Ulluco) and Approaches to Agrobiodiversity Conservation in the Andean Countries”. *Society and Natural Resources* 16 (7): 583-601. <https://doi.org/10.1080/08941920309185>

Artículo

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2926>

Página 1 de 28

Comedores paisanos y legumbrerías bolivianas en un cordón productivo argentino

Comedores Paisanos and Legumbrerías Bolivianas in an Argentine Production Area

Comedores paisanos e legumbrerías bolivianas num cinturão de produção argentino

Recibido: 11/09/2024 • Aprobado: 24/02/2025 • Publicado: 01/05/2025



Nuria Caimmi

Centro de Estudios en Nutrición y Desarrollo Infantil / Conicet, La Plata, Argentina

nuriacaimmi@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-0753-1392>

Resumen

Adentrarse en uno de los cordones productivos más grandes de Argentina, el platense, implica comprender su naturaleza plástica, expresada por la sobrepoblación de invernáculos y recipientes de insumos. En este escenario, comedores paisanos y legumbrerías surgen en conexión con la historia migratoria boliviana. Se hace un análisis etnográfico de estos espacios, con observación participante, entrevistas y pesquisa digital. El trabajo muestra que los comedores y legumbrerías son claves en la constitución y el refuerzo de redes de parentesco y paisanaje, puesto que activan el movimiento socioeconómico. Como espacios de reproducción social, posibilitan un *estar en casa* al recrear públicamente las cocinas domésticas del hogar anterior a la migración. Sin embargo, la segregación del sector obtura la posibilidad de que dichos espacios sean transformadores de la configuración alimentaria argentina. Se concluye que el aumento de los comedores y legumbrerías en los últimos años denota la resignificación de una idea de la alimentación común, relacionada con dinámicas de integración/exclusión y valorización/desvalorización, y condensa aspiraciones, sueños y desafíos compartidos.

Palabras clave: alimentación, migración boliviana, periurbanos productivos, cordón hortícola platense, antropología alimentaria

Abstract

Entering one of Argentina's largest agricultural production areas—the Platense horticultural belt—requires an understanding of its plastic nature, manifested in the extensive presence of greenhouses and agricultural input containers. Within this context, *comedores paisanos* (country canteens) and *legumbrerías* (vegetable shops) emerge in relation to the region's history of Bolivian migration. This article offers an ethnographic analysis of these spaces, based on participant observation, interviews, and digital research. The findings demonstrate that canteens and *legumbrerías* play a central role in the formation and reinforcement of kinship and community networks by activating socio-economic flows. As spaces of social reproduction, they allow migrants to *feel at home* by publicly recreating the domestic kitchens of their pre-migration lives. However, the sector's broader process of segregation limits the potential of these spaces to transform Argentina's wider food system. The study concludes that the recent rise of canteens and *legumbrerías* signals a redefinition of shared food practices, shaped by dynamics of integration and exclusion, valuation and devaluation, and is infused with common aspirations, dreams, and challenges.

Keywords: food, Bolivian migration, productive peri-urban areas, Platense horticultural belt, food anthropology.

Resumo

Entrar em um dos maiores cinturões produtivos da Argentina, o platense, implica visualizar a sua natureza plástica, expressa pela superpopulação de estufas e recipientes de insumos. Neste cenário, há *comedores* e *legumbrerías* rurais que surgem no contexto da história migratória boliviana. A análise desses espaços é feita etnograficamente, com observação participante, entrevistas e pesquisa digital. Os resultados demonstram que os *comedores* e as *legumbrerías* são fundamentais na constituição e no fortalecimento das redes de parentesco e afinidade, ativando o movimento socioeconômico. Enquanto espaços de reprodução social, permitem um *estar em casa*, desde que recriam publicamente as cozinhas domésticas do lar anterior à migração. No entanto, a segregação do setor bloqueia a possibilidade de tais espaços serem transformadores da configuração alimentar argentina. Conclui-se que o surgimento de *comedores* e *legumbrerías* nos últimos anos denota a ressignificação de uma ideia de alimentação comum, vinculada às dinâmicas de integração/exclusão e valorização/desvalorização, e condensa aspirações, sonhos e desafios compartilhados.

Palavras-chave: alimentação, migração boliviana, áreas periurbanas produtivas, cordão hortícola platense, antropologia da alimentação

Introducción

Esta pesquisa tiene por objetivo analizar la conformación y expansión de comedores paisanos y legumbrerías bolivianas en uno de los cordones de producción en fresco más importante de Argentina, el periurbano florihortícola platense. Enmarcada en las discusiones de la antropología alimentaria y de la migración, y en el

cruce entre ambas, se propone dar cuenta de la presencia y relevancia de estos espacios públicos en un entorno productivo fundamental para el país, con el fin de reflexionar sobre la configuración agroalimentaria argentina.

Desde hace unas décadas, se ha profundizado la tendencia a la estandarización de los consumos alimentarios y la globalización de la dieta, lo cual implica el pasaje de ecosistemas muy diversificados a otros hiperespecializados integrados a escala internacional (Goody 2000). Se ha dado la transformación más radical en la historia de la alimentación humana, pues gran parte de las funciones de producción, conservación y preparación de alimentos se han trasladado del ámbito doméstico y artesanal a las fábricas y estructuras industriales (Contreras 2019). Siguiendo a Gracia Arnaiz (2014), es posible hablar de una homogeneización e internacionalización alimentaria en dos sentidos: por la falta de diversificación nutricional y cultural de los consumos, en relación con los cuales se registran carencias o excesos de proteínas animales, azúcar, grasas saturadas y alimentos ultraprocesados (Maciel de Paula 2021), y por la similitud de los consumos entre las diferentes regiones debida a la disminución de las variedades locales. Este proceso de homogeneización, que algunos estudiosos han denominado *americanización alimentaria* o *macdonalización* (Ritzer 1993), es el resultado de aplicar los criterios de mecanización, intensificación y estandarización para la obtención de beneficios rápidos en todas las fases de la cadena alimentaria.

Argentina no es ajena a estos procesos ni a su impacto en la salud colectiva de la población. De ello dan cuenta estudios (Ministerio de Salud de la Nación 2019) que indican que poco más del 30 % de los que viven en el país consumen frutas y verduras al menos una vez por día (32,7 % y 37,8 %, respectivamente), aunque, por ejemplo, el quintil más alto reporta casi el doble de consumo de frutas que el más bajo (45,3 % frente a 22,8 %).

La presente investigación se centra en uno de los epicentros de producción de alimentos en Argentina: el cinturón o cordón productivo florihortícola platense, ubicado en el periurbano de la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires. Al igual que en gran parte de los cordones productivos del país, la migración boliviana y del norte de Argentina se ha conformado en él como un actor protagónico (Benencia 2009). Esta población interviene en todas las etapas del proceso: producción, logística y comercialización en puestos, ferias y verdulerías (Trpin y Pizarro 2017).

Quien se adentra en este cordón productivo puede quedar sorprendido por su particular configuración territorial, que algunos autores han denominado *naturaleza plástica* (García 2011), en referencia a la sobrepoblación de invernáculos (estructuras de nailon en las que se cultiva), de recipientes de herbicidas e

insecticidas, y de las agronomías y plantineras en las que esos productos se dispensan. En este escenario, pueden verse, además, comedores paisanos, comercios en los cuales se expende ranga, saice o sopa de maní y se escuchan cuecas o caporales, así como legumbrerías, locales especializados en la venta de legumbres, donde se encuentran variedades de maíz, porotos, habas, papas y otros alimentos de procedencia boliviana difíciles de hallar en el resto de las ciudades.

El argumento de esta pesquisa es que la conformación migratoria del cordón productivo, a través de los comedores y legumbrerías (entre otros espacios), tensiona el proceso de homogeneización y estandarización alimentaria mencionado por medio de estrategias de reproducción, recreación, diversificación y transformación de diferentes cocinas de Bolivia, que son, a su vez, un elemento clave en la reproducción del sector. La argumentación se estructurará en cuatro secciones. En primer lugar, se expondrá el enfoque teórico-metodológico que la sustenta. A continuación, se abordará el tema de la migración boliviana en términos generales, con un énfasis particular en su presencia en el cordón productivo platense. En tercer lugar, se desarrollará el análisis etnográfico. El artículo finaliza con una sección de conclusiones.

Estrategia teórico-metodológica

La estrategia teórico-metodológica es etnográfica, dado que la etnografía permite “documentar lo no documentado” (Rockwell 2009, 66) de los espacios de consumo alimentario del cordón florihortícola platense, el aprehender una porción de este mundo social mediante un análisis centrado en las perspectivas nativas, para integrarlas coherentemente en los resultados de la pesquisa (Balbi 2012). En este sentido, la etnografía posibilita dar cuenta de las prácticas cotidianas y de cómo las personas resignifican continuamente su mundo recuperando la relación entre lo local y lo global (Restrepo 2016).

Se ha realizado trabajo de campo desde el año 2021 con productores de flores, frutas y hortalizas del cordón productivo platense. Para los fines de esta indagación, se usaron las siguientes técnicas de investigación: observación participante, entrevistas antropológicas abiertas, en profundidad y semiestructuradas (Jociles Rubio 1999), y etnografía virtual mediante tecnologías digitales (Hine 2000), como la recopilación de contenidos compartidos en redes sociales (por ejemplo, relevamiento de estados y grupos de WhatsApp). Se visitaron nueve comedores localizados en poblados del cordón productivo platense: uno en Lisandro Olmos, dos en Colonia Urquiza, uno en Etcheverry, uno en Abasto y cuatro en Arturo Seguí, y

cuatro legumbres: una en Lisandro Olmos, una en Abasto y dos en Arturo Seguí. Los comedores y legumbres localizados en este último poblado se encuentran dentro de un espacio ferial mayor, el Complejo Yoel (figura 1).



Figura 1. Ubicación de comedores y legumbres

Fuente: elaboración propia.

Este artículo hace parte de una investigación mayor que se encuentra en curso, en la cual se estudian los cruces entre la alimentación y la agroecología en este sector productivo, por lo que los resultados que se exponen no son concluyentes, sino parciales. Todos los participantes fueron informados sobre el estudio en general y, en todos los casos, se sustituyeron los nombres originales de las personas por otros ficticios para preservar la confidencialidad.

El marco teórico de esta investigación está constituido por la antropología alimentaria (Aguirre 2010; Contreras 2019; Fischler 1995; Goody 2000; Gracia Arnaiz 2014; Mintz 2003) y por la antropología de la migración (Benencia 2009; Courtis y Pacceca 2010; Parella 2007; Pizarro 2014; Sassone 2009; Sayad 2010), así como por su intersección. El estudio de los procesos alimentarios en contextos migratorios permite reflexionar sobre la alimentación en toda la sociedad (Kaplan y Carrasco 1999), dado que dichos procesos reflejan dinámicas de transformación, asimilación e integración con impactos en la calidad de vida de migrantes y locales (Koc y Welsh 2014).

Algunas lecturas (Calvo 1982; Contreras y Gracia Arnaiz 2005; Fischler 1995) señalan que la alimentación suele ser uno de los últimos aspectos de la

identidad que se modifican al migrar, puesto que las personas no abandonan ciertas prácticas, sino que crean las condiciones para recrearlas en sus sociedades de destino, a modo de un *continuum alimentario* (Calvo 1982). No obstante, determinadas preferencias pueden abandonarse con facilidad en favor de hábitos locales (Mintz 2003). Esto desafía postulados esencialistas sobre la existencia de prácticas alimentarias “auténticas”, pues subraya su dinamismo y flexibilidad (Piaggio y Solans 2014; Solans y Piaggio 2018).

En el contexto canadiense, Koc y Welsh (2014) destacan que *sentirse en casa* implica el acceso a una alimentación no solo nutricionalmente adecuada, sino también culturalmente significativa. Vázquez Zúñiga (2023) aborda el tema de la migración a través del estudio de restaurantes mexicanos en Canadá como espacios de transmisión culinaria. En Estados Unidos, Matus (2007 y 2009) analiza la deslocalización, la mercantilización y el aprovisionamiento de la cocina mexicana en establecimientos comerciales y su papel en la resignificación identitaria, mientras que Pizarro Hernández (2010) y Vázquez Medina (2015) exploran la *nostalgia culinaria* en los circuitos transnacionales de mexicanos.

Imilan y Millaleo Hernández (2015) investigan sobre la *migración gastronómica* en torno a peruanos asentados en Santiago de Chile y distinguen dos esferas: una privada, vinculada a la construcción de un sentido de hogar, y otra pública, que define la producción de la gastronomía migrante a través de una identidad puesta en escena y comunicada a la sociedad de acogida. Es esta última dimensión la que se abordará en la presente investigación.

En Argentina, Archetti (2000) analiza el aporte de la población migrante a la cocina nacional y su incorporación en modelos de hibridación como un conjunto de marcadores étnicos. En Buenos Aires, Delmonte (2018) estudia la relación de comida e identidad entre migrantes chinos y coreanos; Daza Vargas (2019) investiga la *comensalidad* entre la población colombiana, y Solans (2016), enfocándose en mujeres bolivianas, paraguayas y peruanas que residen en la ciudad, desarrolla la noción de *paisajes alimentarios*, espacios de interacción entre las personas, los alimentos y los significados que se les atribuyen.

En el área estudiada, el periurbano florihortícola platense, existen algunas investigaciones sobre la temática alimentaria desde perspectivas ajenas a la antropología (Bartoli 2021; Vera 2022), mientras que los estudios dentro de esta disciplina son aún incipientes. Entre ellos, se destaca el trabajo de Sammartino *et al.*, que analiza un dispositivo de formación de promotores de alimentos entre productores del cordón y plantea que “comer bien es tener la tierra” (2021, 115). El

presente artículo abordará la intersección entre alimentación y migración en este espacio productivo, en diálogo con los aportes disciplinares señalados.

Migración boliviana en el cordón productivo platense

Desde finales del siglo XX e inicios del XXI, los migrantes bolivianos han ejercido el predominio en la producción y en la comercialización de la horticultura en fresco (Trpin y Pizarro 2017). A lo largo de estas décadas, las familias provenientes de departamentos como Tarija, Potosí y Cochabamba contribuyeron directamente a la reestructuración y conformación de cinturones verdes en la Argentina, a través de la producción de hortalizas para el consumo (Benencia 2009). Este proceso, denominado *bolivianización de la horticultura*, se ha observado en la mayoría de los cinturones verdes de las grandes ciudades del país (Benencia 2006).

La especialización laboral de los migrantes bolivianos en la horticultura en Argentina puede ubicarse dentro de las discusiones más amplias sobre la segmentación de los mercados laborales, que asignan a ciertos trabajadores, incluidos los migrantes, las posiciones más precarias y vulnerables por el hecho de compartir un conjunto de características consideradas innatas por su nacionalidad (Pizarro 2012). Los migrantes bolivianos, procedentes de sectores campesinos y urbanos pauperizados en su país de origen, se insertaron a su llegada a Argentina en mercados de trabajo informales destinados a inmigrantes (Sayad 2010), como la construcción, la industria manufacturera, el comercio, los servicios de cuidado y, como en el caso de estudio, la agricultura.

Sin embargo, esta migración no implica la suspensión o el quiebre de las relaciones con Bolivia: el mantenimiento de vínculos con su país impulsa y completa el proceso de circulación por el territorio argentino, y permite la incorporación de los no migrantes a la comunidad transnacional (Pizarro 2014). La mano de obra suele ser reclutada por los propios patrones en sus periódicos regresos a la comunidad de origen, con lo cual se constituye un mercado de trabajo conformado por parientes o vecinos provenientes de allí, los paisanos (Benencia 2006). En este sentido, puede decirse que la migración boliviana tiende a ser de grupos familiares que organizan su traslado e instalación con la asistencia de redes de paisanos ya establecidas, que los ayudan en el alojamiento y la búsqueda de trabajo (Courtis y Pacecca 2010). El fortalecimiento de estas redes es un elemento fundamental para los migrantes por la generalización de préstamos entre familiares y paisanos y porque, a través de retornos periódicos, pueden enviar remesas y hacer inversiones a partir de sus ahorros (Sassone 2009).

El cinturón o cordón productivo florihortícola platense está ubicado en el periurbano de la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina. Reconocido por ser el más tecnologizado del país (García 2012), es, además, uno de los más capitalizados e importantes por la cantidad de establecimientos productivos y el volumen de su producción, que provee de hortalizas, flores y algunas frutas a los habitantes del Gran Buenos Aires, y se exporta hacia otras provincias (Benencia 2009).

Este lugar se caracteriza por una estratificación muy marcada, dado que apenas el 1% del total de la mano de obra posee tierra propia (Benencia 2006). La complejidad de las figuras laborales ha sido descrita como una *escalera boliviana* (Benencia y Quaranta 2006): los migrantes, primero, se introducen en la estructura productiva como peones o jornaleros (pago por día); ascienden a porcentajeros (reciben solo el 30% de las ganancias, no participan de las inversiones); luego se convierten en medieros o medianeros (distribuyen ganancias e inversiones mitad y mitad con el dueño de la tierra), y, finalmente, en arrendatarios (cuando pueden pagar por el alquiler de la tierra y la totalidad de las inversiones, y obtienen toda la ganancia). El 90% de los productores son arrendatarios bajo contratos irregulares, lo cual imposibilita la construcción de viviendas permanentes, dada la transitoriedad impredecible de su residencia. El último peldaño de la escalera, la adquisición de la tierra propia, se ha visto frenado desde hace casi dos décadas por sus altos costos.

En este cordón productivo, la unidad doméstica coincide con la productiva, aunque dentro de un mismo predio puedan convivir distintas personas vinculadas por parentesco, y cada familia cuente con su parcela (figura 2). Estas parcelas se denominan habitualmente *quintas* y tienen una extensión de entre 1 y 2 hectáreas por unidad doméstico-productiva; albergan un tipo de producción predominante conocida como *convencional*, palabra que denomina la utilización del paquete tecnológico, con poca diversidad productiva, dado que la producción se destina al mercado. Esto hace que la exposición a los tóxicos de los insumos que utilizan sea permanente, lo que tiene graves efectos en la salud de los trabajadores. En este sector se concentra más del 60% de las estructuras de invernadero del país y cerca del 79% de su superficie cubierta (Gobierno de la Provincia de Buenos Aires 2005). Con estas estructuras de madera recubiertas con polietileno se busca controlar el ambiente, y demandan y dependen de un gran volumen de agroquímicos (García 2011). Las jornadas de trabajo, según sea temporada invernal o estival, son de entre ocho y dieciséis horas, y las labores realizadas bajo cubierta o a campo abierto son extremadamente duras, puesto que exigen soportar frío, lluvias, heladas y sol directo (Lemmi y Muscio 2023). Existe un alto

grado de exclusión y pobreza; las condiciones son severas, los servicios, escasos, y no hay agua potable (Fernández 2018; Lemmi *et al.* 2020).



Figura 2. Espacio bajo cubierta (invernadero) de una quinta del cordón productivo platense

Fuente: fotografía tomada por la autora.

Investigaciones previas en este lugar (Rispoli *et al.* 2014; Waisman y Rispoli 2023) estudiaron distintos espacios de sociabilidad entre migrantes bolivianos, como clubes, ferias, festividades y festejos. Estos trabajos dan cuenta de la clara impronta étnico-nacional de esos espacios propios y de los vínculos socioculturales que establecen en ellos las personas y a través de los cuales ponen en acción la producción del sentido de pertenencia a una comunidad. Los estudios identifican estos lugares como centrales para la satisfacción de expectativas de ocio y sociabilidad de la colectividad, lo que segmenta su consumo, y, aunque en su mayoría estén atravesados por una lógica comercial, para la reproducción cultural de los migrantes (Waisman y Rispoli 2023). Esta investigación retoma estos aportes previos, pero se focaliza en los espacios alimentarios.

Los espacios públicos alimentarios del cordón productivo platense

Acerca de comedores paisanos y legumbrerías

En algunas de las esquinas más transitadas de los poblados del periurbano productivo platense es usual encontrar comedores donde se venden comidas vinculadas a Bolivia. La escena se caracteriza por un puesto con mesas y sillas de plástico, adentro o afuera, y sonido de radio (boliviana, salteña, jujeña) o cuecas, caporales o cumbia boliviana, en algunos casos con videos alusivos al país proyectados desde un televisor. Suelen tener carteles pintados a mano, que recitan “Comedor...” y un apodo, nombre personal o geográfico: Leandro, El Paisa, La Tarijeña, Gusto Tradicional o Los Hermanos. Es usual que el cartel sea acompañado por un pizarrón en el que se lee el nombre del lugar, así como las preparaciones del día: “Hoy se sirve”, “Menú del día”, etc. Además, en la fachada pueden verse personas dibujadas (mujeres vestidas de *chapacas* bailando), banderas de Bolivia o la wiphala (figura 3). Las mesas y sillas suelen estar muy agrupadas entre sí, lo cual dificulta el paso de las personas por el lugar. También hay una o dos mozas o mozos, que van y vienen de la cocina, y en ocasiones participan también de la preparación del menú. Ellas recitan las preparaciones de memoria al acercarse a la mesa de quien se sienta y, de igual forma, recuerdan los pedidos sin escribirlos. En el caso de la feria Complejo Yoel, dado que agrupa varios comedores en un mismo espacio, se solapa la música de unos lugares con la de otros. En general, algunas bebidas se exponen en heladeras con mostrador y otras en vasos de vidrio sobre la mesada para demostrar el contenido. El baño suele estar dentro del propio espacio (salvo en los comedores de la feria Complejo Yoel, que tienen uno en común afuera) y no tener cadena, pues el mecanismo de desagüe consiste en tirar el agua con un balde.

Las legumbrerías constituyen establecimientos comerciales dedicados a la venta de legumbres, semillas, variedades de maíz, papas y otros alimentos, incluyendo insumos para repostería y artículos de quiosco, como golosinas, jugos, *snacks* y dulces (figura 4). En algunos casos, estos locales también ofrecen productos de almacén o cotillón. La comercialización de legumbres, maíces, papas y *snacks* salados se realiza a granel, en bolsas fraccionadas por kilogramo. Estos establecimientos suelen identificarse mediante carteles con la inscripción “legumbrería” en su fachada, los cuales, en ciertos casos, incorporan representaciones gráficas de mujeres vestidas como *chapacas*, en alusión a Tarija (Bolivia), o ilustraciones de montañas, maíces, legumbres, frutas.



Figura 3. Cartel de comedor en Arturo Seguí

Fuente: fotografía tomada por la autora.



Figura 4. Legumbrería en Lisandro Olmos, La Plata

Fuente: fotografía tomada por la autora.

Las legumbres son particularmente frecuentes en la región andina de Sudamérica, mientras que, en el partido de La Plata, Argentina, este tipo de comercios y su nominación resultan inusuales. Por el contrario, en dicho contexto, las tiendas dietéticas adquieren mayor reconocimiento como espacios de venta de alimentos secos fraccionados por gramos, aunque se diferencian por su énfasis en productos con especificidades dietarias (proteicos, veganos, libres de gluten o sin lactosa). Si bien este estudio no profundiza en dicha cuestión, resulta pertinente señalar la correlación entre las dietéticas en áreas urbanas argentinas y las legumbres en entornos rurales. Se puede considerar que el término *legumbrería* y los productos y prácticas que engloba migran junto con las poblaciones que arriban a La Plata, lo que refleja la movilidad alimentaria que proponemos analizar.

Si bien todos estos lugares se encuentran en el espacio productivo del cordón platense, lo cual expresa una estrecha relación entre la comensalidad y los contextos de producción, en algunos casos este vínculo es más explícito, pues los negocios están ubicados en medio de las unidades doméstico-productivas. Esto era así en los locales del Complejo Yoel de Arturo Seguí, en los dos comedores de Colonia Urquiza y en el de Etcheverry, que tenían invernaderos adyacentes al espacio de feria, donde incluso se podían divisar tareas productivas mientras se consumían alimentos.

Entre las preparaciones habituales están las sopas de maní y de chuño (papa deshidratada), el saice (guiso a base de carne de res picada o molida, chicha, papa, arveja, ají colorado, con criolla), la ranga (panza de res, con un sofrito de ají amarillo, y papa hervida, con criolla), el picante o ají de pollo, el ají de lengua, el falso conejo (pollo empanizado y frito, junto con una salsa agridulce), el guiso de mote (mote es el grano de maíz seco, hervido en agua con su cáscara), el pique a lo macho (que combina carne, papas fritas, cebolla y tomates, huevos duros y ají), la papalisa (variedad de papa muy popular de Bolivia), el chicharrón (trozos de carne de cerdo fritos), el anticucho (trozos de carne maridados con una mezcla de vinagre, ajo y especias, que se ensartan en un palillo), la salchipapa (papas fritas con salchichas), las empanadas (de carne frita y al horno), la sopa de chairó (hecha con chuño, papa dulce, carne de cordero, carne de res deshidratada, habas o arvejas y mote pelado), el mondongo chuquisaqueño (cuyo ingrediente principal es la carne de cerdo), el chorizo tarateño (carne de cerdo dentro de tripas de cordero y mote de trigo o de maíz) y la arvejada (arvejas, carne de cerdo, zanahorias y papas).

Todas estas preparaciones tienen procedencias regionales y provinciales diversas, desde los valles hasta los Andes bolivianos. Se encontró una gran variedad de tipos y cortes de carne, algunos a la parrilla, al vacío o al horno, como el bife,

el lechón, la costilla y el pollo. También se ofrece milanesa y, en menor medida, tallarines, pizzas (muzzarella, especial, napolitana), hamburguesa y sándwiches. Respecto a las bebidas, podían encontrarse dos espacios donde se exhibían: en una heladera con vidriera en la que se veían aguas saborizadas, cervezas y gelatinas de colores, y sobre el mostrador o mesa principal, en donde solía haber baldes con bebidas naturales, tapados con repasadores que encima tenían vasos de vidrio llenos con la variedad de jugos: de lino (linaza), de pelón (mocoquinchi), de maní y de soya.

En el trabajo de campo, se encontró una abundante cantidad de preparaciones con distintos cortes de carne (cerdo, cordero, res, pollo), condimentos (ají amarillo, vinagre, especias), papas (dulce, papalisa), cereales (trigo, maíz, mote), semillas (lino, maní), y verduras y hortalizas (arvejas, habas, tomates, cebollas, zapallos). También, diversas formas de cocción: graneado, hervor, sofrito, frito, empanado, maridaje, deshidratado, etc. La variedad se expresaba en la procedencia y tradición culinaria de distintas regiones bolivianas, que, como ya se mencionó, comprenden desde los valles hasta el altiplano, la región de Cochabamba, la de Chuquisaca o la de Tarija.

Además de estas preparaciones, aparecían otras que no responden necesariamente a una tradición boliviana, pero que sí eran consumidas y demandadas por quienes asistían a los comedores: milanesa o cortes de carne al horno, vacío o parrilla, pizza, hamburguesa o pastas. En este sentido, las sopas y secos de los valles o los Andes bolivianos se diferencian de la comida seca de las tradiciones culinarias urbanas argentinas, que incluyen milanesas, pizzas y tartas; el consumo de estos últimos alimentos hace parte de los aprendizajes en el lugar receptor (Solans 2016).

Entre paisanos, parientes y personas de los barrios

Amanda era una mujer de veintisiete años que, desde su llegada de Bolivia a los dieciséis y hasta los veintitrés años, había trabajado en un comedor como ayudante de cocina. Ella comentó lo siguiente respecto a uno de los comedores de Colonia Urquiza y su dueña:

Esta señora era amiga de mi mamá, del mismo pueblo de Bolivia, entonces ya nos conocía, y le dijo a mi mamá si alguna de nosotras [de sus hermanas] quería trabajar con ella en el comedor, porque la ayudante se había ido, y me postulé. No sabía nada de cocina. Lo sufría al principio porque había que sacar rápido

y en cantidad, pero todo aprendí con ella. Muchos años estuve ahí, hasta que volví a la quinta, porque ella se puso una legumbrería en Abasto [otro poblado]. (Entrevista, abril de 2024)

Este recorte da cuenta de las redes de paisanaje explicadas al comienzo de este artículo, la iniciación en un trabajo remunerado a una corta edad y la vinculación entre el trabajo productivo en las quintas y en el comedor. Además, Amanda explicó que experimentó una transformación diacrónica en sus ocho años en esta labor:

Al tiempo que empecé a trabajar, llegaron a comer argentinos que pedían milanesa, matambre, pizza. Eso hizo que tengamos que incorporar esas recetas a las que comían los paisanos que ya conocíamos, y eso hizo que los paisanos también pidieran pizza o milanesa. (Entrevista, abril de 2024)

Esto fue ampliado por Analía, una joven de veinticuatro años que trabajaba de moza en uno de los comedores de Colonia Urquiza y, además, era hija de la dueña: “Lo que más vienen a buscar es la comida nuestra, saice, ranga, sopa de maní, pero también llevan a veces alguna milanesa, por eso siempre hacemos” (registro de campo, julio de 2024).

Estos negocios se constituían como una estrategia de diversificación laboral o pluriempleo, por la cual los dueños o sus parientes trabajaban en la quinta y alternaban la producción con la cocina uno o dos días a la semana. En el caso de los comedores, esto se registró en los dos de Colonia Urquiza y Etcheverry, donde los negocios estaban construidos dentro de la unidad productiva, con madera y nailon, y a veces decorados con plantas y algunas pinturas. Eulalia, una mujer de 48 años empleada en el comedor de Etcheverry, durante la semana trabajaba en su quinta, pero los domingos abría el comedor (luego de realizar la carga de su producción hortícola a primera hora de la mañana) y ofrecía una o dos preparaciones para otros quinteros de la zona (registro de campo, junio de 2023). En otros casos, como comentó Analía, se distribuían las tareas entre los integrantes de la unidad doméstica, algunos en el comedor, otros en la quinta (registro de campo, julio de 2024). En ocasiones, la combinación entre actividades productivas y de cocina en un mismo predio (la quinta) fue el comienzo del emprendimiento familiar, pero, con el correr del tiempo, terminó desplazando la actividad productiva en las quintas y llevando a alquilar un local, como en el caso de los comedores de Lisandro Olmos o Abasto. Por su parte, las legumbrerías reclamaban una atención diaria y de horario continuado, por lo que quienes trabajan allí habían interrumpido su

actividad productiva, aunque esto no implica que sus familias no alternen con trabajo en las quintas.

Quienes inauguraban estos espacios, comedores y legumbreserías, solían ser migrantes bolivianos que organizaban el trabajo a través de la unidad familiar y las redes de paisanaje. Por lo general, atendían al público mujeres de entre veinte y veinticinco años, bolivianas o hijas de bolivianas, aunque, en algunos casos, se encontraron hombres de entre cincuenta y sesenta años, especialmente en los comedores, dueños de los locales (en Lisandro Olmos y el Complejo Yoel) o meseros (en Abasto). Estas personas estaban vinculadas con los dueños del comedor o la legumbresería por parentesco (hijos, sobrinos, nietos), por lazos de paisanaje o como trabajadores de la misma quinta o de una cercana.

Según Analía, los comensales eran principalmente quinteros y camioneros: “Siempre vienen de varios, cinco o seis, que son parientes y no tienen tiempo de cocinar; por ahí piden un par de platos y se comparte entre familia” (registro de campo, julio de 2024). Esto se advirtió en distintos momentos: platos que circulaban en una misma mesa entre quienes estaban sentados (registros de campo, noviembre de 2023 y marzo de 2024). Amanda añadió a esto que asisten muchos camioneros, que son en su mayoría paisanos o exquinteros, y están encargados de la logística de todo el cordón productivo, dado que los comedores quedan de pasada entre las rutas y los lugares de recogida de la producción en las quintas: “De tardecita noche se llena de camioneros” (registro de campo, febrero de 2024).

Solana, de 38 años, trabajaba en el Complejo Yoel hacía varios años y había aprendido mucho de la dinámica de los comedores que hay allí. En diálogo con ella, comentó que, aunque no haya dinero, el consumo predominante en la feria era el de la comida:

Aquí vienen los quinteros, pero también de los barrios; por ahí al comedor va más el paisano que conoce, pero también hay puestos de panchos, hamburguesas o salchipapa que todos los chicos comen. Los que hacen carga los domingos bien temprano después vienen. (Registro de campo, julio de 2024)

La referencia a *los barrios* designaba espacios habitados por personas que no eran quinteras y se asociaban a sectores bajos urbanos, pero no a migrantes. A diferencia del resto de los comedores y legumbreserías, los ubicados en el Complejo Yoel habilitaban ese intercambio entre migrantes y no migrantes, aunque, como dice Solana, las personas de los barrios no consumían la comida paisana, salvo en los puestos de comida rápida, como panchos, hamburguesas o salchipapa.

Transformación del cordón productivo y aumento de estos espacios

La cantidad de comedores y legumbrerías en el periurbano productivo platense ha ido en aumento en los años recientes, como expresó una mujer: “¡Ni siquiera en Tarija hay tantos!” (registro de campo, abril de 2024). Esto fue referido en una charla con mujeres, mientras dialogábamos sobre sus historias de migración al llegar a La Plata:

Tomasa: Antes no había comedores, ni legumbres, ahora hay almacenes, hay legumbrería, ¡ahora hay más comedores acá que en Bolivia!

Elodia: Cuando yo llegué, nadie había, algunos paisanos, pero te hacías la comida con tu familia, en tu casa. Ahora, si vos no querés hacer, ya sabés en los lugares que podés conseguir. (Registro de campo, abril de 2024)

Tomasa era una mujer tarijeña de 46 años, que otra tarde comentó: “Ahora hay puestos y negocios acá en Abasto, antes no había, no había nada de legumbres y ahora hasta los mismos paisanos pusieron, y a veces entran y preguntan para qué lo podemos usar, porque no saben” (entrevista, abril de 2024). Esta transformación diacrónica se relacionaba con lo que comentaba Trifona, una mujer de 45 años, en cuanto a las advertencias que recibió antes de migrar a Argentina: “Ahora hay mucho comedor, antes no había. Mi hermano me dijo: ‘Vos tus comidas que comés aquí, allá [en relación a Argentina] no vas a probar’ [...]. Ahora sí hay, pero cuando vine recién no había, era todo con pan..., todo pan” (entrevista, abril de 2024).

El aumento de los comedores y legumbrerías debe enmarcarse en las transformaciones productivas que atravesó el cordón productivo platense y en la centralidad ganada por los migrantes bolivianos en su estructura. Retomando los aportes sobre espacios de sociabilidad en el sector (Waisman y Rispoli 2023), en estos lugares se pone en juego un *nosotros* que refuerza la producción del sentido de pertenencia a una comunidad. En el campo alimentario, esto ocurre al calor de dinámicas de integración y exclusión, valorización y desvalorización, que, en esta pesquisa, se organizan en tres movimientos.

En primer lugar, la exclusión y el rechazo de la comida paisana se expresaban en formas explícitas, en instancias de discriminación: “Algunos dicen: ‘Yo no comería mote, porque eso es para las gallinas’” (Tomasa, entrevista, abril de 2024), y también en manifestaciones menos explícitas, que se materializaban en el pudor o silenciamiento: “Hasta vergüenza de comprar tienen algunos paisanos” (registro de campo, abril de 2024). Desde el periodo colonial, las tensiones sociales se

reflejaron en la jerarquización de cocinas y productos nativos según la perspectiva de los conquistadores. A través de discursos legitimados científicamente, se inculcó un complejo de inferioridad que desvalorizó ciertos alimentos, considerados sucios o incivilizados, lo cual llevó a la marginación y erradicación de cultivos tradicionales en favor de especies europeas (Contreras y Gracia Arnaiz 2005). Saldarriaga (2015) destaca que, en los siglos XVI y XVII, la alimentación marcaba diferencias sociales: mientras los indígenas podían acceder a productos europeos si tenían recursos, los españoles solo consumían alimentos indígenas tras un proceso de resignificación culinaria o simbólica. Así, estos discursos alimentarios no solo reflejaban ideologías coloniales, sino que servían como herramientas del racismo en el proceso de dominación.

Lo anterior apunta al segundo movimiento, por el cual, junto a los procesos de desvalorización de la comida boliviana, se produce la valorización y, en ocasiones, exaltación de la comida de la sociedad receptora, *criolla* o *argentina*, asociada con los fetiches del prestigio, la modernidad y el progreso. A través del análisis digital, se encontró en redes sociales la expresión de orgullo por la comida ultraprocesada y rápida, como hamburguesas, papas fritas, pizzas o sándwiches de milanesa, especialmente entre los niños, la primera generación familiar totalmente criada en Argentina:

Es que los niños te piden lo que ven en la escuela o en la publicidad, y, cuando les damos comida nuestra, no les gusta o les cae mal porque no están acostumbrados. Ellos quieren chicitos, golosinas, papitas, hamburguesas, pizza, todo así. (Registro de campo, diciembre de 2022)

Todo esto, además, es retroalimentado con el deseo de inclusión en dicha sociedad y sus marcas de consumo (Caimmi 2024). Aguirre (2010) sostiene que el prestigio de los alimentos no es inherente a ellos, sino que es construido culturalmente, en una transformación valorativa que oculta las estructuras de clasificación y normas que rigen las prácticas alimentarias. La autora señala que, por ello, los alimentos no solo nutren, sino que también indican la posición social del comensal, en cuanto productos de procesos vinculados con la globalización, que homogeneiza patrones alimentarios y redefine significados como el del prestigio (Koc y Welsh 2014). Un ejemplo de ello surge del análisis de Contreras y Gracia Arnaiz (2005) sobre la transformación de la dieta andina desde el siglo XX, en la cual el consumo de alimentos comprados (como azúcar, fideos, aceite, arroz y bebidas azucaradas) responde tanto a la insuficiencia de la producción local como a preferencias en las que han influido factores de prestigio.

En tercer lugar, se dan simultáneamente momentos de valorización de la comida paisana, asociada a sentimientos de añoranza y nostalgia: por redes sociales, en especial en estados o grupos de WhatsApp, eventualmente se compartían imágenes o recetas de comidas o bebidas bolivianas, como panes, chicha y sopas, y también los recuerdos de quienes las cocinaban: *la mamita* o *la abuelita*. Vázquez Medina (2015) define la *nostalgia culinaria* como un elemento que configura la memoria y la búsqueda de reproducción de sabores de la cocina mexicana en Estados Unidos. Esta nostalgia interviene en la identidad alimentaria transmigratoria, legitimando la creación de una *cocina original* en un nuevo contexto. En el presente artículo, se destaca que estos sentimientos de nostalgia y añoranza están especialmente ligados a las figuras maternas, lo que sugiere que los recuerdos de la tierra natal están generizados (responden a una marcación de género) y se asocian a experiencias de infancia y cuidado.

Un estar en casa en contextos segregadores

Estos lugares se levantan como espacios clave en la constitución de vínculos y reciprocidades entre paisanos quinteros y, en el caso de los comedores, también con camioneros, pues en ellos se refuerzan redes vecinales y de paisanaje que activan el movimiento comercial y socioeconómico en el sector. De esta manera, la presencia de platos considerados tradicionales en los comedores habla no solo de un sentido de pertenencia étnico-nacional, sino también de una fuente de trabajo para vender entre vecinos y paisanos (Canelo 2013).

Retomando a Koc y Welsh (2014), estos espacios públicos y las preparaciones a base de ingredientes de Bolivia posibilitan un *estar en casa* en dos sentidos. Por un lado, al mercantilizar un aspecto de la vida que suele estar restringido al interior del hogar, lo cual, en ciertas ocasiones, se configura como una posibilidad para sostener la comensalidad y los consumos deseados, aunque no se disponga del tiempo para ellos. De allí que el foco en estos espacios permita diluir las fronteras entre el ámbito doméstico y el ámbito público. Por otro lado, se trata de un estar en casa en sentido amplio, porque recrea el hogar previo a la migración. La particular decoración de los lugares, con banderas, música, videos y nombres que aluden a Bolivia, pone en evidencia que la alimentación no es solo lo que se consume, sino toda una serie de sentidos y valores asociados.

Sin embargo, la lectura de los espacios sociales en los que se corporiza el sentimiento de pertenencia a Bolivia corre el riesgo de suponer que, al ser definidos como típicamente bolivianos, conformarían una especie de guetos dentro de

cuyos límites los inmigrantes estarían confinados (Trpin y Pizarro 2017). Primero, estos lugares no son islas, sino que forman parte de una red transnacional, tanto material (personas e ingredientes en circulación) como inmaterial (recetas), que funciona como un puente entre el origen y el destino. Se trata del establecimiento de espacios plurilocales (Parella 2007) que permiten comprender que los inmigrantes se desplazan con sus lecturas y modos de vivir, sentir, actuar y pensar, aprendidos dentro del grupo sociocultural de origen, y que en la experiencia de inmigración reconstruyen la propia historia (Sayad 2010).

En segundo lugar, las legumbres y comedores paisanos no representan una cultura homogénea. Aunque comparten ingredientes y recetas, existen variaciones en cuanto a la sazón, los tipos de fideos o legumbres, y las proporciones de los elementos principales. Además, los platos reflejan diversas tradiciones regionales, desde los valles (como Tarija, con ranga o saice) hasta la región andina (Cochabamba o Potosí, con anticucho, chairo o mondongo chuquisaqueño). Siguiendo a Grimson (1997), quien refiere al concepto de *nueva bolivianidad*, mientras que en el contexto originario las particularidades de los bienes culturales son comprendidas como específicas de regiones, grupos étnicos o clases sociales, en los comedores de La Plata son entendidas de forma genérica como bolivianas o nacionales y, quizás por eso, compartidas por todos, más allá de sus diferencias: la reproducción de ciertos bienes culturales del lugar de origen en el contexto migratorio, como la cocina, se construye sobre un nacionalismo nuevo y diferente al existente en Bolivia. Además, se registra la adopción de ingredientes y prácticas locales: antes que meras reproducciones acríticas, estas prácticas crean nuevas configuraciones culinarias, sociales y laborales en una síntesis entre el pasado en el lugar de origen, la migración y las condiciones actuales de vida en la sociedad receptora (Solans 2016).

En este marco, los comedores y legumbres generan un espacio público de significación compartida que ofrece la oportunidad de recrear las vivencias de la tierra natal (Waisman y Rispoli 2023). Esta reconstrucción de la identidad nacional se da en situaciones sociales que son conflictivas, en lugares que provocan relaciones de discriminación o explotación (retratados en el apartado anterior), así como en ámbitos no conflictivos, pero sí marcados por un sentimiento de marginación o extranjería en un nuevo contexto. Más allá de su condición socioeconómica, todos los migrantes bolivianos sufren algún tipo de exclusión como resultado de uno o de varios mecanismos, entre ellos la segregación residencial, el aislamiento social o la precarización laboral (Trpin y Ciarallo 2016). La exclusión más importante, de origen, remite a su condición político-jurídica, vinculada al momento en que ingresan como migrantes: la normatividad es el eje central que decide las diversas

formas de legitimidad o ilegitimidad de los extranjeros en un territorio y en una sociedad donde no tienen una pertenencia *natural* (Courtis 2009). Esta condición es expresión de los imaginarios que recrean la nacionalidad argentina. La visión hegemónica en Argentina, imbuida de presupuestos racistas, valora positivamente al migrante europeo por ser “blanco, civilizado y dispuesto al trabajo [...]”; en cambio, al migrante limítrofe lo ve como un problema asociado con lo aborigen, salvaje, inculto e indolente” (Solans 2014, 122). Estas situaciones permiten comprender la emergencia y expansión de comedores y legumbrerías en el cordón productivo platense como un mecanismo para contrarrestar los sentimientos de extranjería y discriminación (Colectivo Jiwasa 2009).

El estudio de estos lugares nos coloca de lleno en la distinción analítica entre producción y reproducción, dado que, como cualquier otro sistema productivo, el periurbano platense no opera por fuera de o sin un sistema reproductivo, del cual los comedores y las legumbrerías hacen parte. Es en este contexto que la noción de *reproducción social* emerge como una categoría clave para superar esa dicotomía. Ella es entendida como los procesos y trabajos necesarios para garantizar la continuación de la vida y el funcionamiento de la sociedad, que no se limita solo a la reproducción biológica de la especie, sino que abarca una serie de procesos esenciales para mantener la fuerza de trabajo y la existencia sociocultural misma (Gregorio Gil 2017). Ya en los años setenta, Larguía y Dumoulin (1975) señalaban tres dimensiones de la reproducción social: la biológica, que implica gestar y tener hijos; la cotidiana, que se refiere al mantenimiento y la subsistencia de los miembros de la familia, quienes reponen su energía para seguir ofreciendo su fuerza de trabajo, y la social propiamente dicha, que abarca las tareas dirigidas al mantenimiento del sistema social, particularmente de cuidado y socialización temprana de los niños, lo que incluye el cuidado corporal y la transmisión de normas y patrones de conducta esperados. La alimentación en los espacios públicos del periurbano platense sostiene estas dimensiones. Garantiza la reproducción biológica de las nuevas generaciones, en la medida en que permite gestar y tener nuevos hijos; garantiza la reproducción cotidiana al alimentar a quienes allí viven y trabajan, y también la reproducción social, puesto que da lugar a la socialización y transmisión de valores y conocimientos.

De este modo, en el contexto de estudio, la obsolescencia de la diferenciación entre lo productivo y lo reproductivo se vuelve evidente en el hecho de que los comedores se encuentran dentro de espacios productivos y las personas trabajan cotidianamente alternando entre la quinta y el comedor. Además, esta pesquisa da cuenta de que los lugares vinculados con la alimentación incluyen en su seno esferas productivas y reproductivas, en la medida en que la mercantilización de

los alimentos y cocinas supone un aspecto productivo y, a la vez, en que el consumo alimentario sostiene el ámbito productivo platense al permitir la reproducción de los trabajadores de este sector.

Para finalizar, cabe resaltar que los comedores y legumbrerías resignifican y reconstruyen la alimentación en este periurbano argentino, con lo cual contribuyen a la discusión sobre la homogeneización alimentaria planteada al inicio, un aspecto fundamental de las realidades sociales contemporáneas. La diversidad de ingredientes, técnicas y preparaciones que se ofrecen en estos espacios constituye un valioso aporte a la sociedad argentina, en especial si se consideran las métricas alimentarias señaladas en la introducción. No obstante, los procesos de segregación y discriminación obturan la posibilidad de expandir el debate, pues impiden que estas cocinas contribuyan a repensar los consumos alimentarios en el país receptor.

Reflexiones finales

En los párrafos precedentes se han analizado dos espacios públicos alimentarios, los comedores paisanos y las legumbrerías bolivianas, situados en un contexto productivo y migrante, el cordón platense argentino. La etnografía permitió caracterizarlos en su conformación sociohistórica, espacial, laboral y alimentaria, y comprender las redes sociales entre parientes, paisanos y otros sujetos, como los camioneros y la gente de los barrios, que también hacen parte del entramado social lugareño.

La creciente emergencia de los comedores y legumbrerías en los últimos años denota la habilidad de reapropiación, resignificación y reformulación de un sentido alimentario en común, que se levanta al calor de diferentes dinámicas de valoración alimentaria. Se trabajó particularmente en torno a tres: por un lado, las demarcaciones respecto a la depreciación e inferioridad de los alimentos considerados bolivianos; por otro lado, aquellas vinculadas con la valorización y el prestigio de los ultraprocesados del lugar de acogida, y por último la presencia simultánea de sentimientos de añoranza y nostalgia alimentaria del lugar previo a la migración, generizados en relación con madres o abuelas. Lo mencionado configura una identidad alimentaria moldeada por procesos de integración y pertenencia, pero también por prácticas de exclusión, distanciamiento, discriminación y racismo en el contexto de acogida. Los comedores y las legumbrerías no son resultado de una identidad alimentaria ahistórica que migra con las personas, sino de una tendencia más amplia de recreación de una identidad nueva, que condensa aspiraciones, sueños, necesidades y desafíos compartidos.

Entendidos como parte de una estrategia migratoria boliviana transnacional, que involucra la circulación material e inmaterial de personas, ingredientes y recetas, los comedores y las legumbrerías posibilitan estar en casa. Recrean las cocinas domésticas, lo cual permite diluir bordes estáticos entre el ámbito privado y el público, y también el hogar previo a la migración, mediante preparaciones, banderas, música y nombres que aluden a Bolivia, sus olores y sabores.

Lo anterior implica disolver fronteras analíticas que se han levantado para diferenciar esferas productivas y reproductivas. Eso queda en evidencia al observar que los espacios descritos están efectivamente ubicados dentro de unidades doméstico-productivas, al reflexionar sobre la mercantilización de ingredientes y preparaciones que despliegan un extenso circuito comercial y al advertir la circulación de trabajadores entre las quintas y los comedores. Además, la disolución de las fronteras analíticas se vuelve notoria porque estos lugares, tradicionalmente considerados como parte de la esfera reproductiva, posibilitan la existencia productiva en ellos, y también por su aporte a la reproducción física y sociocultural de quienes allí trabajan, con lo cual se constituyen como espacios de deseo y de disfrute.

La existencia de comedores y legumbrerías representa un proceso potencialmente valioso en la configuración alimentaria de Argentina, ya que no solo contribuye a la diversificación de ingredientes y preparaciones, sino que también permite recuperar una relación estrecha con la historia y la memoria regional de sectores que forman parte del país. Comedores y legumbrerías se despegan de la generalizada estandarización y homogeneización alimentaria, cuyas marcas recaen en el cuerpo individual y social argentino. No obstante, el proceso más amplio de segregación y la matriz racista presente en la sociedad de dicho país impiden que estos espacios puedan ser reconocidos como elementos transformadores de los patrones de consumo.

A lo largo de estas líneas se presentó un aporte a las discusiones de la antropología alimentaria, de la migración y del cruce entre ambas. Siendo este escrito un avance de una investigación, lo postulado deja sentadas líneas por profundizar. Primeramente, partiendo de la heterogeneidad de estos espacios alimentarios, es necesario indagar sobre las formas específicas en que se amalgamaban preparaciones de distintas regiones de Bolivia con las comidas predominantes en Argentina. A la vez, considerando el contexto de estandarización alimentaria mundial, junto a la agravada situación alimentaria argentina, se hace urgente revisar detenidamente los cambios sucedidos en los últimos meses y evaluar la importancia de estas cocinas ante un panorama crítico para toda la población.

Agradecimientos

A los productores y las productoras que han sido mis maestros en estos últimos años. A mis directoras y equipos de investigación, por la calidez de su constante apoyo. Con enorme orgullo, a la universidad pública y al sistema científico nacional de Argentina.

Referencias

- Aguirre, Patricia.** 2010. “La construcción social del gusto en el comensal moderno”. En *Comer: una palabra con múltiples sentidos*, de Patricia Aguirre, Mónica Katz y Matías Bruera, 13-63. Libros del Zorzal.
- Archetti, Eduardo.** 2000. “Hibridación, pertenencia y localidad en la construcción de una cocina nacional”. *Trabajo y Sociedad: Indagaciones sobre el Empleo, la Cultura y las Prácticas Políticas en Sociedades Segmentadas* 2 (2). <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/ARCHETTIFINAL.htm>
- Attademo, Silvia, Lisandro Fernández y Soledad Lemmi, comps.** 2023. *Periurbano hortícola del Gran La Plata: reconfiguraciones en las tramas socioculturales y productivas en el siglo XXI*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata; IdIHCS.
- Balbi, Fernando A.** 2012. “La integración dinámica de las perspectivas nativas en la investigación etnográfica”. *Intersecciones en Antropología* 13 (2): 485-499. <https://www.redalyc.org/pdf/1795/179525429013.pdf>
- Bartoli, Belén.** 2021. “Cambios y continuidades en el consumo de alimentos de horticultores familiares de origen boliviano en La Plata, provincia de Buenos Aires (Argentina)”. Tesis de grado en Ingeniería Agrónoma, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Benencia, Roberto.** 2006. “Bolivianización de la horticultura en la Argentina: procesos de construcción transnacional y construcción de territorios productivos”. En *Migraciones regionales hacia la Argentina: diferencia, desigualdad y derechos*, editado por Alejandro Grimson y Elizabeth Jelin, 135-167. Prometeo.
- Benencia, Roberto.** 2009. “El infierno del trabajo esclavo: la contracara de las ‘exitosas’ economías étnicas”. *Avá: Revista de Antropología* 15: 43-72. https://rid.unam.edu.ar/bitstream/handle/20.500.12219/1590/Benencia_2009_Infierno.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Benencia, Roberto y Germán Quaranta.** 2006. “Mercados de trabajo y economías de enclave: la ‘escalera boliviana’ en la actualidad”. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* 60 (8): 413-432. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/74706>

- Caimmi, Nuria.** 2024. “La desigualdad racial del modelo agroalimentario: análisis en el Gran La Plata”. *Revista Salud Colectiva* 20: e5329. <https://doi.org/10.18294/sc.2024.4899>
- Calvo, Manuel.** 1982. “Migration et alimentation”. *Social Science Information* 21 (3): 383-446. <https://doi.org/10.1177/053901882021003003>
- Canelo, Brenda.** 2013. *Fronteras internas: migración y disputas espaciales en la ciudad de Buenos Aires*. Antropofagia.
- Colectivo Jiwasa.** 2009. “Identidades estratégicas en espacios de migración transnacional”. En Maronese 2009, 81-92.
- Contreras, Jesús.** 2019. “La alimentación contemporánea entre la globalización y la patrimonialización”. *Boletín de Antropología* 34 (58): 30-55. <https://doi.org/10.17533/udea.boan.v34n58a01>
- Contreras, Jesús y Mabel Gracia Arnaiz.** 2005. *Alimentación y cultura: perspectivas antropológicas*. Ariel.
- Courtis, Corina.** 2009. “Inmigración boliviana, encuadre normativo y discriminación”. En Maronese 2009, 315-320.
- Courtis, Corina y María Inés Pacecca.** 2010. “Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Papeles de Población* 16 (63): 155-185. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/186444>
- Daza Vargas, Francisco Javier.** 2019. “Alimentando identidades: construcciones de identidad cultural alimentaria de migrantes colombianos en Buenos Aires”. Tesis de maestría, Flacso Argentina, Buenos Aires.
- Delmonte, Romina.** 2018. “Tradiciones alimentarias y migración: representaciones sobre la cocina coreana en Buenos Aires”. *Question/Cuestión* 1 (58): e036. <https://doi.org/10.24215/16696581e036>
- Fernández, Lisandro.** 2018. “La exclusión social de los agricultores familiares de La Plata: un análisis del periodo 2005-2018”. *Pilquen: Sección Ciencias Sociales* (Centro Universitario Regional Zona Atlántica, Universidad del Comahue) 21 (2): 106-123. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/177072>
- Fischler, Claude.** 1995. *El (h)omnívoro*. Anagrama.
- García, Matías.** 2011. “El cinturón hortícola platense: ahogándonos en un mar de plásticos: un ensayo acerca de la tecnología, el ambiente y la política”. *Theomai* 23: 35-53. <https://www.redalyc.org/pdf/124/12418703003.pdf>
- García, Matías.** 2012. “Análisis de las transformaciones de la estructura agraria hortícola platense en los últimos 20 años: el rol de los horticultores bolivianos”. Tesis de doctorado en Ciencias Agrarias y Forestales, Facultad de Ciencias Agrarias y Forestales, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

- Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.** 2005. Censo Hortiflorícola de la Provincia de Buenos Aires. <https://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/Estadistica/chfba/chfba2005.pdf>
- Goody, Jack.** 2000. *Cocina, cuisine y clase: panorama general*. Gedisa.
- Gracia Arnaiz, Mabel.** 2014. "Alimentación, trabajo y género: de cocinas, cocineras y otras tareas domésticas". *Panorama Social* 19: 25-36. https://www.funcas.es/wp-content/uploads/Migracion/Articulos/FUNCAS_PS/019art03.pdf
- Gregorio Gil, Carmen.** 2017. "¿Por qué hablar de cuidados cuando hablamos de migraciones transnacionales?". *Quaderns-e (Institut Català d'Antropologia)* 22 (2): 49-64. <https://raco.cat/index.php/QuadernselCA/article/view/333113/423967>
- Grimson, Alejandro.** 1997. "Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires". *Nueva Sociedad* 147: 96-107. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/2566_1.pdf
- Hine, Christine.** 2000. *Etnografía virtual*. Editorial UOC.
- Imilan, Walter y Ana Millaleo Hernández.** 2015. "Comer a lo peruano: lugares de la migración gastronómica". En *Rutas migrantes en Chile: habitar, festejar y trabajar*, editado por Walter Imilan, Francisca Márquez y Carolina Stefoni, 99-120. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Jociles Rubio, María Isabel.** 1999. "Las técnicas de investigación en antropología: mirada antropológica y proceso etnográfico". *Gazeta de Antropología* 15. https://www.ugr.es/~pwlac/G15_01Marialisabel_Jociles_Rubio.html
- Kaplan, Adriana y Silvia Carrasco.** 1999. *Migración, cultura y alimentación: cambios y continuidades en la organización alimentaria, de Gambia a Cataluña*. Universidad Autónoma de Barcelona.
- Koc, Mustafa y Jennifer Welsh.** 2014. "Alimentos, prácticas alimentarias y experiencia de la inmigración". En *Enfoques socioculturales de la alimentación: lecturas para el equipo de salud*, compilado por Laura Piaggio y Andrea Mónica Solans, 212-229. Akadia.
- Larguía, Isabel y John Dumoulin.** 1975. "Aspectos de la condición laboral de la mujer". *Casa de las Américas* (La Habana) 15 (88): 45-61.
- Lemmi, Soledad, Melina Morzilli y Andrea Castro.** 2020. "Jóvenes que horticultean, adultos/as horticultores/as: aproximaciones al sentido de juventud en familias migrantes bolivianas que se dedican a la horticultura en el Gran La Plata". *Millcayac: Revista Digital de Ciencias Sociales* 7 (13): 141-172. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/3544>
- Lemmi, Soledad y Luciana Muscio.** 2023. "Hablemos de desigualdad: trabajo y condiciones de vida en el periurbano hortícola platense desde una perspectiva de género". En Attademo et al. 2023, 321-355.

- Maciel de Paula, Nilson.** 2021. “Tendencias a la universalización del consumo alimentario”. En *Alimentación, cultura, nutrición: aportes desde el patrimonio, las políticas públicas y el abordaje de los padecimientos*, compilado por Silvia Benza y Gloria Sammartino, 8-15. Libro digital, DOC.
- Maronese, Leticia, ed.** 2009. *Buenos Aires boliviana: migración, construcciones identitarias y memoria*. Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Matus, Maximino.** 2007. “Chapulines brincando la frontera: empresarios y alimentos oaxaqueños en la arena transnacional”. *Oaxaca: Población Siglo XX* (Digepo) 7 (19): 13-20.
- Matus, Maximino.** 2009. “El ingrediente étnico: alimentos y restaurantes oaxaqueños en Los Ángeles”. *Ruris* 3 (1): 41-69. <https://doi.org/10.53000/rr.v3i1.690>
- Ministerio de Salud de la Nación.** 2019. 2.º Encuesta Nacional de Nutrición y Salud. https://cesni-biblioteca.org/wp-content/uploads/2019/10/0000001565cnt-ennys2_resumen-ejecutivo-20191.pdf
- Mintz, Sydney W.** 2003. *Sabor a comida, sabor a libertad: incursiones en la comida, la cultura y el pasado*. Reina Roja.
- Parella, Sonia.** 2007. “Los vínculos afectivos y de cuidado en las familias transnacionales: migrantes ecuatorianos y peruanos en España”. *Revista Migraciones Internacionales* 4 (13): 150-188. <https://migracionesinternacionales.colef.mx/index.php/migracionesinternacionales/article/view/1170>
- Piaggio, Laura y Andrea Mónica Solans.** 2014. *Enfoques socioculturales de la alimentación: lecturas para el equipo de salud*. Akadia.
- Pizarro, Cynthia.** 2012. “El racismo en los discursos de los patrones argentinos sobre inmigrantes laborales bolivianos: estudio de caso en un lugar de trabajo en Córdoba, Argentina”. *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales* 60: 255-285. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/112663>
- Pizarro, Cynthia.** 2014. “Redes y espacios sociales transurbanos de los inmigrantes bolivianos en el Área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina”. En *Mercados de trabajo: instituciones y trayectorias en distintos escenarios migratorios*, coordinado por Roberto Benencia, Andrés Pedreño Cánovas y Germán Quaranta, 183-216. Ciuccus.
- Pizarro Hernández, Katya.** 2010. *El pasaporte, la maleta y la barbacoa: la experiencia urbana a través de los saberes y sabores transnacionales. Estudio de caso Pachuca-Chicago*. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
- Restrepo, Eduardo.** 2016. *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Envión.
- Rispoli, María Florencia, María Alejandra Waisman, Alejandra Fonseca y Silvia Attademo.** 2014. “Porque no todo es trabajo en la vida: ocio y formas de sociabilidad de

la comunidad boliviana en el periurbano de La Plata”. Ponencia presentada en las VIII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, Ensenada.

- Ritzer, George.** 1993. *La McDonalización de la sociedad: un análisis de la racionalización en la vida cotidiana*. Ariel.
- Rockwell, Elsie.** 2009. *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós.
- Saldarriaga, Gregorio.** 2015. “Comer y ser: la alimentación como política de la diferenciación en la América española, siglos XVI y XVII”. *Varia Historia* (Belo Horizonte) 32 (58): 53-77. <https://doi.org/10.1590/0104-87752016000100004>
- Sammartino, Gloria, María Carolina Feito, María Marta Bunge, Eduardo Wright, Elina Figueroa et al.** 2021. “Alimentarse bien es tener la tierra: reflexiones sobre construcción de conocimientos, transdisciplina, interculturalidad y descolonización, en torno a la experiencia de un proyecto de investigación/intervención”. *Cuadernos de Antropología* 25: 95-120. <https://plarci.org/index.php/cuadernos-de-antropologia/article/view/990>
- Sassone, Susana.** 2009. “Breve geografía histórica de la migración boliviana en la Argentina”. En Maronese 2009, 389-402.
- Sayad, Abdelmalek.** 2010. *La doble ausencia: de las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado*. Anthropos.
- Solans, Andrea Mónica.** 2014. “Alimentación y mujeres migrantes en Buenos Aires, Argentina: tradiciones, recreaciones y tensiones a la hora de comer”. *Revista Colombiana de Antropología* 50 (2): 119-139. <https://doi.org/10.22380/2539472X49>
- Solans, Andrea Mónica.** 2016. “Mujeres migrantes y paisajes alimentarios en Buenos Aires: entre redes de abastecimiento, políticas públicas y tradiciones culinarias”. Tesis de maestría en Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Solans, Andrea Mónica y Laura Piaggio.** 2018. “Cocina y comensalidad entre mujeres migrantes en Buenos Aires: condiciones de vida y salud”. *ConCienciaSocial: Revista Digital de Trabajo Social* 2 (3): 74-90. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/ConCienciaSocial/article/view/21589>
- Trpin, Verónica y Ana Ciarallo, comps.** 2016. *Migraciones internacionales contemporáneas: procesos, desigualdades y tensiones*. Publifadecs.
- Trpin, Verónica y Cynthia Pizarro.** 2017. “Movilidad territorial, circuitos laborales y desigualdades en producciones agrarias de Argentina: abordajes interdisciplinarios y debates conceptuales”. *Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana* (Centro Scalabriniano de Estudos Migratórios) 25 (49): 35-58. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/62593>

- Vázquez Medina, José Antonio.** 2015. “De la nostalgia culinaria a la identidad alimentaria transmigratoria: la preparación de alimentos en restaurantes mexicanos en Estados Unidos”. Tesis de doctorado, Universidad de Barcelona.
- Vázquez Zúñiga, Ileana.** 2023. “Desde cómo comer un taco hasta cómo comer un mole’: experiencia migratoria y difusión de la cocina mexicana en los restaurantes étnicos de Montreal”. *Revista Colombiana de Antropología* 59 (1): 32-56. <https://doi.org/10.22380/2539472X.2403>
- Vera, Noelia.** 2022. “Alimentación, medioambiente y salud: prácticas de producción, distribución, preparación y consumo de productos hortícolas agroecológicos del cordón periurbano bonaerense”. Tesis de doctorado en Nutrición, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
- Waisman, María Alejandra y María Florencia Rispoli.** 2023. “La trama relacional comunitaria en el periurbano hortícola platense: espacios de sociabilidad, festividades y parentesco ritual”. En Attademo *et al.* 2023, 283-320.

Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): vuelos intelectuales llevados por el viento

Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): Intellectual Flights Carried by the Wind

Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): voos intelectuais levados pelo vento

Recibido: 18/07/2024 • Aprobado: 19/11/2024 • Publicado: 01/05/2025



Aura Lisette Reyes Gavilán

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

aura.reyesg@udea.edu.co

<https://orcid.org/0000-0002-3017-7240>

Resumen

En este artículo se analizan las estrategias del intelectual colombiano Gregorio Hernández de Alba (1904-1973) para formarse como antropólogo en el marco de un campo emergente en el país y de la mano de su vinculación a la gestión gubernamental. El caso se estudia desde una perspectiva biográfica anclada en los postulados de la historia y la antropología de la antropología, lo que permite analizar en contexto la emergencia del interés de Hernández de Alba por lo indígena, su participación en diferentes proyectos estatales relacionados con la gestión de bienes arqueológicos y políticas indígenas, así como su papel en la institucionalización de la disciplina.

Palabras clave: antropología, arqueología, Colombia, Estado, institucionalización

Abstract

This article analyzes the strategies employed by Colombian academic Gregorio Hernández de Alba (1904–1973) to prepare for an anthropological career within the framework of an emerging disciplinary field in Colombia, accompanied by his involvement in governmental management. The case is examined from a biographical perspective anchored in the postulates of the history of anthropology and the anthropology of anthropology, allowing for a contextual analysis of the emergence of Hernández de Alba's interest in Indigenous issues, his participation in various state projects related to the management of archaeological assets and Indigenous policies, as well as his role in the institutionalization of the discipline.

Keywords: anthropology, archaeology, Colombia, state, institutionalization.

Resumo

Este artigo examina as estratégias pelas quais o intelectual colombiano Gregorio Hernández de Alba (1904-1973) se desenvolveu como antropólogo no contexto de um campo emergente no país, bem como seu envolvimento na gestão governamental. O caso é estudado a partir de uma perspectiva biográfica ancorada nos postulados da história e da antropologia da antropologia, o que nos permite analisar em contexto o surgimento do interesse de Hernández de Alba pelos indígenas, sua participação em diferentes projetos estatais relacionados à gestão de bens arqueológicos e políticas indígenas, bem como seu papel na institucionalização da disciplina.

Palavras-chave: antropologia, arqueologia, Colômbia, Estado, institucionalização

Colombia inició el siglo XX bajo una hegemonía conservadora que, en la década de 1930, viró hacia Gobiernos de corte liberal, lo que dio comienzo al periodo conocido por la historiografía nacional como la República Liberal, que se extendió hasta 1946. La vida en las ciudades y en el campo cambió con el desarrollo de nuevas economías, la expansión de la frontera interna de colonización, las reformas educativas y los movimientos sociales. Si bien durante este periodo germinaron iniciativas de modernización, no todas lograron ejecutarse y no estuvieron aisladas de las diferencias bipartidistas.

Al son de lo que ocurría en otros países, las tendencias literarias y artísticas se dirigieron hacia la búsqueda de *lo propio*. ¿Acaso subyacía en las raíces indígenas, populares o prehispánicas? ¿O se encontraba en la reafirmación del hispanismo y el patriotismo independentista? Entre finales del XIX e inicios del XX, el debate entre el americanismo y el hispanismo se dio a ambos lados del Atlántico y cuestionó el estado de las naciones en relación con su pasado prehispánico (Calderón Patiño 2023). Aunque hubo un reconocimiento de ese pasado en la configuración de la historia del país, los pueblos indígenas del presente fueron vistos como “menores de edad” abocados a los procesos de transformación cultural.

Amplios debates se realizaron sobre la inclusión, integración y exclusión de grupos sociales en diferentes espacios de acción y representación; no existió una sola postura que fuese hegemónica, sino, más bien, encuentros y desencuentros en el campo de debate. Páramo Bonilla (2010) llama la atención sobre la correlación de los discursos racistas de las décadas de 1930 y 1940 con la emergencia de la antropología; por otra parte, entre los “artistas indigenistas” surgieron los Bachué, quienes idealizaron la cultura muisca con el fin de reivindicar el pasado indígena en la construcción de la identidad nacional (Pineda García 2013).

La vida y obra de Gregorio Hernández de Alba (20 de junio de 1904 - 22 de septiembre de 1973) forma parte de un proceso de transición de los estudios sociales

en Colombia. A lo largo de su trayectoria es posible evidenciar cómo el quehacer antropológico se separó del campo de la historia y las antigüedades y se consolidó como una disciplina formal, enmarcada en redes transnacionales de transferencia de conocimientos (Habermas 2013). Si bien Hernández de Alba ha sido considerado por los historiadores de la antropología colombiana como un pionero (Echeverri Muñoz 1997; Perry 2006; Pineda Giraldo 1999), se formó en un terreno donde las preocupaciones propias del área —como la gestión del patrimonio arqueológico y los debates sobre la alteridad— tenían un curso avanzado. La habilidad para transitar entre la gestión gubernamental y el mundo académico, ganada con sus viajes e interlocuciones, le permitió abrirse camino en un entramado de tensiones y conflictos, pasar de *amateur* a especialista. Su vida fue como un viento que avanzó raudo y calmo, acompañó el amanecer, el mediodía y el atardecer de iniciativas que nacían, continuaban o se perdían en el tiempo.

Este artículo se deriva de una indagación colectiva sobre la obra de Hernández de Alba que surgió en el 2010 en el grupo de investigación de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina, labor iniciada por Jimena Perry con la clasificación inicial del archivo. Con base en la historia de la antropología (Darnell 1977; Stocking 1983), presento mi exploración en este acervo y focalizo el estudio en las estrategias de Hernández de Alba para formarse como antropólogo en el marco de un campo emergente en Colombia, enlazado a la gestión gubernamental. La propuesta de una *antropología propia* sigue la perspectiva de Krotz (2002 y 2011) para la configuración de las antropologías latinoamericanas.

Desde una perspectiva biográfica, analizo la emergencia del interés de Gregorio por la temática indígena y su temprana vinculación con la gestión estatal. Siguiendo a Krotz y al grupo de trabajo Antropologías de la Antropología en América Latina (GT-Adala)¹, ubico este periodo en la fase de los *umbrales*, caracterizada por la interlocución de prácticas y debates antropológicos con otros campos, y en la que, además, quienes ejercen el oficio no necesariamente cuentan con una formación disciplinar especializada. Luego, presento su faceta como gestor de políticas públicas alrededor del *intento de consolidación* de la antropología como una disciplina necesaria para el Estado. Finalmente, examino la manera en que

1 Desde el 2020 participo en este grupo de la Asociación Latinoamericana de Antropología, dirigido por Esteban Krotz. Entre el 2021 y el 2023 adelantamos el proyecto “La definición y descripción de un ‘umbral’ después de diversos ‘antecedentes’, a partir del cual se puede hablar de una antropología (nacional) propia” (GT-Adala, programa de trabajo para el periodo 2021-2023).

definió el servicio de la antropología al Estado a través de la vinculación de esta con las problemáticas indígenas.

Antes de proceder con lo anterior, es relevante reflexionar sobre los materiales de los cuales parte el análisis y sus implicaciones interpretativas. El archivo de Hernández de Alba, salvaguardado por la Biblioteca Luis Ángel Arango (BLAA), contiene registros diversos que provienen de un archivo personal/privado cedido a una entidad que contempla el acceso abierto a sus fondos. No se trata de un conjunto documental pensado, en principio, en el marco de la gestión gubernamental, lo que provoca que parte de las presencias y los silencios documentales se deriven de los criterios de *archivalia* impuestos por Gregorio y sus herederos.

Para comprender las lógicas de producción del archivo (Muzzopappa y Villata 2022), se debe anotar que gran parte del material se relaciona con las actividades desarrolladas en entidades estatales y su producción intelectual. Si bien hay documentos que podrían ser considerados como *privados* —diarios de campo o libretas de registro fotográfico—, corresponden a expediciones contratadas por el Estado. Así, aquellos ligados a su juventud y a sus relaciones personales se encuentran mayormente ausentes o se reducen a unos pocos, teniendo en cuenta la amplitud del acervo, dado que la documentación se concentra en acontecimientos acaecidos de la década de 1930 en adelante, cuando inicia su acercamiento a entes gubernamentales.

En cuanto a la estructura archivística de las entidades en cuestión, en las décadas de 1930 y 1940 el Ministerio de Educación Nacional (MEN) se encargó de la gestión cultural. Aunque en los archivos gubernamentales se encuentran algunos documentos que dan cuenta de las actividades, el de Hernández de Alba conserva carpetas detalladas sobre el detrás de escena de varios eventos de interés antropológico de este periodo. Así, mientras que los acervos estatales conservaron los registros oficiales relacionados con la aprobación o solicitud de las actividades, el paso a paso fue conservado por Gregorio en su archivo personal. La falta de una entidad sólida y la existencia de varias secciones o dependencias provocaron fluctuaciones y ausencias en el material conservado por el Estado. Es diferente la situación de la División de Asuntos Indígenas, en la que el archivo hizo parte del *arte de gobernar* (Stoler y Sierra 2010), lo que provocó que este fuese registrado y conservado de manera rigurosa por la entidad, mientras que en el archivo personal se guardó lo relacionado con correspondencia, manuscritos y copias de informes. Adicionalmente, aunque es un acervo en principio personal/privado, no todos los documentos fueron producidos por Hernández de Alba. Se encuentran registros de personas con las cuales tuvo interlocución y otros actores que participaron en

el proceso clasificatorio del material. Finalmente, es un archivo con varios procesos de reorganización y catalogación, en los que participaron Perry, Carlos Andrés Barragán y el equipo de la BLAA.

Cambios de mirada: de las palabras a la práctica antropológica

A inicios del siglo XX la arqueología en Colombia no era un asunto exclusivo de arqueólogos o, por lo menos, de las figuras que hoy son reconocidas como tales. Desde finales del XIX fue un campo de anticuarios e historiadores que hicieron parte de redes americanistas que reunían a personas con formaciones disímiles, interesadas en visibilizar y construir *pasados prehispánicos* e incluirlos en las narrativas históricas nacionales (Botero 2006). En este contexto se destacan los trabajos y colecciones de Ernesto Restrepo Tirado (1892a, 1892b y 1917), Carlos Cuervo Márquez (1920a y 1920b) y Leocadio María Arango (1906). Adicionalmente, “la poesía, el teatro y la novela alcanzaron mayor popularidad”, y “el pasado indígena demostraría su utilidad [...] mediante la puesta en escena de narraciones moralizantes y nacionalistas” (Langebaek Rueda 2016, 238).

No es de extrañar que los cuestionamientos de Hernández de Alba sobre lo indígena hayan surgido en su relación con la literatura. Este interés emergió en la Escuela Nacional de Comercio de Bogotá, donde publicó la novela *Lucecita* en 1923 y entabló amistad con Germán Arciniegas (Perry 2006). Años después escribió sus primeras líneas sobre la *América antigua*, manera como refería el periodo de la Conquista, y publicó algunos cuentos en *El Gráfico* y *Senderos*, incluidos posteriormente en el libro *Cuentos de la Conquista* (1937). Siguió el camino trazado en el siglo anterior, en el que las narrativas históricas no circularon exclusivamente en manuales, sino también en la poesía y el cuento; interpretó la Conquista como un hecho histórico de carácter trágico y abogó por la visibilización de los pueblos indígenas como sujetos históricos (G. Hernández de Alba 1937).

Su temprano interés por el pasado indígena deviene de su esfera familiar y su círculo social de juventud. Sus hermanos menores, Guillermo y Alfonso, se inclinaron al estudio de la historia colonial y ocuparon cargos diplomáticos en España que les permitieron acceder a documentos del Archivo General de Indias (C. Hernández de Alba 2016b). Si bien Alfonso falleció tempranamente, Guillermo se vinculó a entidades gubernamentales y educativas (Helguera 1989) y fue miembro de academias de historia en América y España (“Guillermo Hernández de Alba [1906-1988]” 1989). Su interés llevó a que tanto Guillermo como Gregorio gozaran del aprecio de las entidades estatales en la década de 1930.

Aunque Gregorio no cursó estudios superiores en Colombia, su cercanía con el movimiento de los Bachué y su participación en el Círculo Literario Rafael Pombo abrieron paso al “sentimiento nacionalista y americanista que se verá reflejado en toda su obra y que nunca pretende ocultar” (Perry 2006, 13). Sus intereses no fueron un evento aislado en el ambiente intelectual de la época; más bien, hicieron parte de la corriente que venía soplando tiempo atrás, y extraña que no existiese una relación cercana con otros círculos de estudios arqueológicos y etnográficos que cuestionaban el patrimonio arqueológico y el pasado prehispánico. Quizás su posición como *amateur* lo alejó de estos interlocutores.

Entre estos antecedentes, en 1931 se decretó la creación de un Museo Nacional de Arqueología y Etnología, dirigido por el médico Carlos Uribe Piedrahita. Con el museo se estableció una junta de curadores en la que participaron Laureano García Ortiz, presidente de la Academia Colombiana de Historia; Gustavo Santos, director nacional de Bellas Artes; Gerardo Arrubla, director del Museo Nacional, y Uribe Piedrahita. Estudiaron las colecciones, instaron a la fundación de una sala especializada en arqueología y etnografía, y propusieron “campañas que promovieran la donación de objetos [...] provenientes de diferentes regiones del país”, así como “la generación de políticas que protegieran los ‘monumentos arqueológicos’” (Reyes Gavilán 2018). La participación de Arrubla, quien impulsó la protección de bienes arqueológicos, junto con el marcado interés de Uribe por promover leyes, llevó a que uno de los principales logros de la junta fuera la Ley 103 de 1931, “por la cual se fomenta la conservación de los monumentos arqueológicos de San Agustín”.

No obstante, este museo y su junta se enfrentaron con una situación similar que luego experimentaría Gregorio en sus intentos por estatalizar la antropología: la falta de presupuesto para la ejecución de políticas. Un año después de su emisión, se informó que “hasta ahora no ha podido tener cumplimiento el Decreto [...], el cual obedece a una necesidad impuesta por el patriotismo y por los mandatos de la ciencia” (Arrubla 1932, 130). La junta, el museo no realizado y la Ley 103 cimentaron en el Gobierno una preocupación por los bienes arqueológicos. Adicionalmente, para que la estatalización de la antropología se hiciera realidad fueron importantes algunos acontecimientos transcurridos en la década de 1930.

Con la presidencia de Alfonso López Pumarejo se inició la Revolución en Marcha y el periodo de la República Liberal, que trajo proyectos como la ampliación de la cobertura educativa, el incremento de las publicaciones culturales y la vinculación de intelectuales al Gobierno (Urrego Ardila 2002). Buscando proteger los bienes culturales, el MEN incrementó la supervisión de expediciones extranjeras, para lo cual designó a intelectuales colombianos mediante el Decreto 1060 de

1936, “por el cual se reglamenta la entrada al país de expediciones científicas, sus actividades en Colombia, y se designa una Comisión”.

En este contexto Gregorio se acercó a la práctica profesional antropológica y conoció a investigadores extranjeros contratados por el Gobierno. En 1933 el Ministerio de Relaciones Exteriores y el MEN estudiaron la posibilidad de realizar una expedición etnográfica a los Llanos Orientales, región de interés para la colonización, para lo cual designaron al etnólogo sueco Gustaf Bolinder y al colombiano Ramón Carlos Góez. El proyecto fue ambicioso porque propuso incrementar las colecciones etnográficas, fortalecer los estudios antropológicos en la Facultad de Educación y hacer un manual para los trabajadores del Gobierno (Reyes Gavilán 2024). El año de 1935 tuvo vientos fuertes para la antropología colombiana: Bolinder y Góez iniciaron su trabajo en enero y, pocos meses después, Gregorio le expresó al director nacional de Bellas Artes, Gustavo Santos, su intención de que se crease una sección de arqueología y etnografía en dicha dirección (AGHdA, 1928-1970, ms. 2204). La propuesta planteaba que fuese el Estado, a través del MEN, el encargado de la gestión de la arqueología y la etnología, tarea asumida por la Academia de Historia y el Museo Nacional desde inicios del siglo XX. Las palabras tuvieron eco en Santos, quien lo invitó a la Asamblea de Directores Departamentales de Educación, en la que Gregorio expresó la necesidad de centralizar la administración de las actividades arqueológicas en el ministerio (G. Hernández de Alba 1935, 170).

Varias expediciones se desplazaron a los Llanos Orientales, el Urabá y La Guajira colombo-venezolana. La que se llevó a cabo en esta última región fue propuesta en abril de 1935 por Vincenzo Petruzzo, del Museo Universitario de la Universidad de Pennsylvania, para adelantar estudios arqueológicos y etnológicos, y en ella participaron Paul Kirchhoff y su esposa, Lewis Korn, Gwyneth Browne Harrington y Lydia du Pont (AGN, SAA-II, MEN, 1935, caja 1, carpeta 3, f. 270). Si bien la propuesta inicial no incluyó a investigadores colombianos, el MEN solicitó vincularlos y Gregorio fue comisionado como becario (AGN, SAA-II, MEN, 1935, caja 1, carpeta 3, f. 272). Su participación tenía como fin acercarse a la antropología y tejer lazos académicos entre los Estados Unidos de América y Colombia. Estas expediciones llamaron la atención del Gobierno y del MEN sobre la necesidad de conocer la antropología de otros países. Como escribía Santos, las interacciones derivadas del arribo de investigadores extranjeros bajo la aprobación del Gobierno “han venido a reforzar y alentar el naciente interés por los estudios etnológicos y arqueológicos” (AGN, SAA-II, MEN, 3 de julio 1935, caja 8, carpeta 2, f. 89). Esta forma como se tejió la antropología propia da cuenta de una transferencia de

conocimientos producto de las relaciones internacionales, diplomáticas y políticas entre intelectuales extranjeros y funcionarios del Gobierno.

La experiencia de Gregorio en La Guajira transformó su comprensión sobre el quehacer antropológico, en cuanto lo distanció de la visión literaria que había tenido de lo indígena. Experimentó una forma de investigar que provenía del “entrenamiento de sus investigadores, la destacada trayectoria personal y profesional [...], su carácter multidisciplinario, [y] el uso de las mejores tecnologías de registro sonoro y visuales de su época” (Pineda Camacho 2016, 26-27), características propias de la antropología moderna (Geertz 1989). Los resultados fueron divulgados en noticias de prensa y en el libro *Etnología guajira* (G. Hernández de Alba 1936), que, aunque referenció algunos documentos coloniales, distó de su producción anterior, ya que se nutrió de las observaciones en campo.

Así como tuvo interlocución con los especialistas vinculados a las entidades norteamericanas, también la tuvo con habitantes locales interesados en las problemáticas indígenas. Durante el viaje conoció al escritor y comerciante wayuu Antonio Joaquín López Epiyuu (1903-1987), quien le entregó el manuscrito “Pampas guajiras” (AGHdA, ca. 1938, ms. 1589) para que lo publicara en Bogotá; lamentablemente, el texto quedó archivado, aunque con seguridad inspiró sus reflexiones. Adicionalmente, las conversaciones con el equipo, en especial con Kirchhoff, le permitieron adentrarse en la diversidad teórica antropológica y en su adecuación a las necesidades del trabajo en Colombia. Mientras que Gregorio exploraba la antropología moderna en La Guajira, Santos viajaba a San Agustín para formalizar “el contrato de compra de treinta y dos hectáreas de terreno, destinadas a formar un parque arqueológico” (“En el Ministerio de Educación Nacional” 1935, 500). La adquisición de terrenos buscó dar cumplimiento de la Ley 103 de 1931 y fortaleció la investigación en esta región.

Esta primera fase del ejercicio de Gregorio se alimentó de un entramado existente de interlocutores que estaban estrechamente vinculados con la acción gubernamental. Es importante resaltar lo anterior, ya que permite matizar la adscripción prístina de acuerdo con la cual se lo ha designado como *pionero* en la configuración disciplinar. En este sentido, retomar la propuesta de Krotz y el GT-Adala sobre las particularidades de los umbrales permite comprender las condiciones del quehacer antropológico colombiano en el marco de una *disciplina sin fronteras* (Stocking 2002).

Partiendo de lo anterior, la antropología propia se caracterizó en este periodo por la preocupación gubernamental por la salvaguarda del patrimonio arqueológico, los intentos de formalización a través de la creación de juntas de curadores

y sociedades, y la exaltación del pasado prehispánico en demérito del interés por las problemáticas indígenas de la época². En este sentido, los intereses de Hernández de Alba no surgen como un hecho aislado, sino como parte del contexto.

Ir y volver: hacer antropología entre la gestión y la práctica

Una vez que Gregorio finalizó la expedición a La Guajira, retornó a Bogotá en medio de tiempos trágicos: su madre falleció, al igual que su hermano Alfonso, quien se encontraba enfermo (Perry 2006). A pesar del dolor, levantó vuelo y retomó raudamente las propuestas de consolidar espacios gubernamentales para la gestión de la investigación antropológica. Insistió en dos proyectos: la creación de una sección en el MEN y la fundación de la Sociedad de Arqueología, la cual podría establecer correspondencia con el Latin American Institute (AGHdA, ms. 1054). Como se lo mencionó a Petrullo, “apenas llegué me dediqué con el Dr. Santos [...] a preparar un proyecto de ley sobre [el] establecimiento definitivo de una sección de arqueología y estudios etnográficos en el ministerio” (AGHdA, 1927-1939, ms. 2292).

El proyecto de ley pasó a plenaria y, aunque no se consolidó jurídicamente en ese año, sentó un precedente en el contexto de las iniciativas que se venían desarrollando de tiempo atrás. La Sociedad de Arqueología sesionó entre noviembre de 1935 y mayo de 1936, y la lista de invitados incluyó a César Uribe Piedrahita, Guillermo Fischer, Gustavo Santos, Armando Solano, Ramón Carlos Góez, Luis Alberto Acuña y Enrique Uribe White, entre otros. En las actas se indicó “la necesidad de constituir una sociedad que propenda por el desarrollo de las ciencias etnológicas y arqueológicas en Colombia”, y se presentó “un proyecto de estatutos” (AGHdA, 1927-1939, ms. 2292).

Si bien era una nueva sociedad, los temas fueron similares a los tratados anteriormente por la junta y por la Academia de Historia. Arrubla ya había expresado su preocupación por las colecciones y por el estado del museo, y los asociados se interesaron por los estudios arqueológicos y etnográficos; inquietó también el apoyo del Estado, se informaron hallazgos arqueológicos y se designaron investigaciones a los miembros. Si bien Gregorio alentó la correspondencia con académicos de otros países y de regiones de Colombia, en pro de intercambiar experiencias y publicaciones y de dar a conocer las investigaciones locales, el alcance fue limitado y estuvo supeditado a la corta vida de la sociedad.

2
 2 La cuestión indígena estaba mediada por la intervención de las misiones católicas derivada del concordato de 1887.

Por otra parte, las gestiones de Santos habían sido fructíferas y, en 1936, se adquirieron los primeros predios para la creación del parque arqueológico (Reyes Gavilán y Mancera 2018). El interés por iniciar los estudios en San Agustín y Tierradentro lo lideró el Gobierno del Cauca, al contratar al geólogo alemán Georg Burg; sin embargo, el MEN solicitó que la tarea fuese supervisada por Gregorio, contratado como inspector de las exploraciones. Así, aunque no se creó la sección proyectada por Gregorio, el Estado inició la supervisión de los trabajos arqueológicos a través del MEN³, haciendo hincapié en la necesidad de la investigación en el suroccidente. En este sentido, durante 1936 y 1937 Gregorio supervisó, inspeccionó y realizó investigaciones comisionado por el ministerio. Estos viajes, a diferencia de su trabajo en La Guajira, los realizó al lado de su esposa, Helena Ospina, y de sus hijos Carlos y Gonzalo.

Las investigaciones durante estos años no fueron fáciles para Gregorio, ya que el Gobierno contrató al arqueólogo español José Pérez de Barradas para dirigir la Misión Arqueológica a San Agustín y los dos académicos tuvieron diferencias respecto a la interpretación de los hallazgos y el descubrimiento de Lavapatas, entre otras. Así, “las motivaciones que movían los antagonismos fueron más elementales: el afán de reconocimiento y la búsqueda de participación en la crecientemente importante academia de Estados Unidos fueron comunes a los dos investigadores. El eje central de la polémica fue el reconocimiento académico, no solo el ‘haber estado allí’, sino el ‘haber llegado primero’ o el ‘haberlo hecho mejor’” (Langebaek Rueda 2010, 11). Más allá de las distancias personales y laborales, las investigaciones trajeron ganancias a sus carreras académicas: Gregorio publicó múltiples artículos en prensa nacional (álbum de recortes de prensa, AGHdA, 305.8R32a) y obtuvo información suficiente para continuar sus estudios posteriormente; Pérez de Barradas, por su parte, publicó varios libros y fue contratado por el Museo del Oro para escribir los seis tomos de *Orfebrería prehispánica de Colombia*.

Los resultados del interés del Gobierno y el MEN por impulsar estudios sistemáticos en vista de la constitución de los parques arqueológicos llevaron a un incremento de colecciones arqueológicas procedentes de las excavaciones. ¿Qué hacer con estos objetos? Era una pregunta que revivía los debates sobre la creación de un museo, cuestionamiento abordado repetidamente por los interesados en los bienes arqueológicos y su nacionalización, no solo Gregorio, también Arrubla, Uribe Piedrahita, Bolinder y el mismo Pérez de Barradas.

3 Bolinder entregó previamente al MEN una propuesta de ley de patrimonio arqueológico y presentó el “Plan para los estudios etnográficos y arqueológicos en Colombia”.

Para la conmemoración del IV Centenario de la Fundación de Bogotá en 1938, que coincidió con “la alcaldía de Gustavo Santos y la posesión presidencial de Eduardo Santos, Fischer y Hernández de Alba propusieron una exposición arqueológica, y particularmente Gregorio asumió la tarea de listar las piezas del Museo Nacional, colecciones privadas y las procedentes de las investigaciones del MEN. La Exposición Arqueológica Nacional se inauguró en los antiguos salones de la Biblioteca Nacional de Colombia y contó con un ciclo de conferencias y la visita de delegados de pueblos kamentsä, misak, nasa y wayuu” (Reyes Gavilán 2020). Gregorio publicó en la revista *Cromos* una serie de artículos de divulgación sobre las *zonas arqueológicas*, agrupados posteriormente en el libro *Colombia: compendio arqueológico* (1938). A partir de esta clasificación se realizó uno de los primeros mapas arqueológicos del país, ilustrado por Luis Alfonso Sánchez, quien trabajó en las misiones al suroccidente como dibujante y en otras tareas. Durante las actividades del IV Centenario, Gregorio conoció al etnólogo francés Paul Rivet y viajó con él a San Agustín, junto con el ministro de Bélgica. Si bien la visita de Rivet fue corta, presentó un informe sobre las investigaciones en el que subrayó la necesidad de una formación especializada, dado que era “preciso zafarse del ‘amateurismo’” y no limitarse a estudiar las sociedades del pasado, sino prestar atención a las sociedades del presente (AES, s. f., caja 0015, carpeta 0008, f. 747).

La propuesta de Rivet incluía la posibilidad de realizar un intercambio binacional y enviar, a su vez, a Colombia a uno de sus alumnos. Consideró a tres colombianos: Gregorio Hernández de Alba, Sergio Elías Ortiz y el padre capuchino Marcelino de Castellví (AES, 1938, caja 0008, carpeta 0015, f. 746). Es probable que la cercanía de Gregorio con Gustavo Santos y el Gobierno centralista le permitiera ser seleccionado y asumir también el cargo de vicecónsul de Colombia en París. Por su parte, Castellví, con solo 30 años, contaba con una trayectoria en el área y trabajaba en Sibundoy, donde dirigía el Centro de Investigaciones Lingüísticas y Etnográficas de la Amazonia Colombiana, fundado en 1933. Mientras que Ortiz, con 44 años, era miembro del Centro de Historia de Pasto desde 1927 y trabajaba en la Escuela Normal de Varones de esa misma ciudad, desde donde perfiló un camino en el campo educativo regional.

Tanto Castellví como Ortiz tenían estabilidad profesional e independencia del vaivén político, mientras que la trayectoria de Hernández de Alba era incierta, puesto que había estado supeditada a la favorabilidad del Gobierno liberal y, aunque había gozado de algunos contratos con el MEN, no tenía un puesto fijo o un equipo con el cual pudiese adelantar iniciativas de mayor envergadura. Fue así como Gregorio se embarcó junto con su familia e inició una nueva vida en la que se

enlazaron “sus estudios en la Facultad de Letras de la Université de París, sus labores en el Museo del Hombre y su responsabilidad en el Consulado de Colombia” (C. Hernández de Alba 2016a, 77).

Para 1939, la relación de Gregorio con el ministerio tenía un buen camino andado y desde noviembre de 1938 fue el jefe del Servicio de Arqueología, cuando finalmente se creó el tan ansiado Departamento de Arqueología (AGHdA, 5 de octubre de 1939, ms. 2204). Sobre lo anterior, es importante anotar que, aunque se aprobó la creación del cargo y la asignación presupuestal, las posibilidades de acción de la dependencia fueron pocas, a lo que se suma la partida de Hernández de Alba a Francia poco tiempo después de su designación.

La creación del servicio se ha considerado como un evento fundacional en la historia de la antropología colombiana que responde a una perspectiva enlazada a la estatalización del campo disciplinar⁴, ya que esta entidad se relaciona con el actual Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH). No obstante, acciones como la legislación y la adquisición de predios para los parques arqueológicos fueron previas a su creación, a lo que se suma que es poco lo que se ha investigado sobre el ejercicio del servicio entre 1938 y 1941. Con la ausencia de Hernández de Alba, el etnólogo alemán Justus Wolfram Schottelius se encargó de actividades como la curaduría de las colecciones arqueológicas y las expediciones arqueológicas, y se mantuvieron las partidas presupuestales para parques arqueológicos, la adquisición de colecciones, el modelado de estatuas y el cargo de jefe del Servicio de Arqueología.

La familia Hernández de Alba permaneció en París de enero de 1939 a febrero de 1941, cuando retornó a causa de la Segunda Guerra Mundial. En este tiempo Gregorio realizó dos de las tareas primordiales de su viaje, “la formalización de su entrenamiento, y [...] la consecución de materiales de enseñanza necesarios para el fortalecimiento de una modesta colección museográfica, [...] y de materiales bibliográficos e instrumentos de investigación para la concreción de una escuela etnológica” (Barragán 2015, 33). Ante el avance de la guerra, “el Gobierno colombiano resolvió ordenarle a casi todo el personal diplomático el regreso a Colombia” (C. Hernández de Alba 2016a, 85). Por otro lado, la amistad de Rivet con

4 Esta mirada, que ha privilegiado la estatalización disciplinar a través de la creación de dependencias gubernamentales, ha invisibilizado la complejidad del campo en el periodo de los umbrales. Entre las aristas por explorar se encuentran las cátedras de antropología en la Universidad Colegio Mayor del Rosario o en la Universidad Nacional de Colombia, las academias de historia y ciencias, y las actividades de la policía o la jurisprudencia.

Santos le abrió la puerta para escapar de la persecución dirigida a los integrantes de la resistencia (Duarte 1960).

Gregorio retornó a su cargo en el servicio y Rivet ingresó al país gracias a un contrato para “colaborar en los trabajos de investigación científica, así como dictar los cursos y conferencias en la forma y en el lugar que el Gobierno designe” (AES, 1940, caja 0015, carpeta 0008, f. 752). A mediados de 1941 se fundó por decreto presidencial el Instituto Etnológico Nacional (IEN), anexo a la Escuela Normal Superior. Así como Rivet se exilió en Colombia, otros intelectuales extranjeros se vincularon a entidades colombianas. A la escuela se adhirieron “Urbano González de la Calle y Francisco Cirre; [...] Kurt Freudenthal; [...] Pablo Vila y José Royo y Gómez; [...] Rudolf Hommes, Justus Wolfram Schottelius, Paul Rivet, Gerard Masur y José Ma. Ots Capdequi” (Pineda Giraldo 1999), y entre los docentes del instituto estuvieron Paul Rivet, Gregorio Hernández de Alba, José de Recasens, Manuel José Casas Manrique, José Socarrás y Luis Sánchez (Laurière 2008, 579).

El retorno a Colombia le recordaría a Gregorio las dificultades de mantener una financiación para el trabajo antropológico proveniente de las dependencias gubernamentales. Poco después, le escribiría a Eduardo Santos:

el puesto de jefe del Servicio de Arqueología fue suprimido durante mi ausencia [...]. Tal es la situación, y es del apoyo de S. E., a este ramo cultural y americano, propio, de donde podremos obtener lo urgente: una ley creando ahora sí en definitiva y con medios para trabajar intensamente, un positivo Departamento de Arqueología e Etnografía, íntimamente vinculado al Instituto de Etnología. (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293)

A pesar del bajo presupuesto, el instituto adelantó expediciones durante el receso vacacional. Gregorio estuvo con estudiantes en Tierradentro de diciembre de 1941 a febrero de 1942, y los trabajos arqueológicos, antropológicos y etnográficos fueron financiados por el MEN y el Institute of Andean Research. El equipo coincidió con investigadores como James Ford, Luis Alfonso Sánchez y Henri Lehmann. Las investigaciones produjeron un conjunto amplio de informes y artículos de prensa, grabaciones sonoras y audiovisuales, y una colección que amplió el acervo del museo. Con estos materiales y los precedentes, se organizó en 1942 una exposición en el Museo Arqueológico Nacional con el apoyo de Luis Sánchez, Edith Jiménez y Blanca Ochoa (Pineda Camacho y Rugeles Pineda 2016).

Por un momento, las cosas marchaban bien y finalmente Gregorio estaba en un espacio donde la formación, la investigación y la divulgación se conectaban

a través del trabajo antropológico. Durante el segundo semestre de 1941, bajo el auspicio del Gobierno y su buena relación con la familia Santos, fue docente del instituto y, a final de año, partió a Tierradentro con sus estudiantes, como ya se mencionó. Lamentablemente, la vida académica no es ajena a las cercanías y distancias que marcan cualquier relación social; las tensiones que quebraron el vínculo entre Gregorio y Rivet lo llevaron a renunciar a sus clases en mayo de 1942, por lo que tuvo una corta trayectoria en el IEN. La causa de la diferencia yació en “la participación del etnólogo colombiano en un evento que organizó la embajada del Gobierno francés, bajo el régimen de Vichy [...]. Rivet se sintió traicionado y arremetió contra él” (García Roldán 2022, 84). Mientras tanto, con la partida de Rivet hacia México en 1943, la dirección del instituto fue asumida por José de Recasens y luego por Luis Duque Gómez, uno de los primeros egresados del IEN.

En este segundo momento el campo antropológico logró abrirse espacio en el entramado estatal como un saber especializado que devenía de la formación disciplinar enmarcada en la educación superior. Adicionalmente, se dio un interés del Gobierno por impulsar la salvaguarda de bienes arqueológicos a través de la compra de predios que aseguraran su permanencia e inventario *in situ*, lo que conllevó investigaciones contratadas por el MEN. El estallido de la Segunda Guerra Mundial incrementó los procesos de transferencia de saberes especializados con el arribo de intelectuales, principalmente europeos, a los programas emergentes en ciencias sociales y etnología.

Los intereses de Gregorio en este periodo no se distanciaron de las iniciativas previas, impulsadas también por sus colegas, como la legislación patrimonial y la creación de programas especializados. Sus redes personales y familiares le fueron favorables en un ambiente político que le permitió acercarse a la gestión gubernamental en el marco de las actividades del MEN. No obstante, las tensiones académicas y personales, los vaivenes políticos y su acercamiento a la escuela norteamericana darían un giro a sus intereses abriendo paso al indigenismo, de corte integracionista, al que se entregaría en las siguientes décadas.

Un encuentro de caminos: localizar el quehacer propio

Si bien Gregorio y Rivet se distanciaron, las relaciones construidas con los antropólogos norteamericanos desde la expedición a La Guajira le permitieron continuar su trabajo. En 1941 tradujo al inglés el compendio publicado en 1938 y llegaron al país colegas como Wendell C. Bennett y James Ford, que se dirigieron al Valle del Cauca y el Cauca, y Willard Z. Park, que se encaminó a la Sierra Nevada de Santa

Marta (G. Hernández de Alba 1943). El acercamiento de los antropólogos estadounidenses a Colombia y el de Hernández de Alba a Estados Unidos se enmarcan en un contexto amplio vinculado a políticas panamericanas y del *buen vecino*, en el que confluyeron intereses económicos, políticos e intelectuales (Legarreta 2019). La expansión estadounidense de los estudios latinoamericanos entre 1939 y 1945 estuvo cobijada por agencias gubernamentales, apoyadas en las becas de la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y la Rockefeller Foundation (Hanke 1947). La relación de los antropólogos con el Gobierno no era novedad en Estados Unidos. El mismo Bennet y Raphael Baels, con quien Gregorio intercambió correspondencia, fueron reclutados por la Ethnogeographic Board para poner el conocimiento antropológico al servicio de la guerra y la seguridad nacional (Price 2002).

Las redes entabladas con estos “le servi[eron] para establecer su primer contacto con Julian Steward, director del Smithsonian Institution y [...] escribir sus artículos en el *Handbook of South American Indians*” (Perry 2006, 41). Esto hizo posible que viajara a Estados Unidos en 1943 con una beca de la Guggenheim Foundation para investigar, en el Smithsonian, los acervos y las acciones gubernamentales en las reservas indígenas. Sus vivencias parisinas y estadounidenses le permitieron la aprehensión de diferentes escuelas museográficas, que se reflejaron en las propuestas iniciales para el Museo Arqueológico Nacional y en las elaboradas para el Museo del Oro (García Roldán 2021). En 1946 y 1948 publicó artículos en el *Handbook of South American Indians*, en el que también colaboraron Bennet, Ford y Park. Crearon, con el apoyo del Smithsonian, la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía (AGHdA, “Sdad. Interamericana de Antropología y Geografía se fundará en Colombia”, *El Espectador*, 18 de marzo de 1943). Como lo mencionó en 1942 Beals en una misiva a Hernández de Alba, “debemos tener en cuenta que existen muchos problemas comunes en las Américas [...]. Tenemos que reconocer que las soluciones de los problemas nacionales muchas veces existen afuera de los límites nacionales” (AGHdA, 1922-1972, ms. 2296).

Los años que pasó en Estados Unidos reforzaron la idea de una antropología al servicio de los intereses del Gobierno, a través de aquellos a los que denominaba *mobilizados sin uniforme*, con lo cual se refería a que “la antropología suministra muchos hombres que, en departamentos de relaciones culturales, de relaciones internacionales, de programas universitarios y de desarrollo de las ciencias sociales, están planeando los programas que en su especialidad contribuirán al progreso y la paz” (AGHdA, 1962, ms. 1145). Estas palabras se inspiraron en las acciones de los antropólogos norteamericanos en los tiempos de la guerra y la posguerra, en el marco de políticas de intervención social. En 1944, Gregorio

propuso “un plan para formar un más vasto departamento o sección de etnología como llaman los europeos, o antropología como se estila en los Estados Unidos y México” (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293).

Sin embargo, el contexto era desfavorable por el cambio de dirección del MEN, ya que el intelectual “Darío Achury Valenzuela [...] no era admirador del trabajo de Hernández de Alba” (Barragán 2015, 145). El silencio que recibió y los conflictos con Achury lo llevaron a renunciar al servicio en 1944, aunque en 1945 se realizó la fusión de entidades, sobre la cual expresó que era “un mero ideal cientificista en vez del ideal social, humano, educacionista, de hacer de la etnología general un estudio útil de humanidades” (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293). La crítica al cientifismo derivaba de su acercamiento al movimiento indigenista y su participación en el Instituto Indigenista de Colombia (IIC). La fundación del Instituto Indigenista Interamericano impulsó la creación de institutos en países latinoamericanos. Antonio García Nossa y Gregorio lideraron la iniciativa en Colombia y delinearón los estatutos en 1942, y la entidad funcionó de manera privada hasta 1945, fecha en la que García radicó los estatutos ante notaría pública. En 1947, el instituto se nacionalizó al ser incorporado a la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Colombia.

Las publicaciones del IIC dieron un lugar a las discusiones que no cabían en el IEN. Es el caso de trabajos que abordaban las problemáticas indígenas, como *El problema indígena en el departamento de Nariño* (Chaves 1944), *El problema indígena en el Cauca: un problema nacional* (Cabrera Moreno 1944) y *Los indios del Alto Magdalena: vida, luchas y exterminio, 1609-1931* (Friede 1943). Muchos colegas participaron en las dos entidades, como Luis Duque Gómez, Blanca Ochoa Sierra, Milcíades Chaves, Eliécer Silva Celis y Edith Jiménez Arbeláez (Barragán 2013). No obstante, es relevante anotar que el indigenismo propuesto por Gregorio era de corte integracionista y guardaba la esperanza de una mayor intervención del Gobierno en un cambio cultural desarrollista, lo que se vería reflejado en las propuestas posteriores para crear una dependencia encargada de los asuntos indígenas.

Luego de dictar algunas clases en la Universidad Nacional, retornó al Cauca, como ese viento que vuelve en cada estación todos los años. Su partida estuvo marcada por diferencias con García y Ochoa en cuanto al manejo del IIC, situación que fue informada a Manuel Gamio, dado que Hernández de Alba era el representante ante el Instituto Indigenista Interamericano (AGHdA, 1943-1965, ms. 1573). En el Cauca, asumió la dirección del Museo Arqueológico de la Universidad del Cauca (Perry 2006), fundado por Lehman en 1942 (Fauvet-Berthelot 1992); en los meses anteriores a su vinculación, dinamizó iniciativas dirigidas a “mejorar” la

condición de los indígenas de la región con el apoyo de la Dirección Nacional de Higiene y el MEN (AGHdA, 1943-1965, ms. 1573).

El campo antropológico académico se había ampliado en esta década, entre 1943 y 1945. Con el apoyo del Gobierno y entidades extranjeras, los etnólogos del IEN realizaron expediciones y publicaron en la *Revista del Instituto Etnológico Nacional* y el *Boletín de Arqueología*. La antropología, como campo especializado asociado a los procesos de formación en educación superior, había alzado vuelo finalmente. Las expediciones fueron un espacio de encuentro con especialistas extranjeros y generaron un intercambio que fue más allá de la propuesta inicial del instituto, aunque la financiación dependió de fondos estatales, becas y redes con entidades extranjeras. Asimismo, se abrió paso a la regionalización de la antropología con los institutos filiales y museos en otras ciudades, el primero de los cuales fue el del Cauca, fundado en febrero de 1946 bajo la dirección de Hernández de Alba. Allí se adelantaron “labores de preservación y reconstrucción de los monumentos arqueológicos de Tierradentro”, se dictaron “cursos de investigación”, y se llevaron a cabo “misiones de estudio” y “trabajos [...] asesorados por el arqueólogo Alberto Ceballos Araujo” y por “el Dr. John Rowe” (Duque Gómez 1946, 11).

El plan de estudios incluyó clases similares a las del IEN, como las de bioantropología, prehistoria, arqueología y orígenes del hombre, aunque comprendió nuevos componentes, como el de fuentes e instituciones de la historia de América y de Colombia, y el de política indigenista americana (IEN 1946). En esta propuesta Gregorio dejó su huella al repensar el lugar de la antropología en relación con las problemáticas indígenas, probablemente desde la perspectiva norteamericana. La vinculación del instituto con el Smithsonian, derivada de la conexión de Gregorio con Steward, se mantuvo cuando George Foster asumió la dirección y favoreció “una antropología comprometida con las personas” (Perry 2006, 57). En los años siguientes, los estudios avanzaron y afianzaron su articulación con los pueblos indígenas del Cauca y la escuela norteamericana, y el trabajo que inició Lehmann continuó con José Tumiñá Pillimué, quien durante tres años “realizó labores de intérprete y profesor de la lengua nativa o clases de lingüística en el instituto” (Tumiñá Muelas 2019, 41).

Al final de los años cuarenta, los vientos soplaron con fuerza anunciando la llegada de la tempestad. Luego de conocer diversas escuelas antropológicas, universidades, institutos y museos, así como de hacer y perder amigos y colegas en medio de las borrascas, Gregorio estaba convencido de una antropología cercana al indigenismo de corte integracionista, sobre la cual escribió a Nieto Caballero, en 1948, lo siguiente:

El indigenismo que yo entiendo es el que, después de conocida por la etnología la índole de las culturas tradicionales de cada grupo o minoría indígena, halle las vías más justas, aceptables y fáciles para ejecutar los cambios que requiera la elevación del nivel de vida de cada uno de dichos grupos, para beneficio de sus individuos como tales y del país en general. (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293)

Luego del Bogotazo, la Violencia y las diferencias bipartidistas se recrudecieron. Para noviembre de 1949 Gregorio escribía a Duque sobre el abandono del trabajo en campo a causa de “los lamentables sucesos políticos que en estas regiones provincianas cobran inusitado recrudecimiento” (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293). La situación no tendría vuelta atrás al año siguiente, cuando la familia fue víctima de la persecución política (AGHdA, 1940-1949, ms. 2293). Ante un panorama complejo para los liberales en medio de un bastión conservador, Helena propuso retornar a Bogotá (C. Hernández de Alba 2019). El instituto y el museo se llevaron un duro golpe debido al retiro del apoyo del Smithsonian y la Universidad del Cauca; como lo escribía Cabrera en 1953, “ya no queda sino un amontonamiento de cosas en un cuarto húmedo” (AGHdA, 1922-1972, ms. 2296). En medio de la coyuntura política, el IEN pasaba por un momento difícil, aunque Duque lo mantenía a flote. Gregorio creó en 1952 la Sociedad Colombiana de Etnología, en la que participaron Pedro José Ramírez, Luis Duque Gómez, Edith Jiménez de Muñoz, Gabriel Giraldo Jaramillo, Roberto Pineda Giraldo, Virginia Gutiérrez de Pineda, Miguel Fornaguera, Alberto Ceballos Araújo, Sivio Yepes y Rogerio Velásquez. En ese mismo año, el Servicio de Arqueología, el IEN y el Instituto de Antropología Social fueron fusionados para dar lugar al Instituto Colombiano de Antropología (ICAN).

En la Sociedad de Arqueología, Gregorio retomó la propuesta de crear una dependencia gubernamental de asuntos indígenas que abordara las cuestiones de tierras, la colaboración con otras entidades estatales y la investigación con vistas a formular “mejores soluciones para cada uno de los problemas [...], tendiendo a la más justa y apropiada incorporación de ellos a la vida nacional” (AGHdA, ca. 1944, ms. 1103). Tiempo después, retomaría la idea de que el conocimiento antropológico estuviese al servicio de las políticas de integración para lograr “un mejoramiento efectivo [de los indígenas] en lo cultural, lo social, lo higiénico, lo económico y lo industrial [...] y de su aprovechamiento como verdaderos colonos, agricultores e industrialeros” (AGHdA, 1954, ms. 1044).

La creación de la dependencia tardaría varios años y en el entretanto Gregorio aceptó pequeños contratos que permitieron pagar los gastos familiares, con el Comité Católico Colombiano, con el Banco de la República y con el Museo Nacional

para un programa radial (Perry 2006). Luego del periodo presidencial del general Gustavo Rojas Pinilla, el Frente Nacional trajo consigo la creación, en 1958, de la “Sección de Negocios Indígenas, adscrita al Ministerio de Agricultura y Ganadería, [...] lo que le daría la oportunidad de dedicarse de lleno al indigenismo” (Rodríguez Rojas 2016b, 146). En 1960, la sección se trasladó al Ministerio de Gobierno bajo el nombre de División de Asuntos Indígenas. En el tiempo que estuvo allí, propuso políticas indigenistas de integración social y alimentó sus planteamientos con las trayectorias de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), el Instituto Indigenista Nacional de México y el V Congreso del Instituto Indigenista Interamericano (Correa Rubio y Acero 2013). Años después, expresó su preocupación sobre la necesidad de comprender primero la situación indígena para inducir cambios y organizar la parcelación de los resguardos. Con respecto a eso, consideró problemáticas como la ausencia de la medicina y la agricultura modernas, la economía de subsistencia, el ocultamiento de las tradiciones, el despojo de tierras a manos de colonos y la discriminación de las poblaciones indígenas (AGHdA, 1966, ms. 2249).

El informe de 1966 afirmaba que la división contaba con la asesoría de “Naciones Unidas, OIT, Programa Andino [...] el Instituto Lingüístico de Verano [ILV]”, y también de “la institución CARE [Cooperative for Assistance and Relief Everywhere], de los Estados Unidos”, y proponía la colaboración del Ejército Nacional en “brigadas cívico-militares [...] integradas a programas básicos” (AGHdA, 1966, ms. 1066). Dichas entidades colaboraron con la visita de especialistas (Programa Andino), auxilios alimenticios (CARE), la enseñanza del español y el suministro de avionetas (ILV).

El Programa Andino se originó en la Comisión de Expertos de Trabajo Indígena de 1951, en la que surgió la Misión Andina, “con el objetivo de planificar un proyecto regional, multilateral e integral de la ONU hacia los Estados andinos y sus políticas de protección e integración de la población indígena” (Martín-Sánchez y Breuer 2021, 124). Se enfocó en pueblos andinos y los caracterizó a partir de “atributos sociales, llamados ‘denominadores comunes’”, los cuales reafirmaron “la representación estereotípica que ya se tenía [...], la del ‘indio’ como los habitantes de la región que no están ‘integrados’” (Martín-Sánchez y Breuer 2021, 126). Se trataba de una iniciativa de carácter regional cuyas propuestas de intervención o “soluciones” fueron similares allí donde tuvo presencia el programa: Ecuador, Perú, Bolivia, Colombia, Venezuela, Chile y Argentina.

El ingreso a Colombia del ILV, una organización protestante dedicada a la evangelización y traducción de lenguas indígenas, entre otras, estuvo relacionado con la interlocución de Gregorio con su fundador y director, William Tonwnsed. En

1962 se firmó un convenio entre el ILV y el Gobierno para “desarrollar trabajos con grupos indígenas [y otorgar] servicios de intérpretes, organización de cursos de capacitación lingüística, elaboración de cartillas bilingües, traducción de textos a lenguas [y] el fomento del mejoramiento social, económico, cívico, moral y sanitario de los indígenas” (Franco 2024, 9-10). Las acciones del ILV quedaron en tela de juicio en 1970, luego de la acción militar acontecida en San Rafael de Planas, en la que se masacró y torturó a un grupo de indígenas. En respuesta a ese suceso, el Gobierno designó una comisión del ICAN para evaluar las actividades del ILV y el informe de dicha comisión señaló “el proselitismo religioso y lo inadecuado que era que el Estado delegara el *mejoramiento moral* de las comunidades indígenas a una institución extranjera” (17, énfasis en el original). Los debates respecto a la presencia del ILV se extendieron a universidades y organizaciones indígenas.

Luego de una larga trayectoria de gestión, instando constantemente al Estado a asumir una preocupación real por la antropología, tanto por la investigación como por su aplicación en terreno, Gregorio se retiró en 1970. Las relaciones establecidas con centros académicos, entidades gubernamentales y antropólogos se manifestaron en su asociación a academias en Colombia, Ecuador, México, Guatemala, Francia y Estados Unidos (AGHdA, 1920-1970, ms. 2204). El ocaso de su vida vino con dolencias que lo llevaron a fallecer en 1973.

Los intereses de Gregorio Hernández de Alba fueron posibles en el contexto de una antropología propia que emergía del umbral de interlocución con otros campos, sociedades, juntas y academias, así como de un interés gubernamental por la gestión del patrimonio y la aplicación del conocimiento antropológico a las necesidades del Estado. Las preocupaciones por los bienes arqueológicos o los programas educativos especializados fueron compartidas por otros intelectuales de la época, mientras que muchas de sus iniciativas retomaron propuestas anteriores. Los conflictos y tensiones que se presentaron a lo largo de su carrera delimitaron su actuar y lo llevaron a redefinir constantemente su manera de pensar y hacer antropología.

Reflexiones finales

El campo de la historia de la antropología se ha consolidado en las últimas décadas. Muestra de ello son el proyecto *History of Anthropology*, editado por Stocking, la serie *Critical Studies in the History on Anthropology*, editada por Regna Darnell, Robert Oppenheim y Stephen O. Murray, la *History of Anthropology Review* y la enciclopedia en línea *Bérose*. Uno de los puntos comunes es que las investigaciones se

nutren de fuentes documentales no publicadas o de archivos, trabajo que distanca esta tendencia de publicaciones previas sobre la historia de la disciplina.

En el caso colombiano, la donación del archivo de Gregorio Hernández de Alba a la BLAA ha dado pie a una profusa indagación sobre este personaje, reflejada en un incremento de publicaciones. Adicionalmente, hay varios acervos de acceso abierto que hacen parte de la configuración disciplinar, como los fondos de Virginia Gutiérrez y Roberto Pineda Giraldo (Universidad Central), de Blanca Ochoa de Molina (Universidad Nacional de Colombia), de Graciliano Arcila Vélez (Universidad de Antioquia) y del IEN (ICANH y AGN).

En este artículo, siguiendo la caracterización de Krotz de las antropologías propias que devienen de realidades latinoamericanas distintivas, se buscó comprender el ejercicio antropológico de Hernández de Alba en el marco del quehacer disciplinar en la fase de los umbrales y su posterior estatalización a través de la creación de programas de formación y el establecimiento de dependencias dedicadas al indigenismo. Se evidenció la correlación de la emergencia disciplinar con su articulación a proyectos estatales. En este sentido, *lo indígena* abarcó un interés por el pasado prehispánico y las problemáticas indígenas del presente. No obstante, la inestabilidad fue perenne. Algunas propuestas de Hernández de Alba retomaron iniciativas anteriores, otras perecieron rápidamente y otras marcaron rumbos en políticas y áreas derivadas del quehacer disciplinar. Su trayectoria da cuenta de un campo en constante tensión, atravesado por lazos sociales, políticos y académicos, de manera que la configuración de su perspectiva antropológica no se explica con independencia de las redes que estableció, tanto en la vida personal como profesional. Al vaivén de los vientos, los proyectos fueron a veces posibles, a veces no.

Referencias

Fuentes primarias

AES (Archivo Eduardo Santos, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, Colombia).

AGHdA (Archivo Gregorio Hernández de Alba, Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá, Colombia).

AGN (Archivo General de la Nación, Bogotá, Colombia).

SAA-II (Sección Archivo Anexo II).

MEN (Ministerio de Educación Nacional).

Fuentes secundarias

- Arango, Leocadio María.** 1906. *Catálogo del Museo*. Imprenta Oficial.
- Arrubla, Gerardo.** 1932. “Informe del director del Museo Nacional”. En *Memoria del Ministerio de Educación Nacional al Congreso de 1932*, editado por Ministerio de Educación Nacional, 128-132. Imprenta Nacional.
- Barragán, Carlos Andrés.** 2013. “Circunscripción territorial: el Instituto Indigenista de Colombia y el resguardo como cuerpo social”. *Baukara: Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina* 3: 5-22. <https://cendoc.chirapaq.org.pe/items/show/9193>
- Barragán, Carlos Andrés.** 2015. “Entre redes científicas, alianzas intelectuales y fricciones políticas: itinerarios etnológicos de Gregorio Hernández de Alba”. En *La cultura arqueológica de San Agustín*, de Gregorio Hernández de Alba, editado por Carlos Andrés Barragán, 95-167. ICANH.
- Botero, Clara Isabel.** 2006. *El redescubrimiento del pasado prehispánico de Colombia: viajeros, arqueólogos y coleccionistas, 1820-1945*. ICANH; Universidad de los Andes.
- Cabrera Moreno, Gerardo.** 1944. *El problema indígena en el Cauca: un problema nacional*. Instituto Indigenista de Colombia.
- Calderón Patiño, Sol Alejandra.** 2023. *La escritura de la historia prehispánica en Colombia: la obra de Ernesto Restrepo Tirado, 1892-1944*. Universidad del Rosario.
- Chaves, Milcíades.** 1944. *El problema indígena en el departamento de Nariño*. Instituto Indigenista de Colombia.
- Correa Rubio, François y Sandra Acero.** 2013. “Proyecciones del Instituto Indigenista de Colombia en la División de Asuntos Indígenas”. *Baukara: Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina* 3: 83-98. <https://cendoc.chirapaq.org.pe/items/show/9193>
- Cuervo Márquez, Carlos.** 1920a. *Estudios arqueológicos y etnográficos*. Editorial América.
- Cuervo Márquez, Carlos.** 1920b. *Prehistoria y viajes: estudios arqueológicos y etnográficos*. Editorial América.
- Darnell, Regna.** 1977. “History of Anthropology in Historical Perspective”. *Annual Review of Anthropology* 6: 399-417. <https://doi.org/10.1146/annurev.an.06.100177.002151>
- Decreto 1060 de 1936.** “Por el cual se reglamenta la entrada al país de expediciones científicas, sus actividades en Colombia, y se designa una Comisión”. Presidencia de la República. <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1216684>
- Duarte, Paulo.** 1960. *Paul Rivet: por ele mesmo*. Anhambi.

- Duque Gómez, Luis.** 1946. "Información antropológica de Colombia: 1946". *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana (1937-1948)* 9 (11): 8-14. <https://www.jstor.org/stable/40976517>
- Echeverri Muñoz, Marcela.** 1997. "El proceso de profesionalización de la antropología en Colombia: un estudio en torno a la difusión de las ciencias y su institucionalización". *Historia Crítica* 15: 67-79. <https://doi.org/10.7440/histcrit15.1997.04>
- "En el Ministerio de Educación Nacional".** 1935. *Educación* (Ministerio de Educación Nacional) 3: 500.
- Fauvet-Berthelot, Marie-France.** 1992. "Henri Lehmann (1901-1991)". *Journal de la Société des Américanistes* 78 (1): 179-185. www.persee.fr/doc/jsa_0037-9174_1992_num_78_1_2763
- Franco, Luis Gerardo.** 2024. "Lomalinda: enclave de un proyecto moderno-colonial. Notas sobre el Instituto Lingüístico de Verano en Colombia". *Revista CS: Estudios Sociales sobre América Latina* 42: 1-29. <https://doi.org/10.18046/recs.i42.05>
- Friede, Juan.** 1943. *Los indios del Alto Magdalena: vida, luchas y exterminio, 1609-1931*. Centro; Instituto Indigenista de Colombia.
- García Roldán, Daniel.** 2021. "La invención de los museos arqueológicos en Bogotá, Colombia (1935-1955): geografías del conocimiento y concepciones de patrimonio arqueológico". *Bérose: Encyclopédie internationale des histoires de l'anthropologie*. <https://www.berose.fr/article2180.html?lang=fr>
- García Roldán, Daniel.** 2022. *La invención de El Dorado: museos arqueológicos, imágenes cartográficas y redes de conocimiento en Colombia (1935-1955)*. Universidad de los Andes; Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.
- Geertz, Clifford.** 1989. *El antropólogo como autor*. Paidós.
- "Guillermo Hernández de Alba (1906-1988)".** 1989. *Thesavrvs: Boletín del Instituto Caro y Cuervo* 44 (1): 213-215. <https://thesaurus.caroycuervo.gov.co/index.php/rth/article/view/698>
- Habermas, Rebekka.** 2013. "Intermediaries, Kaufleute, Missionare, Forscher und Diakonissen: Akteure und Akteurinnen im Wissenstransfer. Einführung". En *Von Käfern, Märkten und Menschen, Kolonialismus und Wissen in der Moderne*, editado por Rebekka Habermas y Alexandra Przyrembel, 27-48. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Hanke, Lewis.** 1947. "The Development of Latin-American Studies in the United States, 1939-1945". *The Americas* 4 (1): 32-64. <http://www.jstor.org/stable/978488>
- Helguera, J. León.** 1989. "Guillermo Hernández de Alba (1906-1988)". *The Hispanic American Historical Review* 69 (4): 747-49. <http://www.jstor.org/stable/2516100>
- Hernández de Alba, Carlos.** 2016a. "Doña Situa está muy grave. Regresa pronto". En Rodríguez Rojas 2016a, 69-93.

- Hernández de Alba, Carlos.** 2016b. “Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): una vida dedicada a pensar en lo nuestro”. En Rodríguez Rojas 2016a, 1-22.
- Hernández de Alba, Carlos.** 2019. “Gregorio Hernández de Alba y Francisco Tumiñá: recuerdos de Popayán”. En Hernández de Alba y Tumiñá Pillimúé (1949) 2019, 19-37.
- Hernández de Alba, Gregorio.** 1935. “Arqueología y educación”. *Educación* 20-21: 167-171.
- Hernández de Alba, Gregorio.** 1936. *Etnología guajira*. ABC.
- Hernández de Alba, Gregorio.** 1937. *Cuentos de la Conquista*. ABC.
- Hernández de Alba, Gregorio.** 1938. *Colombia: compendio arqueológico*. Cromos.
- Hernández de Alba, Gregorio.** 1943. “La antropología y la geografía en Colombia”. *Acta Americana* 1 (4): 464-470.
- Hernández de Alba, Gregorio (textos) y Francisco Tumiñá Pillimúé (dibujos).** (1949) 2019. *Nuestra gente [Namuy misag]: tierra, costumbres y creencias de los indios guambianos*. ICANH.
- IEN (Instituto Etnológico Nacional).** 1946. *Plan de estudios del Instituto Etnológico*. Universidad del Cauca.
- Krotz, Esteban.** 2002. *La otredad cultural entre utopía y ciencia: un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. FCE; UNAM.
- Krotz, Esteban.** 2011. “La enseñanza de la antropología ‘propia’ en los programas de estudio en el sur: una problemática ideológica y teórica”. *Alteridades* 4: 9-19. <https://alteridades.izt.uam.mx/index.php/Alte/article/view/125>
- Langebaek Rueda, Carl Henrik.** 2010. “Diarios de campo extranjeros y diarios de campo nacionales: incidencias de José Pérez de Barradas y de Gregorio Hernández de Alba en Tierradentro y San Agustín”. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología* 11: 125-162. <https://doi.org/10.7440/antipoda11.2010.08>
- Langebaek Rueda, Carl Henrik.** 2016. *Los herederos del pasado: indígenas y pensamiento criollo en Colombia y Venezuela*. T. 1. Universidad de los Andes.
- Laurière, Christine.** 2008. *Paul Rivet, le savant & le politique*. Publications Scientifiques du Muséum National d’Histoire Naturelle.
- Legarreta, Patricia.** 2019. “Estudios latinoamericanos: corporaciones, universidades e imperio”. *Publicar* 16 (26): 48-77. <https://publicar.cgantropologia.org.ar/index.php/revista/article/view/131/65>
- Ley 103 de 1931.** “Por la cual se fomenta la conservación de los monumentos arqueológicos de San Agustín”. Congreso de Colombia. <https://www.icanh.gov.co/transparencia-acceso-informacion-publica/normatividad/normatividad-entidad/leyes/ley-103-1931-se-fomenta-conservacion-los-monumentos-arqueologicos>

- Martín-Sánchez, Juan y Martin Breuer.** 2021. “La OIT y la definición de América Latina como región de carácter especial: el Programa Indigenista Andino entre la cuestión indígena y la modernización universalista”. *América Latina Hoy* 88: 119-136. <https://doi.org/10.14201/alh.23889>
- Muzzopappa, Eva y Carla Villata.** 2022. “El archivo como nativo: reflexiones y estrategias para una exploración antropológica de archivos y documentos”. *Etnografías Contemporáneas* 8 (15): 202-230. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/222034>
- Páramo Bonilla, Carlos Guillermo.** 2010. “Decadencia y redención: racismo, fascismo y los orígenes de la antropología colombiana”. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología* 11: 67-99. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81419973006>
- Perry, Jimena.** 2006. *Caminos de la antropología en Colombia: Gregorio Hernández de Alba*. Ediciones Uniandes.
- Pineda Camacho, Roberto.** 2016. “Un arijuña entre los pastores y arenales de La Guajira”. En Rodríguez Rojas 2016a, 23-45.
- Pineda Camacho, Roberto y Felipe Rugeles Pineda.** 2016. “De nuevo en tierra de los nasa: la expedición a Tierradentro y Moscopán de 1942”. En Rodríguez Rojas 2016a, 95-132.
- Pineda García, Melba María.** 2013. “Rómulo Rozo, la diosa Bachué y el indigenismo en Colombia (1920-1950)”. *Baukara: Bitácoras de Antropología e Historia de la Antropología en América Latina* 3: 41-56. <https://cendoc.chirapaq.org.pe/items/show/9193>
- Pineda Giraldo, Roberto.** 1999. “Inicios de la antropología en Colombia”. *Revista de Estudios Sociales* 3. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/30649>
- Price, David.** 2002. “Lessons from Second World War Anthropology”. *Anthropology Today* 18 (3): 14-20. <https://doi.org/10.1111/1467-8322.00120>
- Restrepo Tirado, Ernesto.** 1892a. *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los Quimbaya en el Nuevo Reino de Granada*. Imprenta de la Luz.
- Restrepo Tirado, Ernesto.** 1892b. *Estudio sobre los aborígenes de Colombia*. Imprenta de la Luz.
- Restrepo Tirado, Ernesto.** 1917. *Descubrimiento y conquista de Colombia*. Imprenta Nacional.
- Reyes Gavilán, Aura Lisette.** 2018. “Años treinta: encuentro de caminos hacia la institucionalización de la antropología colombiana”. *Bérose: Encyclopédie internationale des histoires de l'anthropologie*. <https://www.berose.fr/article1401.html?lang=fr>
- Reyes Gavilán, Aura Lisette.** 2020. “Enlazar para celebrar: hacer posible la Exposición Arqueológica del IV Centenario de Bogotá”. *Revista Credencial Historia* 373. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-373/enlazar-para-celebrar-hacer-posible-la-exposicion>

- Reyes Gavilán, Aura Lisette.** 2024. “La instrumentalización del saber antropológico en la década de 1930 en el marco de la colonización de los Llanos Orientales: los trabajos de Gustaf Bolinder para el Ministerio de Educación Nacional en Colombia”. *Razón Crítica* 16. <https://doi.org/10.21789/25007807.1897>
- Reyes Gavilán, Aura Lisette y Ana María Mancera.** 2018. “Hace 80 años... la Ley 147 de 1938 (8 de noviembre) ‘Por la cual se dispone la continuación y ensanche de los trabajos de excavación e investigación arqueológica en las regiones de San Agustín y Tierradentro’”. Museo Nacional de Colombia. http://www.museonacional.gov.co/noticias/Paginas/Ley_147.aspx
- Rodríguez Rojas, Jenny Marcela, ed.** 2016a. *Gregorio Hernández de Alba (1904-1973): su contribución al pensamiento indigenista y antropológico colombiano*. Universidad Nacional de Colombia.
- Rodríguez Rojas, Jenny Marcela.** 2016b. “Hacia el final del camino: la ‘oficinita’: de la Sección de Negocios Indígenas a la División de Asuntos Indígenas”. En Rodríguez Rojas 2016a, 133-158.
- Stocking, George W.** 1983. *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*. University of Wisconsin Press.
- Stocking, George W.** 2002. “Delimitando la antropología: reflexiones históricas acerca de las fronteras de una disciplina sin fronteras”. *Revista de Antropología Social* 11: 11-38. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83801101>
- Stoler, Ana Laura y Josué Sierra.** 2010. “Archivos coloniales y el arte de gobernar”. *Revista Colombiana de Antropología* 46 (2): 465-496. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1078>
- Tumiñá Muelas, Mary Elizabeth.** 2019. “Biografía de Francisco Tumiñá Pillimué”. En Hernández de Alba y Tumiñá Pillimué (1949) 2019, 39-47.
- Urrego Ardila, Miguel Ángel.** 2022. “Los intelectuales bajo la República Liberal”. En *Intelectuales, Estado y nación en Colombia: de la guerra de los Mil Días a la Constitución de 1991*, 113-142. Siglo del Hombre.

“Equilibrar las fuerzas”: procesos organizativos de mujeres indígenas para la atención a la violencia sexual intracomunitaria y el acceso a la justicia en Colombia¹

“Balancing the Forces”: Organizational Processes of Indigenous Women to Address Intra-Community Sexual Violence and Access to Justice in Colombia

“Equilibrando as forças”: processos organizacionais de mulheres indígenas para a atenção à violência sexual intracomunitária e o acesso à justiça na Colômbia

.....

Recibido: 03/04/2024 • Aprobado: 28/01/2025 • Publicado: 01/05/2025



Juana Camacho S.

Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, Colombia

jcamacho@icanh.gov.co

<https://orcid.org/0000-0002-1321-904X>

Antonio Olmos P.

Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia

aolmosp2012@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-3698-6329>

Resumen

La violencia sexual es un tema emergente en las luchas de las mujeres indígenas por derechos, igualdad y acceso a la justicia. Con base en entrevistas, etnografía y testimonios de mujeres nasas, arhuacas y emberas, que atestiguan su agencia creativa, este artículo describe y analiza las experiencias organizativas que desarrollan en

.....

- 1 Agradecemos a Dignerí Izquierdo, Dunen Muelas, Yulenis Arias, Aris Mestre, Rosa Chamorro, Blanca Guzmán, Celia Umenza, Marcela Amador, a las mujeres y hombres que compartieron sus perspectivas sobre la violencia sexual y la justicia, así como a las evaluadoras externas por sus comentarios y sugerencias.

torno a la violencia sexual intracomunitaria y su participación en la administración de justicia indígena. Exploramos cómo, mientras identifican necesidades e intereses comunes, elaboran una crítica intercultural a la desigualdad y la discriminación, a la vez que emplean la cultura y el derecho para construir nuevas nociones y prácticas de justicia con perspectiva de género. Una demanda central de las mujeres indígenas como nuevos sujetos políticos es la articulación de los derechos individuales y colectivos en el proyecto político, jurídico y cultural indígena.

Palabras clave: mujeres indígenas, violencia sexual, jurisdicción especial indígena, sujetos políticos

Abstract

Sexual violence is an emerging issue in Indigenous women’s struggles for rights, equality, and access to justice. Drawing on interviews, ethnographic fieldwork, and testimonies from Nasa, Arhuaco, and Embera women —who attest to their creative agency— this article describes and analyzes the organizational experiences they develop around intra-community sexual violence and their participation in the administration of Indigenous justice. We explore how, as they identify common needs and interests, they elaborate an intercultural critique of inequality and discrimination, while employing culture and law to construct new notions and practices of gendered justice. A central demand of Indigenous women, as emerging political subjects, is the articulation of individual and collective rights within the Indigenous political, legal, and cultural project.

Keywords: Indigenous women, sexual violence, special Indigenous jurisdiction, political subjects.

Resumo

A violência sexual é uma questão emergente nas lutas das mulheres indígenas por direitos, igualdade e acesso à justiça. Com base em entrevistas, etnografia e depoimentos de mulheres nasa, arhuaco e embera, que atestam sua agência criativa, este artigo descreve e analisa as experiências organizacionais que elas desenvolvem em torno da violência sexual intracomunitária e da participação na administração da justiça indígena. Exploramos como, enquanto identificam necessidades e interesses comuns, elas desenvolvem uma crítica intercultural da desigualdade e da discriminação, ao mesmo tempo em que usam a cultura e o direito para construir novas noções e práticas de justiça com perspectiva de gênero. Uma demanda central das mulheres indígenas como novos sujeitos políticos é a articulação dos direitos individuais e coletivos no projeto político, jurídico e cultural indígena.

Palavras-chave: mulheres indígenas, violência sexual, jurisdição especial indígena, sujeitos políticos

Introducción

Al igual que para muchas mujeres en el mundo, la violencia sexual se ha convertido en una preocupación central para las mujeres indígenas que luchan por el acceso a la justicia y el ejercicio de sus derechos. Las mujeres y las niñas son las principales afectadas por esta violencia, que abarca un espectro de actos sexuales físicos y verbales realizados contra la voluntad de la persona (ONU 1993). A pesar de su incidencia y gravedad, los niveles de desatención e impunidad al respecto son altos a causa de las barreras físicas, económicas, institucionales, lingüísticas y culturales que enfrentan las mujeres indígenas para acceder a adecuados servicios sociales, de protección y de justicia en la jurisdicción ordinaria (CIDH 2017; FIMI 2020). Por su parte, en el marco del pluralismo jurídico, los sistemas de justicia indígena, en los que la autoridad generalmente reposa en los hombres, están signados por valores patriarcales que las subordinan y tampoco son garantía de amparo frente a las violencias de género (Alsalem 2022; Sieder y Sierra 2011).

Antropólogas feministas y lideresas indígenas concuerdan en que la violencia sexual hacia las mujeres indígenas hace parte de un entramado mayor de discriminaciones estructurales e interseccionales que sufren en razón del género, la clase, la raza y la historia colonial (Cumes 2019; Palacios y Bayard de Volo 2017; Picq 2018; Sieder y Sierra 2011). Y advierten sobre la necesidad de entenderla como una categoría situada sobre la cual persisten el silencio, la impunidad y la violencia de la ley en muchos de los escenarios de denuncia y juicio público de la agresión sexual (Baxi 2014). Contra los velos del ocultamiento y la normalización de estas violencias, las mujeres indígenas han emprendido procesos organizativos para cuestionar ciertos usos y costumbres que vulneran su integridad, y redefinirlos en función de una mayor igualdad, seguridad y justicia para ellas y sus hijas (Sierra 2009).

A partir de tres procesos organizativos para la atención y prevención de la violencia sexual, este artículo explora la manera en que mujeres nasas, arhuacas y emberas se congregan en sus comunidades como un colectivo con necesidades e intereses comunes, para confrontar ideologías y prácticas discriminatorias e impulsar su participación en la administración de la justicia indígena. A diferencia de análisis sobre la violencia sexual perpetrada por actores externos en el marco del conflicto armado (CEV 2022), interesa aquí un asunto menos estudiado en Colombia: la movilización en torno a la violencia sexual interna y la manera como, en medio de las potencialidades y constreñimientos del género y del derecho indígena, las mujeres activan su agencia creativa entretejiendo elementos de la tradición y la cultura con marcos normativos de los derechos humanos, para

impulsar ejercicios locales de justicia acordes con sus aspiraciones de respeto e igualdad. En los tres casos, que distan de ser homogéneos, se observan la emergencia y el fortalecimiento de un sujeto político que lucha por transformar la opresión y exclusión de género, a la vez que busca fortalecer la jurisdicción especial indígena a partir de una justicia que reconozca los derechos de las mujeres.

Este trabajo etnográfico surge de las solicitudes que la rama judicial hace al Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) acerca del derecho propio de distintos pueblos indígenas del país para determinar la competencia jurisdiccional en hechos de violencia sexual contra menores de edad, sobre los que el sistema judicial nacional y la jurisdicción especial indígena reclaman potestad. Con el fin de conocer las perspectivas plurales y situadas de las mujeres, emprendimos una indagación con nasas de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), emberas del Programa Departamental de Mujeres Indígenas del Chocó y arhuacas de la Casa de Gobierno Ati Kuakumuke en Pueblo Bello, en la Sierra Nevada de Santa Marta, seleccionadas a partir de sus trayectorias organizativas en distintas regiones del país. La metodología incluyó un intercambio exploratorio de experiencias sobre violencia de género y acceso a la justicia en 2021, en el que también se discutieron los retos y posibilidades de la coordinación interjurisdiccional con enlaces étnicos del Ministerio de Justicia, la Fiscalía, Medicina Legal y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Las memorias del encuentro fueron compartidas con las y los participantes. Entre 2021 y 2023 entrevistamos a mujeres y hombres de varios pueblos indígenas, la academia, ONG y la rama judicial; participamos en encuentros de mujeres indígenas y justicia propia, y documentamos la ruta de atención de la Casa de Gobierno de Ati Kuakumuke en una cartilla y un video que fueron distribuidos y socializados con mujeres, organizaciones indígenas, la academia y la institucionalidad².

En lo que sigue, presentamos algunas de las discusiones sobre género, violencia y justicia en América Latina que guían este trabajo (Chenaut 2007; Pequeño 2009; Picq 2018; Rousseau y Morales 2018; Sieder 2019; Valdez *et al.* 2017). En seguida se introducen los tres procesos organizativos que ilustran las diversas formas de movilización de las mujeres, los retos de su lucha cotidiana contra la violencia sexual y por sus derechos, así como sus propuestas de justicia propia incluyente. La tercera sección discute las reflexiones de las mujeres indígenas sobre la cultura, la tradición y el poder en la búsqueda de igualdad y participación en la administración de justicia, y la dimensión política de su acción organizativa transformadora para el bienestar de ellas y sus comunidades.

2 Para ampliar, véanse Camacho Segura y Olmos Pinzón (2023) e ICANH (2023).

Violencia sexual y justicia propia: nuevos campos de organización para la transformación social

El reconocimiento de la violencia sexual como un delito contra los derechos humanos y de las mujeres es una conquista reciente de los movimientos feministas que las mujeres indígenas han incorporado en sus agendas organizativas. La lucha material y simbólica contra ella es un nuevo campo de acción social y política por los derechos de las mujeres y la justicia indígena. Un referente importante de esta lucha es la Declaración de las Mujeres Indígenas del Mundo, proclamada en Beijing en 1995, que señaló la imbricación de las violencias estructurales de la colonización, la pobreza y la exclusión con las violencias patriarcales de los sistemas consuetudinarios y las prácticas culturales de inferiorización y control de sus cuerpos y sexualidades (Coomaraswamy 2001). En ella se propuso la creación de instrumentos jurídicos y sociales de protección contra la violencia doméstica y estatal, la erradicación de leyes, costumbres y tradiciones indígenas discriminatorias hacia las mujeres, y el reconocimiento de los sistemas de derecho propio que apoyan a las que son víctimas de violencia (FIMI 2020).

El registro etnográfico ha evidenciado que las construcciones sociales y los significados del género, así como los sentidos de la violencia sexual y su sanción legal, son históricos, situados, cambiantes en el tiempo y producto de relaciones sociales de poder (Baxi 2014; Merry 2009). En América Latina, antropólogos y líderes indígenas coinciden en que la elaboración sociocultural de la sexualidad y el género, y también la de los sistemas y prácticas de justicia indígenas, se han forjado en estructuras de violencia, exclusión y desigualdad colonial, patriarcal y racial (Sieder y Sierra 2011; Valdez *et al.* 2017) que contribuyen a la naturalización de la agresión sexual. De hecho, en muchas comunidades indígenas no existe un término o concepto de violación sexual ni esta es una conducta punible (Amador 2016); en otros casos, se emplea como un correctivo de comportamientos considerados inapropiados o como una forma de violencia política para amedrentar a las víctimas (Picq 2018). En cuanto mecanismo de disciplinamiento, la violencia sexual refuerza ciertas expectativas de género y favorece la impunidad; en el plano simbólico, su correlato en los mitos y rituales la legitima y reafirma la subordinación de la mujer (Jackson *et al.* 1991).

En ciertas cosmovisiones, la violencia sexual se concibe, más bien, como una enfermedad o desarmonía causada por fuerzas no humanas que afectan el equilibrio natural y comunitario y debe ser tratada en el plano espiritual para restaurar el equilibrio. Al atribuirse a un agente no humano, como un espíritu, un animal,

el viento o el agua, se elude la potencial conflictividad social que implica señalar al agresor. En sociedades estrechamente vinculadas por el parentesco y la vecindad, denunciar y confrontar a familiares o autoridades puede ser una afrenta por esquivar en aras de la convivencia y la seguridad. La lideresa zapoteca Eufrosina Cruz Mendoza (2022) afirma que, si la violencia sexual no se denuncia, se normaliza; sin embargo, callar también es una opción frente a la complejidad lingüística, emocional, psicológica y social de narrar una experiencia subjetiva que involucra el cuerpo y la totalidad de la persona, especialmente cuando se trata de mujeres y niñas pobres, con baja escolaridad y dependencia económica.

Aun cuando la violencia sexual intracomunitaria persiste como un secreto a voces en el ámbito privado, en Colombia cada vez más mujeres indígenas levantan la voz para denunciarla y exigir justicia. El pluralismo jurídico, en su heterogeneidad, abre nuevas posibilidades de resolución de conflictos internos según procedimientos y principios culturales propios³ que expanden las opciones de acceso de las mujeres a la justicia. Por ejemplo, la jurisdicción indígena puede tramitar controversias en el idioma propio y mediante el consejo, y brindar juzgamientos gratuitos y arreglos más expeditos. No obstante, la priorización de los derechos comunitarios y la reconciliación entre las partes pueden pasar por alto los derechos individuales y la autonomía de las mujeres (Picq 2018; Sieder y Sierra 2011).

De la justicia indígena se han destacado principios y procedimientos restaurativos y reparadores (Dlestikova 2020; JEP s. f.), en oposición a la naturaleza punitiva del sistema ordinario. No obstante, los escenarios de la justicia oral comunitaria, como las asambleas en las que se exponen públicamente los hechos violentos que vulneran a las mujeres, pueden ser intimidantes e incluso revictimizantes, por ejemplo cuando son acusadas por las autoridades —y, en ocasiones, por la propia comunidad— de provocar la agresión y se les restringe el acceso a la justicia. En cuanto escenario privilegiado de la autoridad masculina, la justicia propia reproduce desigualdades de género; sin embargo, la pluralidad normativa y cultural comunitaria también ofrece la posibilidad de examinar críticamente usos y costumbres opresivos, y redefinirlos (Hernández y Canessa 2012). Justamente, la lucha organizativa de las mujeres indígenas busca reevaluar interpretaciones

.....

3 El artículo 246 de la Constitución Política de 1991 reconoce la jurisdicción especial indígena, por la cual “las autoridades de los pueblos indígenas podrán ejercer funciones jurisdiccionales dentro de su ámbito territorial, de conformidad con sus propias normas y procedimientos, siempre que no sean contrarios a la Constitución y leyes de la República”. A pesar de ser parte de la arquitectura jurídica estatal, la justicia especial indígena no cuenta con financiación pública por considerarse un asunto de la autonomía indígena.

patriarcales del derecho propio y crear condiciones para prácticas sociales y jurídicas más democráticas.

Ahora bien, estos cuestionamientos a las estructuras y al ejercicio del poder y la autoridad en sus comunidades y organizaciones generalmente ocurren en las interacciones y negociaciones de la vida diaria, lejos de la luz pública y al margen de la política formal. Estas acciones cotidianas, en las que ellas resisten y activan su agencia con miras a crear escenarios más justos y equitativos, son las maneras silenciosas y sutiles en las que hacen política (Ammann 2020). Tales formas interpelan a la antropología para iluminar etnográficamente cómo, en contextos de diferencia y desigualdad, las mujeres indígenas se organizan y desafían el orden social y jurídico que las discrimina para transformarlo.

Su larga y variada experiencia organizativa abarca desde el ámbito doméstico y comunitario hasta la lucha por los derechos colectivos de sus pueblos. Bajo la influencia del desarrollo, los derechos humanos, los movimientos indígenas y de mujeres, el trabajo organizativo ha posibilitado que ellas accedan a recursos económicos y sociales para atender problemas comunes, generar ingresos, capacitarse y empoderarse (Hernández y Sierra 2005; OIT 2021; Picciotti 2019; Rousseau y Morales 2018; Valdez *et al.* 2017). Aunque no sin tensiones y asimetrías, la interacción con distintas ONG, la cooperación internacional, la Iglesia, la academia y grupos feministas y de derechos humanos han fortalecido los liderazgos y aumentado la participación de las mujeres en redes de relaciones sociales que alimentan sus discursos y posicionamientos políticos. Las oficinas o espacios de mujer y familia en las organizaciones indígenas y las organizaciones autónomas de mujeres se han convertido en núcleos tanto de identidad colectiva étnica y de género como de movilización de intereses y demandas específicas, en contrapeso a las limitaciones de participación en otras instancias de representación política indígena (Barrera 2015; Pequeño 2009; Speed *et al.* 2006).

En la práctica cotidiana, la organización autónoma y los reclamos por igualdad y reconocimiento no son fácilmente aceptados por quienes ven amenazado su poder y privilegio e interpretan estas reivindicaciones como antagónicas a las demandas históricas de los pueblos indígenas por derechos colectivos, autonomía jurisdiccional e integridad cultural (Hernández y Canessa 2012). Las mujeres arguyen que, al ser afectadas en su integridad por los impactos físicos y psicológicos de largo plazo de la violencia sexual, se deben reconocer los derechos individuales de las víctimas. En esta lógica, sus demandas por derechos individuales no contradicen la unidad indígena ni el proyecto colectivo; más bien son luchas por la satisfacción de necesidades tanto de las personas vulneradas como de la comunidad y el tejido social.

Como se verá en los tres casos de estudio, a pesar de sus diferencias socio-culturales y territoriales y de las trayectorias de sus procesos organizativos como mujeres, ellas concuerdan en que la erradicación de la violencia y la desigualdad de género debe ser central en el proyecto político y cultural de sus pueblos, y en que la autonomía de la jurisdicción especial indígena para ejercer justicia dentro de su ámbito territorial, según las normas y procedimientos de cada pueblo, requiere del fortalecimiento de la justicia propia con garantías para las mujeres. Aunque no se identifican con el feminismo por considerarlo una construcción occidental y colonialista ajena a sus experiencias diversas, sus agendas no son impermeables a los logros sociales, políticos y legislativos de los movimientos feministas y de mujeres a nivel nacional e internacional; de hecho, sus demandas entrelazan la cosmovisión indígena y la diferencia cultural como formas de resistencia con una crítica a la doble discriminación que enfrentan por su condición étnica y de género, así como a la dominación masculina dentro de sus organizaciones y comunidades.

Organización, derechos y participación

Destejer lo que no sirve y tejer para seguir trabajando por la vida: Casa de Gobierno Ati Kuakumuke

Ubicada en Pueblo Bello, municipio con población indígena y campesina colona, en límites con el resguardo arhuaco⁴ de la Sierra Nevada de Santa Marta, la Casa de Gobierno (en adelante CG) es un caso singular de administración de justicia encabezada por una mujer autoridad que ha priorizado la defensa de los derechos de las mujeres y la niñez. Votada por mayoría como comisaria en 2017 y como cabilda en 2022, Digneri Izquierdo es la primera mujer del pueblo arhuaco en ocupar ese cargo y erigirse como autoridad jurisdiccional. Sicóloga, hija de un reconocido mamo e integrante de una familia de lideresas, fue elegida por un grupo de mujeres, algunas de ellas cabeza de hogar y víctimas de violencia sexual, que no querían seguir callando ante la vulneración de la integridad y el bienestar de las mujeres y la infancia. Al hablar públicamente de la violencia de género, Digneri y las mujeres se atrevieron, en sus palabras, a “romper el hielo” que rodeaba el

.....

4 El pueblo arhuaco o iku habita un territorio que abarca del mar hasta la Sierra Nevada. El relativo aislamiento de los poderes coloniales y republicanos terminó con el proyecto estatal evangelizador y civilizatorio del siglo XX, a cargo de la misión capuchina. La expulsión de los religiosos en 1982 nutre la lucha arhuaca por el territorio y los derechos colectivos frente a la colonización y los conflictos socioambientales y armados de la región.

tema. El apoyo mutuo respalda la dimensión colectiva del mandato de gobierno y las fortalece en los retos personales, familiares y comunitarios de un liderazgo femenino que tensiona estructuras y relaciones sociales, y que, según algunos, transgrede el orden natural. Según Dunen Muelas, asesora de la CG, “somos mujeres en construcción, litigantes empíricas que cometemos errores, pero aprendemos en el día a día” (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021).

Además de interactuar con otros grupos indígenas, organizaciones de mujeres y comunidades arhuacas evangélicas, la CG coordina acciones con la institucionalidad local y nacional, resguardando la autonomía del gobierno y la jurisdicción especial indígena. El equipo de trabajo consta de un comisario, un cabo, semaneros (guardia indígena) y autoridades espirituales o mamos, y un equipo de mujeres de distintas edades que realizan tareas de comunicación, acompañamiento psicológico y de salud, seguimiento a los casos y captura de los agresores, entre otras. Una estrategia transversal del ejercicio de justicia de la CG, pionera en el pueblo arhuaco, es la ruta de atención y restitución de derechos en casos de violencia sexual, implementada desde 2018, con base en la experiencia de la cabilda en el ICBF, entidad de prevención y protección integral de la niñez y la adolescencia. Este instrumento híbrido, compuesto por protocolos estatales de protección de derechos y elementos de la espiritualidad y la justicia restaurativa indígena, incluye la captura y detención del agresor en la Casa de Reflexión, la investigación de los hechos, la sentencia, el saneamiento de los implicados y la reparación integral a la víctima, a quien se ofrece acompañamiento y seguimiento médico, psicológico y espiritual. Las menores de edad son acogidas temporalmente en casa de una de las mujeres de la CG, bajo la figura de *hogar zaku* (“hogar madre” en iku). Al igual que otras justicias comunitarias, la ruta es un procedimiento flexible y poroso que se nutre de cada nuevo caso, de la jurisprudencia de cada sentencia, de interacciones sociales e institucionales, y de normativas nacionales y transnacionales.

La ruta se fundamenta en la sacralidad de la madre tierra y en el principio de que la violencia sexual hacia las mujeres es una agresión a la *zaku* que requiere el saneamiento y la armonización espiritual de los agresores, las víctimas y del territorio. La representación de la madre tierra cimenta a las mujeres simbólicamente y políticamente en el territorio y en el *orden*⁵ (Zapata 2020) para manejar el conflicto e impartir justicia, poniendo los derechos de las víctimas y las garantías del debido proceso en el centro. De manera novedosa, la ruta articula los marcos de

5 Principio cosmogónico y de la ley de origen que rige el equilibrio espiritual, territorial y social del pueblo arhuaco.

los derechos humanos, los derechos de las mujeres y los de los pueblos indígenas con la consulta espiritual a los mamos y las autoridades tradicionales (*sakukus*), y a las propias interpretaciones de las mujeres sobre la ley de origen (ley *Seyn Zare*) para desnaturalizar las violencias de género. Para las mujeres de la CG, la ruta es un instrumento de defensa de los derechos individuales de las mujeres y las niñas, que robustece y legitima su ejercicio de gobierno frente a la comunidad y el Estado al poner la justicia indígena al mismo nivel que la ordinaria, además de ser una herramienta cohesionadora de los derechos del pueblo arhuaco en la coordinación interjurisdiccional.

La atención respetuosa, oportuna y eficaz de una autoridad que escucha, atiende y defiende a las víctimas, sin exponerlas a nuevas violencias, ha aumentado las denuncias de las mujeres que se atreven a compartir públicamente su testimonio para dar confianza y fortaleza a quienes han vivido o están viviendo situaciones semejantes. Justamente, la preocupación de la CG por temas vedados en la justicia arhuaca hace que autoridades hombres les deleguen casos difíciles que ellos no quieren enfrentar. No obstante, persisten los recelos y resistencias hacia estas mujeres que desafían las estructuras y prácticas de poder masculino. Reiteradamente, la CG ha sido blanco de críticas y amenazas de *gunamus* (miembros de la comunidad) que han sentido el peso de una autoridad más severa con la transgresión del orden (ley de origen), incluida la violencia hacia las mujeres y los menores. Así mismo, líderes indígenas que se ven desplazados en su autoridad intentan contener el poder emergente de las mujeres no acatando las órdenes de la cabilda, no asistiendo a reuniones convocadas por la CG o administrando una justicia paralela, lo cual agudiza las fracturas internas del pueblo arhuaco.

Construir confianza con otras autoridades indígenas y con la institucionalidad estatal es un esfuerzo constante que las mujeres de la CG afianzan desde su posición como madres y cuidadoras con empatía, amor y buena palabra, sin dejar de ser asertivas al impartir sanciones e incluso solicitar penas carcelarias en la justicia ordinaria, especialmente en casos de agresiones sexuales reincidentes. Propender por una justicia justa y una mayor participación de las mujeres en instancias de poder es un reto del liderazgo de la CG ante el cual las mujeres afirman haber perdido el miedo; por el contrario, insisten en seguir aportando al bienestar comunitario, la armonía espiritual y la paz del pueblo arhuaco.

“Con la unidad se hace la fuerza. Somos una, con voz una, trabajo una, en luchas una”: Programa Departamental de Mujeres Indígenas del Chocó

En 2014, preocupadas por los elevados niveles de violencia de género en sus comunidades y por el conflicto armado que durante décadas ha azotado la región, un pequeño grupo de mujeres indígenas del Chocó gestó lo que luego sería el Programa Departamental de Mujeres Indígenas del Chocó (PMI). En pequeñas asambleas hechas en municipios cercanos a Quibdó (Lloró, Bagadó, Alto Baudó, Carmen del Atrato), indagaron por las experiencias de las mujeres frente a los confinamientos, los desplazamientos, las amenazas y el reclutamiento de jóvenes por parte de grupos armados, pero también como consecuencia de la violencia doméstica y sexual a manos de sus parejas y vecinos. En alianza con varias organizaciones indígenas y de mujeres, en 2016 convocaron el primer Congreso Departamental de Mujeres Indígenas del Chocó en el que participaron cerca de quinientas mujeres. El congreso dio lugar al mandato regional de Política Pública de Equidad de Género para las Mujeres Chocoanas y a la creación del PMI para la promoción y defensa de los derechos de las mujeres, la política pública y la paz.

El PMI es transversal a las organizaciones de los pueblos embera (eyábida, chamí, dóbida, katío), wounaan y guna dule⁶, y cuenta con un núcleo de mujeres y lideresas regionales que integran el Programa de Mujeres de la Mesa de Concertación de los Pueblos Indígenas del Chocó. Desde 2012, de la mano de la Pastoral Social Indígena (PSI) de la Diócesis de Quibdó, el PMI ha impulsado la participación organizativa de las mujeres en los planes de desarrollo local. Con apoyo de la cooperación internacional y la fundación Akubadaura, ha realizado formaciones políticas y seguimiento a las políticas públicas, además de materiales sobre salud sexual y reproductiva y rutas de prevención y atención a violencias de género. Tener una casa de la mujer que acoja a las víctimas de distintas violencias y que anhelan la paz bajo los principios restaurativos del derecho propio es un sueño colectivo.

6 Los pueblos eyábida, katío, chamí (gente de montaña) y dóbida (gente de río) son subgrupos de la etnia embera. Junto con los wounaan y los guna, habitan las selvas húmedas del Pacífico colombiano y comparten una organización social en parentelas flexibles que se han dispersado dentro y fuera del territorio en los sucesivos procesos de conquista y colonización y auges extractivos en la región. Los pueblos del Pacífico son de los más afectados por el conflicto armado, que vulnera el vínculo vital con el territorio, el ordenamiento social y las relaciones de género.

Un estudio reciente del PMI sobre las distintas violencias de género, las formas de resistencia y prevención de las mujeres, y el papel de la justicia propia en varios municipios del Chocó (Marín y Rivera 2019) les hizo tomar conciencia de las diversas manifestaciones de la desigualdad de género y sus repercusiones materiales, emocionales y espirituales. El estudio incentivó a las mujeres a investigar la historia, la cultura y la justicia con personas mayores y especialistas en medicina tradicional y espiritualidad para nutrir las prácticas de atención y cuidado de las víctimas de violencia sexual, así como las formas de resolución de conflictos. Como lo señala la lideresa Rosa Chamorro, la magnitud de los hallazgos impulsó una reflexión crítica sobre la relación entre violencia, justicia y cultura, y sobre la necesidad de diferenciar los distintos orígenes de las violencias y los impactos socioculturales que conllevan en el plano individual y colectivo. Al historizarlas, entendieron su conexión con las sucesivas colonizaciones, opresiones y despojos sufridos desde la Colonia, y también con los conflictos asociados al control de los recursos de la selva y de las rutas para el narcotráfico. Desvelar la intersección de la violencia estructural con las desigualdades étnicas y de género, como lo han hecho otras mujeres indígenas (Caicedo Delgado *et al.* 2011), les permitió cuestionar las representaciones simplificadas de la institucionalidad, los medios y la sociedad mayor sobre la violencia de género como un rasgo cultural de los pueblos indígenas en razón de la ignorancia y la incivilización. Por ello Rosa controvierte la “justificación de los problemas de violencia como si fueran aspectos de la cultura, porque afectan y dañan la cultura propia”, y refuerzan los prejuicios y la discriminación (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021).

Desde las organizaciones regionales, las integrantes del PMI participan en la lucha colectiva por la unidad, el territorio, la autonomía y la cultura, pero les preocupan el fraccionamiento interno y la desconexión de los líderes —mayoritariamente hombres— con las necesidades comunitarias, en cuanto debilitan la visión social y política propia, al tiempo que limitan la participación de las mujeres y el acceso a la justicia. Por ello priorizan el fortalecimiento de la organización y el trabajo colectivo mediante lo que Rosa denomina la estrategia de “jalar como cucarachas para construir juntas”. Jalar juntas es rescatar y fortalecer los aspectos positivos de la cultura y mejorarlos, acompañar a las víctimas de violencia sexual y doméstica, y llevar sus procesos a la justicia —propia u ordinaria, según el caso—, lo que no hacen las organizaciones ni las instituciones.

El acompañamiento a las víctimas de violencia sexual es necesario debido a que la justicia propia tiende a omitir esos casos y la justicia ordinaria tampoco los atiende arguyendo que, al existir la jurisdicción especial, el juzgamiento compete

a las autoridades indígenas. Según las mujeres, esta autonomía parece fortalecer la justicia propia, pero en la práctica esto no ocurre, puesto que las autoridades no cumplen con los reglamentos internos y favorecen a los hombres con poder o líderes, principalmente. Blanca Guzmán, lideresa embera dóbida, explica que el propósito de las mujeres no es reducir la justicia propia a reglamentos internos, códigos y procedimientos como la justicia estatal, “porque no queremos ser mandaderos de la ordinaria” (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021). Lo que ellas buscan es robustecerla para que las ampare. También quieren autonomía jurídica, capacitarse en litigio estratégico para interactuar con la institucionalidad y subsanar vacíos en la articulación interjurisdiccional.

En poco tiempo, las mujeres del PMI han abierto espacios políticos y de toma de decisiones en sus propias organizaciones y en instancias de política pública, pues aspiran a que su participación se conciba como un derecho que vaya más allá de cocinar en las ollas comunitarias. Su movilización, sin embargo, las convierte en blanco de amenazas y agresiones verbales y físicas, tanto de sus parejas como de líderes y autoridades que sienten vulnerados su poder y posición; las acusan de transgredir la cultura y la unidad indígenas, además de incitar infidelidades y de hacer una política que no es indígena, en la medida en que introduce temas que no son parte del proceso político propio. No obstante, para ellas, proteger los derechos individuales de las mujeres es velar por sus derechos como colectivo y como fuerza que lucha por los derechos colectivos del pueblo embera; de ahí la insistencia en que no son agendas antagónicas, porque, en palabras de Blanca, “el trabajo en conjunto es el poder que tenemos”.

Superar el miedo y la discriminación, exigir participación política y ocupar cargos directivos son voluntades individuales y colectivas constantes. A las responsabilidades del trabajo organizativo y comunitario, sostenido muchas veces con la venta de artesanías, se suman las pesadas cargas domésticas, pero las mujeres del PMI, acostumbradas a una vida de esfuerzo, valoran el conocimiento, la experiencia y la fortaleza ganados en el proceso. El camino tiene altos costos económicos y personales, pero no hay vuelta atrás porque su trabajo es un aporte a los procesos organizativos, a la cultura y a la anhelada paz territorial.

“La justicia propia de la raíz hacia arriba, de la cabeza a los pies, desde el pilar que es la comunidad”: Tejido Mujer de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca

El Tejido Mujer de la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN) es el resultado de un proceso organizativo de las mujeres nasas⁷ iniciado en la década de 1980 contra la violencia sexual; más concretamente, contra una práctica de violación sexual grupal conocida como la “vaca muerta” que, según lograron esclarecer, fue introducida por los terratenientes blancos, promovida por los mayordomos de las haciendas y finalmente replicada por los hombres nasas. En sus inicios y bajo el nombre de Programa Mujer, el proceso se concentró en la formación política de las mujeres y el fortalecimiento de la autoestima para superar el miedo a la vergüenza y denunciar las violencias vividas. En el espíritu de lucha del pueblo nasa por la autonomía, el territorio y la cultura, las mujeres no quisieron permanecer como víctimas, sino politizar el tema y buscar acciones transformadoras. Una de esas fue orientar y proteger a sus hijos y a los jóvenes frente a la política de ajusticiamiento a los violadores que impuso la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y que dejó varios muertos en el Cauca.

La Escuela de Derecho Propio Cristóbal Secué, instalada a mediados del 2000 para fortalecer la coordinación entre el sistema judicial nacional y la jurisdicción especial indígena, favoreció el aprendizaje de herramientas jurídicas, la creación de un observatorio de derechos humanos para documentar las violencias de género y una escuela sicocultural de acompañamiento a las víctimas a partir de la cultura y la espiritualidad. Alrededor de las *tulpas* (fogones) y acompañadas de coca tostada y molida para “sentar la palabra y abrir el pensamiento”, mujeres de distintas generaciones, junto con *tewalas* (médicos tradicionales), antiguas autoridades, y hombres y mujeres mayores, abrieron un camino espiritual de recuerdos y memoria sobre la justicia en el derecho ancestral. Apoyadas en prácticas medicinales y rituales, emprendieron procesos de sanación material y simbólica para “limpiar el sucio”, aquello que la agresión sexual deja en el cuerpo de la víctima, que perdura en el tiempo y sigue haciendo daño. Además de constituirse en una forma de

7 El nasa es uno de los pueblos indígenas más numerosos y organizados de Colombia, con una presencia significativa en el departamento del Cauca y zonas de Huila, Valle del Cauca y Tolima. Su lucha por los derechos se ha amparado en el conocimiento de la ley ordinaria y el fortalecimiento de la justicia propia. Los dirigentes históricos nasas, hombres y mujeres, simbolizan la rebeldía y resistencia indígena en el país.

justicia individual y colectiva hacia ellas mismas, el trabajo ratificó la importancia de denunciar la violencia externa y confrontar aquella perpetrada por sus parejas, familiares y compañeros.

Con la creación de la Casa de Pensamiento, un equipo interétnico e intercultural desarrolló investigaciones sobre las violencias sexuales y domésticas en espacios comunitarios, políticos y organizativos, así como los sentidos que las mujeres nasas les atribuyen a esas experiencias. La antropóloga Marcela Amador ayudó a esclarecer que en nasa-yuwe no existe el término *violación sexual* y que expresiones como *vaca muerta*, para referirse a la violación sexual grupal, enmascaran la agresión y el daño hacia la víctima (Amador 2016).

De las capacitaciones jurídicas y los caminos espirituales emergieron las *rutas jurídicas* nasas, tendientes a posicionar la jurisdicción especial indígena en el territorio y fortalecer el acceso de las mujeres a la justicia. Las rutas son puentes entre las autoridades indígenas y la institucionalidad estatal en casos de violaciones sexuales o feminicidios. Las autoridades indígenas del Cauca han empezado a sancionar estos delitos con penas de varios años y, bajo la figura de *patio prestado*, solicitan al Instituto Nacional Penitenciario (Inpec) retener al agresor indígena en una cárcel estatal mientras cumple su sentencia. La falta de cárceles indígenas y la necesidad de aislar a los comuneros condenados condujeron al reconocimiento constitucional del mecanismo de cooperación interjurisdiccional (Sentencia T-510/20 de la Corte Constitucional de Colombia).

El uso de penas carcelarias prolongadas impuestas por las autoridades nasas es controversial en el Tejido Mujer porque las mujeres consideran que, más que transformar las conductas violentas de hombres educados con modelos patriarcales y machistas, son medidas con las cuales la justicia indígena busca legitimarse frente a la ordinaria. Ellas preferirían tener casas de justicia indígena con plena autonomía dentro del territorio para desarrollar medidas integrales de prevención, atención y reparación material y espiritual, con el concurso de los mayores y, de ser necesario, con la asamblea de la comunidad, que es el juez último. La experiencia les ha demostrado que, fundada en la espiritualidad, la justicia propia es más ágil y evita la revictimización de las mujeres, ya que les da fuerza para hablar y denunciar, mientras que al victimario le permite tomar conciencia y reconocer su falta.

Una tensión permanente en el trabajo de las mujeres con la justicia indígena es la naturalización e invisibilización de la violencia de género —en particular la sexual— por parte de las autoridades masculinas y personas del común. La tensión se agudiza cuando las prácticas violentas se fundamentan en la tradición o

en la cultura y se libra a los agresores de su responsabilidad, como sucede con los hijos nacidos de violaciones intrafamiliares o de vecinos, a los que se conoce eufemísticamente como “hijos del mojano” o “hijos de la tulpa”⁸, sin aludir a la verdadera causa del embarazo. Las mujeres no solo rechazan la vulneración de las niñas y jóvenes, y la impunidad que prevalece, sino el encubrimiento mediante el uso de la tulpa.

La conciencia de la huella del patriarcado en la vida cotidiana y de los límites de la justicia propia ha llevado a que, en su agenda reivindicativa, las mujeres consideren exigir una reparación colectiva dentro de la plataforma de lucha de la ACIN por las violencias históricas vividas y por la complicidad de los líderes con el silencio que las reviste. Aunque para algunas nunca habrá reparación completa, pues será como un remiendo que siempre estará visible, es una afirmación de la agencia de las mujeres y de sus derechos, en cuanto colectivo vulnerado por agresiones enmascaradas como parte de la costumbre, y de una justicia que logra armonizar las aparentes tensiones entre los derechos individuales y los colectivos.

A partir de la experiencia reflexiva y crítica, el Tejido Mujer ha priorizado la prevención de la violencia sexual y el fortalecimiento de la jurisdicción especial indígena con perspectiva de género, mediante la elaboración de materiales pedagógicos (cartillas, juegos, discos) y la creación de rutas de comunicación y de oportunidades económicas para las mujeres. Como lo advierten, esta es una lucha organizativa y política que se sostiene en el trabajo de generaciones anteriores de mujeres nasas y de algunos hombres que se han sensibilizado y solidarizado con sus procesos y demandas. “No ha sido fácil pararse frente a las autoridades hombres porque da miedo”, comenta Celia Umenza, coordinadora del Tejido Mujer y lideresa formada en la lucha histórica del pueblo nasa, acerca de este esfuerzo de cambio sociocultural de largo aliento, gracias al cual ya hay mujeres en cargos importantes dentro de la ACIN, como ella, y en la guardia indígena (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021). Pero es un proceso desigual, puesto que las comunidades nasas son autónomas en materia jurídica en sus territorios y aún hay mujeres en condiciones de mucha vulnerabilidad. Su mayor temor es seguir callando y no profundizar en la prevención, la sanación y la reparación que se requieren para lograr una justicia transformadora y una vida sin violencia.

8 El mojano es una figura mítica representada como un ser sobrenatural asociado al control social y la regulación de comportamientos en la comunidad nasa. Por su carácter ambiguo y transformador, aparece en narrativas relacionadas con transgresiones y normas, y su figura se usa para encubrir actos de violencia en relatos comunitarios (Amador 2016). La tulpa es el fogón de tres piedras; estas simbolizan el hogar y la unión familiar, y el vínculo con la tierra y con los antepasados.

Crítica intercultural a la violencia sexual y a la justicia

Los procesos organizativos de las mujeres nasas, emberas y arhuacas descritos necesariamente se acompañan de preguntas por el origen y las causas de la violencia sexual, y por cómo tratarla, prevenirla y erradicarla. Además de examinar factores estructurales, como la desigualdad, la discriminación, la pobreza y el conflicto armado que atraviesa sus territorios, ellas buscan respuestas en la propia cultura, las cosmologías, la ley de origen o derecho mayor, al tiempo que confrontan las contradicciones con respecto a la violencia, la inequidad y la injusticia. Problematicar la relación entre violencia sexual y cultura para desenmascarar y desestabilizar el poder patriarcal en sus comunidades, sin estigmatizar las identidades, las diferencias y las tradiciones culturales que ellas también reivindican, es un desafío en su agenda de cambio. El reto consiste, por un lado, en hacer una crítica intercultural (Sieder 2017) a la violencia sexual y su culturización, es decir, a la manera como prácticas dañinas hacia las mujeres se escudan en la cultura y la costumbre y se normalizan, y a cómo la justicia indígena las ignora y no ofrece garantías de protección o resarcimiento. Por el otro, consiste en evitar reforzar los estereotipos y la estigmatización social e institucional de los hombres, la cultura y los pueblos indígenas como atrasados, incultos y violentos.

En esta discusión emergente, compleja y matizada sobre la relación entre violencia sexual, cultura y justicia, tales procesos coinciden en su rechazo a que esta clase de violencia sea definida como cultural. Al hablar de cultura se refieren a la ley de origen y la espiritualidad, los usos y costumbres, la tradición, la identidad, la lengua, los rituales, el vestido, entre otras expresiones. Pero, cuando afirman que la cultura no es violenta ni la violación sexual cultural, se refieren específicamente a que esta particular forma de agresión no es parte de la ley de origen, ni de las normas del derecho propio o de las enseñanzas que se imparten en la formación de las personas durante su ciclo vital, las cuales propenden por el equilibrio cósmico, el cuidado de la naturaleza, la convivencia respetuosa y la resolución pacífica de los conflictos. En este sentido, la violencia sexual no es natural ni cultural, ni tampoco es social, moral o espiritualmente aceptable.

La crítica implica cuestionar argumentos culturalistas con los que se pretende impedir la participación de las mujeres en las instancias de justicia o de gobierno, acusándolas de desconocer la ley de origen o estar incompletas y en desequilibrio cuando no tienen pareja. Lo anterior significa identificar, por una parte, las brechas entre los principios morales de sus cosmovisiones y las normas del derecho propio, y, por la otra, las prácticas arbitrarias amparadas en los usos y costumbres

que se racionalizan y toleran. Es un camino en el que las mujeres parten de su cultura y su identidad para construir nuevas nociones de equidad y justicia de género, distinguiendo la ley de origen y los códigos propios de su instrumentalización para encubrir la violencia hacia ellas, lo cual, además de vulnerar sus derechos, desacredita y deslegitima sus sistemas de justicia y a sus pueblos. Como lo señalan, tanto sus procesos organizativos como la justicia propia están en construcción; son aprendizajes permanentes que se nutren de su experiencia y su perspectiva como mujeres, como madres y como integrantes de un colectivo indígena.

Para la cabilda arhuaca Digneri Izquierdo, agredir a las mujeres representa una vulneración a la madre tierra, principio de vida que ellas encarnan, y conlleva desarmonización material y espiritual que repercute en la familia y en la colectividad. A diferencia de algunas autoridades que recurren al castigo físico, tanto de hombres como de mujeres en casos de violencia sexual, su ejercicio de justicia en la Casa de Gobierno no busca castigar, sino que el agresor tome conciencia de su actuación, repare a la víctima y no reincida. Lo anterior no significa impunidad o debilidad, pues los agresores son juzgados y reciben una sanción que puede incluir la privación prolongada de la libertad.

Según la coordinadora nasa Celia Umenza, la cultura ha sido empleada para encubrir y perpetuar la violencia sexual, como cuando los hijos de violaciones se atribuyen al mojado o la tulpá, o cuando los líderes nasas argumentan que, a partir de la menarquía, las niñas y jóvenes pueden iniciar su vida sexual y ser madres, sin reparar en el diferencial de poder de las mujeres con respecto a los hombres y la violencia que implica. En el Tejido Mujer, en cambio, la cultura se pone al servicio de la prevención y erradicación de la violencia sexual; de ahí la importancia de sacarla a la luz y nombrarla con un lenguaje que no oculte sus daños, para impartir justicia con perspectiva de género.

La lideresa embera Rosa Chamorro complejiza la discusión aclarando que “antes no se conocía que eso era violencia porque no conocían esos lenguajes”, lo cual indica que en la cultura no existía una palabra o un concepto para verbalizar o enunciar prácticas violentas de control de los cuerpos y las voluntades de las mujeres (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021). Contar con un término para nombrar un hecho que antes era silenciado es una herramienta poderosa que permite dar voz y salida a las emociones contenidas, un primer paso hacia la lenta elaboración y sanación del daño, tanto individual como colectivo. Según Rosa, las expectativas con respecto a los géneros han reforzado la naturalización de la violencia sexual y el silencio de las mujeres como parte de los usos y costumbres; por eso, cuando una embera no cumple con el mandato de ser

juiciosa, trabajadora, madre de muchos hijos, cuidadora de su familia y obediente, el marido se siente con el derecho de corregirla verbal y físicamente —incluyendo la violación—, para volverla sumisa y callada. Si se atreve a denunciar, la justicia indígena generalmente respalda el hecho como un correctivo necesario, lo cual no solo afecta y daña la cultura propia, sino que le resta credibilidad; por ello, en el PMI trabajan en la exigencia del derecho a la cultura como un derecho a vivir una vida sin violencias y con justicia.

Debido a las secuelas que la violencia sexual deja durante el ciclo vital y a través de las generaciones (Ladisich y Mutere 2023; Theidon *et al.* 2023), la acción punitiva es relevante, aunque las mujeres son conscientes de los límites y debilidades de la justicia propia. Por ello, en ocasiones buscan que el juzgamiento se realice en la justicia ordinaria (Duarte 2009), con el fin de separar al agresor de la comunidad mediante una acción punitiva más severa que la del sistema propio y obtener así un mayor sentido de castigo y justicia. Con esta medida también intentan evitar que el agresor apele a su condición étnica y al derecho a ser juzgado por la jurisdicción especial indígena, que podría darle más posibilidades de evadir la sanción. No obstante, estas mujeres también cuestionan la efectividad del castigo físico y el encarcelamiento prolongado para eliminar la violencia sexual y resocializar al agresor, que eventualmente deberá ser incorporado de nuevo a la comunidad y podría reincidir.

Más que la penalización, las mujeres de los tres pueblos coinciden en la importancia de transformar al agresor mediante la concientización del daño causado, para que no lo repita, y de que las víctimas reciban atención física, emocional y espiritual, además de resarcimiento material. En este ejercicio, en el que enfrentan desafíos tanto conceptuales como procedimentales, utilizan principios y mecanismos punitivos y restaurativos de la justicia propia y de la ordinaria, de acuerdo con las circunstancias de cada caso y la jurisprudencia que han ido creando. La estrategia de exigir mayor participación femenina, proteger a las mujeres de la violencia de género y transformar la conciencia y el comportamiento de los agresores se asemeja a los procesos de incidencia en la justicia de las mujeres indígenas de Ecuador, Perú y Bolivia (Barrera 2015).

A pesar de sus críticas al machismo y la violencia sexual, en cuanto expresiones del poder y la desigualdad entre los géneros, las mujeres y sus organizaciones no declaran que esta sea una conducta generalizable a todos los hombres ni a los pueblos indígenas. Por eso no solo trabajan con autoridades y líderes masculinos, y con hombres de las comunidades, sino con las organizaciones indígenas mixtas. Ellas tienen clara la necesidad de resignificar las relaciones sociales inequitativas

sin dejar de afirmar y reivindicar su diferencia cultural, su pertenencia étnica y la lucha indígena. Así lo explica Dunen Muelas: “Las mismas mujeres indígenas, desde sus pueblos, buscan las propias estrategias con argumentos internos para decirle no a la violencia sexual, porque uno ama su pueblo, uno se siente de ahí, hay unas relaciones, unas formas, unas lealtades” (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021). Entre la solidaridad de género y la identificación con el colectivo, las mujeres comparten la urgencia de generar cambios culturales por ellas mismas, desde adentro, y de contar con una justicia justa, incluyente y protectora para fortalecer la autonomía jurisdiccional frente a la justicia estatal, que descalifica el derecho indígena y tampoco les ofrece garantías plenas de derechos.

Sujetos políticos emergentes

A partir de estas reflexiones sobre la violencia sexual, el carácter no violento de la cultura y la búsqueda de justicia, los procesos organizativos de las mujeres arhuacas, emberas y nasas descritos han creado espacios desde donde interrogan estructuras y prácticas de poder excluyentes de la sociedad en general y de su propia comunidad. El trabajo organizativo es un escenario de encuentro, aprendizaje, cuidado y afianzamiento de la autoestima y el liderazgo para transformar los usos y costumbres que refuerzan el orden social patriarcal. De la convergencia de las experiencias individuales como madres, esposas, hermanas e hijas —algunas de ellas víctimas de violencia de género—, emerge y se forja una conciencia de su subjetividad individual y colectiva como mujeres con necesidades e intereses comunes. A pesar de las exigencias de tiempo y recursos, y de los costos emocionales implicados en la organización, la voluntad de actuar colectivamente por derechos y justicia es una forma de agencia política mediante la cual las mujeres se posicionan públicamente, al mismo tiempo que se forman, transforman y redefinen sus subjetividades de maneras múltiples y contingentes. A propósito de la consolidación de las mujeres indígenas como sujetos políticos con reivindicaciones colectivas, la antropóloga y activista maya kaqchikel Aura Estela Cumes ha reiterado: “Somos sujetas políticas, con potencia política, que crean vida en distintas posibilidades” (2019).

La creciente visibilidad y participación política de las mujeres indígenas es una fuerza en expansión forjada en los ritmos, rutinas y expectativas de la vida cotidiana. Lo cotidiano es el espacio donde convergen prácticas materiales y sociales, así como relaciones afectivas y de poder. A diferencia de la política formal de las organizaciones indígenas encabezadas por líderes hombres, desplegada en la

esfera pública, la política cotidiana transcurre en las interacciones y negociaciones mundanas del día a día en torno al género, la violencia, la desigualdad y la justicia. Como hemos visto, no es una política aislada de interacciones con actores políticos y estatales de las que se nutre y a las cuales interpela y resiste. Por ejemplo, para las mujeres emberas, convertirse en sujetos y actores políticos ha significado conocerse, informarse, formarse y fortalecerse. En el caso de las nasas, la politización de la subjetividad está ligada a una visión de futuro que pasa por su propia transformación y protagonismo. Así lo expresa Celia Umenza: “No nos podíamos quedar como víctimas [...], teníamos que formarnos para ser más adelante actoras políticas [...] reconociéndonos y ayudándonos a construir un nuevo mundo para poder ayudar a otras mujeres que han vivido el mismo tema” (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021). En el caso arhuaco, el potencial de su agencia se hizo explícito en la reflexión de Digneri Izquierdo ante las inquietudes expresadas por las mujeres: “¿Cómo era posible que, a nivel de la historia, nosotras las mujeres no pudiéramos hablar ni tomar una decisión frente a las diferentes violencias? Tenemos que ser la voz de esas familias que muchas veces no saben cómo hacerlo” (testimonio, Encuentro de Mujeres Indígenas, 2021).

La acción colectiva no solo potencia la politización de la subjetividad y de los espacios de la vida cotidiana, ampliando el campo de lo político (Arias Vargas *et al.* 2009; Oliveira y Mayorga 2022; Picq 2018), sino también la manera como construyen y fortalecen, desde dentro, su agencia política en el gobierno y el derecho propio (Acosta *et al.* 2018). Es, en palabras de ellas, una forma de equilibrar las fuerzas entre hombres y mujeres, así como entre la justicia propia y la ordinaria. No obstante, es una agencia que encuentra límites profundos en la falta de respaldo estatal a la jurisdicción especial indígena, pues, a pesar de ser parte de la arquitectura institucional del sistema judicial nacional, no cuenta con una asignación presupuestal para la administración de justicia en los territorios, sino que descansa en el trabajo no remunerado de las comunidades —y en este caso de las mujeres— para la resolución de los conflictos. El no reconocimiento de sus sistemas consuetudinarios las afecta directamente a ellas, sus familias y comunidades (Alsalem 2022), y supone una carga adicional de cuidado y labor comunitaria. De ahí que el llamado de las mujeres que ejercen la justicia desde la necesidad, desde el servicio comunitario y desde el amor sea que el Estado ponga la justicia ordinaria, con todas sus garantías, al servicio de las comunidades en el territorio y que financie la jurisdicción indígena, cimentada en la tradición oral y la práctica consuetudinaria, para fortalecer su función judicial.

Conclusiones

Los procesos organizativos que presentamos se encuentran en regiones signadas por el conflicto armado y el despojo, en donde la violencia sobre los cuerpos de las mujeres indígenas se ha empleado como un arma de guerra y dominio territorial debido a su asociación con el territorio y la cultura. El reconocimiento estatal y público de la violencia sexual en los procesos de paz y en las políticas de atención a las víctimas del conflicto interno colombiano ha descubierto patrones de violencia con profundos efectos sobre las mujeres, sus familias y el tejido social. Todo esto ha motivado a las mujeres indígenas a hablar sobre las agresiones externas y enfrentar la realidad de esta violencia dentro de sus comunidades, aunque los caminos para buscar justicia son diferentes y tienen implicaciones distintas. Mientras que denunciar las agresiones de actores externos ante el Estado, ONG e instituciones internacionales refuerza la lucha indígena contra la dominación y la discriminación histórica, confrontar a su propia gente y sus autoridades en el ámbito de la jurisdicción indígena conlleva un desafío más complejo, que tensiona la crítica interna a la desigualdad de género que naturaliza la violencia sexual en sus comunidades. Señalar la violencia interna incomoda por cuanto desestabiliza un imaginario idealizado del mundo indígena afincado en la ancestralidad, el equilibrio y la complementariedad de género, que oculta la desigualdad y la exclusión de las mujeres. Al evidenciar la violencia dentro de sus comunidades, ellas quieren evitar que los hombres indígenas atribuyan la agresión sexual principalmente a los actores externos y evadan su propia responsabilidad en el daño personal y social que producen.

Del creciente activismo organizativo emergen tensiones en torno a la aparente amenaza y el debilitamiento de los derechos colectivos indígenas que acarrea el reclamo por los derechos individuales de las mujeres. Para ellas, sin embargo, los derechos como mujeres no solo se enmarcan en la unidad y las conquistas colectivas de los pueblos, sino que se fundamentan en sus propias cosmovisiones y leyes de origen. Lo que debilita la justicia propia son justamente las ideologías y prácticas discriminatorias de género, un reto que deben afrontar como colectivo. A pesar de no identificarse como feministas, los ecos del feminismo resuenan con sus aspiraciones de cambio frente a la dominación masculina en la justicia, las organizaciones y las comunidades indígenas.

Las mujeres indígenas saben que aún les queda mucho camino por recorrer en sus procesos organizativos y en el logro de sus derechos. Visibilizar sus esfuerzos por transformar las barreras que restringen el acceso a la justicia, a partir de sus voces, experiencias y aspiraciones, es reconocer sus derechos y aportes a la lucha

por la cultura, la autonomía y la jurisdicción especial indígena, desde y más allá de la cotidianidad local.

Referencias

- Acosta, Mónica, Ángela Castañeda, Daniela García, Fallon Hernández, Dunen Mue-
las y Ángela Santamaría.** 2018. “The Colombian Transitional Process: Comparative
Perspectives on Violence against Indigenous Women”. *International Journal of Transi-
tional Justice* 12 (1): 108-125. <https://doi.org/10.1093/ijtj/ijx033>
- Alsalem, Reem.** 2022. “A/HRC/50/26: violencia contra las mujeres y las niñas indígenas.
Informe de la relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y conse-
cuencias”. Naciones Unidas, Derechos Humanos, Oficina del Alto Comisionado. [https://
www.ohchr.org/es/documents/thematic-reports/ahrc5026-violence-against-indige-
nous-women-and-girls-report-special](https://www.ohchr.org/es/documents/thematic-reports/ahrc5026-violence-against-indige-
nous-women-and-girls-report-special)
- Amador, Marcela.** 2016. “De tulpas, mojanos, vacas y justicia: una etnografía histórica de
las experiencias de violación sexual de las mujeres nasa del norte del Cauca, Colom-
bia”. Tesis de maestría en Antropología Social, Instituto de Altos Estudios Sociales,
Universidad Nacional General San Martín, Buenos Aires.
- Ammann, Carole.** 2020. *Women, Agency, and the State in Guinea: Silent Politics*. Taylor &
Francis.
- Arias Vargas, Viviana, Luis Eduardo González López y Nohema Hernández Guevara.**
2009. “Constitución de sujeto político: historias de vida política de mujeres líderes
afrocolombianas”. *Universitas Psychologica* 8 (3): 639-652. [https://repository.jave-
riana.edu.co/handle/10554/33218](https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/33218)
- Barrera, Anna.** 2015. *Violence against Women in Legally Plural Settings: Experiences and
Lessons from the Andes*. Routledge.
- Baxi, Pratiksha.** 2014. “Sexual Violence and Its Discontents”. *Annual Review of Anthropol-
ogy* 43: 139-154. <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-102313-030247>
- Caicedo Delgado, Luz Piedad, Adriana Benjumea Rua, Nathalia Poveda Rodríguez,
Cecilia Barraza Morelle, Yasmin Romero Epiayu et al.** 2011. “Masacre en Rodeíto El
Pozo”. En *Tierra y territorio: afectaciones y retos para las mujeres*, dirigido por Cecilia
Barraza Morelle, 53-66. Corporación Humanas. [https://humanas.org.co/wp-content/
uploads/2020/12/22.tierraterritorio.pdf](https://humanas.org.co/wp-content/
uploads/2020/12/22.tierraterritorio.pdf)
- Camacho Segura, Juana y Antonio Olmos Pinzón.** 2023. *Ruta de atención y restitución de
derechos en casos de violencia sexual de la Casa de Gobierno Ati Kwakumuke de Pueblo
Bello (Cesar)*. Casa de Gobierno Ati Kwakumuke; ICANH.

- CEV (Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición).** 2022. *Hay futuro si hay verdad: informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición*. Comisión de la Verdad. <https://www.comisiondelaverdad.co/hay-futuro-si-hay-verdad>
- Chenaut, Victoria.** 2007. “Género y justicia en la antropología jurídica en México”. *Papeles de Trabajo* (Centro de Estudios Interdisciplinarios en Etnolingüística y Antropología Socio-Cultural) 15: 47-72. <https://doi.org/10.35305/revista.v0i15.143>
- CIDH (Comisión Interamericana de Derechos Humanos).** 2017. *Las mujeres indígenas y sus derechos humanos en las Américas*. CIDH; OEA. <https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/mujeresindigenas.pdf>
- Coomaraswamy, Radhika.** 2001. “Integración de los derechos humanos de la mujer y la perspectiva de género: violencia contra la mujer”. Informe presentado por la relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y consecuencias: Misión a Colombia. Presentado a la Comisión Internacional de Derechos Humanos en el 58.º periodo de sesiones. Naciones Unidas, Consejo Económico y Social. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2002/1529.pdf>
- Cruz Mendoza, Eufrosina.** 2022. *Los sueños de la niña de la montaña*. Grijalbo.
- Cumes, Aura.** 2019. “No somos sujetos culturales, somos sujetos políticos”. Entrevista por Enconversa.org. *Tujaal.org*, 23 de septiembre. <https://tujaal.org/aura-cumes-no-somos-sujetos-culturales-somos-sujetos-politicos/?fbclid=IwAR0is-JtQZB14daNvhCZhXVUfC-xsmETKcF3r8lyMxSNoFXUOpxeeWAV445w>
- Dlestikova, Tereza.** 2020. “Encuentros entre la justicia indígena y restaurativa en Colombia”. *Novum Jus* 14 (1): 15-40. <https://doi.org/10.14718/NovumJus.2020.14.1.2>
- Duarte, Jael Mercedes.** 2009. “Violencia intrafamiliar en el pueblo nasa (paeces). Colombia: un caso de pluralismo jurídico”. En *Participación y políticas de mujeres indígenas en contextos latinoamericanos recientes*, editado por Andrea Pequeño, 229-243. Flacso. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/41461.pdf>
- FIMI (Foro Internacional de Mujeres Indígenas).** 2020. “Estudio global sobre la situación de las mujeres y niñas indígenas en el marco del 25 aniversario de la Declaración y Plataforma de Acción de Beijing”. <https://fimi-iiwf.org/biblioteca-propias/estudio-global-sobre-la-situacion-de-las-mujeres-y-ninas-indigenas/>
- Hernández, Rosalva Aída y Andrew Canessa, eds.** 2012. *Complementariedades y exclusiones en Mesoamérica y los Andes*. IWGIA. https://centroderecursos.cultura.pe/sites/default/files/rb/pdf/Genero_complementariedades_y_exclusiones_en_Mesoamerica_y_los_Andes.pdf
- Hernández, Rosalva Aída y María Teresa Sierra.** 2005. “Repensar los derechos colectivos desde el género: aportes de las mujeres indígenas al debate de la autonomía”. En

La doble mirada: voces e historias de mujeres indígenas latinoamericanas, editado por Marta Sánchez Néstor, 105-120. Unifem; Instituto de Liderazgo Simone de Beauvoir.

- ICANH (Instituto Colombiano de Antropología e Historia).** 2023. “Pasos hacia la justicia: mujeres arhuacas de Ati Kwakumake”. Corto documental publicado en YouTube por ICANH el 8 de marzo de 2024. <https://www.youtube.com/watch?v=UD2sbl8ozYE&t=102s>
- Jackson, Jean E., Maritza Díaz, François Correa y Leonor Herrera.** 1991. “Rituales tukano de violencia sexual”. *Revista Colombiana de Antropología* 28: 26-52. <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/1889>
- JEP (Jurisdicción Especial para la Paz).** S. f. “Las prácticas restaurativas de las justicias indígenas como fuente normativa para la materialización de la justicia restaurativa en la JEP”. JEP. <https://www.jep.gov.co/Sala-de-Prensa/Paginas/-las-pr%C3%A1cticas-restaurativas-de-las-justicias-ind%C3%ADgenas-como-fuente-normativa-para-la-materializaci%C3%B3n-de-la-justicia-restau.aspx#:~:text=La%20justicia%20restaurativa%20y%20los,por%20la%20comprensi%C3%B3n%20de%20los>
- Ladisch, Virginie y Jacqueline Mutere.** 2023. “Local Inspiration, Global Implementation”. En *Challenging Conceptions: Children Born of Wartime Rape and Sexual Exploitation*, editado por Kimberly Theidon, Dyan Mazurana y Dipali Anumol, 265-288. Oxford University Press.
- Marín, Claudia y Estefanía Rivera.** 2019. “Caracterización de los fenómenos sociales asociados a las violencias de todo tipo contra la dignidad de la mujer indígena en el departamento del Chocó entre 2006 y 2016”. Informe final inédito. Pastoral Social Quibdó y Programa de Mujeres Indígenas del Chocó, con el apoyo de la Agencia Española de Cooperación para el Desarrollo (Aecid). Bogotá.
- Merry, Sally Engle.** 2009. *Gender Violence: A Cultural Perspective*. Wiley-Blackwell.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo).** 2021. *Análisis y eliminación de las barreras a la participación y la organización de las mujeres indígenas: estudio basado en investigaciones cualitativas realizadas en Bangladesh, Estado Plurinacional de Bolivia, Camerún y Guatemala*. OIT. https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---dgreports/---gender/documents/publication/wcms_779270.pdf
- Oliveira, Juliana Cabral de y Claudia Mayorga.** 2022. “Indigenous Women as Political Subjects in Brazil”. En *Psychology and Rural Contexts: Psychosocial Dialogues from Latin America*, editado por Jáder Ferreira Leite, Magda Dimenstein, Candida Dantas y João Paulo Macedo, 243-257. Springer.
- ONU (Organización de las Naciones Unidas).** 1993. Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer. Resolución de la Asamblea General 48/104 del 20 de diciembre de 1993. <https://www.acnur.org/fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286.pdf?file=fileadmin/Documentos/BDL/2002/1286>

- Palacios, Adriana Paola y Lorraine Bayard de Volo.** 2017. “(Ab)usos y costumbres: mujeres indígenas confrontando la violencia de género y resignificando el poder”. *Amerika* 16 (julio). <https://doi.org/10.4000/amerika.8165>
- Pequeño, Andrea.** 2009. *Participación y políticas de mujeres indígenas en contextos latinoamericanos recientes*. Flacso Ecuador.
- Picciotti, Chiara.** 2019. “Mujeres nasas: tejiendo caminos de participación y resistencia”. Artículo presentado como trabajo de grado, Universidad de los Andes. <http://hdl.handle.net/1992/34122>
- Picq, Manuela Lavinas.** 2018. *Vernacular Sovereignties: Indigenous Women Challenging World Politics*. University of Arizona Press.
- Rousseau, Stéphanie y Anahi Morales.** 2018. *Movimientos de mujeres indígenas en Latinoamérica: género y etnicidad en el Perú, México y Bolivia*. Fondo Editorial de la PUCP.
- Sentencia T-510. 2020.** “Debido proceso en juzgamiento de indígenas y límites al ejercicio de la jurisdicción indígena”. Corte Constitucional de Colombia. Magistrado ponente (e): Richard S. Ramírez. <https://www.corteconstitucional.gov.co/relatoria/2020/T-510-20.htm>
- Sieder, Rachel.** 2017. “Mujeres indígenas y pluralidades legales en América Latina: repensando la justicia y la seguridad”. Introducción a *Exigiendo justicia y seguridad: mujeres indígenas y pluralidades legales en América Latina*, coordinado por Rachel Sieder, 13-48. Ciesas.
- Sieder, Rachel.** 2019. *Acceso a la justicia para las mujeres indígenas en Guatemala: casos paradigmáticos, estrategias de judicialización y jurisprudencia emergente*. Asociación de Abogados y Notarios Mayas de Guatemala (Nim Ajpu).
- Sieder, Rachel y María Teresa Sierra.** 2011. *Acceso a la justicia para las mujeres indígenas en América Latina*. CMI Working Paper 2. CHR. Michelsen Institute (CMI). <https://www.cmi.no/publications/file/3941-acceso-a-la-justicia-para-las-mujeres-indigenas-en.pdf>
- Sierra, María Teresa.** 2009. “Las mujeres indígenas ante la justicia comunitaria: perspectivas desde la interculturalidad y los derechos”. *Desacatos* 31: 73-88. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2009000300005
- Speed, Shannon, Aída Hernández Castillo y Lynn M. Stephen.** 2006. *Dissident Women: Gender and Cultural Politics in Chiapas*. University of Texas Press.
- Theidon, Kimberly, Dyan Mazurana y Dipali Anumol, eds.** 2023. *Challenging Conceptions: Children Born of Wartime Rape and Sexual Exploitation*. Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780197648315.001.0001>
- Valdez, María Cristina, Marcela Amador, Julieta Paredes, Silvana Sciortino y Mariana Daniela Gómez.** 2017. “Reflexiones de las autoras y la coordinadora sobre el debate”. *Corpus* 7 (1). <https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/170706>

Zapata, María Alejandra. 2020. “La mujer indígena: una mirada a la lucha, resistencia y reivindicación de la mujer arhuaca en la Sierra Nevada de Santa Marta”. *Latitude* 2 (13): 29-37. <https://doi.org/10.55946/latitude.v2i13.95>

Etnografía y pedagogía: el aprendizaje de la investigación con maestros colombianos

Ethnography and Pedagogy: Learning from Research with Colombian Teachers

Etnografia e pedagogia: o aprendizado a partir da pesquisa com professores colombianos

Recibido: 30/05/2024 • Aprobado: 22/02/2025 • Publicado: 01/05/2025



Oscar G. Hernández

Universidad Pedagógica Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

osghernandezs@upn.edu.co

<https://orcid.org/0000-0002-6510-229X>

Resumen

En este artículo exploro la intersección entre etnografía y pedagogía, a partir de un estudio etnográfico de dos años con maestros investigadores colombianos de Bogotá. Al contrastar los hallazgos con otras investigaciones etnográficas, destaco la naturaleza profundamente participativa de ambos campos. Apoyándome en autores de la pedagogía y la antropología de la educación, argumento que la etnografía tiene una dimensión educativa intrínseca que puede enriquecer significativamente la construcción de conocimiento antropológico. Concluyo que el aprendizaje situado y la mentoría son fundamentales para la formación en investigación, y que la participación es la intersección entre etnografía y pedagogía.

Palabras clave: antropología de la educación, participación periférica legítima, pedagogía, etnografía, formación de maestros

Abstract

In this article, I explore the intersection between ethnography and pedagogy based on a two-year ethnographic study with Colombian teacher-researchers in Bogotá. By contrasting the findings with other ethnographic research, I highlight the deeply participatory nature of both fields. Relying on authors from pedagogy and the

anthropology of education, I argue that ethnography carries an intrinsic educational dimension that can meaningfully enrich the construction of anthropological knowledge. I conclude that situated learning and mentoring are central to research training, and that participation constitutes the key point of convergence between ethnography and pedagogy.

Keywords: anthropology of education, legitimate peripheral participation, pedagogy, ethnography, teacher education.

Resumo

Neste artigo, exploro a intersecção entre a etnografia e a pedagogia, com base num estudo etnográfico de dois anos com professores pesquisadores colombianos de Bogotá. Ao contrastar as conclusões com outras pesquisas etnográficas, saliento a natureza profundamente participativa de ambos os campos. Baseado em autores da pedagogia e da antropologia da educação, defendo que a etnografia tem uma dimensão educativa intrínseca que pode enriquecer significativamente a construção do conhecimento antropológico. Concluo que a aprendizagem situada e a mentoria são fundamentais para a formação em investigação, e que a participação é a intersecção entre a etnografia e a pedagogia.

Palavras-chave: antropologia da educação, participação periférica legítima, pedagogia, etnografia, formação de professores

Introducción

Es común afirmar que la investigación se aprende mejor en la práctica que en los cursos teóricos. Esta idea, aunque intuitiva, carece de un marco teórico sólido. La antropología, a través del concepto de participación periférica legítima (PPL), ofrece una explicación más profunda. Según Lave y Wenger (1991), el aprendizaje es un proceso de inmersión gradual en una comunidad de práctica, en la que los novatos dominan las habilidades y los conocimientos necesarios para convertirse en expertos. Estudios etnográficos diversos, como el de Jordan (1989) sobre parteras mayas, el de Lave (2019) sobre sastres africanos, el de Hutchins (2010) sobre navegantes, el de Cain (1991) sobre alcohólicos anónimos y el de Marshall (1972) sobre carniceros, respaldan esta idea y, por lo tanto, demuestran la importancia del aprendizaje en acción contextualizado y socialmente mediado. Los aspectos que definen una comunidad de práctica son la afinidad, el interés y los recursos compartidos por un grupo de personas.

A través de un trabajo de campo de dos años (2020-2022), analicé el aprendizaje de la investigación en grupos de maestros colombianos desde la lente de la PPL. En un contexto en el que la investigación es considerada fundamental para la docencia (Acevedo Tarazona 2013; Bolívar Osorio 2019; Camacho *et al.* 2014; Vasco 2013),

me dediqué a comprender cómo se integran en sus respectivas comunidades de práctica investigativa maestros investigadores de tres grupos (pedagogía, educación comunitaria y enseñanza de la química). Mi análisis se centró en describir y comparar los procesos de PPL en cada uno de estos grupos, más allá de las diferencias disciplinares.

En cada grupo, me centré en registrar las interacciones, las jerarquías, las formas de legitimación, la división del trabajo, el lenguaje específico y los mecanismos de resolución de conflictos. Asimismo, examiné la manera en que los novatos accedían al conocimiento de los expertos y utilizaban herramientas como las notaciones para construir y compartir ideas. Estos datos revelan una compleja red de interacciones que promueven transformaciones en las identidades, relaciones y acciones de los miembros de los grupos. Concluí que, en ellos, el aprendizaje de la investigación es un proceso dinámico y multifacético, en el que la participación en comunidades de práctica va más allá de lo estrictamente académico, pues involucra múltiples relaciones sociales. Esto incluye conflictos y contradicciones, lo cual demuestra que este aprendizaje no es idílico.

Este trabajo contribuye a la creciente discusión sobre la formación de maestros investigadores en el contexto educativo colombiano, específicamente, analizando cómo la participación en comunidades de práctica investigativa moldea su capacidad de comprensión y sus actividades de consumo y producción de conocimiento. Analizar los mecanismos de integración e intervención en estas comunidades permitirá enriquecer el debate contemporáneo sobre la formación magisterial. Si bien la enseñanza ha sido históricamente el pilar de este proceso, la incorporación de la investigación como un componente esencial ha originado un debate en las últimas décadas (Ossa y Suárez 2013).

Este estudio también contribuye a la discusión sobre la dimensión pedagógica y educativa de la antropología y la etnografía (Ingold 2022). Al analizar comunidades de práctica concretas, se demuestra la necesidad de considerar la multiplicidad y simultaneidad de las relaciones que en ellas se establecen. Propongo continuar explorando conceptos que nos permitan dar cuenta del carácter cambiante de los roles sociales y de la influencia de los contextos en la configuración de las actividades humanas. La heterogeneidad del ámbito sociocultural demanda teorías y conceptos igualmente heterogéneos (Hernández 2011).

En lo que sigue, presento cuatro apartados. En el primero, describo el aprendizaje de la investigación en cada uno de los tres grupos, ilustrando parte de su actividad cotidiana. En el segundo, comparo dichos procesos desde el punto de vista de la PPL para decantar sus similitudes. En el tercer apartado resalto la participación,

en vez de la socialización o la transmisión, como aspecto común entre la etnografía y la pedagogía. Y en el cuarto discuto la dimensión educativa de la etnografía a la luz de los resultados obtenidos. Es importante decir que logré intervenir en los tres grupos gracias a la mediación de investigadores educativos y de las ciencias sociales con los que ocasionalmente comparto algunas actividades académicas. Al principio, para ellos fue extraño que, “siendo investigadores, los investigaran”, y, para mí, tener que investigar parte de mi propia actividad profesional.

El aprendizaje de la investigación con maestros

El grupo de pedagogía viene desarrollando sus actividades desde hace cuarenta años y actualmente presenta una distribución equitativa de roles. Sin embargo, la toma de decisiones y el liderazgo se vinculan más estrechamente con la experiencia de sus miembros que con el género. Los integrantes más antiguos, quienes suelen provenir de sectores populares y han dedicado décadas a la investigación educativa, definen las cuestiones más importantes, como la selección de materiales, los contenidos curriculares y la promoción de nuevos miembros. Esta dinámica, marcada por el respeto a la trayectoria, ha instaurado una sensación de *generacionalidad* dentro del grupo, en el que algunos miembros incluso han formado parejas y familias.

En este grupo, advertí un proceso de PPL que se desarrolla en cuatro fases sucesivas. La primera, de *reconocimiento*, consiste en la identificación por parte de los profesores más experimentados de aquellos estudiantes que demuestran un interés genuino por su enfoque pedagógico y teórico, centrado en la arqueogenealogía de Michel Foucault. De ahí que su técnica para producir conocimiento, denominada *tematización*, consista en análisis documentales de contenido. Este interés se manifiesta en la calidad de sus trabajos, su compromiso con la lectura y la escritura, y su participación activa en eventos académicos. Como expresó un miembro experimentado del grupo, se trata de “echarles el ojo” a los estudiantes con mayor potencial. Una vez identificados, estos son invitados a unirse al semillero de investigación.

Luego de aceptar la invitación, los nuevos miembros ingresan a la fase 2, de *demostración*, en la que se evalúa su compromiso académico. Los miembros con más experiencia observan si los novatos asisten regularmente a las reuniones, si leen los materiales asignados y si demuestran las habilidades necesarias para participar en las discusiones. Como me explicó uno de dichos integrantes, se

trata de ver si los nuevos tienen la “disciplina intelectual” requerida para pertenecer al grupo:

Poco a poco vamos vinculando a los mejores al grupo. A veces les digo que están ahí porque son los mejores de la carrera y porque estamos tratando de formarlos para que sigan aportando al campo académico e investigativo de la pedagogía. Los vemos con la habilidad y la potencia, pero ellos son los que definen su estadia. No es una invitación para tomar tinto [café], sino para estudiar. Dependerá de cómo se comporten en las sesiones para poder vincularlos más adelante. (César, nota de campo, marzo de 2022)

Aquellos que perseveran en el semillero, incluso después de graduarse, acceden a la fase de *ingreso* mediante un acto específico. En una reunión general, un miembro experimentado presenta al aspirante describiendo su trayectoria académica y su contribución al grupo. El aspirante, a su vez, lee una ponencia relacionada con la temática correspondiente. Esta exposición, junto con la evaluación de otros integrantes, determina su ingreso formal. Aunque hasta el momento nadie ha sido rechazado, este ritual anual (interrumpido por la pandemia) solidifica la pertenencia al grupo y reconoce la trayectoria académica de sus miembros.

Quienes continúan su formación académica en programas de maestría y doctorado suelen desempeñarse posteriormente como profesores universitarios en áreas afines. Esta cuarta fase, denominada *vinculación*, representa la culminación del proceso de formación y les brinda la oportunidad de desarrollar sus propias líneas de investigación. Si bien esta trayectoria es común entre la mayoría de los integrantes del grupo, existen casos de personas que optan por otros caminos profesionales. A medida que adquieren experiencia, se les asignan actividades que envuelven responsabilidades mayores. Es importante destacar que la progresión a través de las diferentes fases está estrechamente ligada al apoyo y la mentoría de los más experimentados. Muchos de ellos compartieron conmigo sus propias vivencias cuando eran novatos y resaltaron la importancia de la relación mentor-aprendiz en su desarrollo académico. Este es el ejemplo de Iveth, una reconocida investigadora en su campo:

Ivette: Una vez fui a la casa de la profesora Ofelia [fundadora del grupo] para trabajar con ella. Imagínate, ¡llegar a la casa de la misma profe! Yo tenía diecisiete años y en la casa había muchos libros. Yo estaba rodeada por libros por todas

partes. Había un montón de señores y señoras [otros investigadores] todos serios hablando un lenguaje incomprensible para mí.

Oscar: ¿Y tú que hiciste en esa reunión, recuerdas?

Ivette: Pues nada, yo era solo calladita oyendo, porque ¿qué más iba a hacer? Pero sí me sentía orgullosa de estar ahí con toda esa gente tan importante. (Nota de campo, junio de 2022)

De otra parte, las lideresas del grupo de educación comunitaria (en adelante, grupo de comunitaria) me explicaron que este surgió hace siete años como respuesta a las políticas educativas nacionales que promovieron la creación de grupos de investigación en las instituciones formadoras de maestros. Para cumplir con estos requisitos, algunos profesores e investigadores se unieron y formalizaron el colectivo. A pesar de la diversidad de líneas de investigación, este último se caracteriza por su horizontalidad y respeto por las perspectivas heterogéneas de sus integrantes. Como señaló la profesora Sandra, se consideran un “grupo múltiple y diverso, donde existe respeto por las diferentes posturas que todos y todas tenemos” (nota de campo, octubre de 2022).

En este grupo tuve la oportunidad de participar en un semillero de investigación que combinaba la formación académica con una investigación auténtica y financiada sobre la formación de artistas juveniles en Bogotá. El semillero, conformado por dos profesoras y cinco estudiantes, se reunía regularmente con jóvenes artistas para realizar entrevistas y grupos focales. Un elemento distintivo de su actividad eran los círculos de estudio y trabajo pedagógico, espacios de diálogo y construcción colectiva de conocimiento inspirados en la pedagogía de Paulo Freire. Estas actividades, con su característico formato circular que simboliza la igualdad entre los participantes, se basaban en la discusión abierta y el intercambio de ideas. Su objetivo era generar conocimiento de manera colaborativa y horizontal, aunque siempre bajo la guía de un coordinador.

La metodología de los círculos de estudio y trabajo pedagógico fue un pilar fundamental en el desarrollo de su investigación. Para garantizar el aprendizaje de esta metodología por parte de todos los participantes, especialmente de Jhon y Carolina (estudiantes del semillero), la profesora Fanny, que lo coordinaba, desarrolló un proceso de PPL guiada en tres momentos. Inicialmente, lideró una serie de círculos de estudio que introdujeron a todos los miembros del semillero en los fundamentos teóricos y prácticos de esta metodología. A medida que avanzaba el

proceso, Jhon y Carolina comenzaron a cofacilitar o ayudar a la profesora Fanny en la realización de estos círculos y adquirieron progresivamente mayor autonomía. Al final, ambos asumieron el rol de facilitadores principales aplicando los conocimientos y habilidades desarrollados a lo largo del proceso. En estas últimas etapas, la profesora Fanny actuó como mentora, brindando apoyo y orientación a los estudiantes.

Los círculos de estudio se convirtieron en un espacio clave para la interacción entre los investigadores y los jóvenes artistas. A través de estos encuentros, se generaron diálogos enriquecedores y se recolectó información valiosa para la investigación que el semillero estaba llevando a cabo. Jhon y Carolina demostraron un rápido aprendizaje y un gran compromiso con el proyecto, y desempeñaron un papel fundamental en la realización de las entrevistas y la recopilación de datos. Su capacidad para establecer relaciones de confianza con los jóvenes artistas y para facilitar la expresión de sus ideas fue esencial en el éxito de la investigación.

Las tres fases identificadas en la implementación de los círculos de estudio no fueron producto de una planificación rígida, sino que más bien surgieron de manera orgánica a medida que el semillero avanzaba. Esta progresión en la participación de los estudiantes, desde observadores hasta facilitadores, refleja una práctica pedagógica arraigada en la profesora Fanny, quien a su vez había aprendido de esta manera. Como señaló Diana, una de las integrantes del grupo, “en un semillero no solo se aprende a investigar, sino también a ser personas” (nota de campo, noviembre de 2022). Esta filosofía subyacente explica por qué el proceso de aprendizaje en el semillero se caracterizó por la gradualidad y la flexibilidad, es decir, por la adaptación a las necesidades y capacidades de los participantes.

Respecto al grupo de química en el que participé, debo comenzar diciendo que se encontraba inmerso en una discusión fundamental acerca de la relación entre la enseñanza de la química verde y su aplicación práctica. Si bien compartían el objetivo de promover la sostenibilidad ambiental, existía una divergencia de opiniones sobre la formación del maestro. ¿Era suficiente ser un experto en química o se requería una sólida base en pedagogía? Para ellos, la respuesta era clara: el maestro ideal combinaba un profundo dominio de los principios pedagógicos con una sólida formación en química, siendo lo primero un aspecto esencial. Este grupo, fundado hace catorce años, se dedica a la aplicación del constructivismo individual en la enseñanza de las ciencias con base en actualizaciones de la teoría de Jean Piaget. Sus profesores, pioneros en la didáctica de las ciencias en Colombia, lideran un semillero de investigación que reúne a estudiantes de pregrado, posgrado y egresados de programas de formación de maestros de química.

El grupo se organiza en torno a un núcleo central de investigadores experimentados que orientan nodos más pequeños, compuestos por estudiantes y miembros con menos experiencia. La estructura jerárquica del núcleo central, que se repite en cada nodo, genera una dinámica de trabajo en la que la interacción entre nodos es limitada. La organización general del grupo puede describirse como fractal, debido a la repetición de patrones en diferentes niveles. La participación en los nodos es voluntaria y fluida. Los miembros más activos son aquellos que demuestran un mayor interés en los temas correspondientes, en consonancia con los objetivos generales del grupo. Como señaló Carlos, un profesor y miembro experimentado, “pasan muchos estudiantes y pocos se quedan, muchos son los llamados y pocos son los elegidos [risas]. Aquí las puertas siempre están abiertas para quienes quieran trabajar” (nota de campo, octubre de 2022). Hay algunas personas que dejan de asistir a las reuniones durante algún tiempo y regresan sin ningún problema.

La PPL en este grupo también es fractal. Un mismo miembro puede actuar como experto en una situación y como novato en otra. Patricia, una estudiante de últimos semestres de pregrado, por ejemplo, lideraba un nodo, pero también buscaba orientación de los líderes generales. Con una trayectoria de casi tres años en el grupo, ya había participado en congresos locales y nacionales, lo que demostraba su rápida integración a la comunidad académica respectiva. Otro ejemplo es el del profesor Roberto, líder del grupo y experimentado investigador, que había iniciado su carrera como asistente de investigación. Ahora, con una sólida formación, orientaba a las estudiantes en sus proyectos. Esto se puede ver a partir de una anécdota consignada en mi diario de campo. Se refiere a un día en el que me encontraba con él en la oficina del grupo:

Estábamos conversando sobre algunos asuntos de la universidad. De repente llegaron Patricia y Marcela, estudiantes del grupo. Le pidieron ayuda al profesor Roberto para redactar unas conclusiones de una ponencia que estaban preparando. Dijeron que no entendían bien lo que era más importante para resaltar. El profesor Roberto les dijo que lo primero era tener claro el objetivo del congreso en el que iban a presentar esa ponencia y que tuvieran claro el público al cual se dirigía. Luego, revisaron rápidamente el texto que ellas tenían y él les propuso dos o tres ideas que valdría la pena resaltar. Les dijo que las pensarán mejor y que en la próxima reunión del grupo las podían discutir entre todos. Patricia y Marcela salieron de la oficina con ideas más claras de lo que debían hacer y agradecieron al profesor Roberto por su ayuda. (Nota de campo, noviembre de 2022)

Es probable que Patricia continúe su formación académica en la enseñanza de la química y se integre al ámbito universitario, y que recuerde siempre su paso por el grupo y la guía del profesor Roberto. La PPL en este grupo se establece a través de una discusión colectiva, liderada por los más experimentados. Las ideas iniciales, que pueden surgir de cualquier miembro, se desarrollan y fortalecen en conjunto. Verónica, otra de las estudiantes de pregrado, me lo explicó así:

El semillero, como yo lo veo, es un trabajo autónomo. Nosotros llegamos allá con una propuesta y la estamos fortaleciendo desde el semillero, desde el enfoque de la didáctica de las ciencias. Nosotros iniciamos sin nada. De un momento a otro se nos ocurrió una idea, la construimos, la presentamos a los profesores y ellos nos están fortaleciendo en eso. Pero la realización de esa propuesta depende más de nosotros que de ellos [los profesores]. (Entrevista, septiembre de 2022)

Una perspectiva antropológica del aprendizaje

Los tres grupos de maestros investigadores, a pesar de sus marcadas diferencias en cuanto a los contenidos y a la comprensión de la pedagogía, ofrecen escenarios auténticos para el aprendizaje de la investigación. Aunque cada uno presenta una estructura particular de participación (fases, guiada, fractal), todos comparten similitudes en relación con las estrategias y actividades para integrar a nuevos miembros. Estas coincidencias revelan que, más allá de sus singularidades, los procesos de integración siguen patrones comunes descritos por la perspectiva de la PPL (Lave y Wenger 1991), esto es, una progresión gradual de tareas, desde las menos complejas y de menor responsabilidad hasta las de mayor envergadura.

El proceso comienza con el ingreso a un semillero de investigación, que suele derivarse de una invitación de un miembro experimentado, generalmente un profesor e investigador. Los candidatos, estudiantes de pregrado o posgrado, son valorados en cuanto a sus habilidades académicas y compromiso con la investigación. La valoración inicial también considera la afinidad del estudiante con la perspectiva teórica del grupo. Una vez dentro del semillero, los nuevos integrantes participan en diversas actividades y responsabilidades relativas a la investigación (llevar listados, enviar correos grupales, preparar equipos tecnológicos, recoger trabajos, sacar fotocopias, hacer resúmenes, organizar archivos). La interacción entre miembros con diferentes niveles de experiencia es fundamental para el aprendizaje. Los más novatos aprenden de los más experimentados a través de la observación del conocimiento experto y de la colaboración en tareas específicas.

El aprendizaje en los semilleros es predominantemente empírico. Aquellos con mayor trayectoria exponen sus conocimientos y habilidades por medio de explicaciones detalladas y ejemplos concretos. Estas explicaciones se centran en *cómo hacer* las cosas sobre la base de experiencias personales y consejos prácticos compartidos. A través de este proceso, los nuevos miembros adquieren no solo habilidades técnicas, sino también valores y actitudes propios de la investigación, tal como es entendida en cada grupo. Un ejemplo de esto se presentó en el grupo de pedagogía:

Novato: Profesor, cuando usted hizo su doctorado, ¿cómo hizo para organizar el archivo? Porque yo, por ejemplo, no sé cómo organizar tanta información. La verdad, no tengo claro por dónde empezar.

Experto: Bueno, eso fue hace mucho tiempo. En esa época no teníamos las herramientas informáticas que ustedes tienen, así que tuve que recorrerme casi todas las bibliotecas de X ciudad, y, como iba tanto, ya me reconocían los guardias de seguridad [risas]. Yo también me vi abrumado por la cantidad de información que se maneja, pero lo que hice fue comenzar a organizarla por periodos de tiempo y por temas. Me acuerdo de que cargaba unas tarjetitas de cartulinas de colores y así iba organizando. El color amarillo era el tema A, el azul el tema B, y así. Luego, cuando sabía que era suficiente, ya lo que hacía era empezar a analizar por cada color, por cada tema, e iba sacando un listado de temas más específicos.

Novato: ¿Y cómo sabía que ya era información suficiente?

Experto: Pues uno lo va intuyendo cuando ve que la información se empieza a repetir, como que se va saturando. Pero de eso uno se da cuenta estando metido en el archivo, trabajando todo el tiempo con los documentos. Eso se va aprendiendo con la práctica, y usted lo va a experimentar en su propio trabajo de archivo. Siga trabajando que acá le vamos ayudando.

Novato: [Risas] Bueno, profesor. (Nota de campo, abril de 2022)

Como dije, en los semilleros no solo se aprenden técnicas y actividades específicas, sino también se fomentan valores y actitudes fundamentales para el quehacer investigativo. Estos atributos, como la capacidad de lectura y escritura, el pensamiento crítico, la conciencia social y el compromiso con la enseñanza, son

esenciales para todo maestro investigador. Cada semillero enfatiza distintos aspectos según su enfoque teórico sobre la pedagogía (tematización, círculo de estudio, secuencias didácticas) y los participantes aprenden la dinámica grupal, la jerga especializada y habilidades administrativas. Los miembros más destacados, incluso, pueden convertirse en asistentes de investigación, con lo cual profundizan en los aspectos académicos y logísticos que implica esta actividad en sus respectivos campos académicos. En otras palabras, aprender a investigar es aprender a participar de acuerdo con las normas explícitas e implícitas de cada grupo, incluyendo estrategias de reconocimiento y legitimación.

Los semilleros actúan como un primer filtro en la formación de investigadores consolidados (Mesa Villa *et al.* 2020). Al analizar las trayectorias de los miembros más experimentados, observé un patrón: luego de participar en semilleros y asistir a investigadores reconocidos, muchos se involucran como coinvestigadores en proyectos financiados, especialmente al iniciar sus estudios de posgrado. Este avance es posible gracias a la demostración de habilidades investigativas y el respaldo de un mentor avezado. Sin embargo, la coinvestigación es un proceso de aprendizaje mutuo. En los grupos analizados, era común observar duplas conformadas por un investigador experimentado y un coinvestigador con menos trayectoria. En estas relaciones, ambos aprendían, aunque el principal ejercía un rol de mentor. A diferencia de un asistente, el coinvestigador tenía mayores responsabilidades, como la coautoría de publicaciones y la presentación de ponencias en eventos académicos. Esta dinámica favorecía el dominio de conocimientos y habilidades investigativas, lo que preparaba al coinvestigador para asumir roles de mayor liderazgo.

El reconocimiento pleno como miembro de un grupo se alcanzaba al participar en múltiples proyectos financiados y, eventualmente, al obtener una plaza docente en una universidad. En este punto, el investigador podía dirigir sus propios proyectos o semilleros, manteniendo así la línea de trabajo de su respectivo grupo. Este dilatado proceso, entendido como *hacer escuela*, implica una sucesión gradual de investigadores, en la cual los más novatos aprenden de los más experimentados y, a su vez, forman a las nuevas generaciones. El camino para convertirse en un investigador reconocido y productivo, al integrarse plenamente en grupos de investigación, se extiende a lo largo de varios años. Si bien es difícil establecer un plazo exacto, mi observación de estos tres grupos sugiere un periodo de entre quince y veinte años. Aunque la competencia es constante en todas las etapas de la formación académica, es durante la participación en semilleros de investigación cuando se refleja de manera más crítica la capacidad de perseverancia. En

estos espacios, muchos se inician, pero pocos logran consolidarse y continuar su trayectoria investigativa.

Al comparar los procesos de aprendizaje de la investigación entre maestros colombianos y otros profesionales, así como en diferentes ámbitos, se evidencian tanto similitudes como divergencias. Lave y Wenger (1991) explican lo siguiente:

Para las parteras de Yucatán el aprendizaje es parte de la vida diaria y se reconoce solo gracias al hecho de que han pasado por él. Los maestros sastres y aprendices africanos firman un acuerdo antes de comenzar el aprendizaje, con una estructura medianamente explícita, que termina cuando el nuevo maestro sastre recibe una bendición oficial de su antiguo maestro para comenzar su negocio independiente. Los navegantes de la marina ingresan a programas de entrenamiento y reciben certificados, lo mismo que ocurre con los carniceros de los supermercados. El aprendizaje en los alcohólicos anónimos está santificado por un compromiso explícito con la organización y con el avance a través de doce pasos bien definidos.¹ (67)

Si bien el aprendizaje de la investigación entre maestros comparte con otros contextos la importancia del reconocimiento social y el mentorazgo, el entorno universitario introduce una complejidad adicional. La producción y el consumo de conocimiento especializado, enmarcados en prácticas académicas establecidas, distinguen este proceso de otros, como el de los alcohólicos anónimos o las parteras. Lo que quiero resaltar es que, aunque los contextos varíen, el aprendizaje en acción es fundamental para la formación de maestros investigadores. Integrarse en grupos de investigación, buscar el reconocimiento de los pares y participar en actividades específicas facilitan el dominio efectivo de conocimientos y habilidades.

Desde luego, en el mundo académico universitario existen aspectos institucionales específicos que influyen en las comunidades de práctica dedicadas a la producción de conocimiento. Piénsese en la competencia por recursos económicos, que tiende a privilegiar la burocracia sobre la reflexión, y en la búsqueda de prestigio intelectual que legitime la producción o circulación de ideas. Además, como mencioné, el aprendizaje de la investigación en estos grupos no es un proceso idílico, exento de conflictos, contradicciones y exclusiones. No pude entrevistar a quienes abandonaron los semilleros. Lo cierto es que, entre más rígida y

1 Todas las traducciones son propias.

vertical es la estructura de un grupo de investigación, más difíciles se vuelven la participación y la legitimación de los miembros más nuevos.

Mis resultados coinciden con estudios previos que han explorado el proceso del aprendizaje de la investigación a través de la lente de la PPL. Teeuwssen *et al.* (2014) y Feldman *et al.* (2013) documentan cómo, al participar en grupos de investigación, estudiantes de diferentes disciplinas experimentan un cambio identitario y dominan habilidades investigativas clave. La PPL impulsa un proceso de transformación identitaria, lo que les permite a los novatos transitar de la figura estudiantil hacia la de investigadores consolidados. Así me lo comentó uno de los estudiantes más destacados del semillero del grupo de comunitaria:

Yo no me imaginaba todo lo que implicaba hacer una investigación de verdad. La profesora Fanny, por ejemplo, me puso a diligenciar formatos y muchas otras cosas administrativas con la universidad. Es demasiada burocracia [risas]. Hay que ser mucho más organizado de lo que uno es en una clase. Una cosa es ser estudiante y otra ser investigador. (Jhon, nota de campo, septiembre de 2022)

Estos hallazgos subrayan la importancia de la interacción social y del acceso al conocimiento experto en el proceso de convertirse en un maestro investigador.

El estudio de la PPL ha revelado una amplia gama de actividades socioculturales en las que se lleva a cabo aprendizaje en acción, lo que desmiente la noción de que esta se limita a contextos artesanales o a tareas rutinarias. Investigaciones recientes han documentado este tipo de aprendizaje en campos tan diversos como la medicina (Orsmond *et al.* 2022), el periodismo (Martín 2016), el activismo político (Curnow 2022), las redes sociales (Ito 2013) y las artes (Leung 2015; Miñana 2009). Estos estudios no solo demuestran la relevancia contemporánea de la PPL, sino que también cuestionan la idea de que este tipo de aprendizaje depende exclusivamente de la enseñanza formal (como aprender a investigar en un curso de metodología). La interacción entre pares y la colaboración son pilares fundamentales en estos procesos. Desde una perspectiva antropológica, el aprendizaje se revela como un componente intrínseco de toda práctica social. Es decir, aprender y practicar son indisolubles, pues las personas coconstruyen conocimiento a través de la interacción. En este sentido, el aprendizaje en acción trasciende la mera adquisición de conocimientos en un contexto determinado; implica una transformación mutua de los individuos y de la práctica misma.

La participación: intersección entre etnografía y pedagogía

Mi inmersión en estos tres grupos, a través de la observación participante, me ha brindado la oportunidad de reflexionar sobre cómo la pedagogía puede enriquecer nuestra comprensión de los procesos etnográficos. No solo porque cada grupo promovía una concepción específica de ella, sino porque, a pesar de la información obtenida de sus textos, mi aprendizaje más profundo como etnógrafo se produjo al integrarme como un miembro más de cada comunidad de práctica. La interacción con sus integrantes fue un proceso dinámico en el que, poco a poco, fui construyendo relaciones más cercanas, enriqueciendo, así, mi comprensión de sus actividades y creencias. Esta etnografía fue una experiencia de aprendizaje, tal como lo vengo describiendo.

La dinámica de interacción en estos grupos era más compleja que una simple transmisión de conocimientos o una socialización profesional. Si bien los miembros más experimentados desempeñaban un papel fundamental, la interacción horizontal entre pares era igualmente importante. Los novatos, al colaborar y compartir conocimientos, no solo aprendían de los expertos, sino también entre ellos mismos. Esta dinámica enriquecía el proceso de aprendizaje y fomentaba la construcción colectiva del conocimiento. En el grupo de comunitaria, la profesora Fanny, coordinadora del semillero, me solicitó en varias ocasiones que fungiera como mediador, explicando a los estudiantes los principios de la observación participante, con miras a prepararlos para la investigación que estaban realizando. El ambiente de aprendizaje colaborativo del grupo de química fue muy enriquecedor. Los miembros del semillero y los profesores más jóvenes me ayudaron a comprender de manera más profunda los conceptos relacionados con la representación de fórmulas químicas (desarrollada, semidesarrollada y esquelética) de hidrocarburos a través de la resolución conjunta de ejercicios.

Así como los maestros investigadores aprendían unos de otros por medio de su participación en las actividades del grupo, mi papel como etnógrafo me permitió aprender de manera recíproca al participar en sus prácticas. Tanto para los miembros de una comunidad como para el etnógrafo, la participación es una condición indispensable para el aprendizaje y la construcción de conocimiento. Es en la acción conjunta en la que se muestran los significados compartidos y las prácticas sociales. Debe tenerse presente que, en la perspectiva de la PPL, “el aprendizaje es una cuestión de *entender la práctica*, en contra de la idea de *adquirir cultura*, central a los modelos ortodoxos de aprender como transmisión intergeneracional de información” (Lave 1990, 301).

Si reflexionamos, la labor de un etnógrafo consiste en entender las prácticas de un grupo social en torno a un tema particular. Por tanto, podríamos afirmar que el etnógrafo aprende con ese grupo a través de su participación en él. Evidentemente, esta última trasciende la mera adquisición de habilidades técnicas para realizar una tarea. Los trabajos de pedagogos contemporáneos como Biesta nos ayudan a clarificar este concepto. En sus palabras:

Hay participación educativa y no educativa: participación en la que solo una de las partes aprende (adaptándose a la otra) y participación que transforma la perspectiva de todos los que participan en ella y da lugar a una perspectiva compartida. (2013, 33)

La transformación que experimenta el etnógrafo durante su trabajo de campo, al adoptar un nuevo punto de vista, se vincula estrechamente con el concepto de reflexividad, según lo plantean autores como Davies (2002) y Guber (2001). Un aspecto fundamental de esta reflexividad consiste en que el investigador analiza críticamente su propia evolución a lo largo del proceso etnográfico, considerando siempre el contexto de su interacción con los grupos que pretende estudiar. Además de aprender a hacer etnografías mediante la práctica, se trata de reflexionar sobre esta práctica y, en particular, sobre las transformaciones personales que surgen de la participación en diferentes contextos sociales.

Cada vez más, los antropólogos optan por expresar que *aprendieron con* los participantes en lugar de decir que *aprendieron de ellos* (Guzmán Peñuela y Suárez Guava 2021). Esta elección refleja un desplazamiento paradigmático relativamente reciente hacia una concepción más colaborativa del trabajo de campo, de acuerdo con la cual el conocimiento se coconstruye en interacción con los miembros de la comunidad que se espera entender. A diferencia de una relación unidireccional en la que el investigador simplemente recibe información, el aprendizaje *con* implica un proceso dinámico de intercambio y construcción conjunta de significados e ideas. En mi estudio con maestros investigadores, las conversaciones sobre antropología de la educación se transformaron en espacios de diálogo y cocreación en los que tanto ellos como yo aportamos nuestras perspectivas, dando lugar a comprensiones que enriquecen la teoría antropológica y la práctica pedagógica.

Concebir la participación social como un proceso de aprendizaje y producción de conocimiento etnográfico implica entender que las prácticas, las personas y el mundo social se construyen (configuran) mutuamente. Este enfoque desafía las teorías del aprendizaje que fragmentan la realidad en dicotomías como adentro y

afuera, o en procesos como internalización, transmisión y socialización. En lugar de asumir un mundo social estático que las personas simplemente “internalizan”, se propone que estas, a través de sus prácticas, participan activamente en la creación y transformación de ese mundo, al tiempo que se transforman ellas mismas.

Esta idea tiene sus raíces en la filosofía hegeliana, que fue posteriormente desarrollada por Marx y encontró eco en los fundamentos de la psicología vygotskiana. El concepto de zona de desarrollo próximo, afín a la perspectiva de la PPL, es una clara manifestación de esta propuesta. Vygotsky (2007) postula que el aprendizaje se promueve cuando un individuo menos experimentado es apoyado por otro más conocedor. La psicóloga y antropóloga Barbara Rogoff, junto con Jean Lave, profundizó en este concepto; destacó la importancia de la participación social para el aprendizaje y la diferenció de la mera internalización:

El propósito de mi énfasis en la apropiación participativa más que en la internalización es distinguir entre dos perspectivas teóricas. La perspectiva de la apropiación contempla el desarrollo como un proceso dinámico, activo, mutuo, implicado en la participación de las personas en las actividades culturales. La perspectiva de la internalización contempla el desarrollo en términos de “adquisición” o “transmisión” estática, sometida a límites, de fragmentos de conocimiento. (Rogoff 1997, 121)

La participación es el eje central para comprender la relación dinámica entre las prácticas, las personas y el mundo social. Al participar activamente en una actividad, las personas se integran a ella de manera inseparable. Esta perspectiva contrasta con visiones tradicionales de la socialización que conciben a las instituciones (familia, escuela, etc.) como agentes externos que moldean a los individuos. Sin embargo, esta visión reduccionista dificulta la explicación del cambio sociocultural (Rich 1992; Rogoff y Lave 1984). Así, los niños no serán simplemente socializados por la familia, sino que participarán en actividades familiares, coconstruyendo significados y relaciones. De igual modo, los estudiantes no serán solo socializados por la escuela, donde son receptores pasivos de conocimientos, sino que interactuarán y participarán activamente en contextos escolares. La participación implica una reciprocidad constante, en contraste con la unidireccionalidad de la noción tradicional de socialización.

El aprendizaje de la investigación se profundiza significativamente cuando se participa en actividades auténticas, en comparación con los cursos teóricos. Los miembros de los grupos de maestros investigadores en los que intervine no

solo transformaban sus prácticas y conocimientos pedagógicos, sino también su propia identidad. Este proceso, sin embargo, era mucho más complejo de lo que inicialmente parecía. El aprendizaje ocurría en situaciones específicas, cada una con sus propias reglas y dinámicas, en las que la persona, el mundo y la actividad se entrelazaban. Además, en la práctica se entremezclaban personas con diversos grados de conocimiento que cambiaban a medida que interactuaban. Incluso los menos experimentados podían aportar sus ideas, lo que generaba una distribución multidireccional del conocimiento (Lozares 2000).

Este cuestionamiento nos remite a conceptos fundamentales de los enfoques socioculturales derivados del pensamiento del ya mencionado Vygotsky y de la filosofía de la educación de Dewey que Ingold (2022) exploró recientemente. Ambas perspectivas convergen en la idea de que el aprendizaje es una práctica social que ocurre en interacción con otros. Desde el enfoque sociocultural, el ejercicio de la investigación en los grupos en los que intervine muestra la incorporación de ideas más amplias del magisterio colombiano. Dewey, por su parte, enfatiza la importancia de la experiencia educativa como una participación activa en el entorno. En este sentido, el aprendizaje implica necesariamente una transformación tanto individual como colectiva.

La participación durante el trabajo de campo convierte la etnografía en una experiencia de aprendizaje mutuo. A este respecto, las descripciones y análisis podrían centrarse en la coconstrucción de conocimiento que emerge de esta interacción, así como en las transformaciones personales y profesionales que experimenta el etnógrafo. Indudablemente, esto profundizaría el conocimiento etnográfico y antropológico generado en una investigación. Así, la *magia del etnógrafo*, a la que Stocking (1983) se refirió al estudiar la obra de Malinowski (1970), consistiría en documentar reflexivamente y con rigor su participación y aprendizaje durante el trabajo de campo.

La dimensión educativa de la etnografía

La concepción de la educación como participación controvierte la lógica dualista que ha predominado en las teorías educativas, basada en oposiciones como naturaleza/cultura o individuo/sociedad, y que ha dado lugar a conceptos como transmisión, socialización e internalización. Kant pensaba que “únicamente por la educación el hombre puede llegar a ser hombre” (1983, 35); Durkheim, que la educación “era la acción ejercida por las generaciones adultas sobre aquellas que no han alcanzado todavía el grado de nivel necesario para la vida social” (1975, 106),

y Comenio, padre de la pedagogía moderna, que “a todos los que nacieron hombres les precisa la enseñanza, porque es necesario que sean hombres, no bestias feroces, no brutos, no troncos inertes” (1998, 16).

Sin embargo, como hemos visto, los estudios etnográficos sobre el aprendizaje de diversas profesiones y oficios demuestran que este es un proceso dinámico y colaborativo, en el que el conocimiento se coconstruye a través de la interacción entre aprendices de distintos niveles. Otro ejemplo que puede ayudarnos a entender esta idea es el del aprendizaje musical en el sur de los Andes colombianos:

Lo que vemos aquí no es tanto un proceso intencional o unos mecanismos funcionales de “una sociedad” o “una cultura” por reproducir o transmitir una música determinada, sino unos agentes de diferentes edades (niños, jóvenes, adultos) que tratan de participar, de legitimar su participación en una banda. Por ejemplo, cuando, en las alumbranzas (adoraciones religiosas) campesinas o en las casas de visita entre los nasas, algunos músicos caen dormidos o borrachos, siempre hay un niño o un joven atento a reemplazar al músico caído y aprovechar la oportunidad para integrarse en la experiencia musical. En Tierradentro, por ejemplo, en varias ocasiones a lo largo de las correrías de diciembre, vimos cómo se vinculaban durante un rato a las bandas algunos jóvenes y niños con quenás, con flautas dulces de plástico o con lo que encontraran para hacer música. Y en Popayán, hasta hace no mucho, las “chirimías” o bandas salían por las calles y a ellas se vinculaban músicos improvisados con toda clase de instrumentos, incluyendo botellas de aguardiente usadas como güiros o carrascas. (Miñana 2009, 227)

En los grupos de maestros investigadores, el aprendizaje se presentaba principalmente a través de la participación en actividades típicas de investigación. Vimos también que, a pesar de las solicitudes de explicaciones teóricas detalladas sobre técnicas de investigación y análisis de información (entrevistas, análisis documentales, aplicaciones didácticas), los profesores más experimentados solían decirles a los menos experimentados cosas como “eso se aprende con la práctica” (algo similar ocurre cuando se pregunta cómo hacer una etnografía). Las interacciones entre miembros de distintos niveles de experticia en cada grupo motivaron reflexiones sobre el aprendizaje a través de la participación:

La profesora Mónica me lo explicó así: “En esa época [cuando ella era asistente en el grupo de pedagogía] la idea era que nosotras investigáramos por nosotras mismas, que [supiéramos que] estábamos ahí para aprender a investigar

investigando. No era la perspectiva de ‘tú estás haciendo una investigación de mentiras’, o ‘esto es una investigación formativa que es como una investigacioncita simulada’”. (Mónica, nota de campo, junio de 2022)

Cuando uno ve a las profes [del grupo de comunitaria] y sus dinámicas de trabajo, comienza a entender que no es hacer un ejercicio por hacerlo, sino que es por un sentido, llevamos como una secuencia didáctica, y también como hacer una conexión entre la teoría y la práctica. Es muy lindo cuando uno comienza a crear sus propios ejercicios y así se entienden mejor las cosas que están en los libros. Lo que he aprendido en el semillero yo lo he recontextualizado en mis prácticas como maestro en formación. (Jhon, nota de campo, noviembre de 2022)

La verdad es que mi formación como investigador en enseñanza de la química fue en el grupo de investigación [de química]. En las prácticas del laboratorio uno sigue las guías de los investigadores más destacados, pero no fue hasta que trabajé con el profesor Roberto de cerca que aprendí desde cómo hacer un resumen analítico y cómo redactar una propuesta de investigación para una convocatoria de financiamiento hasta cómo publicar artículos en una revista o una ponencia en un congreso académico. (Patricia, nota de campo, agosto de 2022)

A pesar de los conflictos entre los miembros de los grupos de maestros investigadores debido a la competencia por el reconocimiento y a las particularidades de la institución universitaria, insisto una vez más en que el aprendizaje es un fenómeno social que se construye a través de la participación en prácticas situadas. Desde esta perspectiva, la etnografía también se nos muestra como un proceso de aprendizaje en sí mismo que, a la vez, plantea una discusión interesante sobre su dimensión educativa.

En su reciente publicación *Llevando la vida: antropología y educación*, Tim Ingold (2022) cuestiona las concepciones tradicionales del aprendizaje basadas en la transmisión de información. En su lugar, propone una visión de acuerdo con la cual el conocimiento se construye a través de la práctica y la experiencia directa, en un proceso de participación activa en el mundo. Además, Ingold concibe la antropología como un ejercicio reflexivo que trasciende la mera observación descriptiva. En ese sentido, la etnografía no será solo un método de recopilación de información, sino la intervención en una red de relaciones en constante movimiento, con el propósito de generar conocimiento y desafiar, así, las nociones tradicionales de sujeto y objeto en la investigación.

Este punto de vista coincide con la perspectiva teórica de la PPL y también con algunas ideas del mundo de la pedagogía. Quizá, como mencioné, la corriente con raíces más sólidas está en la propuesta de Dewey, quien entendía la educación como una reconstrucción de experiencias. Una vez más, esto significa que el aprendizaje no se reduce a acumular información, sino que implica transformar lo que hemos vivido antes a través de la reflexión crítica y la interacción social activa en situaciones específicas. Esta afirmación se sustenta en su filosofía pragmatista, que concibe el conocimiento como una construcción social y cultural basada en la experiencia. Las ideas, lejos de ser entidades ahistóricas, son herramientas que utilizamos para dar sentido a nuestras vivencias y orientar nuestras acciones (Dewey 1988).

Considero que la *experiencia etnográfica* constituye una dimensión educativa privilegiada para abordar este tema. Ella no se limita a acumular datos, sino que implica un proceso activo de interacción y reflexión. Por lo tanto, la experiencia etnográfica se caracterizaría, al menos, por tres elementos fundamentales, derivados del pensamiento deweyano. El primero consiste en analizar lo que significa la participación activa propiamente dicha. Lo activo en ella exige una consideración sobre nuestro papel como etnógrafos en la que no se pierda de vista que nuestra presencia en el campo modifica la realidad que estudiamos. Una estrategia útil es examinar cómo los participantes nos perciben y cómo estas percepciones influyen en nuestras investigaciones (Wolcott 1993).

El segundo elemento constitutivo de la experiencia etnográfica es la construcción e interpretación de significados. No se trata simplemente de absorber información, sino de darle sentido. Esto implica una constante reflexión sobre la relación entre la teoría y la información empírica que se coproduce. Todos sabemos que una de las principales cuestiones metodológicas en etnografía es determinar la manera en la que las categorías analíticas se relacionan con las prácticas sociales observadas. Es fundamental que los etnógrafos expliquen cómo abordan esta cuestión y cómo construyen argumentos teóricos sólidos. Algunos antropólogos han detallado en sus libros el proceso de elaboración de sus etnografías y teorías (Díaz de Rada 2021).

El tercer elemento es el de poner en práctica conocimientos construidos. Nuestras experiencias etnográficas previas nos proporcionan herramientas para abordar nuevos contextos e investigaciones. En educación, por ejemplo, acumulamos conocimientos sobre el trabajo de maestros y de estudiantes que nos permiten profundizar en nuestra comprensión y, a la vez, nos transformarnos como investigadores. Por lo tanto, “la transformación más importante que logra la etnografía

ocurre en quienes la practicamos. La experiencia de campo y el trabajo analítico deben cambiar la conciencia del investigador y modificar la manera de mirar los procesos educativos y sociales” (Rockwell 2009, 30). Supongo que esto es común en la actividad etnográfica en general.

La experiencia etnográfica se define como un proceso dinámico que involucra la participación activa, la construcción continua de conocimiento y la puesta en práctica de lo aprendido. Este carácter procesual subraya su dimensión educativa. Incluso, llevando esta dimensión a su máxima expresión, Ingold sugiere que “practicar la observación participante, sin embargo, es también someterse a una educación. De hecho, creo que hay razones para sustituir la palabra ‘etnografía’ por ‘educación’ como el propósito fundamental de la antropología. Quiero insistir más bien en la antropología como una práctica de la educación” (2022, 108). Independientemente de si se acepta o no esta comparación entre antropología y educación, es evidente que la etnografía es, en sí misma, un proceso de aprendizaje, tal como lo he descrito.

En definitiva, esta etnografía sobre el aprendizaje de la investigación con maestros colombianos me ha permitido corroborar una intuición que venía gestando en algunos trabajos previos: la etnografía y la pedagogía comparten un paradigma epistemológico común, centrado en el aprendizaje como un proceso de participación social. De este modo, se crea un puente entre la etnografía y la pedagogía que permite explorar su dimensión educativa compartida y sus repercusiones en las discusiones contemporáneas de la antropología, especialmente sobre la diversidad de miradas acerca de la etnografía y el trabajo de campo (Miñana 2013; Velasco *et al.* 1993). Las afinidades teóricas que hemos identificado facilitan un encuentro entre profesionales de ambos campos y fomentan una mirada más integrada sobre sus respectivas prácticas.

Conclusión

Este estudio con maestros investigadores colombianos revela que el aprendizaje en acción, alineado con la teoría de la PPL de Lave y Wenger (1991), es esencial en la formación de investigadores. Los maestros más experimentados desempeñan un papel crucial como mentores, guiando a los novatos en su incorporación a sus respectivas comunidades de práctica. Este proceso no solo facilita el desarrollo de habilidades investigativas, sino que también fomenta la construcción de relaciones de confianza y colaboración y, así, transforma las identidades de sus miembros. La progresión en la práctica y la comprensión de la investigación dependen

en gran medida de la habilidad de los miembros para integrarse a dichas comunidades participando, gradualmente, en la construcción de conocimiento compartido y buscando legitimarse entre sus pares. Pese a ello, este proceso no es idílico ni está exento de contradicciones en los intereses y en las afinidades.

Al contrastar estos resultados con otros estudios etnográficos se muestra que la construcción de conocimiento a través de la participación es un rasgo común en el aprendizaje de diversas profesiones y oficios. Asimismo, se corrobora la estrecha relación entre la etnografía y una pedagogía participativa (Biesta 2013), lo que subraya la dimensión educativa intrínseca compartida por ambas y sienta las bases para futuras reflexiones sobre las implicaciones pedagógicas de la actividad etnográfica. Un punto de partida para esas reflexiones es reconocer que la etnografía implica una coconstrucción de conocimiento junto con los participantes, es decir, que entendemos *con* ellos, no solo *sobre* ellos (Ingold 2022).

Finalmente, aunque en este texto presento solo algunos aspectos de la experiencia etnográfica (la participación, el contraste teórico/empírico y la aplicación del conocimiento acumulado), mi propósito es estimular una discusión más amplia y profunda sobre esta perspectiva. En Latinoamérica, este punto de vista ha sido enriquecido por diversos estudios, como las etnografías en equipo de Anderson (2019) en Perú, las etnografías colaborativas con niños de Guerrero y Milstein (2021) en Colombia y Argentina, y los autoanálisis sobre el trabajo de campo de Giglia (2019) en México. Con la etnografía aprendemos que la planificación inicial más detallada es muy a menudo superada por la riqueza y complejidad de las interacciones en las que participamos.

Referencias

- Acevedo Tarazona, Álvaro.** 2013. “Huellas, resonancias y lecciones del movimiento pedagógico en Colombia”. *Praxis & Saber* 4 (8): 63-85. <https://www.redalyc.org/pdf/4772/477248392004.pdf>
- Anderson, Jeanine.** 2019. “La etnografía en equipo: experiencias peruanas”. En Guber 2019, 265-284.
- Biesta, Gert.** 2013. *The Beautiful Risk of Education*. Paradigm.
- Bolívar Osorio, Rosa María.** 2019. “Investigar la práctica pedagógica en la formación inicial de maestros”. *Pedagogía y Saberes* 51: 9-22. <https://doi.org/10.17227/pys.num51-2881>
- Cain, Carol.** 1991. *Being a Non-Drinking Student: An Interpretative Phenomenological Analysis*. University of North Carolina.

- Camacho, Daniela Marcela, Cielo Martínez Coronado y Alexandra Pedraza Ortiz.** 2014. "Políticas educativas y cultura investigativa en la formación de educadores". *Educación y Desarrollo Social* 8 (2): 96-107. <https://doi.org/10.18359/reds.298>
- Comenio, Juan Amós.** 1998. *Didáctica magna*. Porrúa.
- Curnow, Joe.** 2022. "Radical Shifts: Prefiguring Activist Politicization through Legitimate Peripheral Participation". *Peabody Journal of Education* 97 (5): 553-566. <https://doi.org/10.1080/0161956X.2022.2125757>
- Davies, Charlotte Aull.** 2002. *Reflexive Ethnography: A Guide to Researching Selves and Others*. Routledge.
- Dewey, John.** 1988. *Experience and Education*. Collier.
- Díaz de Rada, Ángel.** 2021. *El taller del etnógrafo: materiales y herramientas de investigación en etnografía*. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Durkheim, Émile.** 1975. *Educación y sociología*. Península.
- Feldman, Allan, Kent A. Divoll y Allyson Rogan-Klyve.** 2013. "Becoming Researchers: The Participation of Undergraduate and Graduate Students in Scientific Research Groups". *Science Education* 97 (2): 218-243. <https://doi.org/10.1002/sce.21051>
- Giglia, Angela.** 2019. "Cómo hacerse antropólogo en la Ciudad de México". En Guber 2019, 307-330.
- Guber, Rosana.** 2001. *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Norma.
- Guber, Rosana, coord.** 2019. *Trabajo de campo en América Latina: experiencias antropológicas regionales en etnografía*. SB.
- Guerrero, Alba Lucy y Diana Judit Milstein.** 2021. "Lecturas de etnografías colaborativas con niñas, niños y jóvenes en contextos educativos latinoamericanos". *Magis: Revista Internacional de Investigación en Educación* 14. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.m14.lecn>
- Guzmán Peñuela, Laura y Luis Alberto Suárez Guava.** 2021. "Acompañemos la vida en el trabajo material: una propuesta de indagación antropológica". *Revista Colombiana de Antropología* 58 (1): 175-193. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1992>
- Hernández, Oscar G.** 2011. "Subjetividad y discontinuidad identitaria: narrativas docentes de la Argentina desde una perspectiva psicosociológica". Tesis de maestría, Flacso, Argentina.
- Hutchins, Edwin.** 2010. "Learning to Navigate". En *Understanding Practice: Perspectives on Activity and Context*, editado por Seth Chaiklin y Jean Lave, 35-63. Cambridge University Press.
- Ingold, Tim.** 2022. *Llevando la vida: antropología y educación*. Ediciones UAH.
- Ito, Mizuko.** 2013. *Hanging Out, Messing Around and Geeking Out*. MIT Press.

- Jordan, Brigitte.** 1989. "Cosmopolitical Obstetrics: Some Insights from the Training of Traditional Midwives". *Social Science and Medicine* 28 (9): 925-937. [https://doi.org/10.1016/0277-9536\(89\)90317-1](https://doi.org/10.1016/0277-9536(89)90317-1)
- Kant, Immanuel.** 1983. *Pedagogía*. Akal.
- Lave, Jean.** 1990. "The Culture of Acquisition and the Practice of Understanding". En *Cultural Psychology: Essays on Comparative Human Development*, editado por James W. Stigler, Richard A. Shweder y Gilbert Herdt, 288-309. Cambridge University Press.
- Lave, Jean.** 2019. *Learning and Everyday Life: Access, Participation, and Changing Practice*. Cambridge University Press.
- Lave, Jean y Etienne Wenger.** 1991. *Situated Learning: Legitimate Peripheral Participation*. Cambridge University Press.
- Leung, Bo-Wah.** 2015. "Utopia in Arts Education: Transmission of Cantonese Opera under the Oral Tradition in Hong Kong". *Pedagogy, Culture & Society* 23 (1): 133-152. <https://doi.org/10.1080/14681366.2014.922604>
- Lozares, Carlos.** 2000. "La actividad situada y/o el conocimiento socialmente distribuido". *Papers* 62: 97-131. <https://doi.org/10.5565/rev/papers/v62n0.1068>
- Malinowski, Bronislaw.** 1970. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Siglo XXI.
- Marshall, Hannah.** 1972. "Structural Constraints on Learning: Butchers' Apprentices". En *Learning to Work*, editado por Blanche Geer, 35-47. Sage.
- Martín, Rocío Belén.** 2016. "Los procesos de participación periférica legítima en dos contextos diversos". *Fronteiras: Journal of Social, Technological and Environmental Science* 5 (3): 205-218. <http://dx.doi.org/10.21664/2238-8869.2016v5i3.p205-218>
- Mesa Villa, Claudia Patricia, John S. Gómez-Giraldo y Rodolfo Arango Montes.** 2020. "Becoming Language Teacher-Researchers in a Research Seedbed". *Profile: Issues in Teachers' Professional Development* 22 (1): 159-173. <https://doi.org/10.15446/profile.v22n1.78806>
- Miñana, Carlos.** 2009. "Relaciones intergeneracionales y aprendizaje musical en el sur de los Andes colombianos: ¿socialización y transmisión cultural?". En *Música y sociedad en Colombia: traslaciones, legitimaciones e identificaciones*, editado por Mauricio Rojas, 217-231. Universidad del Rosario.
- Miñana, Carlos.** 2013. "Etnografía en el análisis de políticas educativas: reflexiones epistemológicas desde América Latina". En *Epistemologías de la política educativa: posicionamientos, enfoques y perspectivas*, coordinado por César Tello, 424-446. Mercado de Letras.
- Orsmond, Paul, Helen McMillan y Remigio Zvauya.** 2022. "It's How We Practice That Matters: Professional Identity Formation and Legitimate Peripheral Participation in

- Medical Students. A Qualitative Study”. *BMC Medical Education* 22 (91). <https://doi.org/10.1186/s12909-022-03107-1>
- Ossa, Arley y Juan Suárez.** 2013. *El maestro investigador en Colombia*. Universidad de Antioquia.
- Rich, Judith.** 1992. *El mito de la educación*. Mezki.
- Rockwell, Elsie.** 2009. *La experiencia etnográfica*. Paidós.
- Rogoff, Barbara.** 1997. “Los tres planos de la actividad sociocultural: apropiación participativa, participación guiada y aprendizaje”. En *La mente sociocultural: aproximaciones teóricas y aplicadas*, editado por James Wertsch, Pablo del Río y Amelia Álvarez, 111-128. Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Rogoff, Barbara y Jean Lave. eds.** 1984. *Everyday Cognition: Its Development in Social Context*. Harvard University Press.
- Stocking, George W., Jr.** 1983. “The Ethnographer’s Magic: Fieldwork in British Anthropology from Tylor to Malinowski”. En *Observers Observed: Essays on Ethnographic Fieldwork*, editado por George W. Stocking, 70-120. The University of Wisconsin Press.
- Teeuwssen, Phil, Snežana Ratković y Susan A. Tilley.** 2014. “Becoming Academics: Experiencing Legitimate Peripheral Participation in Part-Time Doctoral Studies”. *Studies in Higher Education* 39 (4): 680-694. <https://doi.org/10.1080/03075079.2012.729030>
- Vasco, Eloísa.** 2013. *Maestros, alumnos y saberes: investigación y docencia en el aula*. Magisterio.
- Velasco, Honorio, Javier García y Ángel Díaz de Rada.** 1993. *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y la etnografía escolar*. Trotta.
- Vygotsky, Lev.** 2007. *Pensamiento y habla*. Colihue Clásica.
- Wolcott, Harry.** 1993. “El maestro como enemigo”. En *Lecturas de antropología para educadores: el ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*, editado por Honorio Velasco, Javier García y Ángel Díaz de Rada, 243-258. Trotta.

Diagénesis en los niveles de organización más bajos del hueso: estado de la cuestión y vías de abordaje en estudios zooarqueológicos

Diagenesis at the Bone's Lowest Levels of Organization: State of the Art and Approaches in Zooarchaeology

Diagênese nos níveis mais baixos de organização óssea: estado da arte e abordagens em estudos zooarqueológicos

Recibido: 28/05/2024 • Aprobado: 30/01/2025 • Publicado: 01/05/2025



Natalia Soledad Morales

División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, CONICET, La Plata, Argentina
moralesnatalia@fcnym.unlp.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-6649-7043>

Paula Galligani

División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, CONICET, La Plata, Argentina
paulagalligani@gsuite.fcnym.unlp.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-3949-5333>

Gustavo Barrientos

División Antropología, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, CONICET, La Plata, Argentina
barrient@museo.fcnym.unlp.edu.ar
<https://orcid.org/0000-0002-1875-6792>

Resumen

Las alteraciones diagenéticas comprenden aquellos cambios físicos y químicos que experimentan los restos orgánicos (*v. g.*, los tejidos duros) bajo condiciones de enterramiento. En zooarqueología, las investigaciones orientadas a evaluar los efectos

de los procesos diagenéticos que operan en los niveles de organización más bajos del hueso —determinantes de su probabilidad de supervivencia en los depósitos arqueológicos— han tenido, hasta el presente, un escaso desarrollo. Con el objetivo de promover e incentivar la práctica de la investigación diagenética, particularmente en el ámbito latinoamericano, este trabajo presenta una síntesis actualizada de los estudios sobre diagénesis ósea en ambientes terrestres. Se resumen los fundamentos de la diagénesis ósea y se describen los parámetros diseñados para su medición. Por último, se propone una estrategia de abordaje del problema útil en contextos de acceso limitado a recursos, como aquellos que caracterizan a nuestra región.

Palabras clave: zooarqueología, registro óseo, tafonomía, diagénesis, parámetros

Abstract

Diagenetic alterations include the physical and chemical changes experienced by organic remains (e.g., hard tissues) under burial conditions. In zooarchaeology, research aimed at evaluating the effects of diagenetic processes operating at the lowest levels of bone organization—which determine the probability of survival in archaeological deposits—has, to date, seen little development. With the aim of promoting and encouraging the practice of diagenetic research, particularly in Latin America, this paper presents an updated overview of studies on bone diagenesis in terrestrial environments. The fundamentals of bone diagenesis are reviewed, and the parameters used to measure it are described. Finally, a strategy is proposed for approaching this issue particularly useful in contexts with limited access to resources, such as that characteristic of our region.

Keywords: zooarchaeology, bone record, taphonomy, diagenesis, parameters.

Resumo

As alterações diagenéticas incluem aquelas mudanças físicas e químicas que os restos orgânicos (por exemplo, tecidos duros) sofrem sob condições de sepultamento. Na zooarqueologia, a pesquisa que visa avaliar os efeitos dos processos diagenéticos que operam nos níveis mais baixos da organização óssea — determinantes de sua probabilidade de sobrevivência em depósitos arqueológicos — teve, até o momento, pouco desenvolvimento. Com o objetivo de promover e incentivar a pesquisa diagenética, particularmente na América Latina, este trabalho apresenta uma síntese atualizada de estudos sobre diagênese óssea em ambientes terrestres. Os fundamentos da diagênese óssea são resumidos e os parâmetros para sua medição são descritos. Por fim, é proposta uma estratégia de abordagem do problema útil em contextos de acesso limitado a recursos, como os que caracterizam nossa região.

Palavras-chave: zooarqueologia, registro ósseo, tafonomia, diagênese, parâmetros

Introducción

En la segunda mitad del siglo XX, el paleontólogo alemán A. H. Müller (1951 y 1963) diferenció dos grandes campos de estudio: la bioestratigrafía, orientada

a generar conocimiento acerca de los procesos que ocurren entre la muerte de un organismo y el entierro o la incorporación a la litosfera de sus restos, y la diagénesis (*Fossildiagenese* en el original en alemán), dedicada a la comprensión de los procesos que ocurren después del entierro de los restos orgánicos¹. Posteriormente, ambos campos se integraron en uno más amplio, la tafonomía (Lawrence 1968), entendida como el estudio de los procesos de conservación o destrucción de los restos orgánicos y de cómo dichos procesos afectan la información contenida en el registro fósil (Behrensmeyer y Kidwell 1985, 105; cf. Efremov 1940).

A partir de la década de 1970, la tafonomía comenzó a incorporarse activamente en las investigaciones zooarqueológicas, mediante estudios enfocados en procesos tanto bioestratinómicos como diagenéticos (Behrensmeyer y Kidwell 1985; Gifford 1981; Lyman 1994). La razón de ello es que se reconoció su importancia para distinguir los rastros de la acción humana de la de otros organismos y también para identificar los procesos naturales que pueden afectar la conservación, a largo plazo, de los tejidos animales (Gifford-Gonzalez 2018). En el caso de la diagénesis, entendida como el conjunto de los cambios físicos y químicos que experimentan los huesos² de los vertebrados en su contexto de enterramiento (Hedges 2002; Hedges *et al.* 1995; Kendall *et al.* 2018; Marden *et al.* 2013; Trueman y Tuross 2002), los estudios zooarqueológicos han abordado principalmente el análisis de marcas, grabados, tinciones, fisuras, descamaciones o fracturas observables a ojo desnudo o con bajos aumentos (*v. g.*, Fisher 1995). El análisis de las modificaciones que se manifiestan en los niveles más bajos dentro de la jerarquía estructural del hueso (micro, submicro, nano y subnano) es aún minoritario dentro del campo. Esto es así a pesar de que se ha demostrado que son los cambios en esos niveles los responsables de la capacidad de respuesta del hueso a los diferentes factores ambientales y, por tanto, los que determinan su probabilidad de supervivencia a mediano y largo plazo (Kendall *et al.* 2018; Smith 2002), así como la conservación de sus propiedades físicas —*v. g.* mecánicas (Turner-Walker y Parry 1995) y químicas, *v. g.* relaciones isotópicas y minerales biogénicos (Trueman *et al.* 2008)—.

Aunque las observaciones y los estudios de interés diagenético tienen una larga historia, que se remonta por lo menos a la segunda mitad del siglo XIX

1 Para una posición crítica acerca de la correspondencia estricta entre diagénesis ósea y procesos posentierro, véase Bell (2012).

2 Con el fin de simplificar el discurso, en este trabajo utilizaremos —siguiendo a Lyman (1987, 251)— *hueso* como un término genérico para connotar hueso, asta y diente. En este sentido, el término englobaría todos los tejidos duros presentes en los vertebrados.

(v. g. Roux 1887; Schaffer 1895; Wedl 1864), fue recién a partir de la década de 1990 que se llevaron a cabo investigaciones sistemáticas destinadas a establecer las causas, los modos y la secuencia de destrucción de los huesos en ambientes sedimentarios (v. g. Child 1995a; Collins *et al.* 2002; Hedges 2002; Hedges y Millard 1995; Hedges *et al.* 1995; Jans *et al.* 2004; Kars y Kars 2002; Nielsen-Marsh y Hedges 2000). En este marco, se han estudiado las condiciones que promueven o inhiben los diferentes mecanismos de alteración diagenética y modulan su tasa de progresión, como la historia bioestratinómica —v. g., prácticas antrópicas, como el hervido de los huesos—, las propiedades texturales, químicas e hidrológicas de los suelos, y la actividad microbiana (v. g. Gallo *et al.* 2021; Kendall *et al.* 2018; Roberts *et al.* 2002), al tiempo que se han desarrollado y probado diferentes indicadores o parámetros diagenéticos que miden los efectos de uno o más de estos mecanismos (v. g. DeNiro 1985; Hedges *et al.* 1995; Smith *et al.* 2007; Weiner y Bar-Yosef 1990). Algunas de estas contribuciones han conducido a la definición de un nuevo campo de estudio, la histotafonomía, *i. e.* tafonomía a escala microestructural o inferior (*cf.* Bell 2012), que hace uso, entre otras, de técnicas de análisis por imágenes, como micrografías obtenidas con microscopía óptica y electrónica, microtomografías computarizadas (v. g. Brönnimann *et al.* 2018; Duffett Carlson *et al.* 2022), espectrometría de energía dispersiva (EDX, por su sigla en inglés) (v. g. Hollund *et al.* 2018) y análisis proteómico (v. g. Procopio *et al.* 2021).

Sin embargo, por razones que aún son difíciles de dilucidar, estos avances no han tenido hasta el presente un impacto significativo en la práctica zooarqueológica a escala global³. América Latina comparte esta tendencia, a pesar de que existen antecedentes relevantes de estudios sobre diagénesis en los niveles más bajos de organización del hueso, algunos de los cuales se remontan a la segunda mitad de la década de 1990 (v. g. Barrientos *et al.* 2018; Forancelli Pacheco *et al.* 2012; Galligani 2020; Galligani *et al.* 2019; Gutiérrez 1998, 2001 y 2007; Gutiérrez *et al.* 2001; Legoupil 2009; Morales *et al.* 2018; Morales *et al.* 2021; Rodríguez 2023; Rodríguez *et al.* 2024; Rodríguez Suárez 1995 y 2010; Urquiza 2016; Yrarrázaval *et al.* 2023).

Ante la situación descrita anteriormente, consideramos importante y apropiado presentar una síntesis del estado actual de los estudios sobre diagénesis ósea en ambientes terrestres que discuta, particularmente, aquellos aspectos que

3 La falta de una conciencia clara sobre el problema de la diagénesis en los niveles más bajos de la organización del hueso por parte de la mayoría de los/as zooarqueólogos/as ya fue señalada, hace casi treinta años, por O'Connor (1996). Lamentablemente, esta situación no ha cambiado de manera sustancial en las décadas siguientes, como permite comprobarlo una rápida revisión de la literatura especializada.

son más críticos para la mejora de las interpretaciones zooarqueológicas. Para ello, se explicarán los fundamentos de la diagénesis ósea y se describirán las vías que conducen a modos diagenéticos bien diferenciados, así como las alteraciones que se producen en las fracciones orgánica (principalmente colágeno) e inorgánica (bioapatita) del hueso. En cada caso se detallarán los parámetros que los describen y también las técnicas que se implementan para abordar su estudio. Por último, sobre la base de nuestra experiencia con muestras óseas de ungulados procedentes de la región pampeana argentina, se formulará una serie de recomendaciones orientadas a promover e incentivar la práctica de la investigación diagenética en contextos de acceso limitado a recursos, como son los de la mayor parte de los países de América Latina y de otras regiones semiperiféricas y periféricas del mundo.

Fundamentos de diagénesis en los niveles de organización más bajos del hueso

El hueso es un material compuesto, heterogéneo y poroso, que consta, en orden decreciente, de a) una fracción mineral, la hidroxiapatita o bioapatita (fosfato de calcio) —un biocristal análogo a la “hidroxiapatita” de origen geológico (presente en rocas sedimentarias y metamórficas)—, formada por átomos de calcio, fósforo e hidrógeno de acuerdo con la fórmula $[Ca_{10}(PO_4)_6(OH)_2]$ (García-Garduño y Reyes-Gasga 2006); y b) una fracción orgánica que en peso tiene un ~90 % de colágeno tipo I, un ~5 % de proteínas no colágenas (PNC) y un ~2 % de lípidos y agua (Boskey 2013). En términos estructurales, se distingue entre la estructura macroscópica (macroestructura) y la estructura microscópica, que se resuelve en diferentes niveles escalares: micro, submicro, nano y subnano (Rho *et al.* 1998). En cada nivel es posible reconocer diferentes rasgos estructurales característicos, tal como se describe en la figura 1.

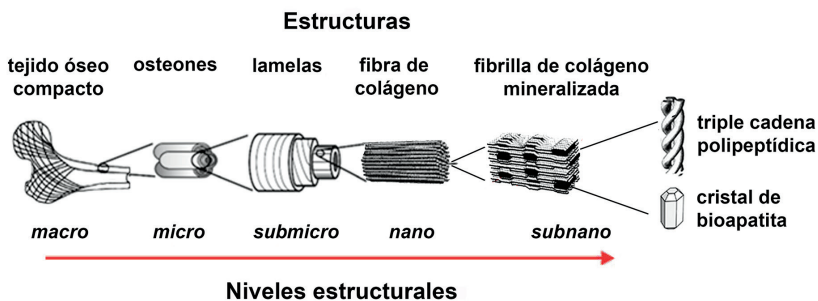


Figura 1. Niveles estructurales del hueso y estructuras características observables en cada nivel

Fuente: elaborado por los autores a partir de Morales (2022).

El hueso esponjoso o trabecular posee una porosidad que varía entre el 50 % y el 90 % de su volumen, mientras que, en el hueso compacto o cortical, esta es menor al 10 % (Zhang *et al.* 2018). Una mayor porosidad cortical puede ser consecuencia de un mayor número de canales, un mayor tamaño del canal o de ambas cosas a la vez (Cai *et al.* 2019). Cowin (1999) clasifica la porosidad del hueso en cuatro categorías, de mayor a menor: a) porosidad intertrabecular (PIT), b) porosidad vascular (PV), c) porosidad lagunar-canalicular (PLC) y d) porosidad colágeno-apatita (PCA). La PIT comprende los espacios entre trabéculas (radio > 1 mm); la PV es el conjunto de los canales de Havers y Volkmann (radio ~ 20 μm); la PLC está compuesta por lagunas osteocíticas y canalículos (radio $\sim 0,1$ μm), y la PCA, finalmente, está constituida por espacios vacíos situados entre las fibras de colágeno y los cristales de apatita (radio $< 0,01$ μm) (Cardoso *et al.* 2016).

Los “huesos” de sitios arqueológicos son el resultado de una serie de transformaciones que cambian su apariencia y sus propiedades. Por ello, en un sentido técnico basado en sus características físicas y químicas, el material recuperado en contextos arqueológicos no es propiamente hueso. Es un objeto compuesto que se encuentra en algún lugar del espectro desde el hueso conservado en el permafrost, muy similar al hueso “fresco”, hasta un compuesto mineralizado y profundamente modificado, o uno ausente debido a la pérdida de su integridad como objeto macroscópico y microscópico reconocible (Smith 2002). Para facilitar tanto el discurso como la lectura, a lo largo de este trabajo nos referiremos al *hueso arqueológico* simplemente como *hueso*, evitando las comillas, pero siempre teniendo en cuenta la atinada advertencia de Smith (2002) antes referida.

Diagénesis de la fracción orgánica del hueso

De todos los componentes de la fracción orgánica del hueso arriba mencionados, el colágeno es el mejor conocido en cuanto a sus patrones de alteración diagenética. Las PNC, por el contrario, han sido menos estudiadas desde una perspectiva diagenética, principalmente debido a su escasez, lo que hace poco práctico su uso como blanco de análisis químicos de importancia arqueológica (Smith 2002); por este motivo no serán abordadas en este trabajo —para un tratamiento actualizado de este tema, remitimos al lector a Procopio *et al.* (2021) y a Wadsworth *et al.* (2017)—.

Colágeno

A medida que el hueso se degrada, la cantidad de colágeno se reduce (Hedges y Law 1989), pero el propio colágeno también se degrada, de modo que ya no se encuentra bien definido desde un punto de vista químico (Hedges *et al.* 1995). El colágeno se puede degradar a través de dos mecanismos principales: a) hidrólisis enzimática a partir de las colagenasas y proteasas bacterianas, y b) hidrólisis química de los enlaces peptídicos (Child 1995a). Los principales factores que controlan la tasa de hidrólisis del colágeno son la temperatura de la reacción, la disponibilidad de agua y el pH de la solución (Smith 2002).

La degradación por hidrólisis del colágeno normalmente es lenta (Dobberstein *et al.* 2009). Esto es particularmente cierto en el colágeno mineralizado, ya que el mineral mantiene unidos los componentes de la matriz (complejo colágeno-apatita), dándole estabilidad y previniendo la expansión de la triple hélice del colágeno, que es un requisito previo para el colapso de las fibrillas (Buckley *et al.* 2008). Sin embargo, la tasa de degradación puede aumentar mediante incrementos de temperatura o mediante catálisis ácida o alcalina (Rudakova y Zaikov 1987). La velocidad de hidrólisis del colágeno también puede ser catalizada por actividad enzimática. Se estima que la hidrólisis producida por este mecanismo, a temperatura ambiente, es mucho más rápida que la hidrólisis química de los enlaces peptídicos (Smith 2002). Se ha propuesto que, mientras la asociación colágeno-apatita esté intacta, las colagenasas y proteasas específicas con actividad colagenasa producidas por microorganismos no pueden funcionar adecuadamente, es decir, solo lo harían una vez que el hueso esté parcialmente desmineralizado (Child 1995a y 1995b). Debido al gran tamaño de las bacterias y de las colagenasas en relación con la porosidad existente entre el colágeno y la apatita, primero debería eliminarse el mineral para exponer la triple hélice del colágeno (Hedges 2002; Nielsen-Marsh *et al.* 2000), tal cual ocurre durante la reabsorción ósea (Kendall *et al.* 2018).

El resultado de la hidrólisis, tanto enzimática como química, es la transformación de la estructura rígida e insoluble del colágeno en una gelatina amorfa soluble en agua que posteriormente se lixivia del hueso (Pfretzschner 2006; Smith *et al.* 2002). Esto provoca una reducción del contenido de colágeno, un aumento de la porosidad (Nielsen-Marsh y Hedges 1999) y una pérdida de resistencia mecánica del hueso (Turner-Walker y Parry 1995). Las condiciones del suelo, como la acidez o alcalinidad extrema, pueden exacerbar los efectos de la hidrólisis, lo que

provoca que el colágeno se pierda mucho más rápida y eficazmente (Collins *et al.* 1995; Smith *et al.* 2002).

Pfretzschner (2006) sostiene que la cantidad de proteína eliminada por la actividad microbiana durante la fase inicial de la diagénesis ósea (véanse Jans *et al.* 2004; Kendall *et al.* 2018, y Turner-Walker 2012) es sorprendentemente baja en los huesos largos grandes, ya que equivale al 5%-10% del contenido total de colágeno de un hueso fresco. Esto significaría que la mayor parte del colágeno óseo se elimina mediante degradación química y lixiviación (Pfretzschner 2006). La destrucción química del colágeno, por otra parte, está influenciada por aumentos repentinos de la temperatura media (Von Endt y Ortner 1984), como se infiere en el caso de los huesos de la localidad italiana de Apigliano, emblemáticos de la vía diagenética denominada *hidrólisis acelerada del colágeno* (Smith *et al.* 2002)⁴. Lo mismo ocurre en huesos sometidos a procesos de cocción, en los que las altas temperaturas producen una pérdida importante de colágeno (Roberts *et al.* 2002; Solari *et al.* 2013)⁵. Otro factor es el daño a la estructura ósea a nivel macroscópico. En este sentido, se ha demostrado que las áreas alrededor de las superficies óseas agrietadas, ya sea por el mascado o roído o por meteorización subaérea, pierden colágeno mucho más rápidamente que las regiones no agrietadas (Boaks *et al.* 2014; Trueman *et al.* 2004).

Los parámetros diseñados para medir la diagénesis del colágeno óseo en muestras arqueológicas evalúan la cantidad remanente en el hueso y su calidad. En cuanto a la cantidad, se mide en términos porcentuales respecto al contenido original (en peso). Una muestra se considera aceptable para datación por radiocarbono o análisis isotópico siempre que tenga una cantidad de colágeno mayor que ~2%-5% de la cantidad original (Ambrose 1990; Hedges y Van Klinken 1992). Sin embargo, la mayoría de los laboratorios de análisis isotópicos establecen un límite de rechazo inferior al 1% (Vitale *et al.* 2019). En cuanto a la calidad del colágeno, el parámetro más utilizado (aunque no el único, ya que también se utilizan el %C y el %N) es la relación atómica C/N ($C/N_{\text{atómica}}$), que es útil como indicador de contaminación y/o degradación de la proteína.

DeNiro (1985) encontró que, en hueso fresco, la $C/N_{\text{atómica}}$ variaba entre 2,9 y 3,6. A partir de entonces, se adoptó este rango como el adecuado para considerar una muestra de colágeno como aceptable para datación radiocarbónica y, sobre todo, estudios paleodietarios. Sin embargo, Van Klinken (1999) considera

4 Al respecto, véase la sección “Vías diagenéticas” más abajo, en este mismo artículo.

5 Sobre cambios inducidos por las temperaturas de cocción, véase Gourrier *et al.* (2017).

que este rango es demasiado amplio y propone —también sobre bases empíricas, pero con un número mucho mayor de casos— uno más restringido, situado entre 3,1 y 3,5. Más recientemente, Guiry y Szpak (2021) plantearon, basándose en modelos de simulación, un límite superior de aceptabilidad variable, dependiendo del taxón y del valor de $\delta^{13}\text{C}$ medido en la muestra de colágeno. Finalmente, un estudio teórico de Schwarcz y Nahal (2021) sostiene que 3,243 sería el valor de la $\text{C}/\text{N}_{\text{atómica}}$ genéticamente determinada (calculada a partir de la suma de la $\text{C}/\text{N}_{\text{atómica}}$ de cada uno de los aminoácidos que componen cada una de las tres cadenas polipeptídicas que forman la triple hélice del colágeno). Valores por debajo del límite inferior establecido por DeNiro (1985) se deberían a una pérdida selectiva de aminoácidos distintos de la glicina (que ocupa una posición más interna dentro de la estructura tridimensional de la proteína y, por tanto, está menos expuesta a los factores del suelo), mientras que valores por encima del límite superior indicado por DeNiro (1985) se deberían a contaminación con sustancias húmicas, que generalmente tienen un bajo contenido de N (Schwarcz y Nahal 2021) (figura 2).

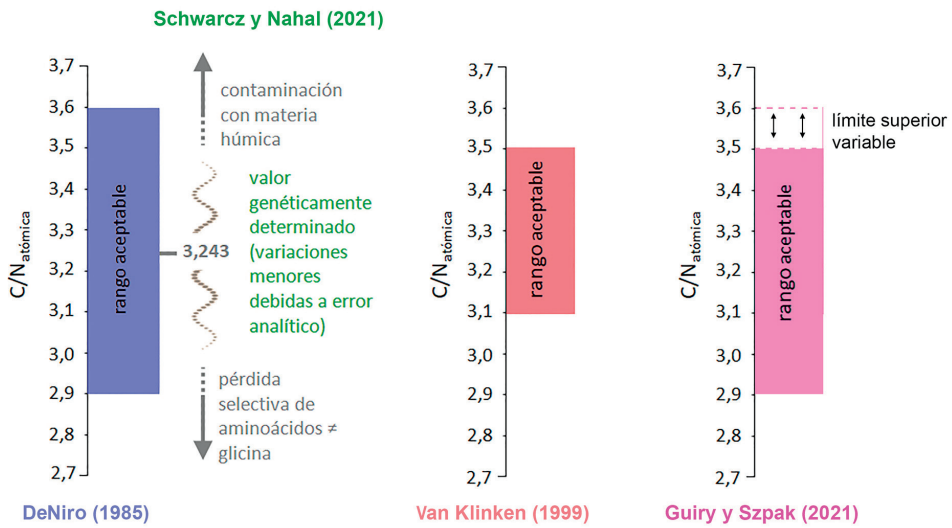


Figura 2. Criterios e interpretaciones de la relación atómica C/N ($\text{C}/\text{N}_{\text{atómica}}$)

Fuente: elaboración propia.

Las alternativas a los análisis de abundancia elemental para evaluar la calidad del colágeno en huesos arqueológicos y paleontológicos se basan en el uso de técnicas de espectroscopia vibratoria. Estas consisten en el análisis de propiedades

moleculares a partir de la captura de vibraciones a nivel molecular. La espectroscopia infrarroja por transformada de Fourier (FTIR, por su sigla en inglés) y la espectroscopia Raman son los dos tipos de espectroscopia vibratoria adecuados para caracterizar la composición del tejido óseo. Ambas técnicas miden, para generar espectros, cambios en las energías vibratorias de los enlaces intramoleculares excitados por la luz incidente. Son técnicas complementarias, en el sentido de que excitan diferentes vibraciones de una misma molécula (Taylor y Donnelly 2020). Se ha planteado su uso como herramientas mínimamente invasivas, rápidas y eficientes para hacer un filtrado o selección a relativamente bajo costo de las muestras, antes de la realización de procedimientos de extracción de colágeno (Hollund 2013; Vitale *et al.* 2019).

Diagénesis de la fracción mineral del hueso

Los cristales de bioapatita son termodinámicamente inestables y se mantienen mediante el proceso homeostático del cuerpo; una vez que este cesa, los cristales pueden cambiar. Su pequeño tamaño (16-50 nm × 8-20 nm × 2 nm [Glimcher 2006]) implica que tienen una superficie muy grande en relación con su volumen, propiedad que los hace muy reactivos, lo que determina el tipo de modificaciones diagenéticas que pueden experimentar en entornos de depositación o enterramiento (Kendall *et al.* 2018; Smith 2002).

En el individuo vivo, el tamaño, la forma y la composición de los cristales de bioapatita se ven afectados por varios factores intrínsecos y extrínsecos, incluidas las propiedades del colágeno y la distribución de PNC (*v. g.*, la osteocalcina) —que intervienen en el nucleamiento y en el crecimiento de los cristales—, la dieta, las enfermedades, la viabilidad celular y el recambio óseo (Boskey 2007). En los huesos arqueológicos, los cambios más significativos en el mineral son tres: a) disolución preferencial de las fases más inestables, b) aumento de la cristalinidad a través de la recristalización de las fases inestables y/o el crecimiento de nuevas fases autígenicas (modificadas químicamente), y c) absorción de iones exógenos (cationes metálicos) (Smith 2002; Trueman 2013). Estos cambios se producen como consecuencia de su interacción con factores ambientales, principalmente el agua. Los efectos del agua sobre el hueso dependen de su química (pH, iones disueltos) y del régimen hidrológico que prevalece en el sitio (Hedges y Millard 1995). De hecho, los cambios minerales requieren una hidrología activa (recarga con aguas meteóricas) o una reducción del pH (Hedges 2002; Hedges y Millard 1995; Nielsen-Marsh *et al.* 2000). La hidroxiapatita tiende a ser más estable bajo

valores de pH de ~7,5-8; en ambientes ligeramente alcalinos o casi neutros, tiene baja solubilidad, y se disuelve o se recristaliza en entornos con un pH inferior a 6 o superior a 9 (Berna *et al.* 2004; Keenan y Engel 2017).

La recristalización ósea aumenta la cristalinidad, es decir, el tamaño del cristal y la perfección de la red cristalina, y promueve la formación de una fase mineral más estable y autigénica, caracterizada por un menor contenido de carbonato, ya que los cristales iniciales —más desordenados— son menos estables energéticamente (Nielsen-Marsh y Hedges 2000; Stathopoulou *et al.* 2008; Trueman 2013). Un factor que altera la cristalinidad, además de producir la disolución y recristalización de los minerales, es la bioerosión microbiana, principalmente bacteriana (Turner-Walker *et al.* 2002). Para acceder al colágeno, las bacterias primero deben alterar el mineral óseo (Nielsen-Marsh *et al.* 2000), por lo que su actividad puede conducir a la disolución del mineral, seguida de una redistribución del fosfato, necesaria para el crecimiento de nuevos cristales (Trueman *et al.* 2004). La pérdida de proteínas debido a los procesos mencionados en el apartado anterior también puede influir en la cristalinidad (Nielsen-Marsh y Hedges 2000; Smith *et al.* 2007), ya que la pérdida de matriz orgánica en los tejidos mineralizados puede exponer algunas fracciones minerales poco cristalinas al agua que fluye por el hueso. Esto permite la lixiviación y reprecipitación sobre los cristales preexistentes y dentro de los poros. Esta interacción del agua subterránea con la capa hidratada de cristales de bioapatita permite la incorporación de diversos iones lábiles y reactivos —*v. g.*, HPO_4^{2-} , PO_4^{3-} , CO_3^{2-} , Ca^{2+} , Mg^{2+} — (Stathopoulou *et al.* 2008; White y Hannus 1983).

Los cambios en la cristalinidad se han analizado, en muestras de hueso en polvo, mediante el estudio del patrón de difracción de rayos X (DRX), ya sea a través de difractogramas (*v. g.* Urquiza 2016) o del cálculo de un índice de cristalinidad (IC) (*v. g.* Hedges *et al.* 1995). Asimismo, se ha utilizado espectroscopia Raman (*v. g.* Colonese *et al.* 2014). Sin embargo, la técnica más empleada es el cálculo del factor de desdoblamiento infrarrojo (IRSF, por su sigla en inglés), una medida indirecta del largo medio de los cristales. Este factor se deriva de espectros FTIR (Weiner y Bar-Yosef 1990). La ventaja de esta técnica es que permite la identificación de otras fases minerales, como la calcita diagenética, y también la evaluación semicuantitativa de la relación carbonato/fosfato (Smith 2002); además, es rápida y se puede implementar en el terreno utilizando pequeños tamaños de muestra (Trueman *et al.* 2008). Aunque en general los espectros FTIR proporcionan una buena indicación del contenido orgánico y de la recristalización de la apatita del hueso, existen evidencias de que no son indicadores confiables del grado de conservación

de elementos traza biogénicos o de las relaciones de isótopos estables originales, sobre todo en huesos muy antiguos (Trueman *et al.* 2008).

Porosidad ósea y diagénesis

Después de la muerte de un organismo, la porosidad del hueso puede aumentar o disminuir. Si disminuye, la probabilidad de supervivencia del hueso se incrementa con la permineralización (*i. e.* precipitación de minerales —sulfatos, sulfuros, silicatos, óxidos de hierro, fosfatos y carbonatos— en los poros y oquedades del hueso [Fernández López 2000]), que conduce gradualmente a la fosilización y conservación del espécimen en un depósito arqueológico. Si, por el contrario, la porosidad aumenta, las perspectivas de supervivencia del espécimen disminuyen sensiblemente a medida que el agua fluye cada vez más libremente a través del hueso, de modo que puede hacerlo desaparecer por completo (Kendall *et al.* 2019; Smith 2002; Smith *et al.* 2007). La modulación de la tasa de destrucción del hueso a través del aumento de la porosidad depende de factores ambientales, tanto físicos (*v. g.*, nivel de aireación del suelo, temperatura, pH, hidrología local) como biológicos (*v. g.*, actividad microbiana).

Diversos estudios comparativos efectuados sobre huesos arqueológicos y modernos han demostrado que las variaciones en el tamaño de los poros pueden asociarse con procesos diagenéticos específicos⁶. De este modo, se han definido tres tipos de porosidad: a) porosidad grande o macroporosidad (>8,5 μm), vinculada con una pérdida considerable de mineral óseo; b) porosidad media o mesoporosidad (entre 0,1 μm y 8,5 μm), relacionada con el ataque microbiano, y c) porosidad pequeña o microporosidad (<0,1 μm), atribuida a la degradación química de las fibrillas de colágeno a través de mecanismos como la hidrólisis acelerada del colágeno inducida, ya sea por el calor ambiental (Smith *et al.* 2007; Turner-Walker *et al.* 2002) o por el hervido de los huesos previo a su depositación (Roberts *et al.* 2002) (figura 3). Por este motivo, la distribución por tamaño de la porosidad, medida mediante la técnica denominada porosimetría por intrusión de mercurio, se considera el mejor indicador del estado general de preservación del hueso (Nielsen-Marsh 1997; Nielsen-Marsh *et al.* 2000) y, por ello, un adecuado predictor de su capacidad de supervivencia en su respectivo ambiente de enterramiento. Antes de que esta técnica fuera utilizada, la distribución por tamaño de la porosidad se medía mediante porosimetría por adsorción de vapor

6 Véase al respecto la sección “Vías diagenéticas”, más abajo en este mismo artículo.

de agua, una metodología similar a la que se emplea para medir la porosidad en suelos (Marshall y Holmes 1988)⁷. Esta técnica no permite evaluar la porosidad mediana o mesoporosidad (Nielsen-Marsh y Hedges 1999), por lo que ha sido prácticamente abandonada en estudios sobre diagénesis ósea, aunque existen ejemplos de aplicación reciente (v. g. Rodríguez *et al.* 2024).

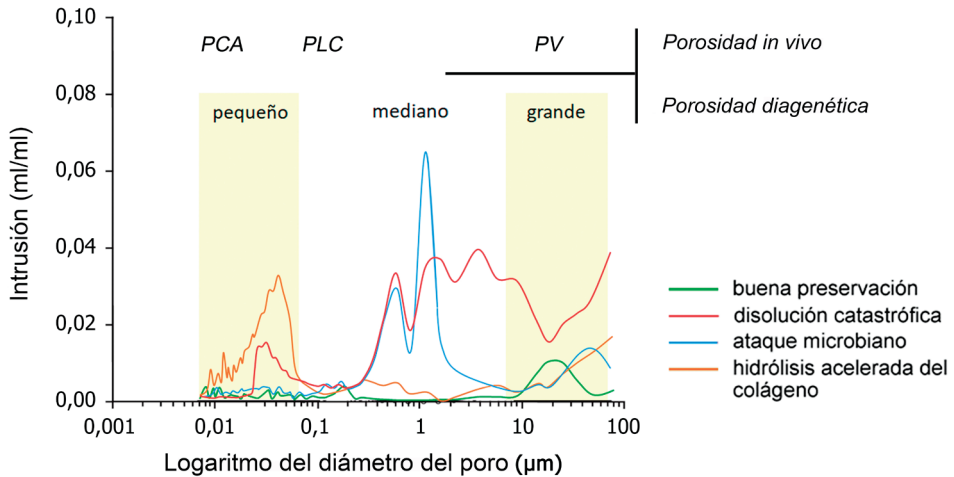


Figura 3. Distribución por tamaño de la porosidad ósea en relación con cada una de las cuatro vías diagenéticas identificadas por Smith *et al.* (2007)*

Fuente: modificado por los autores a partir de Galligani (2020).

* Como referencia, se indica la distribución de la porosidad en un hueso *in vivo*: PV, PLC y PCA (Cardoso *et al.* 2016).

Vías diagenéticas

Estudios realizados en Europa indican que la cantidad de vías diagenéticas es notoriamente reducida, no específica de ningún sitio en particular, y solo cuatro de ellas pueden identificarse claramente: a) buena conservación: huesos tipo 1; b) hidrólisis acelerada del colágeno: huesos tipo 2; c) ataque microbiano: huesos tipo 3, y d) disolución catastrófica: huesos tipo 4 (Hedges *et al.* 1995, 208; Smith *et al.* 2007, 1489) (figura 4).

7 Para ejemplos de aplicación, véanse Gutiérrez (1998), Hedges *et al.* (1995) y Pike (1993).

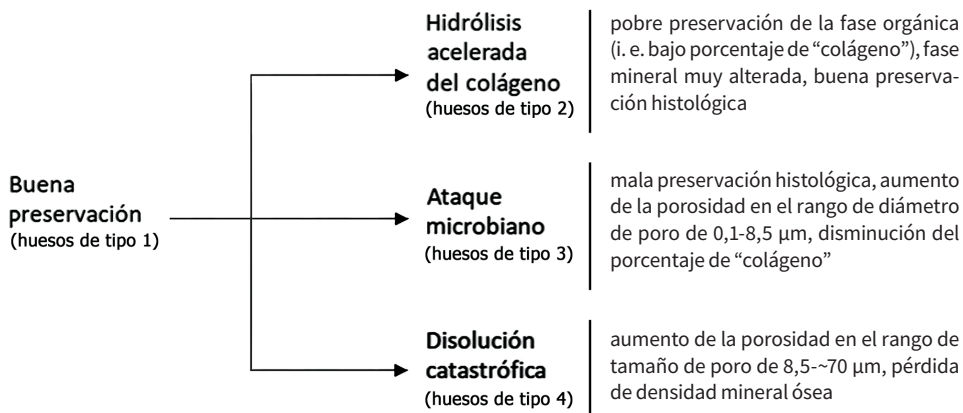


Figura 4. Vías diagenéticas y tipos de hueso resultantes definidos por Smith *et al.* (2007)

Fuente: esquema elaborado por los autores.

Con la excepción de la hidrólisis acelerada del colágeno, que se debe a circunstancias muy particulares —i. e. eventos de alta temperatura, suelos alcalinos y ciclos extremos de humectación y secado de los huesos— (Smith *et al.* 2002), la disolución catastrófica y el ataque microbiano son fenómenos relativamente frecuentes que, de manera eventual, pueden vincularse entre sí (Smith *et al.* 2007). El principal aspecto en común entre estas dos formas de diagénesis es el aumento de la mesoporosidad (Turner-Walker *et al.* 2002). En el caso de los huesos atacados por microorganismos en ambientes terrestres —particularmente bacterias (Turner-Waker 2012 y 2019; Turner-Walker *et al.* 2023)⁸—, este aumento de la porosidad intermedia permite una mayor interacción con el agua del suelo —principalmente bajo regímenes hidrológicos de recarga y flujo (*sensu* Hedges y Millard 1995)— y, por tanto, una aceleración de la disolución mineral. A su vez, la disolución aumenta la porosidad del hueso y, cuanto mayor es esta, mayor es la velocidad de disolución, lo que lleva a una pérdida catastrófica del mineral (Pike *et al.* 2001).

La química del suelo, por su parte, afectaría de manera significativa solo a la pérdida mineral o disolución mineral catastrófica (Nielsen-Marsh *et al.* 2007), mientras que su textura y permeabilidad afectarían los niveles de actividad de la

8 Si bien tradicionalmente se ha creído que la bioerosión ósea se debe a la acción de hongos y bacterias (Hackett 1981; Jans *et al.* 2004; Marchiafava *et al.* 1974), un examen exhaustivo y crítico de la literatura relevante muestra que no hay evidencia concluyente de que los hongos realmente tengan el potencial de destruir la microestructura ósea mediante el uso de sus materiales como fuente de nutrientes (Kendall *et al.* 2018; Turner-Walker 2012).

microflora bacteriana aeróbica, que es mayor en suelos bien drenados y aireados y menor, o inexistente, en condiciones de encharcamiento permanente o semi-permanente —con alta probabilidad, las bacterias capaces de producir bioerosión en el hueso, bajo condiciones naturales, son solo aeróbicas (Kendall *et al.* 2018; Schotsmans *et al.* 2024; Turner-Walker 2012 y 2019; Turner-Walker *et al.* 2023)—. Las interacciones entre los diferentes factores mencionados, así como los tipos de hueso resultantes, se pueden visualizar en la figura 5.

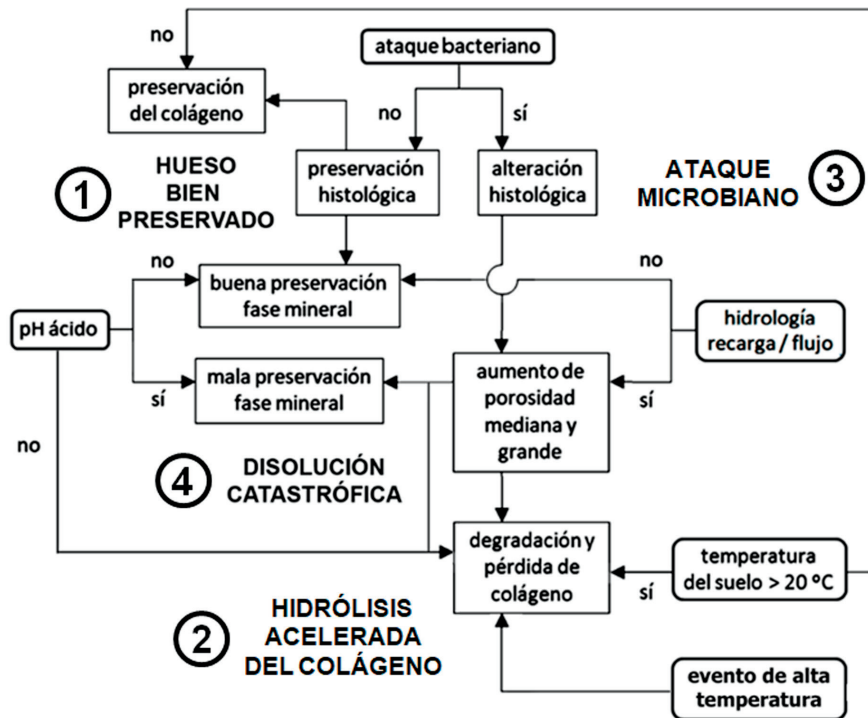


Figura 5. Factores y efectos diagenéticos conducentes a los cuatro tipos de huesos definidos por Smith *et al.* (2007)

Fuente: elaborado por los autores a partir de Galligani (2020) y Morales (2022).

La evaluación diagenética en la práctica zooarqueológica: estrategia de abordaje

Lo presentado en los apartados anteriores muestra la gran complejidad del problema de la diagénesis que opera en los niveles más bajos de organización del hueso, así como la multiplicidad de las vías analíticas actualmente disponibles

para su estudio. Ante esto y dada la importancia del conocimiento acerca del tipo y grado de alteración diagenética de cada conjunto arqueofaunístico para diferentes aspectos de la inferencia zooarqueológica (v. g. causas de la representación diferencial de partes esqueléticas, retención de la señal isotópica biogénica, confiabilidad de las dataciones radiocarbónicas, grado de conservación del ADN), resulta relevante preguntarse cuál es el indicador más apropiado y asequible a la mayoría de los equipos de investigación.

Como ya lo mencionamos, la distribución por tamaño de la porosidad, medida por intrusión de mercurio, es quizás el mejor indicador del estado general de conservación del hueso (Hedges 2002; Kendall *et al.* 2018; Nielsen-Marsh 1997; Nielsen-Marsh *et al.* 2000). Sin embargo, la aplicación de esta técnica difícilmente está al alcance de la mayoría de los/as zooarqueólogos/as, tanto por los costos que implica como por la disponibilidad de las facilidades requeridas. Una alternativa viable es centrarse, al menos en una primera instancia, en un único parámetro diagenético cuya implementación sea relativamente sencilla y, a la vez, altamente informativa. Sobre la base de nuestra experiencia en el estudio de la diagénesis ósea en muestras de ungulados (camélidos y cérvidos) de la región pampeana argentina (Galligani *et al.* 2025) y de la correlación entre parámetros diagenéticos documentada en la literatura (v. g. Hedges 2002; Hedges *et al.* 1995), el indicador que reúne las condiciones antedichas es el índice histológico de Oxford (IHO) (Hedges *et al.* 1995) o su versión modificada (Millard 2001). Este parámetro mide el impacto de la bioerosión microbiana sobre la base de una progresión de estadios (de 5 a 0) de daño microestructural. El IHO describe, en términos porcentuales, la cantidad de hueso bien conservado que no se encuentra afectado por la bioerosión (Millard 2001). Su uso puede ser complementado con el registro de otras alteraciones diagenéticas microestructurales que también pueden dañar la microestructura ósea —v. g. fisuración, tinción, grado de integridad de los bordes de los canales de Havers, presencia de porosidad esponjiforme submicrónica con borde hipermineralizado, etc. (Hollund *et al.* 2012; Jans 2005; Morales *et al.* 2018; Pfretzschner y Tütken 2011; Turner-Walker *et al.* 2002)— (figura 6). Hollund *et al.* (2012) integran algunas de estas variables en un único índice, el índice histológico general (IHG).

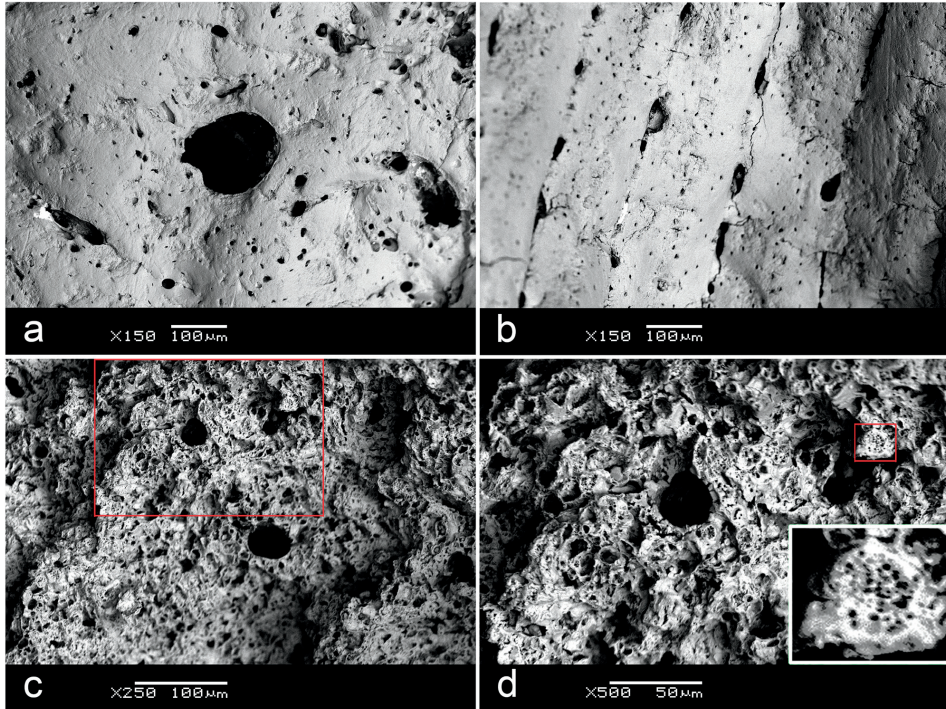


Figura 6. Preservación histológica en huesos de guanaco (*Lama guanicoe*) de la región pampeana argentina*

Fuente: elaboración propia.

* Evaluada mediante imágenes obtenidas con MEB: a) buena preservación en hueso haversiano denso (IHO=5); b) buena preservación en hueso plexiforme (IHO=5); c) mala preservación en hueso haversiano denso (IHO=0), y d) detalle de la imagen anterior (rectángulo rojo), en la que se aprecia un canal de Havers rodeado de zonas con porosidad esponjiforme submicrónica enmarcadas por un anillo hipermineralizado (una de ellas ampliada en el ángulo inferior derecho), un rasgo diagnóstico de ataque bacteriano (Turner-Walker 2012 y 2019).

La bioerosión bacteriana es la causa de deterioro óseo más rápida y destructiva en ambientes terrestres (Turner-Walker *et al.* 2023). Se ha demostrado que ella a) provoca la pérdida de colágeno óseo y la alteración de la cristalinidad mineral (Child 1995a y 1995b; Collins *et al.* 2002; Dobberstein *et al.* 2009; Hedges 2002), y b) aumenta la porosidad ósea, lo que conduce a i) una tasa acelerada de descomposición del tejido (Hedges 2002; Hedges y Millard 1995; Hedges *et al.* 1995; Nielsen-Marsh y Hedges 2000), ii) un incremento en la vulnerabilidad del hueso a otros procesos diagenéticos (Jans *et al.* 2004; Smith *et al.* 2007), iii) una reducción de la resistencia ósea (Turner-Walker y Parry 1995), y iv) un aumento en la susceptibilidad

del hueso a contaminarse con materiales extraños (v. g. ácidos húmicos, ADN exógeno) que pueden causar problemas en la extracción de colágeno y ADN (Alaeddini *et al.* 2010; Colson *et al.* 1997; Gilbert *et al.* 2005; Van Klinken y Hedges 1995).

Teniendo en cuenta la importancia de una adecuada y rápida evaluación de la bioerosión bacteriana, Barrientos *et al.* (2016) y Morales *et al.* (2018) han elaborado un protocolo de extracción, preparación y análisis —con microscopía electrónica de barrido o MEB— de muestras óseas de bajo costo y alta efectividad (figura 6), especialmente diseñado para ser implementado por cualquier equipo de investigación arqueológica con una mínima inversión de tiempo, dinero e infraestructura. Aplicaciones de este protocolo pueden consultarse en Galligani *et al.* (2019), Morales *et al.* (2017) y Morales *et al.* (2021).

En la medida en que la bioerosión bacteriana aumenta la mesoporosidad del hueso (Jans *et al.* 2004; Smith *et al.* 2007) e incrementa la cristalinidad de la fase mineral a través de la disolución y recristalización de minerales (Turner-Walker *et al.* 2002), el IHO tiende a correlacionarse con otros indicadores diagenéticos, como el IRSF o la distribución por tamaño de la porosidad (Hedges 2002; Hedges *et al.* 1995), por lo que la información aportada por ellos resulta, en cierta medida, redundante. La figura 7 ejemplifica esta asociación entre parámetros. En el panel superior se observa la distribución por tamaño de la porosidad de dos muestras óseas de guanaco (*Lama guanicoe*) de la región pampeana argentina (Galligani *et al.* 2025). La muestra 1, que presenta una severa bioerosión (IHO=1), exhibe un marcado pico de la variable volumétrica $dV/d\log(D)$ en la zona de mesoporosidad típica del ataque microbiano (bacteriano) (Smith *et al.* 2007), que no se observa en la muestra 2, sin signos histológicos de dicho ataque (IHO=5). En el panel inferior se muestran los difractogramas (DRX) de otras dos muestras de guanaco. Se observa que la muestra 3, con una muy severa bioerosión (IHO=0), carece de los picos de intensidad difractada característicos de las muestras no alteradas diagenéticamente, *i. e.* no presenta señal de difracción, probablemente por ser muy amorfa, mientras que la muestra 4, con escasa bioerosión (IHO=4), difracta razonablemente bien la región $2\theta=26$, lo que indica una cristalinidad conservada. Estos resultados apoyan la idea de que la bioerosión, medida por el IHO, constituye un indicador poderoso y, a la vez, muy asequible del estado general de alteración diagenética del hueso. Esto lo convierte en una excelente opción que debería ser explorada por los/as zooarqueólogos/as interesados/as en conocer, con mayor profundidad, el estado de preservación de sus muestras, información importante para la toma de decisiones acerca de diferentes aspectos de la investigación y de la conservación patrimonial.

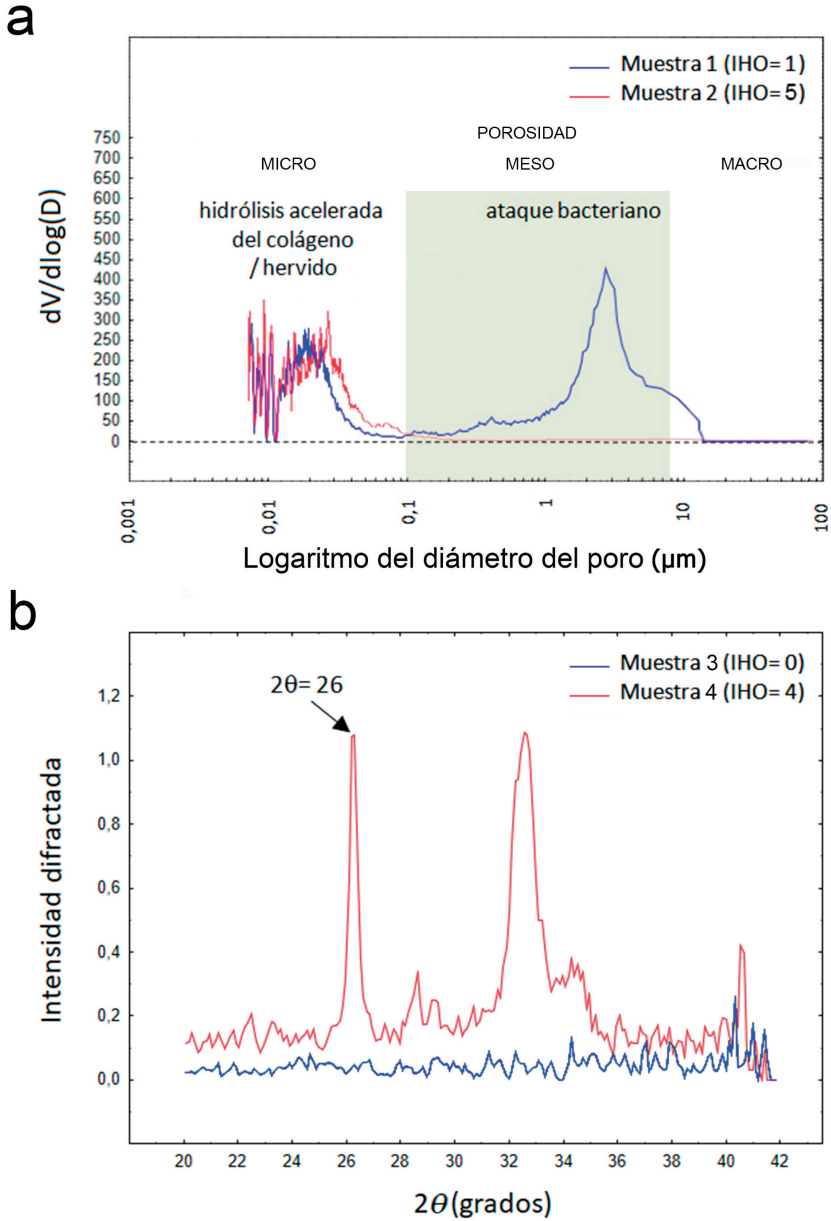


Figura 7. Parámetros diagenéticos correlacionados con el índice histológico de Oxford (IHO)*

Fuente: elaboración propia.

* Ejemplos de muestras procedentes de la región pampeana argentina (Galligani *et al.* 2025): a) distribución por tamaño de la porosidad medida por intrusión de mercurio y b) cristalinidad evaluada por el patrón de difracción de rayos X (DRX). En cada caso, se indica el valor del IHO de las muestras analizadas.

Consideraciones finales

La apretada síntesis de problemas y de aproximaciones metodológicas aplicadas a la evaluación de la diagénesis en los niveles más bajos de organización ósea presentada en este trabajo, aunque comprehensiva, dista de ser exhaustiva. Sin embargo, basta para exponer la complejidad de la cuestión y su importancia para un desarrollo más equilibrado de los estudios tafonómicos y zooarqueológicos. En este sentido, se espera que la presente contribución sirva de estímulo para un mayor número de investigaciones orientadas a generar conocimiento acerca de los procesos diagenéticos incidentes sobre las arqueofaunas de diversas regiones de Latinoamérica y del mundo.

Agradecimientos

La presente investigación se realizó en el marco de los proyectos UNLP-N971, PEICID-2021-068 y PICT-2020-SERIEA-01859, todos ellos desarrollados en el centro-este de la República Argentina.

Referencias

- Alaeddini, Reza, Simon Walsh y Ali Abbas.** 2010. "Forensic Implications of Genetic Analyses from Degraded DNA: A Review". *Forensic Science International Genetics* 4: 148-157. <https://doi.org/10.1016/j.fsigen.2009.09.007>
- Ambrose, Stanley.** 1990. "Preparation and Characterization of Bone and Tooth Collagen for Isotopic Analysis". *Journal of Archaeological Science* 17: 431-451. [https://doi.org/10.1016/0305-4403\(90\)90007-R](https://doi.org/10.1016/0305-4403(90)90007-R)
- Barrientos, Gustavo, Paula Galligani y Natalia Morales.** 2018. "Gut or Soil?: Revisiting the Issue of the Sources of Bacterial Bioerosion in Archaeological Bone". Ponencia presentada en el Simposio Taphos-Nomos, University of Central Lancashire, Preston, Reino Unido, 2-4 de noviembre.
- Barrientos, Gustavo, Patricia Sarmiento y Paula Galligani.** 2016. "Evaluación de la diagénesis ósea mediante el uso de microscopía electrónica de barrido (MEB): aproximaciones analíticas aplicables a muestras arqueológicas". *Revista Argentina de Antropología Biológica* 18 (2): 1-13. <https://doi.org/10.17139/raab.2016.0018.02.03>
- Behrensmeyer, Anna y Susan Kidwell.** 1985. "Taphonomy's Contributions to Paleobiology". *Paleobiology* 11 (1): 105-119. <http://www.jstor.org/stable/2400427>

- Bell, Lynne.** 2012. "Histotaphonomy". En *Bone Histology: An Anthropological Perspective*, editado por Christian Crowder y Sam Stout, 241-254. CRC Press.
- Berna, Francesco, Alan Matthews y Stephen Weiner.** 2004. "Solubilities of Bone Mineral from Archaeological Sites: The Recrystallization Window". *Journal of Archaeological Science* 31 (7): 867-882. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2003.12.003>
- Boaks, Amelia, Donald Siwek y Farzad Mortazavi.** 2014. "The Temporal Degradation of Bone Collagen: A Histochemical Approach". *Forensic Science International* 240: 104-110. <https://doi.org/10.1016/j.forsciint.2014.04.008>
- Boskey, Adele.** 2007. "Mineralization of Bones and Teeth". *Elements* 3: 385-391. <https://doi.org/10.2113/GSELEMENTS.3.6.385>
- Boskey, Adele.** 2013. "Bone Composition: Relationship to Bone Fragility and Antiosteoporotic Drug Effects". *Bonekey Reports* 4 (2): 447. <https://doi.org/10.1038/bonekey.2013.181>
- Brönnimann, David, Cordula Portmann, Sandra Pichler, Thomas Booth, Brigitte Röder et al.** 2018. "Contextualising the Dead: Combining Geoarchaeology and Osteoanthropology in a New Multi-Focus Approach in Bone Histotaphonomy". *Journal of Archaeological Science* 98: 45-58. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2018.08.005>
- Buckley, Mike, Angela Walker, Simon Ho, Yue Yang, Colin Smith et al.** 2008. "Comment on 'Protein Sequences from Mastodon and Tyrannosaurus Rex Revealed by Mass Spectrometry'". *Science* 319: 33. <https://doi.org/10.1126/science.1147046>
- Cai, Xiran, Hélène Follet, Laura Peralta, Marc Gardegaront, Delphine Farlay et al.** 2019. "Anisotropic Elastic Properties of Human Femoral Cortical Bone and Relationships with Composition and Microstructure in Elderly". *Acta Biomater* 90: 254-266. <https://doi.org/10.1016/j.actbio.2019.03.043>
- Cardoso, Antonio, Walisson Oliveira y G. J. O. Waz.** 2016. "Cortical Bone Porosity Visualization Using Mercury Porosimetry Intrusion Data". *Revista Matéria* 12 (4): 612-617. <https://doi.org/10.1590/S1517-70762007000400010>
- Child, Angela.** 1995a. "Microbial Taphonomy of Archaeological Bone". *Studies in Conservation* 40 (1): 19-30. <https://doi.org/10.2307/1506608>
- Child, Angela.** 1995b. "Towards an Understanding of the Microbial Decomposition of Archaeological Bone in the Burial Environment". *Journal of Archaeological Science* 22: 165-174. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0018>
- Collins, Matthew, Christina Nielsen-Marsh, John Hiller, Colin Smith, Sam Roberts et al.** 2002. "The Survival of Organic Matter in Bone: A Review". *Archaeometry* 44 (3): 383-394. <https://doi.org/10.1111/1475-4754.t01-1-00071>
- Collins, Matthew, Michael Riley, Angela Child y Gordon Turner-Walker.** 1995. "A Basic Mathematical Simulation of the Chemical Degradation of Ancient Collagen". *Journal of Archaeological Science* 22: 175-183. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0019>

- Colonese, André, Matthew Collins, Alexandre Lucquin, Michael Eustace, Yvette Hancock et al.** 2014. "Long-Term Resilience of Late Holocene Coastal Subsistence System in Southeastern South America". *PLoS ONE* 9 (4): e93854. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0093854>
- Colson, Isabelle, Jillian Bailey, Martine Vercauteren, Bryan Sykes y Robert Hedges.** 1997. "The Preservation of Ancient DNA and Bone Diagenesis". *Ancient Biomolecules* 1 (2): 109-117.
- Cowin, Stephen.** 1999. "Bone Poroelasticity". *Journal of Biomechanics* 32 (3): 217-238. [https://doi.org/10.1016/s0021-9290\(98\)00161-4](https://doi.org/10.1016/s0021-9290(98)00161-4)
- DeNiro, Michael.** 1985. "Postmortem Preservation and Alteration of *in Vivo* Bone Collagen Isotope Ratios in Relation to Palaeodietary Reconstruction". *Nature* 317: 806-809. <https://doi.org/10.1038/317806a0>
- Dobberstein, Richard, Mathew Collins, Oliver Craig, Gillian Taylor, Kirsty Penkman y Stefanie Ritz-Timme.** 2009. "Archaeological Collagen: Why Worry about Collagen Diagenesis?". *Archaeological and Anthropological Sciences* 1: 31-42. <https://doi.org/10.1007/s12520-009-0002-7>
- Duffett Carlson, Kellie, Kirsten Mandl, Ashley McCall, David Brönnimann, Maria Teschler-Nicola et al.** 2022. "3D Visualization of Bioerosion in Archaeological Bone". *Journal of Archaeological Science* 145: 105646. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2022.105646>
- Efremov, Ivan.** 1940. "Taphonomy: New Branch of Paleontology". *Pan-American Geologist* 74: 81-93.
- Fernández López, Sixto.** 2000. *Temas de tafonomía*. Departamento de Paleontología, Universidad Complutense de Madrid.
- Fisher, John.** 1995. "Bone Surface Modifications in Zooarchaeology". *Journal of Archaeological Method and Theory* 2 (1): 7-68. <https://doi.org/10.1007/BF02228434>
- Forancelli Pacheco, Mírian, Ximena Villagran y Gilson Martins.** 2012. "Macroscopic and Microbiological Alterations of Bird and Small Mammal Bones Buried in a Cerrado Biome (South Western Brazil)". *Journal of Archaeological Science* 39: 1394-1400. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2011.10.024>
- Galligani, Paula.** 2020. *Preservación ósea diferencial en un ambiente subtropical del centro-este de Argentina: tafonomía regional en perspectiva arqueológica*. Bar International Series 3003. Bar.
- Galligani, Paula, Natalia Morales y Gustavo Barrientos.** 2025. "Evaluación de la distribución por tamaño de la porosidad en muestras óseas humanas y faunísticas de la región pampeana: primera aproximación mediante el uso de porosimetría por intrusión de mercurio". Manuscrito no publicado. Archivo de Word.

- Galligani, Paula, Julieta Sartori y Gustavo Barrientos.** 2019. "Bacterial Bioerosion in Human and Animal Bones from Subtropical Environments (Northern Pampa / Middle Paraná River Basin, República Argentina)". *Journal of Archaeological Science: Reports* 25: 561-574. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2019.05.015>
- Gallo, Giulia, Matthew Fyhrie, Cleantha Paine, Sergey Ushakov, Masami Izuho et al.** 2021. "Characterization of Structural Changes in Modern and Archaeological Burnt-bone: Implications for Differential Preservation Bias". *PLoS ONE* 16 (7): e0254529. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0254529>
- García-Garduño, Margarita y José Reyes-Gasga.** 2006. "La hidroxiapatita, su importancia en los tejidos mineralizados y su aplicación biomédica". *Tip: Revista Especializada en Ciencias Químico-Biológicas* 9 (2): 90-95. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43211937005>
- Gifford-González, Diane.** 1981. "Taphonomy and Paleoecology: A Critical Review of Archaeology's Sister Disciplines". *Advances in Archaeological Method and Theory* 4: 365-438. <https://www.jstor.org/stable/20170172>
- Gifford-González, Diane.** 2018. *An Introduction to Zooarchaeology*. Springer International Publishing.
- Gilbert, Thomas, Lars Rudbeck, Eske Willerslev, Anders Hansen, Colin Smith et al.** 2005. "Biochemical and Physical Correlates of DNA Contamination in Archaeological Human Bones and Teeth Excavated at Matera, Italy". *Journal of Archaeological Science* 32: 785-793. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2004.12.008>
- Glimcher, Melvin.** 2006. "Bone: Nature of the Calcium Phosphate Crystals and Cellular, Structural, and Physical Chemical Mechanisms in Their Formation". *Reviews in Mineralogy and Geochemistry* 64: 223-282. <https://doi.org/10.2138/rmg.2006.64.8>
- Gourrier, Aurélien, Céline Chadefaux, Estelle Lemaitre, Ludovic Bellot-Gurlet, Michael Reynolds et al.** 2017. "Nanoscale Modifications in the Early Heating Stages of Bone Are Heterogeneous at the Microstructural Scale". *PLoS ONE* 12 (4): e0176179. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0176179>
- Guiry, Eric y Paul Szpak.** 2021. "Improved Quality Control Criteria for Stable Carbon and Nitrogen Isotope Measurements of Ancient Bone Collagen". *Journal of Archaeological Science* 132: 105416. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2021.105416>
- Gutiérrez, María.** 1998. "Taphonomic Effects and State of Preservation of the Guanaco (*Lama Guanicoe*) Bone Bed from Paso Otero 1 (Buenos Aires Province, Argentina)". Tesis de maestría en Ciencias, Graduate Faculty, Texas Tech University, Lubbock.
- Gutiérrez, María.** 2001. "Bone Diagenesis and Taphonomic History of the Paso Otero 1 Bone Bed, Pampas of Argentina". *Journal of Archaeological Science* 28: 1277-1290. <https://doi.org/10.1006/jasc.2000.0648>

- Gutiérrez, María.** 2007. "Preservación ósea diferencial a través del análisis diagenético: perspectivas, alcances e implicaciones arqueológicas". *Cazadores-Recolectores del Cono Sur: Revista de Arqueología* 2: 35-66.
- Gutiérrez, María, Gustavo Martínez y Christina Nielsen-Marsh.** 2001. "Alteración diagenética y preservación diferencial de los conjuntos óseos de la localidad arqueológica Paso Otero (provincia de Buenos Aires, Argentina)". *Estudios Geológicos* 56: 291-299. <https://doi.org/10.3989/egeol.00565-6145>
- Hackett, Cecil.** 1981. "Microscopical Focal Destruction (Tunnels) in Exhumed Human Bones". *Medicine, Science and the Law* 21: 243-265. <https://doi.org/10.1177/002580248102100403>
- Hedges, Robert.** 2002. "Bone Diagenesis: An Overview of Processes". *Archaeometry* 44: 319-328. <https://doi.org/10.1111/1475-4754.00064>
- Hedges, Robert e Ian Law.** 1989. "The Radiocarbon Dating of Bone". *Applied Geochemistry* 4: 249-253. [https://doi.org/10.1016/0883-2927\(89\)90025-5](https://doi.org/10.1016/0883-2927(89)90025-5)
- Hedges, Robert y Andrew Millard.** 1995. "Bones and Groundwater: Towards the Modelling of Diagenetic Processes". *Journal of Archaeological Science* 22: 155-164. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0017>
- Hedges, Robert, Andrew Millard y Alistair Pike.** 1995. "Measurements and Relationships of Diagenetic Alteration of Bone from Three Archaeological Sites". *Journal of Archaeological Science* 22: 201-209. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0022>
- Hedges, Robert y Gert van Klinken.** 1992. "A Review of Current Approaches in the Pre-treatment of Bone for Radiocarbon Dating by AMS". *Radiocarbon* 34 (3): 279-91. <https://doi.org/10.1017/S0033822200063438>
- Hollund, Hege.** 2013. "Diagenetic Screening of Bone Samples; Tools to Aid Taphonomic and Archaeometric Investigations". Tesis doctoral en Estudios Geoarqueológicos y Bioarqueológicos, Department for Geo and Bioarchaeology, Vrije Universiteit Amsterdam, Ámsterdam.
- Hollund, Hege, Malou Blank y Karl-Göran Sjögren.** 2018. "Dead and Buried?: Variation in Post-Mortem Histories Revealed through Histotaphonomic Characterisation of Human Bone from Megalithic Graves in Sweden". *PLoS ONE* 13 (10): e0204662. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0204662>
- Hollund, Hege, Miranda Jans, Matthew Collins, Henk Kars, Ineke Joosten y Saskia Kars.** 2012. "What Happened Here?: Bone Histology as a Tool in Decoding the Post-mortem Histories of Archaeological Bone from Castricum, The Netherlands". *International Journal of Osteoarchaeology* 22 (5): 537-548. <https://doi.org/10.1002/oa.1273>
- Jans, Miranda.** 2005. *Histological Characterization of Diagenetic Alteration of Archaeological Bone*. Vrije Universiteit.

- Jans, Miranda, Christina Nielsen-Marsh, Colin Smith, Matthew Collins y Henk Kars.** 2004. "Characterization of Microbial Attack on Archaeological Bone". *Journal of Archaeological Science* 31: 87-95. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2003.07.007>
- Kars, Eva y Henk Kars.** 2002. *The Degradation of Bone as an Indicator in the Deterioration of the European Archaeological Property*. Rijksdienst voor het Oudheidkundig Bodemonderzoek.
- Keenan, Sarah y Annette Engel.** 2017. "Early Diagenesis and Recrystallization of Bone". *Geochimica et Cosmochimica Acta* 196: 209-223. <https://doi.org/10.1016/j.gca.2016.09.033>
- Kendall, Christopher, Anne Høier Eriksen, Ioannis Kontopoulos, Matthew Collins y Gordon Turner-Walker.** 2018. "Diagenesis of Archaeological Bone and Tooth". *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 491: 21-37. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2017.11.041>
- Lawrence, David.** 1968. "Taphonomy and Information Losses in Fossil Communities". *Geological Society of America Bulletin* 79: 1315-1330. [https://doi.org/10.1130/0016-7606\(1968\)79\[1315:TALIF\]2.0.CO;2](https://doi.org/10.1130/0016-7606(1968)79[1315:TALIF]2.0.CO;2)
- Legoupil, Dominique.** 2009. "La ocupación del alero de Cerro Castillo: un sitio residencial en un mirador panorámico". *Magallania* 37 (1): 47-60. <https://www.magallania.cl/index.php/magallania/article/view/289>
- Lyman, Lee.** 1987. "Archaeofaunas and Butchery Studies: A Taphonomic Perspective". *Advances in Archaeological Method and Theory* 10: 249-337. <https://www.jstor.org/stable/20210090>
- Lyman, Lee.** 1994. *Vertebrate Taphonomy*. Cambridge University Press.
- Marchiafava, Valeria, Ermanno Bonuci y Antoni Ascenzi.** 1974. "Fungal Osteoclasia: A Model of Dead Bone Resorption". *Calcified Tissue Research* 14: 195-210. <https://doi.org/10.1007/BF02060295>
- Marden, Kerriann, Marcella Sorg y William Haglund.** 2013. "Taphonomy". En *Research Methods in Human Skeletal Biology*, editado por Elizabeth DiGangi y Megan Moore, 241-262. Academic Press.
- Marshall, Theo y John Holmes.** 1988. *Soil Physics*. Cambridge University Press.
- Millard, Andrew.** 2001. "The Deterioration of Bone". En *Handbook of Archaeological Sciences*, editado por Don Brothwell y Mark Pollard, 637-647. Wiley.
- Morales, Natalia.** 2022. "La relación humanos-fauna en el sur del área ecotonal húmedo-seca pampeana desde una perspectiva zooarqueológica". Tesis doctoral en Ciencias Naturales, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Morales, Natalia, Gustavo Barrientos y Lorena L'Heureux.** 2021. "Diagénesis ósea en el bosque caducifolio de Patagonia meridional al este de los Andes: modelo

teórico y evidencia empírica”. *Magallania* 49: 6e. <https://doi.org/10.22352/magallanla202149006>

Morales, Natalia, Luciana Catella, Fernando Oliva, Patricia Sarmiento y Gustavo Barrientos. 2018. “A SEM-Based Assessment of Bioerosion in Late Holocene Faunal Bone Assemblages from the Southern Pampas of Argentina”. *Journal of Archaeological Science: Reports* 18: 782-791. <https://doi.org/10.1016/j.jasrep.2017.07.012>

Morales, Natalia, Patricia Sarmiento y Gustavo Barrientos. 2017. “Estudio comparativo de bioerosión microbiana en muestras óseas humanas y faunísticas del sur de la región pampeana”. Ponencia presentada en el VIII Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires, 22-25 de agosto.

Müller, Hermann. 1951. “Grundlagen der Biostratonomie”. *Abhandlungen der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin, Klasse für Mathematik und Allgemeine Naturwissenschaften* 3: 1-147.

Müller, Hermann. 1963. *Lehrbuch der Paläozoologie*. Vol. 1, *Allgemeine Grundlagen*. Gustav Fischer Verlag.

Nielsen-Marsh, Christina. 1997. “Studies in Archaeological Bone Diagenesis”. Tesis doctoral en Ciencias Arqueológicas, School of Archaeology, University of Oxford, Oxford.

Nielsen-Marsh, Christina, Angela Gernaey, Gordon Turner-Walker, Robert Hedges, Alistair Pike y Matthew Collins. 2000. “The Chemical Degradation of Bone”. En *Human Osteology in Archaeology and Forensic Science*, editado por Margaret Cox y Simon Mays, 439-454. Greenwich Medical Media.

Nielsen-Marsh, Christina y Robert Hedges. 1999. “Bone Porosity and the Use of Mercury Intrusion Porosimetry in Bone Diagenesis Studies”. *Archaeometry* 41 (1): 165-174. <https://doi.org/10.1111/j.1475-4754.1999.tb00858.x>

Nielsen-Marsh, Christina y Robert Hedges. 2000. “Patterns of Diagenesis in Bone I: The Effects of Site Environments”. *Journal of Archaeological Science* 27: 1139-1150. <https://doi.org/10.1006/jasc.1999.0537>

Nielsen-Marsh, Christina, Colin Smith, Miranda Jans, Anders Nord, Henk Kars y Matthew Collins. 2007. “Bone-Diagenesis in the European Holocene II: Taphonomic and Environmental Considerations”. *Journal of Archaeological Science* 34: 1523-1531. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2006.11.012>

O'Connor, Terry. 1996. “A Critical Overview of Archaeological Animal Bone Studies”. *World Archaeology* 28 (1): 5-19. <https://www.jstor.org/stable/124971>

Pfretzschner, Hans-Ulrich. 2006. “Collagen Gelatinization: The Key to Understand Early Bone-Diagenesis”. *Palaeontographica* 278: 135-148. <https://doi.org/10.1127/pala/278/2006/135>

- Pfretzschner, Hans-Ulrich y Thomas Tütken.** 2011. "Rolling Bones: Taphonomy of Jurassic Dinosaur Bones Inferred from Diagenetic Microcracks and Mineral Infillings". *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 310: 117-123. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2011.01.026>
- Pike, Alistair.** 1993. "Bone Porosity, Water and Diagenesis: Towards a Grand Unified Theory of Bone Diagenesis". Tesis de licenciatura en Ciencias Arqueológicas y Forenses, Faculty of Life Sciences, University of Bradford, Bradford.
- Pike, Alistair, Christina Nielsen-Marsh y Robert Hedges.** 2001. "Modelling Bone Dissolution under Different Hydrological Regimes". En *Archaeological Sciences '97: Proceedings of the Conference Held at the University of Durham*, editado por Andrew Millard, 127-132. BAR International Series 939. Bar
- Procopio, Noemi, Caley Mein, Sefora Starace, Andrea Bonicelli y Anna Williams.** 2021. "Bone Diagenesis in Short Timescales: Insights from an Exploratory Proteomic Analysis". *Biology* 10 (6): 460. <https://doi.org/10.3390/biology10060460>
- Rho, Jae-Young, Lisa Kuhn-Spearing y Peter Zioupos.** 1998. "Mechanical Properties and the Hierarchical Structure of Bone". *Medical Engineering & Physics* 20: 92-102. [https://doi.org/10.1016/s1350-4533\(98\)00007-1](https://doi.org/10.1016/s1350-4533(98)00007-1)
- Roberts, Sam, Colin Smith, Andrew Millard y Matthew Collins.** 2002. "The Taphonomy of Cooked Bone: Characterizing Boiling and Its Physico-Chemical Effects". *Archaeometry* 44: 485-494. <https://doi.org/10.1111/1475-4754.t01-1-00080>
- Rodríguez, Juan.** 2023. "Preservación, integridad y resolución del registro arqueológico del centro-este de Argentina durante el Holoceno tardío". Tesis doctoral en Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Olavarría.
- Rodríguez, Juan, Paula Vitale, Marcela Bax y Ariadna Flores.** 2024. "Diagénesis ósea en sitios arqueológicos de ambientes fluvio-lacustres del centro-este de Argentina". *Intersecciones en Antropología* 25 (2): 189-208. <https://doi.org/10.37176/iea.25.2.2024.870>
- Rodríguez Suárez, Roberto.** 1995. "Validación de un procedimiento experimental para la determinación de calcio como elemento diagnóstico de diagénesis ósea". *Boletín Antropológico* 34: 87-95.
- Rodríguez Suárez, Roberto.** 2010. "La medición de parámetros diagenéticos: comprensión de los modelos de diagénesis". *Estudios de Antropología Biológica* 12 (2): 997-1020. <https://www.revistas.unam.mx/index.php/eab/article/view/20375>
- Roux, Wilhelm.** 1887. "Über eine Knochen lebende Gruppe von Fadenpilzen (*Mycelites ossifragus*)". *Zeitschrift für Wissenschaftliche Zoologie* 45: 227-254.

- Rudakova, T. E. y Gennadii Zaikov.** 1987. “Degradation of Collagen and Its Possible Applications in Medicine”. *Polymer Degradation and Stability* 18: 271-291. [https://doi.org/10.1016/0141-3910\(87\)90015-2](https://doi.org/10.1016/0141-3910(87)90015-2)
- Schaffer, Josef.** 1895. “Bemerkungen zur Geschichte der Bohrkanäle in Knochen und Zähnen”. *Anatomischer Anzeiger* 10: 459-464.
- Schotsmans, Eline, Barbara Stuart, Tahlia Stewart, Paul Thomas y Justyna Miszkiewicz.** 2024. “Unravelling Taphono-Myths: First Large-Scale Study of Histotaphonomic Changes and Diagenesis in Bone from Modern Surface Depositions”. *PLoS ONE* 19 (9): e0308440. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0308440>
- Schwarcz, Henry y Harmeet Nahal.** 2021. “Theoretical and Observed C/N Ratios in Human Bone Collagen”. *Journal of Archaeological Science* 131: 105396. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2021.105396>
- Smith, Colin.** 2002. “Modelling Diagenesis in Archaeological Bone”. Tesis doctoral, Department of Fossil Fuels and Environmental Geochemistry, University of Newcastle-Upon-Tyne, Newcastle.
- Smith, Colin, Christina Nielsen-Marsh, Miranda Jans, Paul Arthur, Anders Nord y Matthew Collins.** 2002. “The Strange Case of Apigliano: Early Fossilisation of Medieval Bone in Southern Italy”. *Archaeometry* 44: 405e416. <https://doi.org/10.1111/1475-4754.t01-1-00073>
- Smith, Colin, Christina Nielsen-Marsh, Miranda Jans y Matthew Collins.** 2007. “Bone Diagenesis in the European Holocene I: Patterns and Mechanisms”. *Journal of Archaeological Science* 34: 1485-1493. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2006.11.006>
- Solari, Ana, Daniel Olivera, Inés Gordillo, Pedro Bosch, Geolar Fetter et al.** 2013. “Cooked Bones?: Method and Practice for Identifying Bones Treated at Low Temperature”. *International Journal of Osteoarchaeology* 25: 426-440. <https://doi.org/10.1002/oa.2311>
- Stathopoulou, Elizabeth, Vassilis Psycharis, Georgios Chryssikos, Vassilis Gionis y George Theodorou.** 2008. “Bone Diagenesis: New Data from Infrared Spectroscopy and X-Ray Diffraction”. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 266: 168-174. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2008.03.022>
- Taylor, Erik y Eve Donnelly.** 2020. “Raman and Fourier Transform Infrared Imaging for Characterization of Bone Material Properties”. *Bone* 115490. <https://doi.org/10.1016/j.bone.2020.115490>
- Trueman, Clive.** 2013. “Chemical Taphonomy of Biomineralized Tissues”. *Palaeontology* 56: 475-486. <https://doi.org/10.1111/pala.12041>
- Trueman, Clive, Anna Behrensmeyer, Noreen Tuross y Steve Weiner.** 2004. “Mineralogical and Compositional Changes in Bones Exposed on Soil Surfaces in Amboseli National

- Park, Kenya: Diagenetic Mechanisms and the Role of Sediment Pore Fluids”. *Journal of Archaeological Science* 31: 721-739. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2003.11.003>
- Trueman, Clive, Karen Privat y Judith Field.** 2008. “Why Do Crystallinity Values Fail to Predict the Extent of Diagenetic Alteration of Bone Mineral?”. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 266 (3-4): 160-167. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2008.03.038>
- Trueman, Clive y Noreen Tuross.** 2002. “Trace Elements in Recent and Fossil Bone Apatite”. *Reviews in Mineralogy and Geochemistry* 48: 489-521. <https://doi.org/10.2138/rmg.2002.48.13>
- Turner-Walker, Gordon.** 2012. “Early Bioerosion in Skeletal Tissues: Persistence through Deep Time”. *Neues Jahrbuch für Geologie und Paläontologie* 265: 165-183. <https://doi.org/10.1127/0077-7749/2012/0253>
- Turner-Walker, Gordon.** 2019. “Light at the End of the Tunnels?: The Origins of Microbial Bioerosion in Mineralised Collagen”. *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 529: 24-38. <https://doi.org/10.1016/j.palaeo.2019.05.020>
- Turner-Walker, Gordon, Aida Gutiérrez Galiacho, Núria Armentano y Ching-Quey Hsu.** 2023. “Bacterial Bioerosion of Bones Is a Post-Skeletonisation Phenomenon and Appears Contingent on Soil Burial”. *Quaternary International* 660: 75-83. <https://doi.org/10.1016/j.quaint.2022.12.009>
- Turner-Walker, Gordon, Christina Nielsen-Marsh, Unni Syversen, Henk Kars y Matthew Collins.** 2002. “Submicron Spongiform Porosity Is the Major Ultra-Structural Alteration Occurring in Archaeological Bone”. *International Journal of Osteoarchaeology* 12: 407-414. <https://doi.org/10.1002/oa.642>
- Turner-Walker, Gordon y T. V. Parry.** 1995. “The Tensile Strength of Archaeological Bone”. *Journal of Archaeological Science* 22: 185-191. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0020>
- Urquiza, Silvana.** 2016. “Control tafonómico y geoquímico del registro Camelidae en base a difracción de RX (DRX): puna austral argentina (Holoceno temprano y tardío)”. *Serie Correlación Geológica* 32: 101-117. <https://www.insugeo.org.ar/scg/ver-articulo.php?id=484>
- Vitale, Paula, Julia Tasca, Marcela Bax, Ariadna Flores, Gustavo Politis y Luciano Valenzuela.** 2019. “Análisis mediante FTIR de la conservación del colágeno y la posible contaminación en muestras óseas del Cuaternario pampeano”. *Anales de Arqueología y Etnología* 74 (2): 169-189. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/analarque-yetno/article/view/3737>
- Van Klinken, Gert.** 1999. “Bone Collagen Quality Indicators for Palaeodietary and Radiocarbon Measurements”. *Journal of Archaeological Science* 26: 687-695. <https://doi.org/10.1006/jasc.1998.0385>

- Van Klinken, Gert y Robert Hedges.** 1995. “Experiments on Collagen-Humic Interactions: Speed of Humic Uptake, and Effects of Diverse Chemical Treatments”. *Journal of Archaeological Science* 22: 263-270. <https://doi.org/10.1006/jasc.1995.0028>
- Von Endt, David W. y Donald Ortner.** 1984. “Experimental Effects of Bone Size and Temperature on Bone Diagenesis”. *Journal of Archaeological Science* 11: 247-253. [https://doi.org/10.1016/0305-4403\(84\)90005-0](https://doi.org/10.1016/0305-4403(84)90005-0)
- Wadsworth, Caroline, Noemi Procopio, Cecilia Anderung, José-Miguel Carretero, Eneko Iriarte et al.** 2017. “Comparing Ancient DNA Survival and Proteome Content in 69 Archaeological Cattle Tooth and Bone Samples from Multiple European Sites”. *Journal of Proteomics* 158: 1-8. <https://doi.org/10.1016/j.jprot.2017.01.004>
- Wedl, Carl.** 1864. “Über einen im Zahnbeim und Knochen keimenden Pilz”. *Sitzungsberichte der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften. Mathematisch-Naturwissenschaftliche Classe* 50: 171-193. <https://www.biodiversitylibrary.org/partpdf/231439>
- Weiner, Stephen y Ofer Bar-Yosef.** 1990. “States of Preservation of Bones from Prehistoric Sites in the Near East: A Survey”. *Journal of Archaeological Science* 17 (2): 187-196. [https://doi.org/10.1016/0305-4403\(90\)90058-D](https://doi.org/10.1016/0305-4403(90)90058-D)
- White, Everett y Adrien Hannus.** 1983. “Chemical Weathering of Bone in Archaeological Soils”. *American Antiquity* 48: 316-322. <https://doi.org/10.2307/280453>
- Yrarrázaval, Sebastián, Isabel Cartajena, Diego Carabias y Carla Morales.** 2023. “Initial Approaches to Histotaphonomic Change in Submerged Wetland Landscapes: The Case Study of the GNLQ1 Extinct Faunal Assemblage”. Ponencia presentada en el XXI International Union for Quaternary Research Congress, Roma, 14-20 de mayo.
- Zhang, Xiang-Yu, Gang Fang, Lei-Lei Xing, Wei Liu y Jie Zhou.** 2018. “Effect of Porosity Variation Strategy on the Performance of Functionally Graded Ti-6Al-4V Scaffolds for Bone Tissue Engineering”. *Materials and Design* 157: 523-538. <https://doi.org/10.1016/j.matdes.2018.07.064>

Poblamiento antiguo y espacios domésticos en el sistema de campos elevados prehispánicos de Urabá: evidencias cerámicas y micromorfológicas en el sitio arqueológico Toribio (Antioquia)¹

Ancient Settlement and Domestic Spaces in the Pre-Hispanic Raised Field System of Urabá: Ceramic and Micromorphological Evidence at the Toribio Archaeological Site (Antioquia)

Povoamento antigo e espaços domésticos no sistema de campos elevados pré-hispânicos de Urabá: evidências cerâmicas e micromorfológicas no sítio arqueológico de Toribio (Antioquia)

Recibido: 21/02/2024 • Aprobado: 19/11/2024 • Publicado: 01/05/2025



Sergio Albeiro González Avendaño

University of Exeter, Cornwall, Reino Unido
sergio1991ga@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0001-6683-2529>

Wilder Gallego Patiño

Investigador independiente, Colombia
gallegowilder2@gmail.com
<https://orcid.org/0009-0005-0196-5300>

Kelly Daniela Zuluaga Zuluaga

Investigadora independiente, Colombia
kellydanielazuluaga@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-9927-7338>

¹ Este proyecto se realizó gracias a la financiación del Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI) y la Dirección de Regionalización de la Universidad de Antioquia (proyecto SIIU 28455).

William A. Posada Restrepo

Investigador independiente, Colombia

willyposada@yahoo.es

<https://orcid.org/0000-0001-8018-5946>

Resumen

El sitio arqueológico Toribio se encuentra en la cuenca media del río León, municipio de Chigorodó, dentro del sistema prehispánico de canales y camellones del golfo de Urabá (Antioquia). Su importancia radica en las características que lo diferencian de los demás contextos estudiados y reportados como parte del conjunto hidráulico regional, a saber: ausencia inmediata de estructuras de tierra, alta densidad artefactual y presencia de ecodatos relacionados con actividades de subsistencia. Con base en los resultados de una prospección y excavación arqueológica en la cual recuperamos muestras para análisis micromorfológicos del suelo, dataciones radiométricas y análisis cerámicos, argumentamos que la presencia de unidades domésticas expresa la variabilidad espacial dentro del sistema hidráulico de Urabá. Los datos del estudio arrojaron evidencias asociadas con una posible unidad doméstica que tuvo su apogeo alrededor del siglo V d. C., con afinidades culturales con grupos humanos del Darién panameño, el Chocó y la cordillera Occidental de Antioquia. En el sitio se llevaron a cabo actividades de procesamiento y consumo de fauna ribereña y, probablemente, también de recursos vegetales que todavía no están claros en el registro arqueológico del área.

Palabras clave: canales y camellones, arqueología, golfo de Urabá, cerámica prehispánica, sitio doméstico

Abstract

The Toribio archaeological site is situated in the middle basin of the León River, in the municipality of Chigorodó, and forms part of the pre-Hispanic canal and raised field system of the Gulf of Urabá (Antioquia), despite the nearby absence of earth structures at this specific location. Its significance lies in features that distinguish it from other contexts studied in the regional hydraulic complex—namely, a high density of artifacts and the presence of ecodata linked to subsistence activities. To support the argument that domestic units reflect spatial variability within the Urabá hydraulic system, we conducted archaeological survey and excavation, collecting samples for micromorphological, radiometric, and ceramic analysis. The data revealed evidence of a possible domestic unit that reached its peaked around the 5th century AD, showing cultural affinities with human groups from the Panamanian Darién, Chocó, and the Western Cordillera of Antioquia. Activities related to the processing and consumption of riverine fauna were carried out at the site, probably alongside the use of plant resources that remain poorly understood in the area's archaeological record.

Keywords: raised fields, archaeology, Gulf of Urabá, pre-Hispanic pottery, domestic site.

Resumo

O sítio arqueológico de Toribio está localizado na bacia média do rio León, município de Chigorodó, dentro do sistema pré-hispânico de canais e *camellones* do golfo de Urabá (Antioquia). Sua importância reside nas características que o diferenciam de outros contextos estudados e registrados como parte do complexo hidráulico regional, a saber: ausência imediata de estruturas de terra, alta densidade de artefatos e presença de ecodados relacionados com atividades de subsistência. Com base nos resultados de uma prospecção e escavação arqueológica em que recuperamos amostras para análise micromorfológica do solo, datação radiométrica e análise cerâmica, argumentamos que a presença de unidades domésticas expressa a variabilidade espacial dentro do sistema hidráulico de Urabá. Os dados do estudo forneceram evidências associadas a uma possível unidade doméstica que teve seu auge por volta do século V d. C., com afinidades culturais com grupos humanos do Darién panamenho, do Chocó e da Cordillera Occidental de Antioquia. Isso nos permite presumir que no local ocorreram atividades de processamento e consumo da fauna ribeirinha e, provavelmente, também de recursos vegetais ainda pouco claros no registro arqueológico da área.

Palavras-chave: canais e *camellones*, arqueologia, golfo de Urabá, cerâmica pré-hispânica, sítio doméstico

Introducción

El área de canales y camellones prehispánicos del golfo de Urabá y el bajo río Atrato (Posada *et al.* 2019; Posada *et al.* 2023; Vélez 2011) representa uno de los hallazgos recientes más importantes para la arqueología de Colombia y del Área Intermedia, debido a su localización en una zona de reconocida importancia geopolítica, por su estado de conservación, su monumentalidad y su relación con otras hidrotecnologías desarrolladas en los humedales tropicales del continente americano. No obstante, el contexto plantea la necesidad de situar espaciotemporalmente a las sociedades prehispánicas que ocuparon ese territorio y profundizar en su estudio, pues las evidencias arqueológicas para la región son bastante reducidas y demandan reconocer las pautas de interacción, segregación y organización entre los seres humanos y su entorno, esta vez, en el escenario de convergencia cultural que representa la región Urabá-Darién en la zona límite entre Centroamérica y Suramérica.

En efecto, las pocas investigaciones que se han realizado en la zona todavía no exhiben un panorama suficiente sobre los patrones de asentamiento, enterramiento, movilidad y temporalidad que permita plantear hipótesis acerca de la organización social, la economía política y las relaciones culturales de quienes construyeron los camellones a lo largo y ancho de esta región. Por lo tanto, las interpretaciones hechas sobre la afinidad cultural, la ecología y la tecnología de estas sociedades en los sitios El Recreo, Toribio y El Vergel, mencionados en la literatura

recientemente publicada, corren el riesgo de ser extrapoladas y generalizadas en la región que se extiende entre las cuencas de los ríos León, Suriquí y Tumaradocito.

De igual modo, la vasta extensión de estructuras hidráulicas podría conducir a una errónea percepción de esta área como un contexto homogéneo cultural y geográficamente, sobre todo considerando que, históricamente, Urabá y el Bajo Atrato han compartido elementos ecológicos, culturales, genéticos y lingüísticos entre sí y con sus vecinos de Panamá y las llanuras del Caribe colombiano (Bray 1991; Capodiferro *et al.* 2021; García-Valencia 2007; Hoopes y Fonseca 2003; Piazzini 2020). Empero, advirtiendo los riesgos de tratar a los grupos humanos que construyeron los canales y camellones de Urabá como una sociedad homogénea y estática espaciotemporalmente, conviene señalar que existen variaciones locales, transiciones y diferenciaciones de distinta índole y escala que expresan diversas trayectorias de cambio y organización.

En este contexto, adquiere relevancia el sitio arqueológico Toribio, en la cuenca media del río León, reportado en Posada *et al.* (2019), debido a que contiene una gran cantidad de artefactos cerámicos que podrían aportar una base comparativa necesaria, en el orden cronológico y cultural, para identificar relaciones sociales particulares, funcionalidades y periodos históricos de desarrollo desiguales. Adicionalmente, el sitio carece de canales y camellones en un radio de 500 m a la redonda. Esto se ha constatado tanto con imágenes multiespectrales como con los perfiles expuestos de la zanja moderna que reveló el sitio, lo cual demuestra la existencia de zonas particulares ocupadas para actividades diferentes a las atribuidas al manejo hidráulico del área.

Así pues, con el propósito de diferenciar a las sociedades del medio río León según la construcción de espacios y materialidades específicas, pero también según su adscripción a momentos históricos concretos, presentamos el análisis de las evidencias del sitio arqueológico Toribio. La idea es que esta investigación sirva de referencia para considerar el contexto de canales y camellones de Urabá como un área heterogénea y diferenciada internamente, en la cual existe una discriminación de espacios y se encuadran diversas relaciones culturales y funcionales que definen las dinámicas de poblamiento, relacionamiento y uso del suelo en esta región de Colombia. Las espacialidades referidas en el marco de estas distinciones apelan a los elementos constituyentes de una unidad doméstica, en donde se desarrollan los individuos como sujetos sociales y se definen las actividades que consolidan la economía política de la sociedad en su conjunto.

En los siguientes párrafos, se hará una breve descripción de los fundamentos teóricos y conceptuales que enmarcan los análisis e interpretaciones hechos

en esta investigación, seguida de la presentación del área de estudio, con sus particularidades arqueológicas y geográficas, de la exposición sobre el énfasis geoarqueológico de la propuesta metodológica y, finalmente, de los resultados del estudio. Este apartado final, en un primer momento, corresponde a la descripción de datos y evidencias empíricas derivados del análisis cerámico y pedológico, mientras que, en un segundo momento, se ocupa de la interpretación de dichos datos a la luz de lo planteado en la introducción y en el corpus teórico.

La diferenciación espacial, lo doméstico y los obstáculos arqueológicos de Urabá

El problema planteado en torno a la variabilidad intrínseca del espacio social y a la invisibilidad de los sitios domésticos en contextos públicos encuentra fundamento en el pensamiento geográfico que reconoce la diferenciación espacial como el resultado de una percepción, concepción y experiencia desigual del espacio en cuanto fenómeno humano (Lefevre 1991). Esto ocurre tanto en el plano de las subjetividades como a nivel colectivo (Tuan 1971) y está atravesado por circunstancias materiales que influyen en su historicidad y funcionalidad (Ingold 2002; Piazzini 2006).

Si bien es cierto que el uso diferencial de los espacios a menudo es una reacción humana frente a la voracidad de la globalización, la regionalización o la homogenización del pensamiento y el comportamiento social (Harvey 1990; Hubbard 2005), la concepción del espacio como una construcción diferencial a partir de las tensiones sociales lo reduce a relaciones de poder y traslada al ámbito político y territorial la totalidad de los fenómenos espaciales. Aun así, existen prácticas, relaciones y representaciones que integran la dimensión ideológica, idiosincrática y física del espacio, como bien se ha expuesto en torno a los conceptos de paisaje, lugar, hábitat y locación (Hubbard 2005; Mitchell 2005; Relph 1976), cuya aplicación en arqueología ha resultado particularmente útil e influyente en el desarrollo de categorías clave como paisaje arqueológico, sitio arqueológico, unidad residencial o unidad doméstica (García-San Juan 2005; Johnson 2000; Noel 2016). En todos los casos, se establece una relación entre lo material y lo simbólico que subraya la interdependencia a menudo existente entre el ámbito funcional de las materialidades y la dimensión cognitiva, estética e identitaria de las espacialidades sociales (Cresswell 2005; García Sanjuán 2005).

En este orden de ideas, conviene reconocer el papel de los espacios domésticos como unidades de diferenciación espacial en contextos dominados por arquitecturas públicas o espacialidades no cotidianas. Es allí donde se concentran gran parte de las actividades diarias que realiza el grueso de la población y donde se definen

sus roles, comportamientos y actitudes dentro de los procesos de convivencia, producción, distribución, consumo y reproducción económica y social (Allison 1999; Bourdieu 1989; Wilk y Netting 1984). En efecto, la distinción, la clasificación y el nombramiento diferencial de las unidades espaciales, llámense patios, comunidades, asentamientos, residencias, etc., definen prácticas y campos de actuación colectiva que albergan distintos *sentidos del lugar* y tienen un efecto claro en el comportamiento humano y el orden social (Harvey 1990; Tuan 1971).

Considerando que estamos ante un fenómeno arqueológico y no etnográfico, nociones que a menudo se confunden por el uso indiscriminado de la terminología (Douglass y Gonlin 2012), conviene hacer la distinción entre unidades habitacionales y unidades domésticas (Botero Páez y Gómez Londoño 2010; Noel 2016). Esto resulta útil para evaluar si las evidencias del sitio Toribio corresponden a áreas de actividad para la producción, la distribución y el consumo familiar (independientemente de si eran un espacio de habitación individual o colectivo, temporal o permanente, de individuos que compartían o no relaciones de parentesco), o si se trataba de un espacio físico de habitación donde se realizaban actividades más complejas que trascendían la esfera familiar. A pesar de que estos conceptos no son mutuamente excluyentes en la realidad, la naturaleza incompleta de los datos arqueológicos a menudo exige simplificar las categorías de análisis, por lo que la distinción es, en este caso, puramente metodológica. De acuerdo con Johnson y Earle (2003), las unidades mínimas de organización social son equivalentes a espacios domésticos o familiares determinados por el parentesco y por unos principios básicos de subsistencia, a saber: producción, cooperación, consumo y distribución. Estos principios, ritualizados y diferenciados en cuanto a roles de género, edad, estatus, etc., definirían la constitución y organización interna de los espacios domésticos (Allison 1999). Bajo esta acepción, la existencia de unidades domésticas se establecería con posterioridad al levantamiento de un conjunto de datos tecnoeconómicos, espaciales, bioarqueológicos y simbólicos que no siempre están disponibles.

Dado que buena parte de estas definiciones y concepciones descansan en fuentes etnográficas, etnohistóricas o arqueológicas, reconocemos la insuficiencia de información que subyace a nuestro marco teórico, no por la ausencia de datos en sí misma, sino por la falta de investigaciones que los produzcan y los pongan a prueba en la región de Urabá y el Bajo Atrato. Por tal razón, los supuestos de variabilidad espacial que asumimos aquí parten fundamentalmente de las asociaciones que podemos establecer entre el *locus* de actividades de producción y consumo, las relaciones espaciales de las materialidades sociales y la diversidad (estilística y tecnológica) de la cerámica registrada en el contexto regional (Botero Páez y Gómez Londoño 2010).

Así pues, los datos preliminares tomados de la cuenca del río León describen una alfarería distinta a la reportada al norte de Urabá y conocida hoy como complejo Urabá-Tierralta (Botiva *et al.* 1987; Espinoza y Nieto 1998; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1957). La principal característica de este complejo es la decoración rica en aplicaciones, incisiones e impresiones que forman volutas, bandas y figuras zoomorfas, la cual se formaliza en la tradición modelada incisa dominante en la margen derecha del golfo (Santos 1989). En su lugar, en el río León se advierten semejanzas con la cerámica del noroccidente de Antioquia, caracterizada por incisiones e impresiones en motivos lineales (Arcila 1953; Castillo 1988; Piazzini y Escobar 2014), y también con la alfarería del Chocó, por la presencia de aplicaciones cordonadas y acanalados (Piazzini 2020; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1961). Esto último hace pensar en el territorio híbrido entre grupos del Atrato, Urabá y el piedemonte de la cordillera Occidental de Colombia que recientemente Piazzini (2020) denominó *Chocó Norte* y que otros autores asimilan con la antigua provincia del Dabaibe descrita en las crónicas del siglo XVI (Trimborn 1953).

A pesar de que la cronología de la región de Urabá es bastante exigua y se reduce a una exposición de fechas que dejan más dudas que certezas (Posada *et al.* 2019), parece que en el periodo cerámico de ocupación existen al menos dos momentos diferenciados por atributos tecnológicos y decorativos en la cultura material alfarera y orfebre (Bedoya y Naranjo 1985; Piazzini 2020; Suescún 2022), de los cuales el más conocido es el tardío por su emblemática tradición modelada incisa. Infortunadamente, estas evidencias siguen siendo escasas y no aportan información suficiente para construir un esquema de periodización confiable que pueda ser contrastado con el de otras regiones cercanas.

Aunque las tradiciones cerámicas están más o menos bien descritas en su aspecto formal, los datos sobre la funcionalidad del contexto y la distribución espacial de las evidencias en sitios asimilables con lo doméstico son bastante precarios, no solamente por la ausencia de excavaciones en área y de información sobre dicha distribución a pequeña escala, sino porque los concheros y demás *basureros* reportados al norte de Urabá, por ejemplo, combinan evidencias residenciales, funerarias y de especialización (multicomponentes), en algunos casos, debido a alteraciones de origen natural y antrópico durante la formación de los sitios, lo que los hace particularmente complejos (Ceballos y Loaiza 2010; Escobar 2016; LaMotta y Schiffer 1999; Santos 1989). Entretanto, en las estribaciones occidentales de la cordillera Occidental, la información prioriza las dinámicas regionales sobre las locales, aun cuando existen datos sobre la variabilidad espacial a menor escala (Piazzini *et al.* 2009). Aun así, es claro que los atributos de la cerámica y la orfebrería

de los primeros siglos de nuestra era se relacionaron con los estilos del río Sinú, el Chocó y el vecino país de Panamá, probablemente por el rol que la minería del occidente colombiano jugó en el comercio y en las relaciones políticas de la época (Piazzini y Escobar 2014). Sin embargo, los atributos funcionales de las vasijas cerámicas, los volantes de huso y las piezas de orfebrería, tanto como el sentido del arte rupestre y de los contextos rituales y funerarios, aguardan una interpretación en el seno de las actividades cotidianas que constituyen la base de la sociedad.

Así las cosas, retomamos las ideas de Douglass y Gonlin (2012), quienes adoptan una perspectiva funcional sobre los espacios domésticos fácilmente aplicable a los datos incipientemente disponibles de nuestra área de estudio y a la diferenciación que buscamos entre unos espacios y otros. Los autores conciben las unidades domésticas como lugares de actividad específicos, fundamentalmente económicos y sociales, donde se suplen las necesidades productivas, distributivas y reproductivas de sus miembros (Douglass y Gonlin 2012, 3). Definida de esa manera, la unidad doméstica dejaría rastros en la cultura material (artefactos, arquitecturas, signos) y en los restos orgánicos e inorgánicos, según su distribución en un espacio específico y sus relaciones funcionales.

Conforme a estos supuestos, expondremos la información espacial intrasitio, cronoestratigráfica, tecnológica y pedológica o ecofactual, para indagar a distintas escalas y con diferentes líneas de evidencia aspectos de la economía, las áreas de actividad y la construcción de espacialidades bien diferenciadas en las planicies inundables que se extienden entre las serranías del Darién y de Abibe, en la zona sur del golfo de Urabá.

Área de estudio

El sitio arqueológico Toribio está localizado en la cuenca media del río León, en el corregimiento Barranquillita del municipio de Chigorodó, Antioquia, al noroccidente de Colombia. Allí, durante una campaña de investigaciones iniciada en 2018, se identificaron abundantes fragmentos cerámicos en superficie que habían sido expuestos meses atrás luego de la remoción del suelo para la construcción de un drenaje moderno y un jarillón. La presencia de camellones y canales se advirtió a unos 500 m al norte, y en el lugar de los hallazgos superficiales se apreció un área desprovista de estructuras, pero con abundante carbón y artefactos.

El área de estudio hace parte de la suela plana de inundación del medio río León (contigua al caño Toribio), cuya sedimentación favorece la colmatación de canales artificiales, los antiguos meandros y la zona de basín de la llanura inundable. Por ello,

los albardones no son fácilmente reconocibles y la topografía llana consolida un típico ecosistema de humedal con periodos inestables de inundación. Aun así, el sitio se localiza sobre una superficie ligeramente elevada a unos 120 m al este del río y a escasos 300 m al suroeste del casco urbano del corregimiento Barranquillita (figuras 1 y 2).

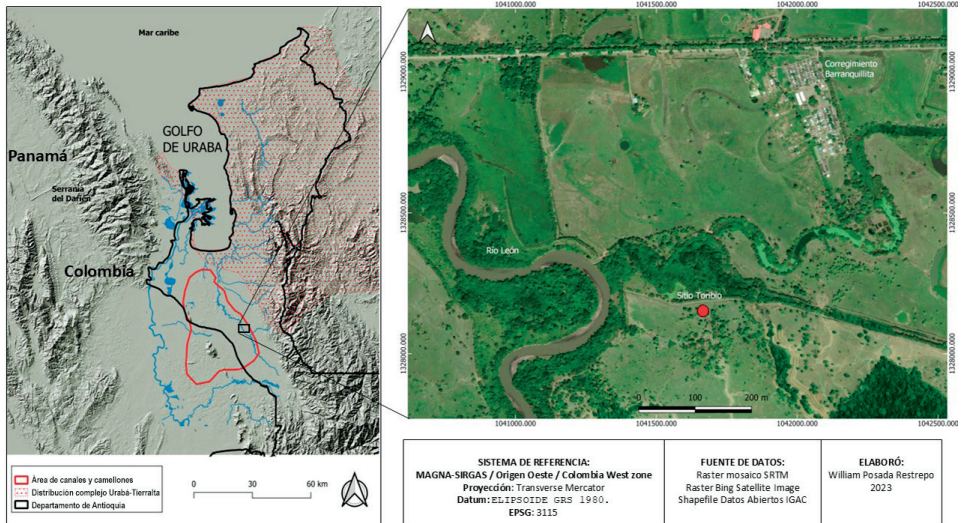


Figura 1. Localización del sitio Toribio en el contexto local y regional

Fuente: elaboración propia.

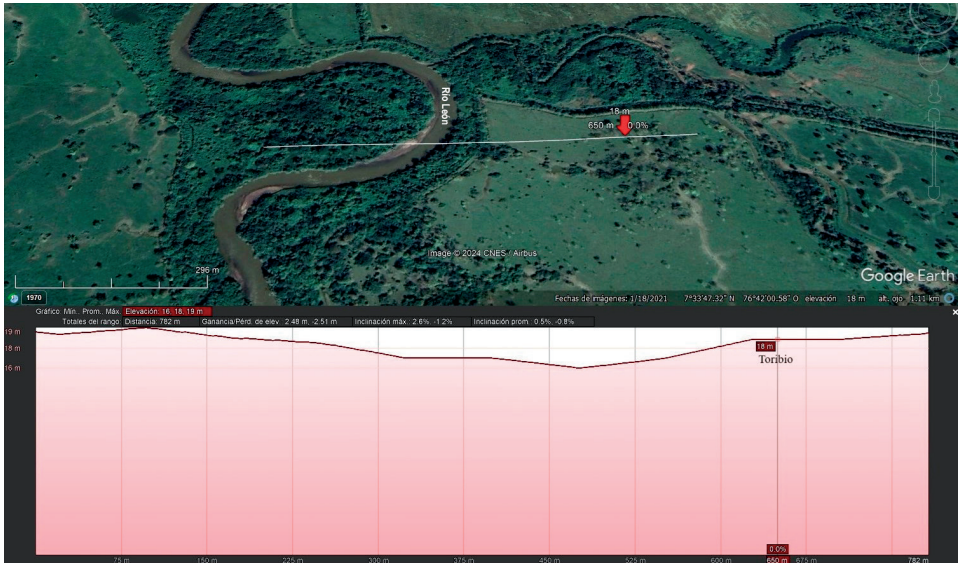


Figura 2. Posición del sitio Toribio en el perfil topográfico del río León

Fuente: elaboración propia a partir de la herramienta de perfil de elevación de Google Earth Pro.

La geología de la zona comprende rocas sedimentarias que predominan al oriente, en la serranía de Abibe, compuesta por areniscas líticas a subilíticas intercaladas con lodolitas y calizas, mientras que en el occidente, en la serranía del Darién, predominan rocas de origen volcánico, como basaltos, brechas, aglomerados y pórfidos andesíticos a dacíticos (Gómez Tapias *et al.* 2015). La interacción entre el humedal y el sistema hidrogeológico representa un asunto importante en la cuenca del río León, toda vez que en ella existe un acuífero multicapa de considerable tamaño que incide en el comportamiento hidrológico del humedal (Arana 2015; Betancur-Vargas *et al.* 2017; Posada *et al.* 2023).

El clima, por su parte, se caracteriza por una precipitación media anual de 3000 mm que se distribuyen en un periodo seco entre enero y marzo y otro húmedo entre abril y diciembre, determinados principalmente por la migración de la zona de convergencia intertropical (ITCZ) y la corriente de chorro superficial del Chocó (Betancur-Vargas *et al.* 2017; Guzmán y Ceballos 2001).

Debido a las condiciones expuestas, los suelos del área de estudio tienden a estar saturados la mayor parte del año y a mostrar atributos hidromórficos. En su mayoría, son de ácidos a neutros, aunque Posada *et al.* (2023) registran tendencias alcalinas derivadas de la intrusión marina. En general, poseen texturas que varían entre arenosas y moderadamente finas, y son moderadamente profundos, con capacidad de intercambio catiónico alta en la capa superficial, contenido moderado de carbón orgánico y alta saturación de bases (IGAC 2007). Las taxonomías más cercanas al área de estudio corresponden a los suelos de terraza en la planicie aluvial del río, clasificados como consociación *Typic udifluvents*, familia franca gruesa, mezclada, isohipertérmica (CUTOa) y a la consociación *Fluvaquentic eutrudents*, familia franca fina, mezclada, isohipertérmica (CUTEa).

Metodología

Tras una prospección sistemática en un área no inundada de 7 ha con muestreos cada 50 m, se realizó una malla de sondeos intensivos cada 5 m que cubrió una superficie de 160 m². La intensidad del muestreo permitió apreciar la distribución espacial y estratigráfica de las evidencias sin necesidad de una excavación en área. No obstante, se realizó un pozo de 1 m × 1 m en el sector de mayor integridad estratigráfica para la lectura de perfiles y la toma de muestras de suelo (figura 3).

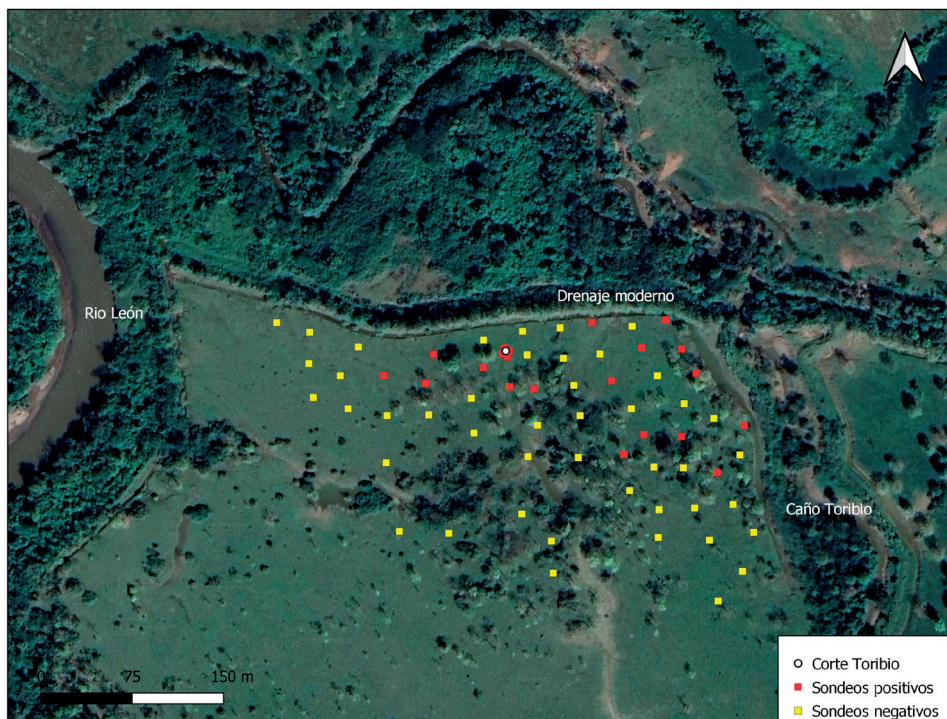


Figura 3. Mapa de distribución de los muestreos en el sitio Toribio

Fuente: elaboración propia.

La descripción del suelo en campo se complementó con un análisis de la micromorfología según los criterios de Bullock *et al.* (1985), Courty *et al.* (1989) y Stoops (2003), y enfatizó las propiedades antrópicas y pedogenéticas de mayor interés arqueológico. La micromorfología de suelos es el estudio detallado de la morfología del suelo mediante secciones delgadas, empleando técnicas de la mineralogía óptica y la microscopía con criterios de la física del suelo. Su aporte desde el campo de la geoarqueología para el reconocimiento de áreas de actividad específica radica en la capacidad de observar restos y huellas de las prácticas culturales en el suelo que resultan imperceptibles a otra escala, pero sobre todo en que revela las relaciones espaciales y de contexto de dichas evidencias al conservarlas sin disturbar (Courty *et al.* 1989).

Por otra parte, el material cerámico fue analizado siguiendo los criterios tecnológicos y estilísticos propuestos en Orton y Hughes (2013) y Santacreu (2014), buscando identificar la sensibilidad cronológica de la cerámica. A partir de allí, se establecieron pruebas estadísticas con el *software* Statgraphics Centurion 16.1 y

con Microsoft Excel 365 para el establecimiento de tipos cronocerámicos y otros atributos culturales. Las observaciones se realizaron mediante estereomicroscopio Leica Zoom 2000, y la aplicación de magnetismo y de reactivos químicos (HCL y H₂O₂) para el reconocimiento de inclusiones. Adicionalmente, se realizaron secciones delgadas de algunos fragmentos cerámicos de los principales grupos identificados en la clasificación.

La modelación espacial de la distribución cerámica se llevó a cabo mediante QGIS 3.22.11, empleando el método de interpolación IDW con un coeficiente P de valor 2 y un tamaño de pixel de 10 m.

La clasificación cerámica se contrastó con una fecha radiocarbónica obtenida de carbón vegetal por asociación estratigráfica. La prueba radiométrica se hizo en el laboratorio de AMS de la Universidad de Arizona y posteriormente fue calibrada en años calendáricos (d. C.) mediante el *software* Calib 8.2 (Reimer *et al.* 2020; Stuiver y Reimer 1993), empleando el método de interceptación con la curva de calibración IntCal20 y un intervalo de probabilidad de 2σ .

Resultados y análisis

Las actividades de campo y laboratorio se concentraron en el análisis de la cultura material y de los datos geoarqueológicos a nivel local. La malla de sondeos reveló una zona de concentración de evidencias en el sector más cercano al caño, donde se identificó un fogón con abundante carbón, ceniza y madera, frecuentes microrrestos de moluscos y la secuencia cerámica más profunda registrada en el río León. En el sitio, solo se recuperó un pequeño fragmento lítico de lidita sin atributos claros de talla ni huellas de uso.

Distribución cronoestratigráfica y espacial de los artefactos

La distribución de los artefactos en el perfil, su disposición, su tamaño y la naturaleza del sedimento asociado a ellos mostraron una secuencia de depositación casi continua con dos momentos representados en los estratos arqueológicos I y II (figura 4).

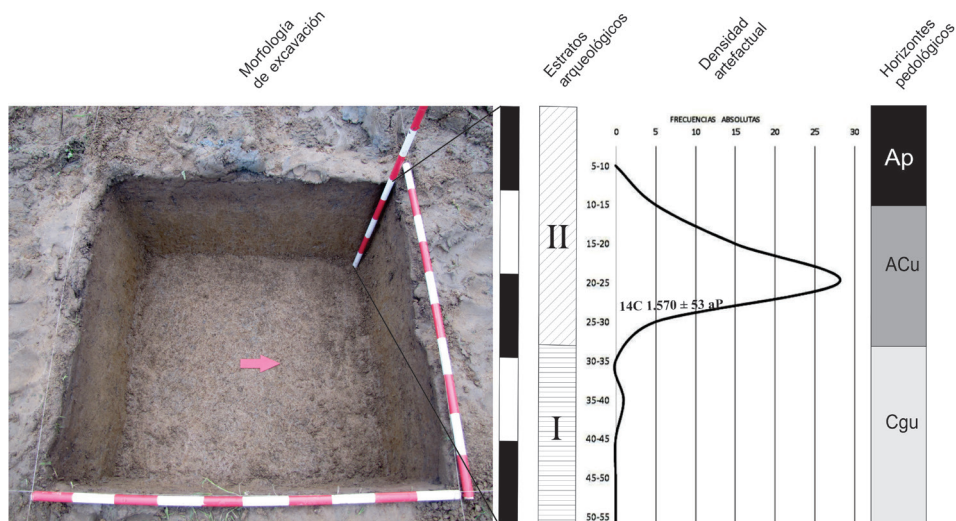


Figura 4. Estratigrafía del perfil de excavación del sitio Toribio

Fuente: elaboración propia.

El estrato I (35 cm-50 cm aprox.) estaba compuesto por artefactos cerámicos y sedimentos franco-arcillosos, de color pardo amarillo con motas dispersas. Mostró artefactos de aristas redondeadas dispuestos horizontal e inclinadamente, de distribución dispersa y de selección equilibrada; el carbón vegetal fue escaso y algunos nódulos de óxidos de Fe fueron frecuentes. El depósito se reconoce pedológicamente como un horizonte Cgu con las siguientes características: suelo de estructura en bloques angulares medios moderados, textura franco-arcillosa, color moteado con notaciones Munsell 10YR5/1 y 10YR5/8, consistencia débil en húmedo, moderadamente plástica y moderadamente pegajosa en mojado; macroporosidad del 15%. Pocas raíces finas y fragmentos cerámicos. Un pH 5. Sin reacción a NaF, ni a HCL ni a H₂O₂. Límite superior gradual y ondulado.

El estrato II (0 cm-35 cm aprox.) consistió en artefactos cerámicos y sedimentos franco-arcillosos, de color pardo moteado intenso, con artefactos dispuestos horizontal e inclinadamente, de distribución dispersa, selección equilibrada con tendencia a micros; presentó abundante carbón y algunos nódulos amorfos de óxidos de Fe. Esta capa fue datada en el sector de mayor depositación artefactual mediante carbón vegetal, lo que arrojó una fecha de 14C 1570 ± 53 años a.P. (AA115151). El depósito, a pesar de su precario desarrollo pedológico, permitió distinguir dos horizontes de suelo, Ap y ACu, con las siguientes características:

- Ap (0 cm-12 cm): Suelo de estructura en bloques subangulares medios débiles, textura franco-arcillosa, color moteado con notaciones Munsell 7,5YR5/6 y 2,5YR5/1, consistencia débil en húmedo, moderadamente plástica y moderadamente pegajosa en mojado; macroporos menores al 2 %. Presencia de raíces finas moderadas. Un pH 5. Sin reacción a NaF, ni a HCL ni a H2O2.
- ACu (12 cm-33 cm): Suelo de estructura en bloques subangulares medios débiles, textura franco-arcillosa, color moteado con notaciones Munsell 10YR5/1 y 2,5YR5/1, consistencia débil en húmedo, moderadamente plástica y moderadamente pegajosa en mojado; macroporosidad del 5 %. Presencia de raíces finas moderadas, carbón vegetal y artefactos cerámicos. Un pH 5. Sin reacción a NaF, ni a HCL ni a H2O2. Límite superior difuso y ondulado.

Por otra parte, la distribución espacial de las evidencias arqueológicas fue más o menos concentrada y mostró, durante el primer momento de ocupación, una tendencia de las actividades sociales junto al caño Toribio, en el sector oriental del sitio, con un patrón de distribución de fragmentos muy equidistante y carente de ecodatos asociados (figura 5, recuadro A). Posteriormente, para el segundo momento, las actividades se desplazan ligeramente hacia el suroccidente, a escasos 200 m del actual río León, concentrándose fuertemente alrededor de un fogón compuesto por abundante carbón, ceniza, madera, cerámica y restos malacológicos (figura 5, recuadros B y D). En esta unidad estratigráfica se documentan los artefactos no solo más concentrados, sino también íntegros en su depositación, tal como lo reveló la disposición de una vasija parcialmente destruida al momento del hallazgo fortuito (figura 5, recuadro C). La densidad cerámica modelada corresponde a una representación relativa de las frecuencias arrojadas por los muestreos en el sitio.

Uso del suelo en Toribio

El análisis micromorfológico de dos muestras de suelo del estrato II provenientes del pico de ocupación en el corte (10 cm-23 cm) y del pozo de sondeo donde se registró el fogón (18 cm-30 cm) reveló información interesante sobre el uso del sitio (anexos, tablas 1 y 2). Se observó un suelo de textura fina con porosidad muy reducida, equiparable a un proceso de compactación, fenómeno que, aunado a las condiciones inundables, produce deficiencias de aireación expresadas en atributos morfológicos como los moteados y los colores grises y rojizos (nódulos de óxidos de Fe y Mn). Sin embargo, las características ópticas (alta birrefringencia) de la matriz fina del suelo observadas con luz polarizada muestran dominancia de

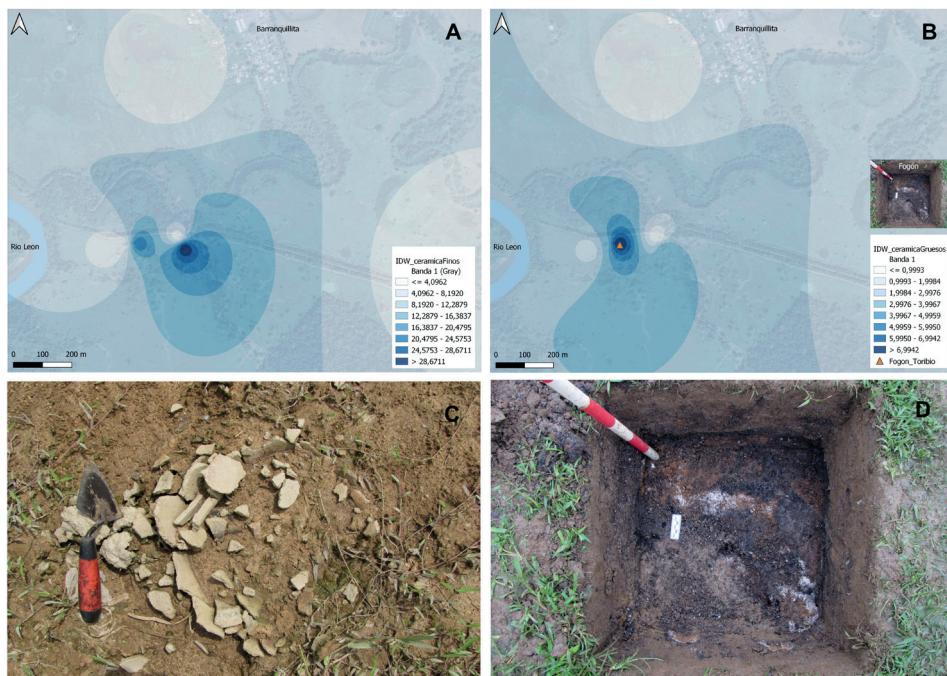


Figura 5. Distribución espacial de los artefactos y el fogón

Fuente: elaboración propia.

Nota. Adviértase el contorno de la olla en el recuadro C.

arcillas con un importante contenido de minerales carbonatados. En vista de que los suelos no presentaron un pH alcalino (5,5) ni provienen de un material parental compuesto por calcita o carbonatos de calcio, las arcillas están influenciadas por condiciones muy locales relacionadas con la disolución de carbonatos y con la acumulación de sales solubles. Aunque las aguas subterráneas pueden aportar gran parte de estas sales, llama la atención que una buena cantidad de componentes gruesos carbonatados sean fragmentos de concha de moluscos, principalmente bivalvos, gasterópodos y braquiópodos (figura 6, recuadros B, C y G), en su mayoría de tamaños minúsculos (Dewing 2004; Nicosia y Stoops 2017; Ospina-Hoyos *et al.* 2014), pero con una estructura similar a la de algunos bivalvos comestibles recuperados en los caños cercanos (figura 6, recuadro A). También se observa un fragmento pequeño de hueso, altamente degradado, que no se pudo identificar (figura 6, recuadro I). Junto con estos restos de fauna, en los componentes gruesos también se registran abundantes restos de plantas sin identificación taxonómica, como raíces, carbón, semillas y tejidos parenquimáticos (figura 6, recuadro H), los

cuales, en ausencia de materia orgánica humificada y de evidencias de redondeamiento, indican una concentración de desechos de origen antrópico (figura 6).

Por otra parte, la muestra recuperada del fogón prehispánico reveló dos colores contrastados que corresponden a un sector de abundante ceniza blanca y a otro sector de suelo parcialmente quemado (figura 6, recuadro D). Esto indica que hubo sectores donde las temperaturas alcanzaron más de 500 °C y otros donde fue mucho menor. De acuerdo con la microestructura y el tipo y la cantidad de componentes gruesos, se trata de una mezcla de suelo y sedimento con abundantes restos de plantas, tanto leñosas como no leñosas, en donde sobresalen algunas semillas minúsculas no identificadas (figura 6, recuadro F). También microrresos de conchas de moluscos, como en la muestra del corte, y algunas partículas rojizas sin estructura interna y con orificios que parecen corresponder a restos de quitina de insectos o crustáceos (figura 6, recuadro E). Tanto los restos vegetales como los de fauna se encuentran en distintos estados de incineración. El material no se observa retrabajado, de acuerdo con el estado *in situ* de los carbones

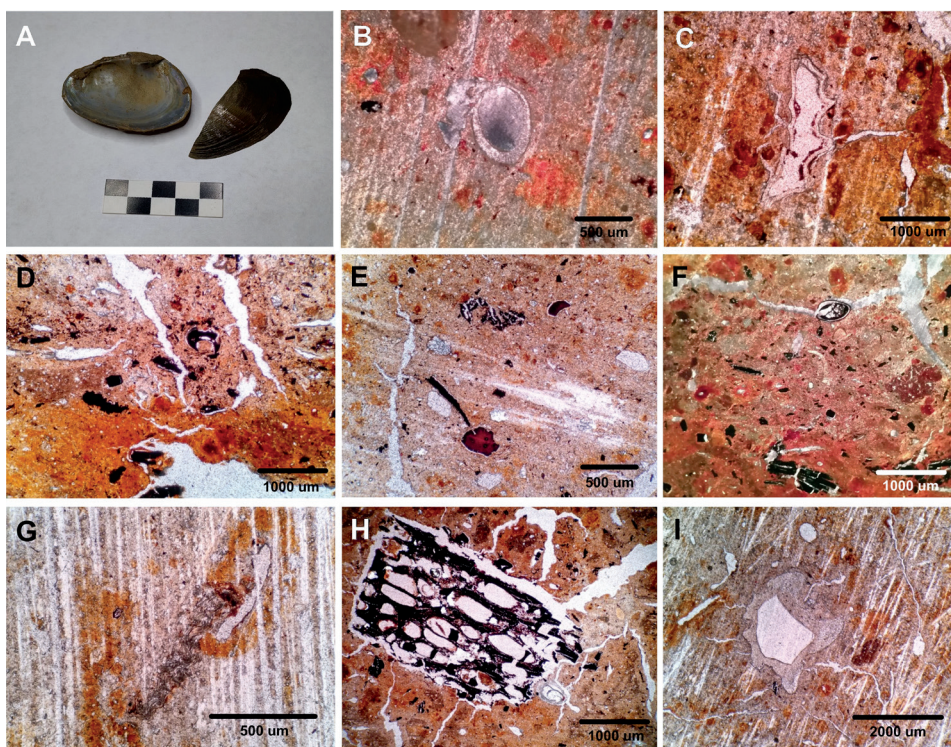


Figura 6. Rasgos micromorfológicos del suelo en el sitio Toribio

Fuente: elaboración propia.

fragmentados. La existencia de óxidos de hierro es la manifestación de los procesos de oxidorreducción típicos de las inundaciones, aunque dominan los rasgos de oxidación sobre los de reducción, lo que indica que las inundaciones no fueron permanentes y se alternaron con periodos de sequía.

La cultura material cerámica del sitio

El análisis de la cerámica priorizó criterios tecnológicos ante la escasez de atributos decorativos y funcionales (hollín, costras, desgastes), y de material diagnóstico para una reconstrucción formal. La composición del desgrasante cerámico fue bastante homogénea, salvo por la presencia de inclusiones de tiesto molido y carbón vegetal en algunos fragmentos. Se identificó un desgrasante compuesto por cuarzo, plagioclasa, hornblenda, ortopiroxeno, mica (¿flogopita?), óxidos y oxihidróxidos, areniscas en distintos estados de alteración y fragmentos de lidita y chert bandeado poco alterados. Considerando la diversidad de la geología regional, todos estos minerales y rocas son de origen local. Ocasionalmente, se identificó tiesto molido fino, carbón y fibras vegetales como partes del desgrasante. La revisión de esta composición en distintas unidades estratigráficas no arrojó variaciones significativas que pudieran darles un valor cronológico a estos atributos. En cambio, el tamaño de las partículas, cuyas frecuencias sí mostraron variación en relación con la estratigrafía del sitio, tanto como su proporción y efecto en la estructura porosa de la pasta, demostraron correlación con la secuencia vertical, pues debajo de los 35 cm se observó una dominancia de desgrasantes finos (<3 mm) de baja proporción y, eventualmente, estructuras de pasta laminares (tabla 1; figura 7).

Sobre la base de estas observaciones, se reconocieron algunos atributos del desgrasante cerámico como elementos de sensibilidad temporal para clasificar el conjunto alfarero en el sitio Toribio del medio río León. Dichos atributos permitieron establecer una clasificación de dos grandes grupos con base en el tamaño del desgrasante y, dentro de cada grupo, variaciones menores a partir de la proporción del desgrasante y la estructura de la pasta. En este sentido, se estableció una taxonomía jerárquica de ocho tipos, a saber: 1) tipo grueso alto poroso, 2) tipo grueso alto laminar, 3) tipo grueso bajo poroso, 4) tipo grueso bajo laminar, 5) tipo fino alto poroso, 6) tipo fino alto laminar, 7) tipo fino bajo poroso y 8) tipo fino bajo laminar. Los tipos no representan necesariamente distintos periodos, ya que el valor cronológico se atribuye solo a los grupos que varían en el tamaño del desgrasante, mientras que los otros atributos están presentes en ambas temporalidades.

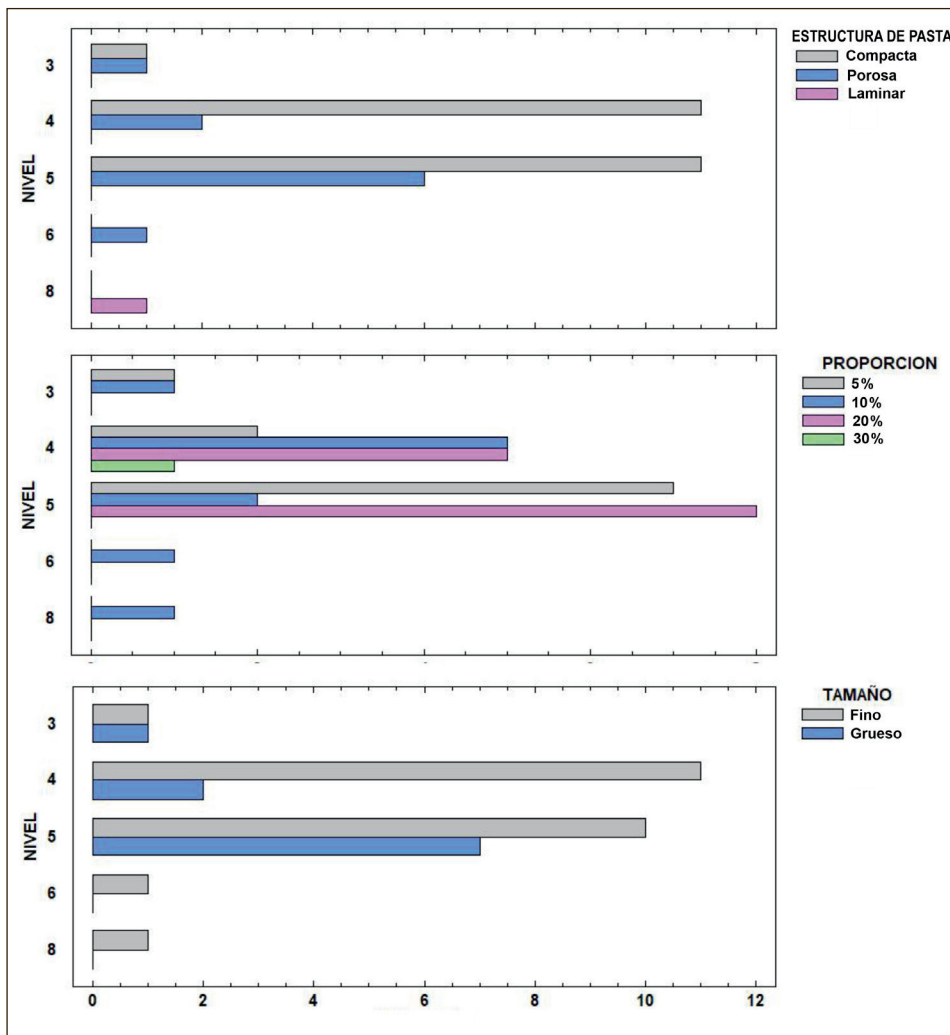


Figura 7. Distribución vertical de atributos de la pasta y el desgrasante cerámico en el sitio Toribio

Fuente: elaboración propia.

Valga mencionar que, si bien los atributos decorativos fueron escasos, algunos fragmentos aislados mostraron decoraciones incisas, impresión ungular, impresión triangular y acanalado, este último solamente en las caras internas de los bordes evertidos del grupo de los gruesos (figura 8). En el grupo de los finos se registró, en muy pocos casos, pintura positiva roja. Los bordes fueron principalmente evertidos, tanto curvos como rectos, bastante extendidos y con labio

redondeado, ocasionalmente adelgazado o biselado (figura 9). Tanto las impresiones como la pintura roja suelen estar presentes en la cerámica de Frontino para el mismo periodo (Piazzini *et al.* 2019).

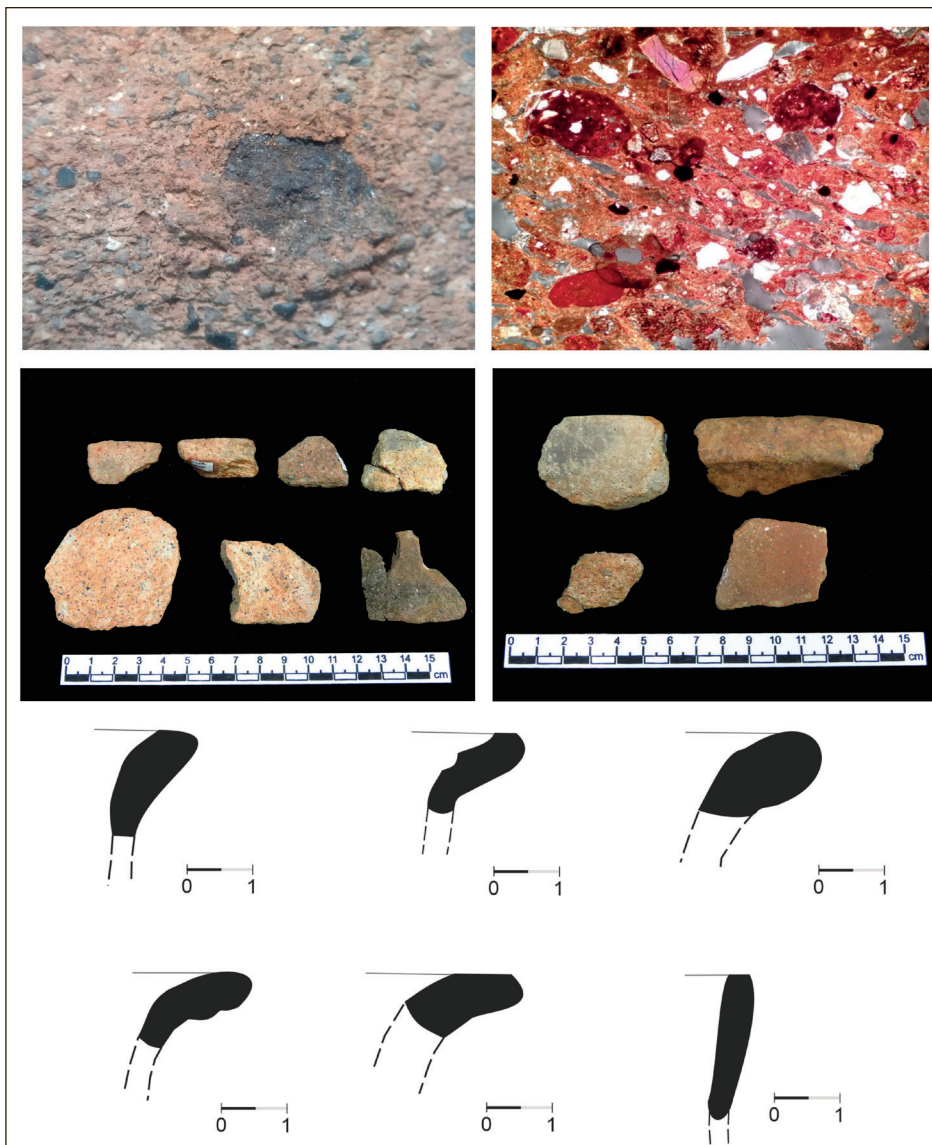


Figura 8. Atributos de la cerámica en el grupo de gruesos

Fuente: elaboración propia.

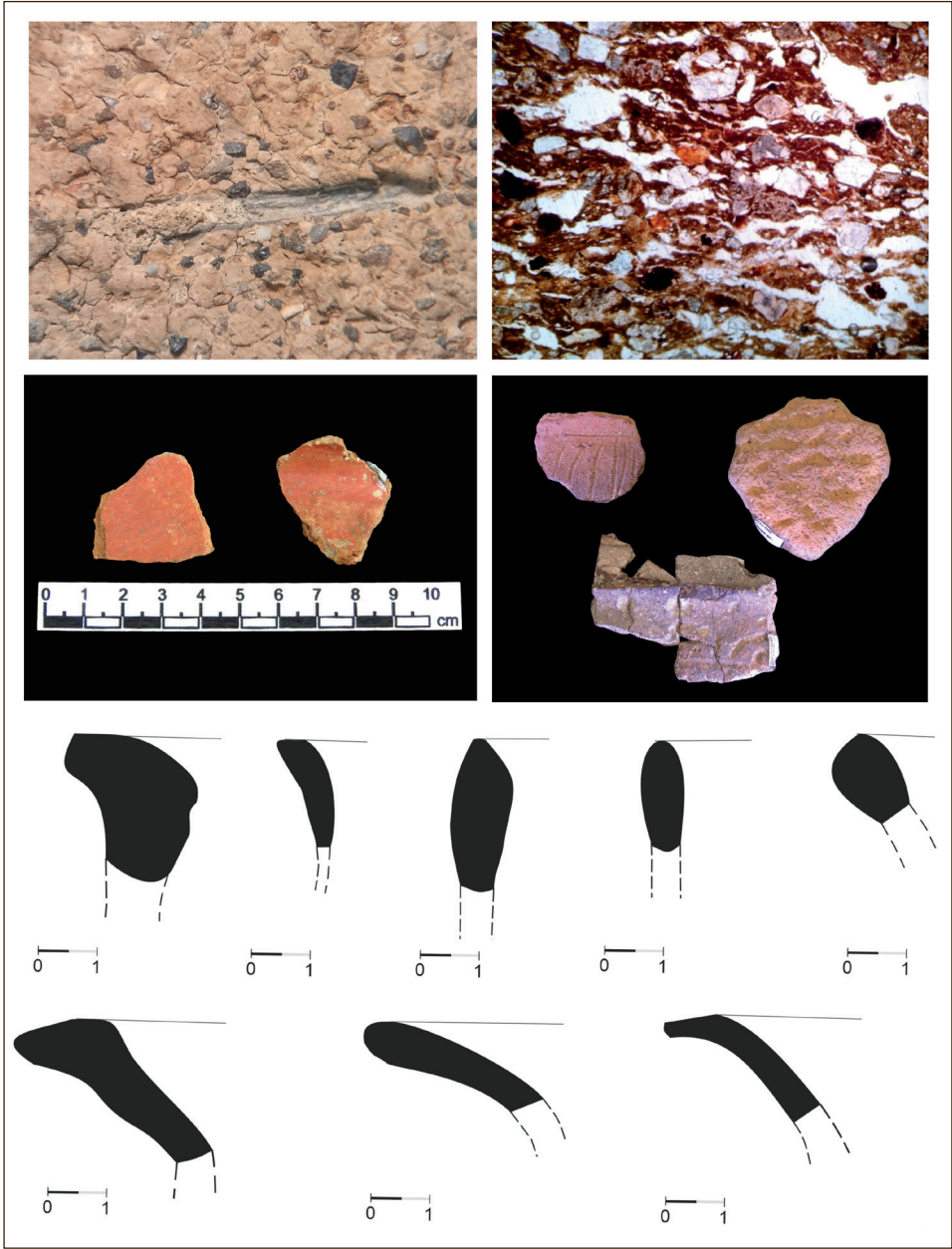


Figura 9. Atributos de la cerámica en el grupo de finos

Fuente: elaboración propia.

Tabla 1. Correlación de atributos tecnológicos de la cerámica y nivel (profundidad)

	Nivel	Desgrasante	Proporción	Tamaño	Estructura
Nivel		-0,0402	0,0922	0,2370	0,2486
		-197,0000	-197,0000	-197,0000	-197,0000
		0,5746	0,1976	0,0008	0,0004
Desgrasante	-0,0402		-0,0918	0,1297	-0,0783
	-197,0000		-197,0000	-197,0000	-197,0000
	0,5746		0,1995	0,0694	0,2743
Proporción	0,0922	-0,0918		0,4670	0,2210
	-197,0000	-197,0000		-197,0000	-197,0000
	0,1976	0,1995		0,0000	0,0018
Tamaño	0,2370	0,1297	0,4670		0,1466
	-197,0000	-197,0000	-197,0000		-197,0000
	0,0008	0,0694	0,0000		0,0398
Estructura	0,2486	-0,0783	0,2210	0,1466	
	-197,0000	-197,0000	-197,0000	-197,0000	
	0,0004	0,2743	0,0018	0,0398	

Fuente: elaboración propia.

Nota. Prueba de correlación de Pearson con un 95% de confianza. El número rojo corresponde al valor-p.

Discusión: consideraciones sobre el sitio Toribio como espacio doméstico y su lugar en el contexto regional

El contexto estudiado permite reconocer una ocupación con dos momentos más o menos bien diferenciados alrededor del siglo V de nuestra era (del 407 al 602 d. C.), en un área de 5000 m² aproximadamente, donde solo se aprecian basuras compuestas por cerámica, carbón vegetal y restos de origen animal moderadamente conservados. La carencia de estructuras hidráulicas puede deberse a la falta de conservación provocada por el uso extensivo del suelo en épocas recientes, pero llama la atención la presencia de un fogón que concentra buena parte de las evidencias y en el que la densidad cerámica registrada en superficie, en comparación con la de otros sitios cercanos como El Recreo y El Vergel, que sí tienen canales y

camellones internamente, es de casi 4 a 1 (Posada *et al.* 2019; Posada *et al.* 2023). Empero, las características de la cerámica en los tres sitios estudiados en el río León son prácticamente las mismas, lo que sugiere que se trata de sociedades con una misma filiación cultural distribuida en la cuenca media del río León. Desde el punto de vista de los procesos de formación, la fragmentación *in situ* sin una dispersión significativa de muchos restos orgánicos e inorgánicos, observada en las secciones delgadas de suelo, sugiere que las perturbaciones mecánicas del sitio fueron mínimas, al menos por debajo de los 25 cm.

Si bien podríamos emplear la hipótesis de que los constructores de canales y camellones en la hoya del río León pertenecen a una misma sociedad, es claro que dicha sociedad estaba organizada diferencialmente de acuerdo con los roles sociopolíticos de sus miembros, las estrategias productivas y las relaciones que establecían con su entorno natural y cultural en el contexto amplio de una región transicional.

La cerámica analizada todavía es muy poca y carece de suficiente conservación en sus superficies y acabados como para estimar mejor sus atributos decorativos, de tal forma que permita una asociación clara con las tipologías planteadas para los complejos cerámicos reportados al norte, al este o al oeste de la cuenca del río León. Sin embargo, algunos rasgos preservados, como los acanalados en los bordes anchos, están presentes en la fase IV de Cupicá (Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1961) y en algunas copas de pedestal del complejo Urabá-Tierralta (Santos 1989). Los acanalados mediante escisión o impresión en motivos geométricos son comunes en la cerámica del Chocó norte (Castillo 1988; Piazzini 2020; Reichel-Dolmatoff y Reichel-Dolmatoff 1961) y en algunos tipos de la cerámica Cubitá del Darién panameño (Mendizábal *et al.* 2021). Las incisiones e impresiones triangulares registradas en la cerámica de Toribio, si bien se presentan tanto en el Chocó como en el bajo río San Jorge y el norte del golfo de Urabá, por sus dimensiones y motivos, se asemejan más a la cerámica del noroccidente de Antioquia en sitios tanto domésticos como funerarios (Arcila 1953; Castillo 1988; Piazzini *et al.* 2009; Piazzini y Escobar 2014; Plazas *et al.* 1993). De modo que estaríamos ante una tradición cerámica que, aunque difiere en su conjunto de todos los estilos reconocidos en las regiones circunvecinas, se nutre de atributos comunes a todas ellas, tal como lo señaló Warwick Bray (1991) al referirse a un *modelo de cadena* existente entre Colombia y Panamá, en el cual cada eslabón tiene su propia identidad, pero están todos atados por similares intereses sociales, políticos y económicos.

A menor escala, estas relaciones se van consolidando con las observaciones tecnológicas que registran la presencia de desgrasantes comunes, como el tiesto

molido, reportado tanto en el golfo de Urabá como en el bajo río San Jorge, pero cuyo tamaño es más cercano a lo registrado en los municipios de Uramita, Cañasgordas y Mutatá, en la cordillera Occidental de Antioquia (Orozco 2023; Restrepo Lotero 2015). Si consideramos la afinidad tecnológica también con base en el tamaño de los desgrasantes y su granoselección, el tipo fino de la tradición granulosa incisa del río San Jorge es más pequeño que el registrado en Toribio. Inversamente, el tiesto molido fino registrado en río León es más pequeño y escaso en su proporción que el descrito para el norte del golfo y el bajo río San Jorge (Plazas *et al.* 1993; Santos 1989). Además, como señalan Posada *et al.* (2019), la presencia de volutas aplicadas o modeladas, o de pastillajes con impresión, punteado o incisión, tan característicos de la cerámica del golfo de Urabá, no se registra en ninguno de los artefactos de Toribio.

Las correlaciones establecidas entre la cerámica del río León y la de otras regiones vecinas sugieren mayores afinidades en el sentido oriente-occidente que en el sentido norte-sur. Si examinamos esto a la luz de la dispersión de estructuras hidráulicas en la cuenca, se nota que la mayor parte del sistema de canales y camellones se extiende hacia el occidente, incluso trascendiendo la cuenca del río León hacia otras cuencas aledañas, como las del río Suroquí y el río Tumaradocito, donde bien podríamos decir que existe una cantidad de estructuras igual o mayor a la del medio río León. Si bien la información etnohistórica y paleogenética es aún precaria para esta zona, estos datos plantean interesantes inquietudes sobre las relaciones étnicas de estas sociedades, si se consideran algunas hipótesis sobre el origen y la dispersión de los grupos de lengua chocó (Pardo 1987; Piazzini 2020).

De lo anterior se desprende la idea de que los antiguos pobladores del sitio Toribio, si bien tenían mucho en común con grupos del Chocó, el golfo de Urabá y el río Sinú, establecieron fuertes lazos culturales con las poblaciones andinas de la cordillera Occidental, hacia donde se extienden las evidencias más australes de los campos elevados en el municipio de Mutatá (bajo río Sucio). Esto también sugiere no subestimar el rol del sistema hidráulico en la integración regional de distintas sociedades, considerando la cuenca media del río León como un nodo de integración cultural entre las tierras bajas, las serranías costeras y la cordillera Occidental de los Andes.

En este escenario de relaciones culturales emerge la pregunta por la diferenciación social y económica en el interior de la cuenca, pues desde el punto de vista de la tradición cerámica no se aprecian variaciones significativas entre los sitios estudiados en el área de canales y camellones, menos aún dentro de cada uno de estos sitios, de acuerdo con las evidencias disponibles. Ante la falta de variabilidad

y la ausencia de rasgos funcionales en la cerámica, como restos de hollín, entramiento interno o atributos formales significativos, los datos proporcionados por el suelo han resultado cruciales. La densidad cerámica en el sitio, la compactación del suelo y la presencia de un fogón bien conservado que concentra restos malacológicos quemados remiten a un contexto de actividades domésticas donde se procesaron recursos ribereños. No obstante, la falta de adecuaciones y la ausencia de huellas de poste o de estructuras de vivienda advierten que podría corresponder a un campamento estacional o de actividades periódicas asociadas con las temporadas de inundación y sequía (Binford 1980; Botero Páez y Gómez Londoño 2010; Bracco Boksar 2006). La frecuencia de micromoluscos y la contigüidad del sitio con el caño Toribio y el río León indican que estamos ante un lugar de explotación y procesamiento de recursos acuáticos locales, no necesariamente de los micromoluscos registrados, pues se trata de especímenes muy pequeños, difícilmente explotables como fuente de alimento. Salvo los fragmentos de mayor tamaño, los micromoluscos serían un indicador indirecto de la extracción de otros recursos provenientes del sustrato de aguas someras, donde se favorece la deposición de este tipo de malacofauna. El único fragmento de hueso identificado en la lámina del corte y algunos fragmentos de conchas mayores serían datos a favor de este supuesto, sobre todo cuando se han identificado en la zona algunos ejemplares de almejas dulceacuícolas, del género *Anodontites*, con potencial alimenticio (Linares *et al.* 2018).

A partir de estas reflexiones, resulta aún más llamativo el registro de conchas de braquiópodos que corresponden a un grupo distinto de origen marino, en la actualidad representado por pocas especies sin uso social conocido (Brusca y Brusca 2005), como si las actividades realizadas también incluyeran recursos obtenidos a varios kilómetros del sitio y estos hubiesen sido trasladados allí para su tratamiento. Esta observación es importante porque podría llevar a descartar la naturaleza contingente o temporal del sitio, máxime si la ausencia de rasgos de anegamiento prolongado en el suelo se correlaciona con su situación ciertamente elevada sobre un antiguo albardón, lo que indica que se trata de un lugar poco sometido a las inundaciones periódicas y apto para su ocupación permanente en actividades cotidianas de producción y consumo.

Aunque no se realizaron análisis paleobotánicos en el sitio Toribio, el registro arqueológico recuperado subraya los recursos acuáticos y ribereños que ofrece el ecosistema, con lo cual refuerza los planteamientos de Posada *et al.* (2023) sobre el sitio El Vergel. Ante la ausencia de datos palinológicos sobre plantas cultivadas, la alcalinidad del suelo y la presencia de campos exclusivamente de zanjas o

canales, ellos cuestionan la vocación agrícola generalizada de las estructuras en tierra. Esta peculiaridad, asociada con la funcionalidad del sitio, remite a la idea inicial sobre la diferenciación de espacios y la existencia de lugares que convocan actividades de producción y consumo a pequeña escala.

Los datos aquí expuestos no son del todo comparables con los concheros del norte de Urabá (Santos 1989), con las plataformas del bajo río San Jorge (Flórez-Correa *et al.* 2024) o con los aterrazamientos del occidente de Antioquia (Piazzini y Escobar 2014). A pesar de eso, debido a la precariedad de la muestra cerámica y al énfasis puesto en las evidencias ecofactuales, es lícito decir que todos ellos comparten similitudes en cuanto a la concentración de artefactos y ecodatos en áreas específicas cuya interpretación ronda los conceptos de *basurero* o *piso* (Botero y Gómez 2010), alusivos ambos a la realización de actividades cotidianas para la reproducción social. Resulta, pues, pertinente preguntar si las evidencias registradas en el sitio arqueológico Toribio son suficientes para establecer un patrón de comportamiento doméstico que represente la variabilidad funcional de las instituciones sociales en la cuenca del río León y proponga una organización espacial diferente a la arquitectura hidráulica, esta vez según consideraciones de escala, interés y necesidad más específicos.

De acuerdo con Noel (2016), se reconoce el papel de las unidades domésticas por las actividades que satisfacen necesidades básicas de los individuos. Su expresión espacial puede incluir elementos arquitectónicos que, en el caso de Toribio, no fue posible hallar, pero que no son la fuente principal de su definición, ya que el contexto elemental de actividades de subsistencia es el criterio determinante (Douglass y Gonlin 2012). De este modo, los espacios de preparación y consumo de alimentos, como el documentado en el sitio en cuestión, se ajustan bien a este esquema interpretativo, que enfatiza el carácter de las áreas de actividad como espacios de reconocimiento, autodeterminación y distinción de los intereses y necesidades sociales al nivel más básico, y, así, modera la percepción regional del área de canales y camellones como un territorio homogéneo donde el orden social estuvo dictado por las hidrotecnologías y las relaciones culturales de mayor escala.

Por lo pronto, sometemos a consideración estas ideas como hipótesis de trabajo para comprender mejor las características socioculturales y las trayectorias de cambio y continuidad de las poblaciones constructoras de campos elevados en Urabá. Futuras investigaciones contribuirán a profundizar en estas y otras pesquisas, limitadas hoy por las tensiones sociales propias de un territorio de tránsito, historia y riquezas.

Agradecimientos

Nuestro más sincero reconocimiento a los pobladores de Barranquillita, especialmente a Adonice Mendoza, doña Betty, Díver Torres, Émerson Moreno y Luis Enrique Guzmán. Agradecemos también a los estudiantes del semillero de investigación Etnos, de la Universidad de Antioquia, por su apoyo en las tareas de campo y laboratorio. Igualmente, a los estudiantes del curso Métodos y Técnicas Arqueológicas del semestre 2019-02 por su apoyo durante la temporada de campo.

Anexos

Tabla 1. Resumen de características micromorfológicas en el suelo del corte

Microestructura: agregados y poros	Componentes gruesos inorgánicos de origen biológico	Componentes gruesos inorgánicos	Componentes gruesos orgánicos	Edaforrasgos
<p>Microestructura generalmente masiva y en algunos sectores granular (100 μm-200 μm), de muy baja pedalidad y sin acomodamiento.</p> <p>Dominan los macroporos estructurales (intrapedales) con un 5% de canales (300 μm), un 5% de vesículas (500 μm) y, en menor medida, cavidades (300 μm-1500 μm) en un 2% y fisuras (80 μm-1000 μm) en un 2%.</p>	<p>- Conchas de bivalvos y gasterópodos de 40 μm-200 μm (2%).</p> <p>- Conchas de braquiópodos de 100 μm (2%).</p> <p>A menudo con reemplazo parcial de sílice y óxidos.</p>	<p>- Opacos de 2 μm-100 μm (5%).</p> <p>- Cuarzo subangular y subhedral de 30 μm-200 μm (5%).</p> <p>- Óxidos amorfos (2%).</p>	<p>- Raíces con reemplazo de óxidos (<2%).</p> <p>- Tejidos vegetales (<2%).</p> <p>- Resinas (<2%).</p> <p>- Carbón vegetal (2%).</p>	<p>- Revestimientos e hiporrevestimientos de FeO (OH) en poros (15%).</p> <p>- Rellenos sueltos discontinuos de excrementos de termitas (2%).</p> <p>- Nódulos de oxidación fuerte y moderadamente impregnados (10%).</p> <p>- Intercalaciones entrelazadas y elongadas de FeO (5%).</p>

Límite grueso/ fino	Relación grueso/fino	Distribución relacionada	Micromasa PPL	Micromasa XPL
2 µm-5 µm	10/90	Porfírica abierta	Amarillo claro en unos sectores y rojizo en otros, de limpidez nebulosa, compuesta por arcilla silicatada y óxidos.	Posee fábrica-b cristáltica de limpidez nebulosa y moderada birrefringencia. Presenta colores de interferencia de primer orden.

Fuente: elaboración propia.

Tabla 2. Resumen de características micromorfológicas en el suelo del fogón

Microestructura: agregados y poros	Componentes gruesos inorgánicos de origen biológico	Componentes gruesos inorgánicos	Componentes gruesos orgánicos	Edaforrasgos
<p>Microestructura masiva en sectores claros y en bloques subangulares de 100 µm-200 µm, en sectores de apariencia oscura, de muy baja pedalidad y parcialmente acomodados.</p> <p>Poros intrapedales con un 10 % de canales (100 µm-300 µm), un 5 % de vesículas (500 µm), un 5 % de cavidades (300 µm-1500 µm) y un 2 % de fisuras (80 µm-1000 µm).</p>	<p>- Fragmentos de conchas de bivalvos y gasterópodos de 40 µm-200 µm (2%).</p> <p>A menudo con reemplazo parcial de FeO.</p>	<p>-Opacos de 2 µm-100 µm (5%).</p> <p>- Cuarzo subangular y subhedral de 30 µm-100 µm (10%).</p> <p>- Óxidos amorfos (2%).</p> <p>- Micrita 2 µm-50 µm (15%).</p> <p>- ¿Anfíboles? 50 µm (<2%).</p>	<p>- Fragmentos amarillos isotrópicos (¿resina?) (5%).</p> <p>-Restos de quitina (2%).</p> <p>- Tejidos vegetales parenquimáticos (15%).</p> <p>-Microsemillas (2%).</p> <p>- Carbón vegetal (20%).</p> <p>-Tejidos vegetales cuticulares (15%).</p>	<p>- Revestimientos de FeO (OH) en masa basal (20%).</p> <p>- Arcillas turbias (10%).</p> <p>-Nódulos de oxidación fuerte y moderadamente impregnados (15%).</p> <p>- Intercalaciones entrelazadas y elongadas de FeO (5%).</p>

Límite grueso/ fino	Relación grueso/fino	Distribución relacionada	Micromasa PPL	Micromasa XPL
2 µm-10 µm	10/90	Porfírica abierta	Amarillo claro en unos sectores, pardo oscuro y rojizo en otros, de limpidez nebulosa, compuesta por arcilla silicatada, ceniza carbonatada y óxidos.	Posee fábrica-b cristalítica en algunos sectores e indiferenciada en otros, de limpidez nebulosa y moderada birrefringencia. Presenta colores de interferencia de primer y tercer orden.

Fuente: elaboración propia.

Referencias

- Allison, Penelope.** 1999. Introducción a *The Archaeology of Household Activities*, 1-18. Routledge.
- Arana, Verónica.** 2015. “Análisis y valoración de los servicios de los ecosistemas de humedales asociados al río León (Urabá antioqueño - Colombia): su relación con el sistema hídrico subterráneo y con el bienestar humano”. Tesis de maestría en Evaluación Ambiental de Sistemas Hidrológicos, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.
- Arcila, Graciliano.** 1953. “Arqueología de Mutatá”. *Boletín del Instituto de Antropología* 1 (1): 7-64. <https://doi.org/10.17533/udea.boan.341325>
- Atkinson, David, Peter Jackson, David Sibley y Neil Washbourne, eds.** 2005. *Cultural Geography: A Critical Dictionary of Key Concepts*. I. B. Tauris.
- Bedoya, María del Carmen y María Eugenia Naranjo.** 1985. *Reconocimiento arqueológico en el litoral atlántico*. FIAN.
- Betancur-Vargas, Teresita, Daniel García-Giraldo, Angélica Vélez-Duque, Angélica Gómez, Carlos Flórez-Ayala et al.** 2017. “Aguas subterráneas, humedales y servicios ecosistémicos en Colombia”. *Biota Colombiana* 18 (1): 1-28. <https://doi.org/10.21068/c2017.v18n01a1>
- Binford, Lewis R.** 1980. “Willow Smoke and Dog Tails: Hunter-Gatherer Settlement Systems and Archaeological Site Formation”. *American Antiquity* 45: 4-20. <https://doi.org/10.2307/279653>

- Botero Páez, Sofía y Liliana Gómez Londoño.** 2010. "Arqueología de lo doméstico en Colombia". *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 24 (41): 242-282. <https://doi.org/10.17533/uidea.boan.7979>
- Botiva, Álvaro, Braida Enciso y Patricia Vargas.** 1987. "El Alto Sinú, 17 siglos de asentamiento ribereño, arqueología de rescate: Proyecto Hidroeléctrico del Alto Sinú Urrá I". Informe técnico inédito. Corporación Eléctrica de la Costa Atlántica e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Bourdieu, Pierre.** 1989. "Social Space and Symbolic Power". *Sociological Theory* 7 (1): 14-25. <https://www.jstor.org/stable/202060>
- Bracco Boksar, Roberto.** 2006. "Montículos de la cuenca de la laguna Merín: tiempo, espacio y sociedad". *Latin American Antiquity* 17 (4): 511-540. <https://doi.org/10.2307/25063070>
- Bray, Warwick.** 1991. "Cruzando el tapón del Darién: una visión de la arqueología del istmo desde la perspectiva colombiana". *Boletín Museo del Oro* 29: 3-51. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7037>
- Brusca, Richard y Gary Brusca.** 2005. *Invertebrados*. 2.^a ed. McGraw Hill; Interamericana de España.
- Bullock, Philip, Nina Fedoroff, Albert Jongerius, Georges Stoops y Tatyana Tursina.** 1985. *Handbook for Soil Thin Section Description*. Waine Research Publications.
- Capodiferro, Marco Rosario, Bethany Aram, Alessandro Raveane, Nicola Rambaldi Migliore, Giulia Colombo et al.** 2021. "Archaeogenomic Distinctiveness of the Isthmo-Colombian Area". *Cell* 184: 1706-1723. <https://doi.org/10.1016/j.cell.2021.02.040>
- Castillo, Neyla.** 1988. "Complejos arqueológicos y grupos étnicos del siglo XVI en el occidente de Antioquia". *Boletín Museo del Oro* 20: 16-34. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7165>
- Ceballos, Tulio y Nicolás Loaiza.** 2010. "Prospección arqueológica en el área de influencia de las obras de protección costera en los municipios de Arboletes, departamento de Antioquia y los Córdoba en el departamento de Córdoba". Informe técnico inédito. Corporación Académica Ambiental y Universidad de Antioquia.
- Courty, Marie Agnes, Paul Goldberg y Macphail Richard.** 1989. *Soils and Micromorphology in Archaeology*. Cambridge University Press.
- Cresswell, Tim.** 2005 "Moral Geographies". En Atkinson *et al.* 2005, 128-134.
- Dewing, Keith.** 2004. "Shell Structure and Its Bearing on the Phylogeny of Late Ordovician-Early Silurian Strophomenoid Brachiopods from Anticosti Island, Québec". *Journal of Paleontology* 78 (2): 275-286. <https://www.jstor.org/stable/4094876>
- Douglass, John G. y Nancy Gonlin.** 2012. "The Household as Analytical Unit: Case Studies from the Americas". En *Ancient Households of the Americas: Conceptualizing what*

- Households Do*, editado por John G. Douglass y Nancy Gonlin, 1-44. Colorado University Press.
- Escobar, Wilson.** 2016. “Programa de arqueología preventiva para la construcción de la variante Mellitos. Municipio de Necoclí: fase de rescate y monitoreo arqueológico”. Informe de arqueología inédito. Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Espinoza, Iván Darío y Luis Eduardo Nieto.** 1998. “Línea de interconexión a 230 kV. Cerromatoso-Urabá. Arqueología”. En *Arqueología en estudios de impacto ambiental*, 99-160. Vol. 2. ISA.
- Flórez-Correa, Saán, Sneider Rojas-Mora, Sergio Solari-Torres y Luz Fernanda Jiménez-Segura.** 2024. “Evidencias tafonómicas y biomoleculares de termoalteración y formación de los depósitos óseos de peces dulceacuícolas en el sitio arqueológico San Pedro de la Depresión Momposina, Colombia”. *Archaeofauna: International Journal of Archaeozoology* 33 (1): 41-62. <https://revistas.uam.es/archaeofauna/article/view/18651>
- García Sanjuán, Leonardo.** 2005. *Introducción al reconocimiento y análisis arqueológico del territorio*. Ariel.
- García-Valencia, Carolina, ed.** 2007. *Atlas del golfo de Urabá: una mirada al Caribe de Antioquia y Chocó*. Serie de Publicaciones Especiales de Invemar 12. Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (Invemar); Gobernación de Antioquia.
- Gómez Tapias, Jorge, Nohora Emma Montes Ramírez, Álvaro Nivia Guevara y Hans Diederix, comps.** 2015. “Mapa geológico de Colombia: escala 1:1 000 000”. Servicio Geológico Colombiano (SGC). <https://doi.org/10.32685/10.143.2015.935>
- Guzmán, Héctor y Jorge Ceballos.** 2001. *La difluencia del río León hacia el caño Tumaradó: región de Urabá*. Ideam.
- Harvey, David.** 1990. “Between Space and Time: Reflections on the Geographical Imagination”. *Annals of the Association of American Geographers* 80 (3): 418-434. <https://www.jstor.org/stable/2563621>
- Hoopes, John W. y Oscar M. Fonseca.** 2003. “Goldwork and Chibchan Identity: Endogenous Change and Diffuse Unity in the Isthmo-Colombian Area”. En *Gold and Power in Ancient Costa Rica, Panama, and Colombia*, editado por Jeffrey Quilter y John W. Hoopes, 49-90. *Dumbarton Oaks*.
- Hubbard, Paul.** 2005. “Space/Place”. En Atkinson *et al.* 2005, 41-48.
- IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi).** 2007. *Estudio semidetallado de suelos de las áreas potencialmente agrícolas: Urabá. Departamento de Antioquia*. Imprenta Nacional de Colombia.

- Ingold, Tim.** 2002. *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*. Routledge.
- Johnson, Allen y Timothy Earle.** 2003. *La evolución de las sociedades humanas*. Ariel.
- Johnson, Matthew.** 2000. *Teoría arqueológica: una introducción*. Ariel.
- LaMotta, Vincent y Michael B. Schiffer.** 1999. "Formation Processes of House Floor Assemblages". En *The Archaeology of Household Activities*, editado por Penelope Allison, 19-29. Routledge.
- Lefebvre, Henri.** 1991. *The Production of Space*. Blackwell.
- Linares, Edgar L., Carlos A. Lasso, Mónica L. Vera-Ardila y Mónica A. Morales-Betancourt.** 2018. *XVII. Moluscos dulceacuícolas de Colombia*. Serie Editorial Recursos Hidrobiológicos y Pesqueros Continentales de Colombia. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.
- Mendizábal, Tomás, Juan Guillermo Martín y Pourcelot Jean-Sébastien.** 2021. "Síntesis y apuntes hacia la definición de una secuencia cerámica del Gran Darién: mucho más que un puente terrestre". *Avances de la arqueología en Panamá*, editado por Juan Guillermo Martín y Tomás Mendizábal, 239-294. *Novo Art*.
- Mitchell, Don.** 2005 "Landscape". En Atkinson *et al.* 2005, 49-56.
- Nicosia, Cristina y Gerard Stoops.** 2017. *Archaeological Soil and Sediment Micromorphology*. Wiley Blackwell.
- Noel, Arturo.** 2016. "Las áreas de actividad en la unidad residencial prehispánica: propuesta de conceptualización para su clasificación, más allá de 'lo doméstico'". *Arqueología y Sociedad* 31: 43-63. <https://doi.org/10.15381/arqueolsoc.2016n31.e13292>
- Orozco, Carlos.** 2023. "Implementación del plan de manejo arqueológico para las intervenciones de las unidades funcionales 1, 2, 3 y 4 correspondientes al contrato de concesión No. 018 de 2015 Vía al Mar 2, que comprende la construcción, mejoramiento, rehabilitación, operación, mantenimiento y reversión de la concesión Autopista al Mar 2, en los municipios de Cañasgordas, Uramita, Mutatá y Dabeiba". Informe final inédito. Consorcio Autopistas al Mar 2.
- Orton, Clive y Michael Hughes.** 2013. *Pottery in Archaeology*. Cambridge University Press.
- Ospina-Hoyos, J. B., J. A. Palacio-Baena y L. F. Vásquez-Bedoya.** 2014. "¿Responden los micromoluscos a los cambios ambientales durante el Holoceno tardío en el sur del mar Caribe colombiano?". *Universitas Scientiarum* 19 (3): 233-246. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.SC19-3.rmca>
- Pardo, Mauricio.** 1987. "Regionalización de indígenas chocó: datos etnohistóricos, lingüísticos y asentamientos actuales". *Boletín Museo del Oro* 18: 46-63. <https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/bmo/article/view/7215>

- Piazzini, Carlo Emilio.** 2006. “De las artes de la memoria a la geopolítica de la memoria”. En *Escenarios de reflexión: las ciencias sociales y humanas a debate*, editado por Oscar Almario García y Miguel Ángel Ruiz, 115-134. Universidad Nacional de Colombia.
- Piazzini, Carlo Emilio.** 2020. *Entre Colombia y Panamá: arqueologías del Chocó norte*. Universidad de Antioquia.
- Piazzini, Carlo Emilio y David Escobar.** 2014. *Territorios y memorias arqueológicas de Urrao y Frontino*. Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia; Municipio de Urrao; Municipio de Frontino; Universidad de Antioquia.
- Piazzini, Carlo Emilio, William Posada, Clara Arango y David Escobar.** 2009. *Arqueología de Frontino: espacio, tiempo y sociedad en el noroccidente de Antioquia durante la época precolombina y colonial. Informe final*. Gobernación de Antioquia; Universidad de Antioquia; Banco de la República.
- Plazas, Clemencia, Ana Falchetti, Juanita Sáenz y Sonia Archila.** 1993. *La sociedad hidráulica zenú: estudio arqueológico de 2000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*. Banco de la República. <https://doi.org/10.2307/971824>
- Posada, William, Bibiana Cadena, Carolina González-Severiche y Estefanía Arroyave Flórez.** 2019. “El sistema de canales y camellones prehispánico del golfo de Urabá, noroccidente de Colombia: un reporte arqueológico y geográfico preliminar”. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales* 43 (169): 628-637. <https://doi.org/10.18257/raccefyn.856>
- Posada, William, Ivonne Marcela Castañeda-Riascos, Bibiana Cadena-Duarte, Sergio A. González-Avenidaño, Omaira Rosa Sierra-Arango et al.** 2023. “Ancient Water Management and the Evolution of the Late Holocene Wetlands: First Paleoecological Evidence from Prehispanic Raised Fields of Urabá, Northwestern South America”. *Journal of Archaeological Science Reports* 51: 104187. <https://doi.org/10.1016/j.jas-rep.2023.104187>
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff.** 1957. “Reconocimiento arqueológico de la hoya del río Sinú”. *Revista Colombiana de Antropología* 6: 31-149. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1790>
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff.** 1961. “Investigaciones arqueológicas en la costa pacífica: I. Cupica”. *Revista Colombiana de Antropología* 10: 237-330. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1805>
- Reimer, Paula, Austin William, Bard Edouard, Bayliss Alex, Blackwell Paul et al.** 2020. “The IntCal20 Northern Hemisphere Radiocarbon Age Calibration Curve (0-55 cal kBP)”. *Radiocarbon* 62 (4): 725-757. <https://doi.org/10.1017/RDC.2020.41>
- Relph, Edward.** 1976. *Place and Placelessness*. Pion.

- Restrepo Lotero, John Freddy.** 2015. “Prospección y reconocimiento arqueológico para el mejoramiento vial Caucheras-Belén de Bajirá (pr 0+000; pr 15+600 al pr 26+600) Belén de Bajirá-Riosucio (pr 28+300 al pr 53+000): municipios de Mutatá y Riosucio, departamentos de Antioquia y Choco”. Informe de arqueología inédito. Arqueonorte Servicios de Arqueología.
- Santacreu, Daniel Alberto.** 2014. *Materiality, Techniques and Society in Pottery Production: The Technological Study of Archaeological Ceramics through Paste Analysis*. De Gruyter Open. <https://doi.org/10.2478/9783110410204>
- Santos, Gustavo.** 1989. “Las etnias prehispánicas y de la Conquista en la región de Urabá”. *Boletín de Antropología* 6 (22). <https://doi.org/10.17533/udea.boan.341414>
- Stoops, Georges.** 2003. *Guidelines for Analysis and Description of Soil and Regolith Thin Sections*. Soil Science Society of America.
- Stuiver, Minze y Paula Reimer.** 1993. “Extended ¹⁴C Data Base and Revised CALIB 3.0 ¹⁴C Age Calibration Program”. *Radiocarbon* 35: 215-230. <https://doi.org/10.1017/S0033822200013904>
- Suescún, Juan Diego.** 2022. “Arqueología histórica en el municipio de Necoclí: olvido y despojo en la historia de la resistencia indígena en Urabá”. Tesis de grado en Antropología, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Trimborn, Herman.** 1953. “Dobaiba: diosa de las tormentas”. *Revista Universidad de Antioquia* 94: 261-274.
- Tuan, Yi Fu.** 1971. “Geography, Phenomenology and the Study of Human Nature”. *The Canadian Geographer* 15 (3): 181-192. <https://doi.org/10.1111/j.1541-0064.1971.tb00156.x>
- Vélez, Luis.** 2011. *Urabá prohibido para América: Abya Yala. ¡Proa al golfo... Rumbo Pisisí!* Diseño.
- Wilk, Richard R. y Robert McC. Netting** 1984 “Households: Changing Forms and Functions”. En *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group*, editado por Robert McC. Netting, Richard R. Wilk y Eric J. Arnould, 1-28. University of California Press.

Diálogos

.....

Diálogos

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2958>

Página 1 de 20

Tiempo y silencio

Time and Silence

Tempo e silêncio

Juan Manuel Echavarría

Fundación Puntos de Encuentro

juanm.echavarría@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0004-2457-7856>



Figura 1. La “O”. Mampuján, Bolívar, Colombia, 2010

Fuente: fotografía tomada por el autor.

1.º de septiembre 2024, La Candelaria, Bogotá

El 11 de marzo de 2010 fui invitado al viejo pueblo de Mampuján, corregimiento de los Montes de María, Bolívar. La comunidad conmemoraba los diez años de su desplazamiento por el grupo paramilitar Héroes de los Montes de María.

En una de las aulas de la escuela rural de Mampuján, abandonada, sin techos y con los pisos cubiertos por la vegetación, encontré un tablero y, a un lado, las vocales pintadas en la pared. Me llamó la atención su caligrafía y los colores de las letras. Estas parecían desplazarse del tablero: la *a*, la *e*, la *i* y la *u* eran legibles a pesar de la humedad y del abandono forzado...; la *o* se desvanecía. En la segunda aula, vi un tablero escondido entre mucha vegetación, desteñido y en muy mal estado. Dudé en fotografiarlo. Días después, al observar la fotografía con cuidado, descubrí que en ese tablero silencioso se asomaba una frase casi invisible: “Lo bonito es estar vivo”.



Figura 2. *Lo bonito es estar vivo.* Mampuján, Bolívar, Colombia, 2010

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Fueron estos tableros en el viejo pueblo de Mampuján los que nos impulsaron a buscar otras escuelas en los Montes de María, otras memorias que pudieran recuperarse antes de desvanecerse para siempre como esa o.

Durante trece años, Fernando Grisalez y yo encontramos en veredas y caseríos de los Montes de María, Caquetá y Chocó más de ciento sesenta escuelas abandonadas por la guerra. A algunos de estos lugares hemos regresado para profundizar en las historias de los campesinos de zonas tan apartadas y olvidadas, para fotografiar de nuevo las aulas con sus tableros calcinados. Volver a los lugares me enseñó que ver no es un acto inmediato... , ver es un proceso.

En estos recorridos siempre me acompañan mis diarios de viaje: fragmentos de mis pasos vividos en los que dejo algunas de sus huellas. Escribo para no olvidar.

26 de noviembre de 2011, Bogotá

¿Qué absorbí durante las cuatro horas que estuve en Las Palmas, en los Montes de María, Bolívar?

Vi un pueblo al que solo han retornado unas ciento veinte personas. Fue de cinco mil habitantes. Un pueblo que lucha por convertirse de nuevo en un lugar vivo.

Vi un pueblo muy adentro de los Montes de María. Un pueblo con una carretera imposible de lodo, con una escuela de siete aulas. ¿Fueron siete aulas o muchas más? Vi dos que nunca se llegaron a estrenar, la masacre lo impidió.

Vi una placa conmemorativa con los nombres de las personas asesinadas. Decía: “En conmemoración de los hechos ocurridos en Las Palmas”. Entendí que “los hechos” es un eufemismo, que nombrar el horror es todavía insoportable, la comunidad aún guarda un trauma colectivo.

Fotografié un tablero con una grieta de luz que lo partía en dos.

Vi su pequeña plaza, donde los paramilitares mataron a cuatro personas de la comunidad frente a los niños de la escuela; a todos los sacaron de sus clases para presenciar la matanza. Sentí la desolación y la tristeza que deja la guerra.



Figura 3. *Silencio con grieta.* Las Palmas, Bolívar, Colombia, 2011

Fuente: fotografía tomada por el autor.

29 de octubre de 2012, Las Palmas, Bolívar

Regresamos a Las Palmas. Varias veces nos atascamos en El Relámpago Azul, un jeep de los años setenta que rugía como un dragón. Pueblo abandonado, sin luz, olvidado. Algunos campesinos que habían retornado volvieron a irse.

Me dieron una guanábana, la más deliciosa. Ya conozco gente, no es la primera vez que vengo. Aquí tomé una fotografía de la placa conmemorativa con los nombres de las personas asesinadas en la masacre. Esa fotografía la guardan en la iglesia.

En este pueblo “está prohibido enfermarse”, me dijeron. No hay puesto de salud, no hay enfermeros, menos un doctor.

En esta visita nos acompañó Armando, quien de niño presencié la masacre de los paramilitares en la plaza del pueblo. “Cayeron dos primos míos”, dijo y no habló más. Él, joven, tímido, muy callado.

En Las Palmas tomé esa fotografía inolvidable que llamé *Silencio con grieta*.

Volvimos a visitar la escuela. Tenía bachillerato. Fue una escuela grande, bien construida. El pueblo fue muy próspero. Hoy está arruinado por la guerra. Algunos perros, algunas gallinas. Desolado. Triste. Un pueblo sin música. Solo el canto de un gallo.

Figura 4. *Silencio verde.*
Las Palmas, Bolívar,
Colombia, 2017

Fuente: fotografía tomada por el autor.



20 de diciembre de 2014, Las Palmas, Bolívar

Hoy día, el camino a Las Palmas está en mejores condiciones y el pueblo, finalmente, tiene la luz de una planta eléctrica.

En esta visita conocí a Carlos Vásquez. Todo un señor. Nos guió a la escuela que está devorada por la soledad.

El *Silencio con grieta* ya está en sus últimas. Le volví a tomar fotografías. ¡Este tablero me deja sin palabras!

El señor Vásquez nos contó cómo presencié la masacre perpetrada por los paramilitares en la pequeña plaza del pueblo:

Antes de asesinar se comieron un sancocho de gallina y después de comer empezó el horror. Sacaron a los niños a la plaza y empezaron a chocar dos *jeeps*. Un *jeep* de la comunidad y el otro de San Jacinto. Los conductores eran paramilitares. Se chocaban y yo ayudaba a levantar a los niños que se desmayaban. Después comenzaron a matar. Primero a un joven, luego a su mamá, luego a otro muchacho que suplicaba: “No me maten que soy inocente”. Después de asesinarlo, el comandante dio un paso sobre su cuerpo y dijo: “Inocente o culpable, ya está ahí”. Todo delante de la comunidad reunida a la fuerza.

Figura 5. *Silencio olvidado*. Las Palmas, Bolívar, Colombia, 2014
Fuente: fotografía tomada por el autor.



También cuenta Carlos Vásquez, señor pausado, fino, de unos sesenta y cinco años, que, cuando encontró en una de las calles del pueblo a su hijo, este corrió y se le tiró encima y, besándolo, le dijo: “Papi, papi, estás vivo”.

12 de marzo de 2017, Las Palmas, Bolívar

Regreso a Las Palmas después de unos años a visitar el *Silencio con grieta*.

El tablero se cayó en pedazos. En la fotografía queda la memoria de ese tablero inolvidable.

Pregunté por el señor Carlos Vásquez.

Me comentan: “El señor Vásquez falleció en noviembre, el 26 de noviembre del 2016”.

Sus vecinos me dicen que el señor Vásquez fue inspector de Las Palmas. Fue una persona muy querida en el pueblo. Tenía unos setenta años.

Aquí estoy en su tumba a ras de tierra. Sobre su lápida pongo un ramillete de flores moradas y pequeñas que llaman las siemprevivas.

Figura 6. *Silencio luctuoso*. Las Palmas, Bolívar, Colombia, 2017

Fuente: fotografía tomada por el autor.





Figura 7. *Silencio mustio*. Bayano, Bolívar, Colombia, 2011

Fuente: fotografía tomada por el autor.

1.º de agosto de 2011, Bayano, Bolívar

A Bayano se lo tragó el monte. Cuando llegamos no había nadie. Otro pueblo fantasma. En el 2001 la gente fue desplazada después del asesinato de unos campesinos.

Desde Arjona a Bayano el camino fue largo, difícil, lleno de barro y lejos, muy lejos. Llegamos en *jeep*. Doña Celestina, nuestra guía, oriunda de Bayano, no encontraba la escuela.

“¿La tumbaron?”, se preguntaba, mientras nos adentrábamos por caminos enmontados. Hacía calor, mucho bochorno, una humedad insoportable.

La escuela de tres aulas estaba detenida en el tiempo. Quieta. Desalmada. Embalsamada en su silencio, me esperaba.

15 de marzo de 2021, La Candelaria, Bogotá

Sobre Bayano:

En el 2011 visitamos esta vereda para conocer su escuela silenciada por la guerra. El jueves 11 de marzo, regresamos. Queríamos ver qué nos encontrábamos diez años después.

Un camino que se desprendía del pueblo de Arjona, en Bolívar, nos llevó una hora después a Bayano. Un camino de tierra y piedras. El paisaje quemado por un verano largo y feroz. No nos cruzamos con ningún campesino.

Con nosotros estaba doña Celestina, quien en el 2011 también nos había acompañado. Una mujer pequeña de setenta y tres años, su padre palenquero, su madre de La Guajira. Fue desplazada de Bayano en el 2003.

“Aquí hubo dos desplazamientos”, nos dijo, “el primero en el 2001 y luego en el 2003. Todos los campesinos salimos a pata como la garrapata”.

Figura 8. *Silencio yermo.* Bayano, Bolívar, Colombia, 2021

Fuente: fotografía tomada por el autor.





Figura 9. *Silencio insolado.* Bayano, Bolívar, Colombia, 2021

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Las tres aulas de la escuela estaban sin techo, cada una con su tablero: silencios calcinados. Una de ellas transformada en un corral con tres cerdos pequeños a pleno sol, sin agua, flacos y huérfanos, algunas mazorcas regadas por el piso. Sus chillidos, al vernos, fueron como quejidos. Abandonados y sedientos. Caían las doce del día, ardía el sol en la vereda, ¡me encendía por dentro!

Al regreso, quizás al vernos tan callados, doña Celestina nos sorprendió con sus décimas, sus rimas y sus dichos:

“Yo vengo de Santa Rita tocando mi guitarrita, el que se mete conmigo le meto mi lancita. Adivíname esa adivinanza”. Al vernos perplejos, nos dijo con una carcajada: “¡El mosquito!”.



Figura 10. *Silencio continuo*. Bayano, Bolívar, Colombia, 2021

Fuente: fotografía tomada por el autor.

“A mí me dijo Venejo arrancando una mata de yuca que el hombre cuando se pone viejo hasta el cuero se le chupa... Adiós señor Peña, lo tiene afuera y se le menea”.

“Eso, mi amigo, es para alegrar los corazones”, me dijo. Y durante el camino continuó con más dichos y más rimas. Con su risa torrencial, el alma me volvió al cuerpo.

13 de enero de 2011, Cartagena

Ir a Santa Fe de Icoatea, en los Montes de María, fue impresionante. Trochas que maltratan, huecos y más huecos. En el camino vimos algunos campesinos en sus mulas, pero allá arriba, en Santa Fe de Icoatea, ni una sola vivienda. Un paisaje bello, de una soledad que me impactó. Lejos, muy lejos, fuimos a pie...

La escuela de dos aulas es desgarradora. Sin techo, el monte, adentro, devorándola. Las vocales en las paredes aún son legibles.

Fotografié sus dos tableros, testigos del desplazamiento, lo único que queda. Sentí que a esta escuela nadie había llegado desde el 2002, cuando Santa Fe de Icoatea fue abandonado.

En esta escuela, la ausencia aún está presente.



Figura 11. *Silencio con sombras.* Santa Fe de Icoatea I, Bolívar, Colombia, 2011

Fuente: fotografía tomada por el autor.

31 de diciembre de 2013, Bogotá

“Después del desplazamiento de Santa Fe de Icoatea, sus pobladores fundaron Santa Fe de Icoatea II”, nos contó la profesora Luz Nellis, de María La Baja, cuando subíamos a conocer la escuela de esta verada, que un tiempo después también fue desplazada por los paramilitares.

Al llegar a la escuela, adentro, bajo un pedazo de techo, resguardado del calor, del sol, vi un burro abandonado, solitario, quieto, triste, cabizbajo. Nos miró, lo miramos. Se me iluminó todo. ¡Aquí había otro testigo!



Figura 12. *Una lección.* Santa Fe de Icoatea II, Bolívar, Colombia, 2013

Fuente: fotografía tomada por el autor.

La comunicación con este burro fue mutua e inmediata. Entré con la cámara y el trípode. El burro se desplazó hacia el centro del aula, cerca del tablero. Allí se quedó quieto, mirando a la cámara, muy quieto. Solo movía la cola y respiraba inflando y desinflando su barriga. Quieto. Como si entendiera que necesitaba fotografiarlo. Fue un momento absoluto e inesperado: el aula, el burro y el tablero.

Durante una eternidad, el burro cabizbajo, con su lomo cansado, miró a la cámara. Burro triste y fatigado, burro que nos habla, burro que nos pregunta y nos conmueve.

Al salir de la escuela, Gabriel Pulido, campesino de Mampuján, nos dijo: “Es muy probable que el burro traía a un niño y volvía por él a la escuela... el burro vuelve por ese niño que ya no está”.

2 de enero de 2014, Bogotá

Volvimos a Santa Fe de Icoitea por una trocha de piedra y tierra, larga y empinada. Lejos, muy lejos.

“La escuela está al frente de una bonga muy grande”, nos recordó un campesino al iniciar el camino.

La maraña se la tragó. Quedó tan escondida que, si no es por ese árbol majestuoso, no la hubiéramos encontrado.

Ese árbol frente a la escuela *vio* ese primer día en el que no volvió a entrar un solo alumno, una sola docente, una sola familia.

Él *vio* cuando a la escuela le dismantelaron los techos y le arrancaron las puertas, cuando el monte comenzó a devorar las dos pequeñas aulas, cuidadosamente decoradas con las letras del alfabeto, con los números del 1 al 10, con los signos del + y del -. Él es otro testigo.

Una docente debió pintar con colores alegres todos estos detalles en las paredes de esta escuela, que conmueven desde el instante en que uno entra en ella.

Dentro de la escuela todo estaba quieto. No se movía nada, ni una sola hoja. En esa maraña de hojas verdes, el calor, el sudor, el susto de pisar una culebra, pero nada, nada en absoluto me impidió sentir de nuevo esa energía para fotografiar esta escuela que volvía a romperme por dentro.



Figura 13. *Silencio jeroglífico.* Santa Fe de Icoitea I, Bolívar, Colombia, 2014

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Y esa luz fuerte que pegaba sobre las letras y los números, esa luz que iluminaba esas paredes muertas..., esa luz queda fija en mis fotografías y, con mis fotografías, esas paredes vuelven a vivir antes de que la maraña las devore, en poco tiempo, para siempre.

28 de febrero de 2016, Bogotá

Mi última visita a la escuela de Santa Fe de Icotea fue al regreso de San Cristóbal a Mampuján. La escuela está entre estas poblaciones.

Fue difícil entrar, el monte la devoró, tuvimos que abrir camino. ¡Ya es un cadáver! Los números, las letras del alfabeto, ya no se iluminan con sus colores, muere la voz de los niños, de las niñas, del docente... Las voces, antes iluminadas, ahora se desvanecen. En poco tiempo, la huella del silencio también se habrá desvanecido...



Figura 14. *Silencio Santa Fe de Icotea.* Santa Fe de Icotea I, Bolívar, Colombia, 2016

Fuente: fotografía tomada por el autor.

Un palimpsesto de la guerra entre vocales que se desvanecen

A Palimpsest of the War Among Fading Vowels

Um palimpsesto da guerra entre vogais que se desvanecem

Andrés F. Caicedo Sierra

Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, Argentina

anf.caicedo@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0006-7228-266X>



Alexander L. Fattal

University of California, San Diego, California, Estados Unidos

afattal@ucsd.edu

<https://orcid.org/0000-0001-8425-0215>

El conjunto de imágenes y textos que conforman el trabajo “Tiempo y silencio”, de Juan Manuel Echavarría, tiene una cualidad sinestésica, pues logra evocar múltiples sentidos a partir de un solo estímulo visual. En este sentido, resaltamos la centralidad del sonido, desde el *silencio* del título hasta las imágenes de vocales y números en espacios escolares que nos invitan a leer, incluso en voz alta, o a imaginar las voces de las infancias a las que originalmente estaban dirigidas. Más que un silencio, Echavarría señala un silenciamiento. Como observadores, presenciamos el desvanecimiento de las unidades básicas del habla en escuelas abandonadas, mientras que imaginamos cómo fueron habitadas en un pasado no muy lejano por filas de pupitres y primeras infancias.

Las dos temporalidades que se forman, la que nos muestra la imagen y el pasado que nos imaginamos, constituyen a “Tiempo y silencio” como un palimpsesto; un manuscrito que aún conserva las huellas de un texto que lo precedía

sobre la misma superficie. La multiplicidad de temporalidades va manifestándose a medida que leemos en orden las imágenes. La primera de la serie nos muestra unas vocales incompletas; la segunda enuncia casi imperceptiblemente “Lo bonito es estar vivo”, y la tercera irrumpe en la lectura lineal con una grieta en el medio del tablero que se extiende por todo el largo de la estructura escolar. Esa grieta se proyecta sobre nosotros, los observadores, y transforma nuestra mirada nostálgica en una de duelo sobre una herida. La pesadumbre va aumentando a medida que progresa nuestra lectura sobre las imágenes y los escritos de Echavarría, que describen las aulas como espacios “que nunca se llegaron a estrenar”, los tableros como “calcinados” o “en pedazos”, y una escuela como “desalmada” o “embalsamada en su silencio”. No obstante, el palimpsesto se forma a medida que en el relato se filtran matices, así como la hierba se va filtrando en las ruinas. Por ejemplo, para Echavarría la grieta es una “grieta de luz” y en las aulas, llenas de trauma y ausencias, se divisan algunos gestos de vida —vegetación nativa y animales— que lentamente rehabetan esos espacios al paso que la muerte se desvanece y se vuelve polvo.

La dualidad entre la vida y la muerte también se manifiesta como ausencia y presencia, o en silencios y sonidos de infancias, lo que hace de “Tiempo y silencio” un trabajo con múltiples capas de sentido. La misma cualidad dual caracteriza las entradas del diario de Echavarría. Podríamos inferir que la palabra no logra procesar esos escenarios de violencia, sobre todo cuando en las imágenes vemos palabras desvaneciéndose, las bases del lenguaje en ruinas y leemos a Echavarría diciendo: “¡Este tablero me deja sin palabras!”. Sin embargo, es justamente la capacidad de escribir su silenciamiento o fotografiar esos rastros del lenguaje la que manifiesta un acto de resistencia al tiempo y al abandono. Echavarría presenta sus escritos como ejercicios “para no olvidar” y vuelve en ocasiones a los mismos espacios para sumarle una imagen más y un relato discursivo a la memoria colectiva. Incluso dentro de sus textos encontramos reproducciones de voces que no son la suya, textos orales de sobrevivientes y testimoniantes que, como logran hacerlo para Echavarría, nos vuelven “el alma al cuerpo”.

La relación entre imagen y texto en “Tiempo y silencio” responde a que “detrás de cada tablero hay una historia de violencia”, palabras que le dice Echavarría (2020) a la comisionada de la verdad Lucía González hablando sobre su trabajo. Los proyectos de Echavarría consisten en acciones testimoniales y de denuncia de una guerra que los colombianos de las urbes no hemos podido ni querido afrontar. Las imágenes de la guerra, que abundan en formatos documentales y en la televisión, son difíciles de ver y de reconocer como parte de una historia propia.

En respuesta a ello, Echavarría encuentra que su obra es útil para confrontar esa guerra, al menos de forma indirecta. En la misma entrevista con la comisionada, él interpreta sus imágenes de aulas y tableros por medio del mito de Perseo y Medusa. Según el mito, el guerrero semihumano Perseo debe combatir a Medusa, mujer monstruo que, si se mira de forma directa a los ojos, petrifica a quien la contempla, pero que, si se mira indirectamente, a través de una superficie espejada, puede ser derrotada. Es decir, Echavarría encuentra en sus imágenes una capacidad de ser espejos del monstruo de la guerra que nosotros, los Perseos, podemos confrontar y combatir sin petrificarnos.

Dicho esto, nos parece importante señalar que tanto el trabajo “Tiempo y silencio” como el mito de Perseo y Medusa permiten lecturas que van más allá de las presentadas por Echavarría¹. Su uso alegórico del mito helénico replica la interpretación tradicional del relato: un hombre valiente que enfrenta a un monstruo violento y triunfa sobre él por medio de un ingenioso artilugio. No obstante, interpretaciones revisionistas del mito hacen una lectura más matizada. Perseo, semidios castigado por un rey, es enviado a probar su valía asesinando a Medusa, una mujer que, después de ser víctima de la violencia sexual de Poseidón, fue castigada y marginada por la diosa Atenea (Knittel y Goldberg 2020, XVI-XVIII). El mito, leído desde esta perspectiva, relata cómo las víctimas son conducidas a violentarse una y otra vez entre sí, mientras que los verdaderos perpetradores parecen exentos de responsabilidad. La alegoría mitológica sigue siendo pertinente para el caso colombiano, aunque no bajo la misma lógica expuesta por Echavarría. La guerra en Colombia, en gran medida, es perpetuada por sujetos que también han sido violentados en el pasado: guerrilleros, soldados y paramilitares que suelen relatar cómo la guerra los despojó de parte de su vida y los obligó a actuar bajo órdenes de perpetradores que habitualmente no son el foco de atención. Tanto el mito como el trabajo de Echavarría dan cuenta de una historia más compleja que no trata solo de una confrontación armada, sino de una escala de matices de la guerra que es difícil de divisar.

“Tiempo y silencio” tiene un carácter testimonial y de denuncia fundamental para los actuales procesos de esclarecimiento histórico y una pretendida justicia transicional para la paz. Los afectos y las experiencias de las víctimas, mediados de múltiples formas por Echavarría, demandan ese tipo de enfoque. Este trabajo no solo tiene la intención de cumplir con una función historiográfica, sino que también

1 Esta alegoría es un recurso común en el análisis visual de la guerra en Colombia. Véanse Yepes Muñoz (2014), Adarve-Zuluaga (2015) y Bonilla Vélez (2018).

plantea la construcción de una memoria colectiva útil para la reparación. Es por eso que nos gustaría mencionar lo siguiente: otro valor enorme de este ensayo visual es el de poder apreciar cómo el paso del tiempo y del silencio permite que un espacio sea rehabilitado por otras formas de vida. Lo que subyace en estas imágenes de abandono es una tierra que, a pesar de lo vivido, permite *que la vida vuelva*. De manera similar al relato de la profesora Luz Nellis, reproducido por Echavarría, sobre cómo Santa Fe de Icoateca II fue refundado bajo el mismo nombre después de que sus habitantes fueron desplazados por paramilitares, las imágenes y los textos de “Tiempo y silencio” señalan una capacidad de resistencia y de reemergencia². La imagen titulada *Silencio mustio* es ilustrativa de este fenómeno: el tablero abandonado es abrazado por la vegetación nativa que, al cubrir las ruinas, no solo desvanece una estructura violentada, sino que también ayuda a sanar esa herida. Tal vez es demasiado pronto para ver estas imágenes con esos ojos, pero esperamos que en algún futuro —quizás cuando un joven fotógrafo de los Montes de María vuelva al mismo sitio— podamos ver la vida que inevitablemente ya emerge, volverá a emerger y seguirá emergiendo en los espacios de “Tiempo y silencio”.

A modo de cierre, nos gustaría pensar a futuro (o al menos en un presente inmediato), ya que “Tiempo y silencio” trabaja múltiples temporalidades. Si para Echavarría “ver es un proceso”, nos preguntamos de qué formas se le ha revelado la reemergencia de la vida que señalamos en el transcurso de sus catorce años fotografiando aulas, un marco temporal paralelo a diversos procesos de memoria y reparación. Aunque el tono que tienen sus entradas de diario suele enfocarse en el dolor, en la denuncia y en hacer un llamado a la reflexión a su público urbano, ¿esto solo se ha fortalecido con el tiempo o hay una lectura más reivindicativa para hacer en la actualidad? ¿Cuáles son las otras lecturas o funciones que cumplen estas imágenes para las comunidades mismas? Y ¿de qué forma nos ayudan estas imágenes a proyectar futuros diferentes?

2 El caso de Luz Nellis y la escuela de Santa Fe de Icoateca continúa consolidándose como un símbolo de resistencia en el territorio. Su apoyo mediático se puede consultar en los perfiles de Luz Nellis escritos por Paola Villamarín (2021) o Tatiana Escárraga (2023).

Referencias

- Adarve-Zuluaga, Paola.** 2015. “Facing Medusa: (Intimate) Art and Resistance in the Colombian Armed Conflict”. Tesis de doctorado, University of British Columbia.
- Bonilla Vélez, Jorge Iván.** 2018. “El reflejo de Medusa: fotografía, política de la imagen y barbarie en Colombia”. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Colombia.
- Echavarría, Juan Manuel.** 2020. “Nombrar lo innombrable: conversaciones sobre arte y verdad”. Entrevistado por Lucía González. Video de YouTube publicado por Comisión de la Verdad el 28 de mayo. https://www.youtube.com/watch?v=oCB_ijs_2YY&ab_channel=Comisi%C3%B3ndelaVerdad
- Escárrega, Tatiana.** 2023. “Luz Nellis Camacho Berrío: el renacer de un pueblo”. *El País*, 6 de diciembre. <https://elpais.com/america-colombia/branded/los-lideres-de-colombia/2023-12-06/luz-nellis-camacho-berrio-el-renacer-de-un-pueblo.html>
- Knittel, Susanne C. y Zachary J. Goldberg, eds.** 2020. *The Routledge International Handbook of Perpetrator Studies*. Routledge.
- Yepes Muñoz, Rubén Darío.** 2014. “El escudo de Atenea: cultura visual y guerra en Colombia”. *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas* 9 (2): 23-43. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.mavae9-2.eacv>
- Villamarín, Paola.** 2021. “La maestra que encontró la tierra prometida en los Montes de María”. *Consejo de Redacción*, 14 de diciembre. <https://consejoderedaccion.org/sello-cdr/investigacion/la-maestra-que-encontro-la-tierra-prometida-en-los-montes-de-maria/>

La fotografía como historia sedimentada

Photography as Layered History

A fotografia como história sedimentada

Óscar Pedraza

King's College, University of London, Londres, Reino Unido

oscarpedra@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-2810-0332>



La fotografía es un proceso técnico determinado por la luz. La máquina registra figuras definidas por la relación que se establece entre la luz y los objetos. Dependiendo de la configuración técnica, una cámara permite que la luz ingrese por un tiempo determinado y entre en contacto con la película o el sensor, lo que crea la fotografía. Las fotografías juegan con esas condiciones técnicas para generar la sensación de movimiento o captar el cosmos, por poner dos ejemplos. Sin embargo, en principio, una cámara registra el mundo de acuerdo con el tiempo en que la luz forma la figura que se vuelve fotografía.

Hay condiciones en las que la fotografía está definida por el instante que registra. Es decir, por esa centésima de segundo en la que se captura un movimiento. La foto de la chilena de Peter Crouch, jugador del Liverpool, en el partido contra el Galatasaray en 2006; la imagen inmediatamente anterior a la ejecución del militante del Vietcong; las múltiples fotos de los alrededores del Palacio de Justicia en 1985; la imagen del paramilitar encapuchado que guía a las fuerzas del Estado en la Operación Orión, de 2002, en Medellín: cada una de ellas registra un instante; una fracción de segundo en la cámara permite que entre la luz y se forme una figura.

Me gusta la manera en que Ariella Azoulay (2008) nos invita a relacionarnos con la fotografía. Para ella, una imagen no es una relación unidireccional (el fotógrafo que impone su mirada y su estética sobre todo lo demás) o la simple

dislocación geohistórica del evento registrado (es decir, una imagen de un lugar y un dolor remoto para acompañar el desayuno antes de ir a trabajar). Para Azoulay, la fotografía es fundamentalmente un lugar de encuentro; mejor, un lugar de encuentro político, que también es una forma de decir que la imagen puede ser siempre un terreno de disputa entre quien toma la foto, lo que ella registra y la audiencia que la observa. Esa manera de entender la fotografía busca redefinir la relación entre las partes que la componen y llevarla siempre al presente en que es observada. Dicho de otro modo, es una forma de distribuir la agencia política entre las diferentes partes que se relacionan con la imagen. Añadiría que, en esa medida, también es un encuentro entre temporalidades y una invitación a relacionarse con lo que no se encuentra en la foto. Creo entonces que puedo dividir este comentario en dos partes: la primera concierne al tiempo; la segunda, a lo que escapa formalmente de la imagen.

Sobre el tiempo

En el trabajo de Echavarría, los tiempos emergen de manera simultánea e invitan a pensar la imagen más allá de lo que registra, para considerar la formación material de la escena registrada. Es decir, a pensar el devenir en el tiempo de los objetos y el ambiente fotografiado y a relacionarse con ellos desde el presente en que se observa. Entre el evento de violencia destacado por el abandono y el presente de la observación se desarrollan múltiples procesos políticos que, en diferentes formas, son registrados por las paredes que se agrietan, las letras que se desvanecen y los salones que lentamente son consumidos por la tierra.

Pero si la fotografía es un lugar de encuentro, ¿con qué momento del tiempo nos enfrentamos exactamente en estas imágenes? Cuando la fotografía de un evento de violencia se encuentra con el público, es el evento mismo el que emerge y se enfrenta con el presente de quien lo observa. Incluso, en las imágenes de la destrucción (la famosa foto del bombardeo de Dresden es un ejemplo) que registran el efecto posterior al evento que la generó, la imagen implica una relación entre el evento, su efecto sensible y el presente. Sin embargo, en las de este ensayo, no es un tiempo o una secuencia lo que opera, lo que parece mostrarse para ser capturado, sino la granularidad del tiempo sedimentado que afecta materialmente los objetos de la imagen.

En *Silencio con grieta* el tablero está partido por la mitad. Realmente, la pared y en esa medida el salón están partidos. Ni mandado a hacer, diría mi mamá. La imagen es poderosa por muchas razones: porque es una pared, porque es un tablero, porque hay una grieta violenta que puede ser una metáfora de muchas cosas. Solo

por la imagen no es posible saber, sin embargo, la razón de esa fractura. Pero también está el tablero corroído por el tiempo. En su parte superior izquierda vemos una *o*. Bajo la vocal, hay algo que parece ser una *e*, pero que también puede ser algo aleatorio. La *o* sobrevive a la corrosión de la superficie del tablero, de alguna manera escapando al resquebrajamiento de la pintura verde, a la victoria progresiva del ambiente sobre el material que compone la superficie. Como dice el autor —refiriéndose a otra de sus fotos—, es posible imaginar el tiempo de escritura de esa vocal.

En la parte superior derecha de la pared hay otra grieta, más pequeña y horizontal, que se abre paso, tal vez, buscando alcanzar la grieta central. Esta segunda grieta es un proceso en formación, no una ruptura definitiva, como sí lo es la principal. En el punto más lejano del centro, la grieta está más abierta. En el suelo hay más grietas que también se conectan con la pared en la que está el tablero. La tierra está acumulada a los pies de la pared. En su conjunto, este complejo de letras, grietas, corrosión y rupturas es la conjunción de diferentes tiempos que se encuentran en disputa y lento movimiento. A pesar de lo que pudiéramos pensar, la imagen no captura un instante, sino un proceso en desarrollo, una disputa entre temporalidades y materia, tal vez una forma de violencia lenta que invita al registro en un instante, pero que se niega a mostrarse en su totalidad.

De lo que no se ve

Por supuesto, esta imagen, además del devenir de las temporalidades en disputa, también contiene la muerte y el horror, pues de alguna manera son su condición de posibilidad. Sin embargo, el evento, el instante como tal, no está registrado. Esto no es poco común. Aunque existen, las imágenes del momento exacto del horror de la guerra no son la regla en Colombia. Tal vez sea una de las razones por las que acontecimientos como la toma del Palacio de Justicia o la Operación Orión tienen tal relevancia. Tenemos, al menos, evocaciones visuales del desarrollo de los dos eventos. En todo caso, además de que ambos sucedieron en escenarios urbanos —lo que seguramente facilitó el acceso y el registro—, no hay demasiadas imágenes que capturen el momento exacto de la muerte.

El registro de los efectos de la guerra es más generalizado. Desde las imágenes de la destrucción que producen los combates, con las marcas de las balas en las paredes y las ventanas, hasta las del desplazamiento, el duelo y los cuerpos inertes. Imágenes de dolor, llanto y desgarramiento, de desolación en los rostros. Pero el seguimiento de estos eventos depende generalmente del ciclo de noticias, lo que

implica una comprensión lineal de la historia, aunque haya momentos para volver, casi siempre en fechas de conmemoración.

En el ejercicio de Echavarría hay, sin embargo, la posibilidad de otra forma de volver. Si, como sugerí antes, en el registro del tiempo en la materia desgastada la historia sedimentada hace presencia, es posible considerar que la imagen evoca no solo el instante, sino también lo que no se ve, lo que existe más allá de ella, por fuera del encuadre y en la proyección del tiempo. Si la fotografía de la guerra, de alguna manera, nos ha acostumbrado al registro del evento, ya sea en su forma espectacular del instante de violencia o del momento inmediato de destrucción, duelo y desolación, es posible que estas imágenes también registren todo lo que las desborda, pero que, curiosamente, es el principio definitivo de su composición.

Hay un término que se ha utilizado mucho para analizar la violencia ambiental: *violencia lenta*, acuñado por Rob Nixon (2011). Su idea es que la violencia humana es espectacular y deja una marca definida en el tiempo, mientras que la violencia ambiental escapa al registro porque se despliega lentamente en el tiempo y, en esa medida, es usualmente imperceptible. Soy de los que cree que, aunque útil, dicha distinción reafirma una distinción entre lo humano y el ambiente que, al final, termina por ser problemática. En la guerra también hay violencia lenta. Un evento de violencia se despliega en el tiempo, aun cuando deje una marca temporal definida. La desaparición forzada es un ejemplo de eso. Estas imágenes, que además conjugan la relación entre la guerra y el ambiente, son otro. De ahí que, como lugar de encuentro político, contengan la posibilidad de preguntarse por lo que existe más allá de ellas, por el proceso que llevó al presente que registran y no solo al instante extraordinario de la muerte.

Referencias

Azoulay, Ariella. 2008. *The Civil Contract of Photography*. Zone.

Nixon, Rob. 2011. *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Harvard University Press.

Lo que queda allí: las fotografías de Juan Manuel Echavarría

What Remains There: The Photographs of Juan Manuel Echavarría

O que resta ali: as fotografías de Juan Manuel Echavarría

María Eugenia Ulfe

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú

mulfe@pucp.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-2749-1036>



Un índice muestra una relación, digamos de proximidad real, si seguimos a Peirce (1986), que puede ya haberse dado con el objeto. Un ejemplo es escuchar el ruido de un motor y tener la sensación de que un automóvil se acerca; otro, mirar humo y asociarlo directamente con fuego. El índice da cuenta de una huella que, como una marca, activa una asociación. En las fotografías de Juan Manuel Echavarría encontramos algunos elementos, como los tableros o pizarras, que funcionan como índices, ya que dan cuenta de que en esos lugares hubo un salón de clase, hubo una escuela, se impartía conocimiento. ¿Qué papel tuvo este conocimiento? Es decir, estas fotografías describen una temporalidad y una función en el espacio social; nos proveen una historia, un pedacito de historia en una localidad invadida de verde.

Pero también muestran el exceso de lo que se vuelve visible ante el desgarramiento de la imagen misma, lo que queda como resto y es atrapado en el lente de la cámara. Lo que queda allí. La letra como testigo, la pared levantada, el vacío que tiene tanta memoria. Una *o* es al mismo tiempo un mundo en sí mismo; concatenada con otras letras construye palabras y significados, narra experiencias y vivencias profundas, como el dolor, y sensaciones, como el olor. La muerte tiene un olor penetrante. ¿Cuántas cosas podemos decir con *o*? ¿Cuántos mundos son posibles con *o*?

Los Montes de María son una cadena montañosa, una región de bosque seco tropical cerca de la costa del Atlántico de Colombia. Devastada por el paramilitarismo —por las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), principalmente—, esta región es el escenario de un subcaso del macrocaso 08 de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP 2024)¹, que corresponde a crímenes cometidos por la fuerza pública, agentes del Estado en asociación con grupos paramilitares o terceros civiles en el conflicto armado. Las AUC y las ACCU se enfrentaron por el control del territorio. Se dice que entre 1996 y el 2003 hubo cuarenta y dos masacres de población civil en la región (“El silencio” s. f.). Parece que era una ruta de mucho tránsito y de haciendas y ganado. Hubo una enorme cantidad de asesinatos, desplazamientos y desapariciones forzadas.

La imagen de la escuela connota un sistema de educación formal, que bien pudo ser instalado por el Estado o la comunidad. Sus vestigios quedan como una presencia casi fantasmal, como la materialidad de algo que hubo. Son escombros que, como señala Gordillo, “conllevan una crítica a la ideología de la ruina y ven las ruinas como la sedimentación de procesos de violencia y declinación antes que como objetos de contemplación” (2018, 25). El mismo autor habla del escombro como de la edificación derruida. Las pizarras o los tableros parecen haber sido dejados como rastros materiales de la propia guerra, de la violencia. Quedan como un nodo, una ruina, siguiendo a Latour (2013, 78), en la que convergen los restos humanos de quienes —nos imaginamos— usaron esos tableros con la vegetación creciente que comienza a ocuparlos. Lo que no se corresponde es la temporalidad. Hierba y humanos ocuparon este espacio en momentos distintos que son como capas sobrepuestas de él mismo. Se requeriría una biografía del lugar para conocer cómo fue su trayectoria, para saber qué hubo allí, qué sucedió y llenarlo de voces y recuerdos.

De alguna forma, la hierba crece y va tomando poco a poco el espacio; los animales que por ahí transitan también se lo apropian. Hierba, animales y no-humanos muestran que el espacio puede tener usos distintos y dar lugar a otras formas de relacionamiento. Lo dotan de una nueva significación y configuran una composición distinta que quedará atrapada en el juego de luz que produce la imagen y que da cuenta de su historia. Quizás también son testigos que quedan y que son

1 Recomiendo que se revise la hoja de datos del caso, que contiene las cifras y la descripción de los crímenes perpetrados que son materia de investigación, información sobre los territorios críticos, entre los que se destacan los Montes de María, y análisis sobre los patrones criminales (JEP s. f.)

parte de esas capas de violencia. El exceso de la hierba cubre como un manto el enmarañado pasado y a quienes por ahí anduvieron. Señala que sucedió algo y el silencio que deja el espacio vacío. Tal vez se trataba de la mejor pared, aquella destinada a sostener el tablero. Esa es la única que queda en pie.

Ocurre, asimismo, un desplazamiento de la significación entre la nueva ocupación y lo que queda de la anterior. Ese es, también, el desplazamiento de las tantas personas que pasaron por ahí, de las maestras y los maestros, de las niñas y los niños, de los padres y las madres.

La guerra se lleva todo a su paso, pero deja sus rastros. Deja hondos vestigios y huellas. Las imágenes de Juan Manuel Echavarría nos acercan a estos rastros y nos invitan a trazar sus biografías, sus trayectorias, a plantearlas a partir de las vocales que quedan, como la *o*. La imagen es, igualmente, una materialidad que impregna de significado, imaginario y afecto a quienes la vemos. ¿Dónde están esas niñeces de los Montes de María? ¿Dónde quedaron las historias particulares? La imagen se convierte en el testigo que da cuenta de lo sucedido. En ese vacío ocupado por tantas memorias e historias por venir, estas son lo que queda y lo que va dándose, enmarañándose en la hierba.

Referencias

- Gordillo, Gastón.** 2018. *Escombros del progreso: ciudades perdidas, estaciones abandonadas, soja y deforestación en el norte argentino*. Siglo XXI.
- JEP (Jurisdicción Especial para la Paz).** 2024. “Caso 08: crímenes cometidos por la fuerza pública, agentes del Estado en asociación con grupos paramilitares, o terceros civiles en el conflicto armado”. <https://www.jep.gov.co/macrocasos/caso08.html#container>
- JEP (Jurisdicción Especial para la Paz).** S. f. “Hoja de datos caso 08”. <https://www.jep.gov.co/macrocasos/caso08.html#container>
- Latour, Bruno.** 2013. *Investigación sobre los modos de existencia: una antropología de los modernos*. Paidós.
- Peirce, Charles Sanders.** 1986. “Ícono, índice, símbolo”. En *La ciencia de la semiótica*, 45-62. Nueva Visión.
- “El silencio de las gaitas”.** S. f. Coljuristas. <https://coljuristas.org/elsilenciodelasgaitas/index.html>

Respuesta

<https://doi.org/10.22380/2539472X.3034>

Página 1 de 4

Respuesta a los comentarios

Response to the Commentaries

Resposta aos comentários

Juan Manuel Echavarría



Agradezco profundamente a la *Revista Colombiana de Antropología* y a su editor, Vladimir Caraballo Acuña, por la invitación a participar en esta edición. Agradezco también a los comentaristas, María Eugenia Ulfe, Óscar Pedraza, Andrés F. Caicedo Sierra y Alexander L. Fattal, por sus atentas lecturas al ensayo visual “Tiempo y silencio”.

La invitación de la revista no pudo llegar en un momento más oportuno. El 7 de marzo de 2023, visitamos la escuela de la vereda El Limón, en el departamento de Sucre. Según nos contó Alberto, un campesino que luego de años de destierro retornó a la vereda, este lugar era usado por el ejército para dormir, razón por la cual la guerrilla había decidido minarlo. Según nos dijo, al explotar, el sonido se había escuchado hasta en las veredas vecinas. La fotografía del tablero de la escuela, que llamé *Silencio enmarañado*, es la última imagen de este proceso artístico; el ruido que se oculta en esa imagen finaliza la serie.

El final de este proceso y los comentarios recibidos me invitan a *volver a mirar*, no solo desde la distancia que imponen los dos años que han pasado tras su finalización, sino desde las preguntas que los comentaristas me proponen. Intentar responder, continuar este diálogo, es una manera de visitar *Silencios* (Echavarría 2010 [2015]).

Este proyecto fue un trabajo de investigación de trece años que contó con la colaboración de Fernando Grisalez. En mi obra, busco desarrollar procesos de largo aliento para profundizar y aprender. Con mi equipo de trabajo —pues no soy un artista solitario— recorrimos territorios rurales como Montes de María, Caquetá y

Chocó. Encontramos más de ciento sesenta escuelas abandonadas por la guerra. Llegar a cada una de ellas implicó hacer un camino en compañía de guías que hoy son nuestros amigos: campesinos, víctimas y excombatientes. Mientras caminábamos, escuchábamos relatos sobre lo que había pasado en estos lugares. Nos detuvimos ante árboles majestuosos que, como el caracolí, la ceiba, el zapato o el caucho, no alcanzaban a ser abarcados por el abrazo de diez personas. Nos detuvimos también a escuchar el sonido de la naturaleza; nos sorprendimos con el yacabó, un ave que, según nos contaron, anuncia la muerte con su canto. En mis diarios de viaje escribí fragmentos de lo que veía y escuchaba para recordar y no olvidar. Caminar, escuchar, escribir y fotografiar son verbos que componen mis imágenes.

Algunas de estas escuelas fueron construidas por las juntas de acción comunal de las veredas, como la de Los Negros (*Silencio roto*) o la de Bajo la Palma (*Silencio encajonado*). Comprendimos que no solo eran espacios de enseñanza, sino lugares de encuentro comunitario. Por ejemplo, en la escuela de Nueva Jerusalén (*Silencio doble*) se celebraban primeras comuniones y matrimonios. Sin embargo, supimos también que fueron usadas para reclutar a los niños y las niñas en territorios donde el Estado está ausente y las agrupaciones armadas ejercen control. Xiomara, excombatiente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y guía de nuestros caminos, nos contó cómo fue arrancada del aula de la escuela de Chalán (*Silencio inquieto*). Vimos también cómo la de Bajo Grande, Bolívar (*Silencio armado*), nos recibía con la ocupación de la infantería de marina; en su tablero leímos una orden militar: "Velazco asegure el kit de explosivita". En la escuela de la vereda El Aceituno (*Silencio mutilado*) nos esperaba un pedazo de tablero colgando de la única pared en pie. En la de la vereda Cachipay encontramos el tablero despedazado en el suelo (*Silencio minado*). Las escuelas fueron lugares de celebración, primero; luego, espacios en los que habitó la guerra.

Silencios inició en el viejo pueblo de Mampuján, por la invitación de las Tejedoras de Mampuján, a quienes habíamos conocido años antes. Ellas nos guiaron a las primeras escuelas: Caño Limón (*Testigo limón*), Munguía (*Silencio muerto*), Santa Fe de Icoatea (*Silencio con sombras*). Así entramos a los Montes de María. Habían pasado diez años del destierro de Mampuján; el tiempo había transcurrido y dejaba sus huellas en la piel de los tableros de las escuelas abandonadas. El tiempo pinta, decía el pintor español Francisco de Goya; sus palabras resonaban en mí al encontrar tableros de color naranja (*Silencio naranja*), azul (*Silencio sumergido*), rojo (*Silencio rojo*) y blanco (*Silencio blanco*). Algunas veces, al entrar a una escuela abandonada, las letras y los números pintados me hablaban; en esos gestos de cuidado y belleza escuchaba la voz de los niños y sus docentes.

El paso del tiempo ha permitido que las escuelas sean rehabilitadas de diversas maneras. A lo largo del camino encontramos terneros (*Testigo limón*), burros (*Una lección*), gatos (*Testigo gato*), cerdos (*Silencio insolado*), patos (*Testigo pato*) y otros animales. También, escuelas convertidas en depósitos donde los campesinos retornados almacenan tabaco (*Silencio tabaco*), arroz (*Silencio colgado*), maíz (*Silencio dorado*), ñame (*Silencio trampa de ratón*) y más productos de la región. Otras escuelas se han transformado en viviendas de campesinos que vivieron múltiples desplazamientos forzados, como la del kilómetro 25 (*Silencio azul*), la de Caña Fría (*Silencio cobijado*) o la de Chengue (*Silencio político*), rehabilitada por la hamaca, el ventilador y las chanclas de Juan Carlos, que ahora la habita.

Desde que en mi estudio en Bogotá descubrí aquella frase, casi ilegible, escrita en el tablero de una de las aulas de la escuela del viejo Mampuján —“Lo bonito es estar vivo”—, sentí una profunda curiosidad por lo que quedó escrito en los tableros de las escuelas abandonadas. Aún hoy me pregunto quién pudo escribir esas palabras. La población de Mampuján fue desplazada, pero ninguno de sus miembros fue asesinado. Solo en un pueblo donde no hubo masacre, alguien pudo haberla escrito. Tal vez esta frase sea una voz colectiva, la voz del pueblo.

Con la serie fotográfica *Retratos* (Echavarría 1996 [2015]), empecé a investigar la violencia en Colombia a través de la metáfora y el símbolo en el arte. Desde entonces, la misma pregunta me ronda: ¿cómo representar la violencia? En mi recorrido me ha acompañado el mito griego de Perseo y Medusa, que, como todos los mitos, está destinado a ser reinterpretado y actualizado. Perseo, en su misión de cortarle la cabeza a Medusa, usa su escudo como un espejo para verla sin petrificarse. Como recuerda el escritor italiano Italo Calvino en *Seis propuestas para el próximo milenio* (1988), la relación entre Perseo y Medusa es compleja. De la sangre de Medusa nace Pegaso, el caballo alado; es él quien hace brotar la fuente de donde beben las musas, hijas de Zeus y Mnemosine, diosa de la memoria. Este mito me llevó a buscar en mi trabajo una mirada alejada del voyerismo y el sensacionalismo, una forma de acercarme a las huellas de la violencia evitando la imagen directa.

Mis imágenes solo se completan cuando alguien se detiene a observarlas, cuando alguien las mira. *Silencios* se ha exhibido en diferentes museos y universidades en Colombia y el mundo. Las universidades han sido los lugares de los diálogos más fecundos. Recuerdo que, en agosto de 2022, durante una exhibición en la Universidad Pedagógica Nacional, en Bogotá, una joven me detuvo, se remangó la camisa y me mostró un tatuaje en su brazo: “Lo bonito es estar vivo”. Nunca imaginé que esas palabras saltarían de la piel del tablero a la piel de una estudiante. Creo que, en ese momento, la imagen se convirtió en un verdadero lugar de encuentro.

Finalmente, agradezco de nuevo a la *Revista Colombiana de Antropología* por proponer esta conversación a partir de mi trabajo; me siento honrado. *Silencios* me permitió comprender que la educación también fue una víctima de la guerra y que, si aspiramos a transformar nuestra historia, es necesario aprender de esta tragedia. Las escuelas son el corazón de las comunidades rurales.

Referencias

Calvino, Italo. 1988. *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela.

Echavarría, Juan Manuel. 1996 (2015). *Retratos*. <https://jmechavarria.com/es/work/retratos/>

Echavarría, Juan Manuel. 2010 (2015). *Silencios*. <https://jmechavarria.com/es/work/silencios/>

Reseñas

.....

Reseña

<https://doi.org/10.22380/2539472X.2963>

Página 1 de 7

Belicopedia

Daniel Ruiz-Serna y Diana Carolina Ojeda, eds.

Universidad de los Andes, 2023 (292 pp.)

ISBN: 9789587982534

Recibido: 11/10/2025 • Aprobado: 20/02/2025 • Publicado: 01/05/2025



María Elena García

University of Washington, Seattle, Estados Unidos

meg71@uw.edu

<https://orcid.org/0000-0003-4794-524X>

Belicopedia es un libro sobre “la última guerra en Colombia” (8). Sobre su impacto en seres humanos y más que humanos. Sobre la manera en que la violencia desestabilizó la vida, reorganizó las relaciones, reinscribió heridas coloniales y (re)produjo innumerables formas de brutalidad. Más precisamente, este es un texto que nos invita a tomar en serio la vitalidad y el significado de lo más que humano. Sus autores, en conversación con muchos otros, nos piden que consideremos cómo el pensar con vacas y panfletos, hierbas y virus, árboles e infraestructura puede ofrecer interpretaciones alternativas de la guerra, las formas en que fue vivida y las dinámicas que produjo. Las reflexiones y discusiones contenidas en este libro, la detallada consideración de compromisos y enredos más que humanos, nos ofrecen marcos nuevos, más amplios e inclusivos para el trabajo de reparación, reconciliación y justicia.

Los colaboradores de esta publicación innovadora nos muestran cómo la guerra desestabiliza la vida. Pero, además, y quizás más concretamente, nos muestran cómo desestabiliza el conocimiento y la realidad, lo que cuenta como saber y lo que es posible. De hecho, los editores utilizan esto como punto de partida, algo que nos invita a analizar críticamente *cómo pensamos* y a explorar los límites de

nuestro pensamiento a través del perturbador sentido común, para avanzar, más bien, hacia un pensar de otra manera y hacia un sentir de otra manera.

En un maravilloso prólogo, Marisol de la Cadena se inspira en *Las palabras y las cosas* (1982), de Michel Foucault, libro en el que el autor explora la historia de por qué pensamos como lo hacemos. Entretenido por un texto de Jorge Luis Borges sobre una “cierta enciclopedia china” que incluye una taxonomía de seres y categorías absurdas, Foucault pasa de la risa a un pensamiento más expansivo. Como escribe De la Cadena, “fue la taxonomía la que asaltó el pensamiento del filósofo-historiador de epistemes: *pensar* lo que para él no podía *ser* lo hizo reír, y esa risa lo hizo seguir pensando... ¿Por qué no puede ser esto que estoy leyendo/pensando?” (7, énfasis en el original). Quienes contribuyen a este volumen asumen el desafío de Foucault de ir más allá de lo que él llama la *domesticación de la salvaje abundancia de lo que existe*. Esta domesticación “ordena las relaciones entre las palabras y las cosas: es decir, clasifica y autoriza ambas, distinguiendo ‘lo mismo’ de ‘lo otro’, lo que puede ser de lo que no puede ser” (7).

Con relación a la guerra, De la Cadena escribe lo siguiente:

La guerra colombiana de los últimos casi sesenta años, como la enciclopedia china de Borges, habría alterado (desdomesticado) las rutas normales de pensamiento de los autores de esta *Belicopedia*, [...] los belicopedistas establecen una relación con la guerra colombiana y aceptan pensar con el desconcierto y habitar los límites de “nuestro pensamiento”, para desde allí —y esta es la diferencia— *seguir* en el desconcierto, desdomesticando el pensamiento que autoriza lo que existe. (7-8, énfasis en el original)

Aquí, se hace énfasis en el significado de las relaciones —“[la] guerra y sus matanzas criminales [...] alteraron la razón organizadora del orden público de las relaciones entre las palabras y las cosas, es decir, la manera establecida de hacer realidades” (8)—, de las dinámicas multisensoriales —“oler con las manos, tocar con los oídos, ver con la lengua, saborear con la nariz, escuchar con la piel” (9)— y de sostener el desconcierto. Y, para los editores y autores de *Belicopedia*, esta última parte es crucial. Leo este libro como una invitación a desestabilizar el orden establecido de las cosas, a rechazar el llamado sentido común, a desafiar o, al menos, repensar las estructuras de poder (coloniales, extractivas, patriarcales y antropocéntricas), que no solo hacen posible la violencia sobre múltiples cuerpos y seres, sino que impiden la posibilidad de imaginar, de soñar, mundos radicalmente diferentes.

De hecho, el propio título del libro, *Belicopedia*, insinúa esta insistencia en no conformarse. Como escribe De la Cadena, el término *belicopedia* “mezcla etimologías e inventa una palabra desordenada” (8). En un juego entre *enciclopedia*, que supone un conocimiento general y casi completo, y *bélico*, que evoca una sensibilidad rebelde, este texto no trata de producir conocimiento sobre la guerra, sino más bien invita a que nos permitamos a nosotros mismos —y a nuestro pensamiento, nuestra comprensión del mundo— ser alterados o perturbados por él. En otras palabras, los autores están haciendo y deshaciendo mundos mientras escriben y proponen relaciones y ensamblajes alternativos. La elección de utilizar el alfabeto para organizar esta colección hace posibles múltiples puntos de entrada a estos encuentros inusuales o inesperados con la guerra y nuestra forma de pensar sobre ella. Este alfabeto ofrece parámetros necesarios para el trabajo que realiza el volumen, pero también “propone otro abecedario: uno que sirve para hacer que las palabras que empiezan con sus letras puedan tener relaciones inimaginables con las cosas que nombran. En este libro, ‘si las paredes hablaran’ deja de ser dicho y se convierte en posibilidad” (9).

En muchos sentidos, y como señalan los editores (13), este texto se basa en el trabajo de académicos que, desde diversos puntos de vista, descentralizan lo humano y recalcan el reconocimiento de la vida y la vitalidad más que humanas: animales, virus y plantas, pero también montañas, ríos, rocas e incluso edificios, mapas y papeles. Los colaboradores del libro se basan en marcos como la cosmopolítica —por ejemplo, De la Cadena y Blaser (2018)—, el giro ontológico —por ejemplo, Kohn (2013) y Viveiros de Castro (2015)—, la justicia multiespecie —por ejemplo, Chao *et al.* (2022) y Govindraján (2022)—, el materialismo vital —por ejemplo, Bennett (2010) y Latour (2017)— y los estudios indígenas —por ejemplo, Todd (2016) y TallBear (2015)—. Curiosamente, algunos de estos enfoques están en tensión significativa entre sí. Los teóricos indígenas, como Zoe Todd (2016) y Kim TallBear (2015), han ofrecido críticas poderosas al giro ontológico en la antropología y a los académicos que ignoran o se apropian de la producción de conocimiento indígena sobre el mundo más que humano. Otros han criticado igualmente la romantización de formaciones y marcos cosmopolíticos que esencializan las epistemologías y ontologías indígenas y disminuyen la complejidad de las relaciones, humanas y no humanas, en contextos coloniales o neoliberales. Es importante destacar que algunos académicos también vienen llamando la atención sobre las formas en que los movimientos supremacistas y fascistas están desplegando argumentos cosmopolíticos, y sobre la utilización de entidades más que humanas para justificar y naturalizar proyectos violentos de exterminio y desposesión —por ejemplo, Bhan y Govindraján (2024) y Govindraján (2022)—.

Si bien esta lectora habría apreciado alguna discusión explícita sobre las tensiones mencionadas o sobre los hilos teóricos particulares que se tejen en el libro, los autores de este texto generativo y a veces conmovedor evitan, en su mayor parte, los peligros de la romantización, del aplanamiento de ontologías y epistemologías, principalmente a través del claro compromiso político y ético con las comunidades con las que trabajan y sobre las que escriben. Situado en un contexto histórico, cultural y político muy específico, y poniendo en primer plano las voces y experiencias de aquellos (humanos y más que humanos) que fueron/son víctimas, marginados y brutalizados, este volumen, de hecho, hace una labor importante al llamar la atención sobre la complejidad multisensorial y multidimensional de la guerra.

Es significativo que los autores no se centren solo en el daño, sino que también hagan hincapié en la resistencia, la resiliencia y la insistencia en la vida. Nos piden que consideremos cómo una apertura a mundos y relaciones más que humanos puede no solo permitirnos reconsiderar lo que creíamos saber sobre la guerra y la violencia, sino cómo podríamos reimaginar la reparación y la justicia. ¿Cómo se inscribe la memoria en el paisaje? ¿Cómo se lamentan los árboles? ¿Quién cuenta como testigo de la violencia y cuáles son los límites de los marcos de derechos humanos que no toman en serio la memoria de los ríos o la muerte de los aguacates como algo importante en sí mismo? ¿Cómo podemos incluir el testimonio no humano en los procesos de justicia transicional?

En una entrevista en el programa *On Being*, Robin Wall Kimmerer (2016), etnobotánica y ciudadana de la nación potawatomi, analiza la sensibilidad, la belleza y la inteligencia de las plantas, del musgo en particular. Kimmerer es directora y fundadora del Centro para los Pueblos Nativos y el Medio Ambiente de la Universidad Estatal de Nueva York. Escribe y habla poéticamente sobre ciencia y sobre ontologías y epistemologías indígenas; sobre la urgencia de pensar e interactuar con las plantas de maneras que alteren radicalmente nuestras suposiciones acerca del mundo que nos rodea. Basándose en investigaciones y conocimientos tanto científicos como indígenas (“la ciencia pule el don de ver, las tradiciones indígenas trabajan con los dones de escuchar y hablar”), describe su relación con las plantas ancianas, con seres que tienen la capacidad de aprender, que tienen memoria, que son parientes, y nos pide que vayamos más despacio y desarrollemos lo que una de mis alumnas definió como *una manera radical de escuchar*. Kimmerer dice:

Las rocas son más que lentas, más que fuertes y, sin embargo, cediendo a un aliento suave y verde tan poderoso como un glaciar, los musgos desgastan sus

superficies grano a grano, devolviéndolas lentamente a la arena. Hay una antigua conversación entre musgos y rocas, poesía sin duda. Sobre luces y sombras y la deriva de los continentes [...]. Y es una conversación que se lleva a cabo a un ritmo que nosotros, los humanos, especialmente nosotros, los humanos contemporáneos que vamos corriendo, ni siquiera podemos comprender [...]. Pensar en las plantas como personas, de hecho, pensar en las rocas como personas, nos obliga a deshacernos de la idea de que el único ritmo en el que vivimos es el ritmo humano. (Traducción propia)

Los capítulos que componen este libro, las historias que cuentan, muy a menudo me recuerdan a Kimmerer (y a muchos otros teóricos indígenas). Al igual que el trabajo de Kim TallBear (2015), Tasha Hubbard (2020), Zoe Todd (2016), Daniel Heath Justice (2018), Margaret Robinson (2013), Janelle Baker (2021) y tantas otras que insisten en poner en primer plano los enredos y encuentros multifacéticos (y complicados, a veces contradictorios) entre humanos y más que humanos, muchos de los colaboradores de este volumen nos ofrecen exploraciones que no son solo puntos de entrada para ayudarnos a comprender la violencia política y estructural en Colombia. Nos hacen múltiples invitaciones a abrirnos a realidades radicalmente alternativas.

En un capítulo particularmente hermoso, Juan Alberto Conde escribe desde la perspectiva de un árbol de caucho específico que fue testigo de la brutal matanza de cientos de personas en la finca El Palmar y, más tarde, de las peregrinaciones anuales de familias que regresan para visitar el lugar y orar por los seres queridos perdidos. “Mis raíces exploran, escarban, se conectan”, escribe. “Allí, en lo profundo, converso con mis semejantes. Me ven con cierto respeto. Soy Viejo. Antiguo, dicen algunos con reverencia” (37). Pero los humanos, continúa, “temen lo que he visto [...]. Me temen como a un testigo, un testigo silente que no puede contar lo que ha experimentado [...]. Y sí, he visto la barbarie, la he sentido cuando mis ramas crujían ante el peso de un cuerpo que se veían obligadas a soportar, como un fruto no deseado, un fruto que engendra muerte y no vida [...]. Cuerpos que caían para ser mutilados. Sé lo que es eso. Han arrancado mis ramas, mi follaje, incluso han picado mis raíces. Pero yo soy de otra especie, y mi cuerpo se regenera, tiene la voluntad de crecer y persistir ante el maltrato de los hombres” (37).

En este breve extracto, podemos leer sobre el sentimiento no humano, sobre el impacto de la violencia en la vida humana y más que humana, y sobre la regeneración y la persistencia de la vida. Este capítulo, claramente, conversa con, y se basa en, el campo académico de los estudios críticos de plantas y, más

específicamente, de los árboles. Hay poder en su enfoque creativo, que propone la importancia de pensar a través de novelas, poesía y otros géneros literarios como caminos cruciales que nos permiten imaginar y reimaginar las relaciones con otros seres, pero también las experiencias encarnadas de otros seres, como significativas y reales. Y, en este caso, igualmente, tener en cuenta el hecho de que seres más que humanos son y han sido testigos de la violencia; considerar cómo podríamos ampliar los marcos de derechos humanos y justicia transicional para incluir en ellos una agencia más que humana.

Colombia es un caso ejemplar en este contexto, ya que el territorio ha sido reconocido como *víctima* de la violencia, y la vida más que humana ocupa un lugar destacado en las discusiones sobre guerra y reparación. Pero lo más importante, como insisten algunos de los autores de este volumen, es que debemos alejarnos de los marcos de daño ambiental que esencializan y aplanan el territorio, por ejemplo, al considerar “la naturaleza” como algo fuera de la cultura y en oposición a “lo humano”. En su lugar, hay que movernos hacia comprensiones más complejas del entrelazamiento de cuerpos y seres, hacia la *agencia* de seres no humanos. Debemos tomar en serio, como real, el hecho de que “el río tiene una historia por contar sobre los desaparecidos y enterrados en sus riberas” (203), o que “la tierra se sintió sola sin su gente” (22), lo cual llevó a la muerte del aguacate y al desarraigo de la comunidad.

No puedo hacer justicia a los múltiples y generativos encuentros con la guerra y la violencia que ofrece este libro, ni a la creatividad para pensar con y a partir del mercurio y el barro, las iglesias y los jaguares, o la leishmaniasis y los buitres. Pero puedo decir que permanecerá con sus lectores, pues en él encontrarán historias conmovedoras que desatarán las lágrimas, la rabia, la risa y la esperanza. Daniel Ruiz-Serna y Diana Ojeda han reunido a un tremendo grupo de escritores y pensadores para ofrecer una contribución importante y muy necesaria a nuestro pensamiento sobre la guerra, la violencia, la reparación y la justicia.

Referencias

- Baker, Janelle.** 2021. “Do Berries Listen? Berries as Indicators, Ancestors, and Agents in Canada’s Oil Sands Region”. *Ethnos* 86 (2): 273-294. <https://doi.org/10.1080/00141844.2020.1765829>
- Bennett, Jane.** 2010. *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Duke University Press.
- Bhan, Mona y Radhika Govindraján.** 2024. “More-than-Human Supremacy: Himalayan Lessons on Cosmopolitics”. *American Anthropologist* 126 (2): 182-193. <https://doi.org/10.1111/aman.13943>

- Cadena, Marisol de la y Mario Blaser, eds.** 2018. *A World of Many Worlds*. Duke University Press.
- Chao, Sophie, Karin Bolender y Eben Kirksey, eds.** 2022. *The Promise of Multispecies Justice*. Duke University Press.
- Govindraján, Radhika.** 2022. "Spectral Justice". En Chao *et al.* 2022, 33-51.
- Heath Justice, Daniel.** 2018. *Why Indigenous Literatures Matter*. Wilfrid Laurier University Press.
- Hubbard, Tasha.** 2020. "Buffalo Genocide in Nineteenth-Century North America: 'Kill, Skin, and Sell'". En *Colonial Genocide in Indigenous North America*, editado por Alexander Laban Hinton, Andrew Woolford y Jeff Benvenuto, 292-305. Duke University Press.
- Kohn, Eduardo.** 2013. *How Forests Think: Toward an Anthropology beyond the Human*. University of California Press.
- Latour, Bruno.** 2017. *Facing Gaia: Eight Lectures on the New Climatic Regime*. Polity.
- Robinson, Margaret.** 2013. "Veganism and Mi'kmaq Legends". *Canadian Journal of Native Studies* 33 (1): 189-196. https://www.researchgate.net/publication/256293971_Veganism_and_Mi'kmaq_legends
- TallBear, Kim.** 2015. "An Indigenous Reflection on Working beyond the Human/Not Human". *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies* 21 (2): 230-235. <https://muse.jhu.edu/article/582037/summary>
- Todd, Zoe.** 2016. "An Indigenous Feminist's Take on the Ontological Turn: 'Ontology' Is Just Another Word for Colonialism". *Journal of Historical Sociology* 29 (1): 4-22. <https://doi.org/10.1111/johs.12124>
- Viveiros de Castro, Eduardo.** 2015. *The Relative Native: Essays on Indigenous Conceptual Worlds*. HAU.
- Wall Kimmerer, Robin.** 2016. "The Intelligence of Plants". Entrevistada por Krista Tippett. *On Being with Krista Tippett*, 25 de febrero de 2016. Podcast, 86:38. <https://onbeing.org/programs/robin-wall-kimmerer-the-intelligence-of-plants-2022/>